



Flora Tristán

Paseos en Londres

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Flora Tristán

Paseos en Londres

Estudio Preliminar

No es mucho lo que queda por investigar respecto de los pormenores biográficos de Flora Tristán (1803-1844), después de la seria investigación realizada por Jules L. Puech (*La vie et l'oeuvre de Flora Tristán*, París, 1925); por Jorge Basadre (en el prólogo de la primera edición castellana completa de *Peregrinaciones de una paria*, en versión de Emilia Romero); por Marcos Falcón Briceño (*Teresa, la confidente de Bolívar*, Caracas, Imp. Nacional, 1955); por Luis Alberto Sánchez que ha basado su biografía novelada (*Una mujer sola contra el mundo*, Buenos Aires, A.L.A. Club del Libro, 1942) en los dos primeros y por los apuntes y documentos aportados por Luis Alayza y Paz Soldán. Pero queda por esclarecer todavía un aspecto de interés, sus estadas en Inglaterra y el libro que recoge sus impresiones de ese país (*Promenades dans Londres*) aparecido por primera vez en 1840 y que mereció hasta 4 ediciones parisinas, que registra la bibliografía que acompaña esta primera edición castellana.

Flora Tristán (1803-1844), abuela de Paul Gauguin, hija de peruano (Mariano Tristán) y francesa (Teresa Laisney) y precursora del socialismo en Europa y adelantada en pocos años a la prédica de Marx y Engels, muestra en su haber dos libros capitales de viaje escritos en francés. El uno, *Pérégrinations d'une parie* (París, A. Bertrand, 1838, 2 vols.), recoge vivencias de un viaje al Perú que traducen una imagen peruana muy personal, ácida aunque penetrante, dirigida a los europeos para advertirlos y a los propios connacionales para sacudirlos del conformismo, de la apatía y de las costumbres retrógradas e hipócritas. Es el viaje al Nuevo Mundo, aunque en él no encuentre asidero la leyenda dorada.

Pero también Flora Tristán escribió otro libro al que traslada su imagen de un sector europeo en donde radica la injusticia social y una hipocresía mayor, o sea la Inglaterra de la primera mitad del XIX. El libro se titula *Promenades dans Londres* (París, H.L. Delloye, 1840, segunda y tercera ediciones París, Raymond Bocquet, 1842, y cuarta edición, París, 1846).

Flora Tristán es el primer viajero peruano con espíritu crítico. Nacida en Francia, hizo su vida en ese país, bregando por mejorar la suerte de los desheredados. Como mujer de lucha, se adelanta en sus formulaciones sociales a las ideas marxistas y prepara sin tregua, con una organización que fundó en Burdeos, la «Unión obrera», el advenimiento de la primera revolución de los proletarios, la de 1848. El relato de su viaje al Perú, titulado *Peregrinaciones de una paria* inicia en su bibliografía la serie de sus viajes. No corresponde ahora que examinemos este libro sobre el cual va siendo numerosa la bibliografía exegética y literaria. Pero sí debemos detenernos en la otra obra de la misma índole que escribió ya en

las postrimerías de su corta e intensa vida: *Promenades dans Londres* y que ofrecemos por primera vez en versión castellana.

Paseos en Londres no circuló en América ni menos en el Perú no obstante sus cuatro ediciones. Contiene una imagen del mundo europeo escrito por un alma inquieta, apostólicamente entregada a la obra de redención de los desvalidos. El libro se difundió sobre todo en Francia y es a la vez que relato de viaje, testimonio crítico de una sociedad europea que nunca antes recibió una admonición y censura semejantes por parte de un escritor latinoamericano.

Complementariamente, otras obras suyas (como la *L'union ouvrière*, París, 1843, obra de propaganda y ataque social, y *Mephis, ou le prolétaire*, novela de impacto sobre las masas explotadas) han enfocado también la crítica de la organización social francesa, pero en ninguna se aguza tanto el sentido crítico social y la denuncia como en *Paseos en Londres*.

Esta escritora romántica -a la cual no se hace figurar en las historias literarias peruanas o latinoamericanas ni por su novela ni por sus libros de impresiones de viaje- ofreció una versión distinta del mundo europeo. Los románticos conocidos y transitados sólo dieron la versión de la vida oficial, del acontecer banal, de las figuras cumbres o de lo pintoresco y anecdótico. Pero Flora Tristán romántica templada en la lucha social ofreció el anverso de esa imagen: la vida del pueblo pobre, las condiciones lamentables del trabajador, la explotación social, la prostitución, el inhumano trato de la mujer y el niño, la indiferencia de los poderosos frente a las condiciones de injusticia. Era un libro de protesta social nada usual en una sociedad de poderosos y conformistas de un lado, y de humillados y ofendidos de otro, ni frecuente en época tan temprana como la Francia de la Restauración, la Inglaterra victoriana o la Alemania pre-bismarckiana.

El título del libro -*Paseos en Londres*- parece inspirado en otro libro de gran resonancia en esa época, nada menos que las impresiones de viaje de Stendhal (Henri Beyle), publicado en París (1829), bajo el título *Promenades dans Rome* (*Paseos en Roma*), libro de exaltación romántica de antigüedades pero penetrado de inquietud por la suerte de la sociedad coetánea de principios del ochocientos. Pudo tomar Flora Tristán de ese libro, tan en boga en su época, el título y parte de su orientación crítica aunque agregó al suyo sobre Londres, una crítica social más acentuada.

Lo habría leído Flora Tristán en sus inquietos años juveniles y admirado en la prosa stendhaliana su concisión y exactitud, su ausencia de retórica en medio de un romanticismo ardiente y oratorio que Stendhal combatió con el anecdótico hábito de leer diariamente, antes de trabajar sus novelas, unas páginas o un puñado de artículos del Código Civil.

En la prosa de Flora Tristán hay también la misma preocupación por decir lo preciso; por no empenachar la expresión, por expresar la versión monda de la realidad, por no desviarse de las ideas matrices ni perderse en vericuetos de retórica ni recoger palabras de relleno.

Pero Flora a pesar de ello, no perdió del todo el tono enfático ni la predilección por las frases admirativas o de rechazo, expresivas de su exaltado sentimiento social pero de prosapia un tanto dramática y declamatoria.

El libro de Flora Tristán fue el resultado de sus experiencias vividas en la Inglaterra de su época, en diversas fechas: en 1826, cuando la aprecia próspera sin importarle los problemas internos; en 1831, cuando empieza a ser poseída por la inquietud social; en 1834, cuando ya capta el descontento de la clase media y también la presión de la clase obrera; en 1839, cuando en Londres, encuentra una miseria profunda y lacerante en el pueblo y «el surgir de una extrema irritación y el descontento general». Este espectáculo la decide a escribir para ofrecer al público un libro que no tiene la pretensión «de pintar todas las miserias del pueblo inglés» sino sólo la de bosquejar las pocas cosas que ha visto en ese país y hacer conocer las impresiones que obtuvo. Era un libro franco, sin tapujos y lleno de indignación y de protesta, con el cual esperaba llamar la atención de aquellos que «quieran realmente servir la causa del pueblo inglés».

La autora no quiere dejarse deslumbrar por las apariencias ni seducir por las brillantes decoraciones de la escena inglesa, y pretende ingresar en la vida de los pobres y desheredados a fin de señalar y condenar los vicios de la sociedad inglesa. Una escritora francesa, Hortense Allart, escribía a Saint-Beuve, a propósito de *Promenades dans Londres*: «Es un libro de piedad y de indignación en favor del pueblo inglés».

Según advierte Flora Tristán en el prólogo, la obra suya sobre la sociedad británica es fruto de una larga meditación a raíz de visitas realizadas a Inglaterra desde los años de 1826 y 1831, en que actuó como institutriz o dama de compañía de una familia inglesa -con la cual realizó también un corto viaje a Suiza e Italia- y luego otra en 1834 (al regreso de su viaje al Perú que duró 14 meses) y finalmente la última de 1839, tal vez la más fructífera dada su madurez ideológica y su más afinado sentido crítico-social que para esa fecha se había hecho más pugnaz y agudo. En conjunto hubo de totalizar una estada de más de diez años en Gran Bretaña.

Su experiencia inglesa -comenzada a los 23 años- llena los mejores años de su vida y culmina a los 37 años cuando en plena madurez publica finalmente el libro *Paseos en Londres*.

Si bien es cierto que la mayor parte del tiempo vivió en Londres, también es verdad que visitó los centros industriales de Birmingham y Manchester, Glasgow y Sheffield y además algunos centros mineros.

Gradualmente había ido advirtiendo el deterioro de las condiciones sociales del pueblo en general y de los trabajadores en particular y en la última estada pudo ya advertir los síntomas de una miseria profunda y una situación de desesperanza y descontento muy generalizada.

Por lo tanto, este libro es más que un simple relato de viaje, un testimonio crítico, una suerte de reportaje-informe sobre las condiciones sociales prevalecientes en ese país europeo. Constituye una muestra de periodismo crítico que se aparta del simple relato de

acontecimientos ensayado en 1845 y 1848-49 por otro peruano don Juan Bustamante y que se aleja también de la crónica amena y erudita ensayada por Juan de Arona alrededor de los años 60. Pero está más cerca de otros testimonios peruanos sobre Europa en el siglo XX, como los de Francisco García Calderón -equilibrado expositor de la política- y José Carlos Mariátegui quien enfocó el fenómeno social europeo desde una perspectiva de clara posición ideológica de izquierda.

En todo caso, el libro de Flora Tristán constituye -desde su mirador social de lucha y denuncia- el primer estudio social de la realidad europea intentado por un escritor latinoamericano.

Es en los grandes centros de la era industrial capitalista donde suelen ponerse en evidencia las lacras sociales, los desajustes sociales y la alienación del individuo. Ello es aún más evidente en las grandes ciudades, que podrían ser calificadas las metrópolis del vicio, de la explotación, del vilipendio de la condición humana. No es fenómeno, sin embargo, restringido a nuestra época. Se advertía también en siglos anteriores, tal vez con menos atenuantes que hoy, cuando ya las medidas de previsión y asistencia social han paliado un tanto, en algunos aspectos, la injusticia y la expoliación del hombre por el hombre. No deben descartarse, sin embargo, algunas exageraciones que en el libro son notorias y dictadas sin duda no por una apreciación de la realidad objetiva, sino por el apasionado impulso crítico o el propósito de impactar al público a quien iba dirigido.

De otro lado, sus comparaciones con la realidad francesa, que ella pondera para condenar la británica, no concuerdan del todo con su posición crítica ideológica. Si bien es cierto que el cuadro de la situación social inglesa se acentuaba en sus aspectos negativos en razón de las condiciones impuestas por la educación puritana, por la hipocresía imperante en las altas clases sociales, por las exigencias de un industrialismo más desarrollado y el impulso del imperialismo inglés bastante desenvuelto, no es menos evidente que esas condiciones sociales no diferían mucho, en el fondo, de las que imperaban en Francia, como la propia Flora se encargó de esclarecer en un libro posterior de denuncia política de la realidad social francesa que fue *La Unión Obrera* (1843).

Al precisar en su libro los rasgos negativos de la urbe capitalista, al trazar el retrato de «Londres, la horrible» Flora Tristán se hace eco del rechazo francés contra las manifestaciones de la prepotencia del imperialismo británico gravitante sobre el resto de Europa y del mundo. No habría dejado de advertir el mismo fenómeno de infiltración en su viaje por América Latina, durante su estada de más de un año en Chile y el Perú, en donde ese imperialismo empezaba a tender sus redes. Su aguda perspicacia de mujer con sentido crítico y emoción social, le habían permitido detectar el afán expansivo de una política de penetración internacional. Inglaterra extendía entonces sus tentáculos para invadir los campos inocentes de aquellas excolonias de España, cuyo comercio, minería y crédito empezaban a ser copados por los agentes ingleses que conducían de tal suerte el sistema de dominio capitalista imperante en las islas británicas a otros ámbitos extranjeros, desplazando al comercio francés.

Desde 1838 y especialmente en este libro de 1840, Flora vislumbraba el desarrolló amenazante para Francia del bonapartismo. Se adelantaba a su época al formular el juicio

adverso a Napoleón, «antagonista de la libertad», tirano y déspota. Su sensibilidad social no se dejaba engañar por el espejismo de los grandes triunfos guerreros cuyo alto costo contrastaban con la miseria y los tremendos sufrimientos de los pobres. Lo había sostenido así en su ensayo «Lettres de Bolivar» (publicado en *Le voleur de Paris*, 31 de julio de 1838) en que trata de descartar cualquier influencia bonapartista en el Libertador. Insiste en su tesis al tratar de los partidarios de tal tendencia refugiados en Londres. De Napoleón no queda -dirá Flora- sino «las huellas profundas de la opresión». Al dar a conocer sus opiniones, prevé con desazón, con diez años de anticipación, la posibilidad del advenimiento del príncipe Luis Napoleón, que entonces disfrutaba regiamente en su retiro de Londres, en espera del momento político favorable.

Flora no fue ajena a la apreciación del arte y la literatura. Desde sus años juveniles había disfrutado del contacto con el arte y los artistas. Ella misma lo había cultivado, y en su casa de la rue du Bac había recibido a figuras destacadas del ambiente intelectual de París.

Ello explica su relación con Saint-Beuve, Jorge Sand, Eugenie Sué, Hortense Allart, Chateaubriand, Béranger, para no mencionar sino a los cultivadores de la literatura y con exclusión de los hombres de estudio como Jules Janin y Joseph Proudhon. Cultivó el relato de viaje, el costumbrismo y la novela y practicaba el dibujo. Por eso sus observaciones sobre la vida teatral londinense, lo mismo que sus páginas acerca de las causas que entraban el desarrollo del arte en Inglaterra tienen consistencia e interés. Sus apreciaciones sobre la distorsión del arte dramático londinense, al mezclarse las piezas serias con mojigangas y números circenses de baja calidad, son certeras. La crítica de la falta de originalidad de las piezas que suelen representarse en ese momento, es precisa y oportuna tanto más que, como lo demuestra, se tiende a la imitación de modelos franceses, poniendo de lado a los grandes clásicos ingleses.

Surgió Flora Tristán dentro de los medios intelectuales franceses, entre 1830 y 1840, en pleno auge de la corriente del socialismo utópico y había asimilado ostensiblemente las modalidades de tal ideología. Su pluma está pronta, en sus libros *Paseos en Londres*, *La Unión Obrera* y en el póstumo *La Emancipación de la mujer*, para recoger constantes citas de los fautores de aquella corriente, los franceses Claudio Enrique de Saint-Simon (m. 1825) y Carlos Fourier (m. 1837) y el inglés Robert Owen (1771-1858).

A los dos primeros no los llegó a conocer personalmente aunque asimiló sus legados, admiró su obra y los estudió a través de sus periódicos y de sus discípulos, como Víctor Considerant, que lo fue de Fourier. La cruda visión de la sociedad inglesa que nos ofrece Flora corresponde asimismo a la primera mitad del siglo XIX, a los años anteriores a la revolución de 1848, en que habían prosperado como una idílica esperanza esas expresiones del «Socialismo moral» que propugnaban aquellos autores. Todavía no había adquirido coherencia la ideología revolucionaria ni la dialéctica rigurosa que conciben años después Marx y Engels. El auge del reformismo utópico puede situarse alrededor del año 1830, en que se produce un cambio en la historia francesa que hace cifrar esperanzas pronto desvanecidas. Entonces aparecen muchos autores menores en la historia de la economía y de la Sociedad (Cabet, J. B. Say, entre otros, etc. hasta Proudhon que escribe en 1840, *La Propiedad*, con su impactante tesis de que la propiedad es un robo) de que también se nutre Flora. Aunque no agotó esa extensa bibliografía inglesa y francesa, se anotan en *Paseos en*

Londres sus citas de Hobson, Mantoux, Villerme, Morton Eden, etc. reveladoras de su capacidad asimilativa y de sus inquietudes en torno al fenómeno social. A Robert Owen, lo conoció Flora en París, en 1837, y en Paseos en Londres relata también la visita que le hace en su establecimiento de Londres, y en ese libro son frecuentes las citas de los escritos de Owen, al igual que de los de Fourier y Saint-Simon. Debió haber al respecto algún comentario maligno en orden a la falta de originalidad de sus ideas, cuando Flora se ve precisada en su libro a formular la aclaración siguiente: «A fin de evitar toda falsa interpretación declaro que no soy ni saint-simoniana ni fourierista ni oweniana» (p. 314).

No siguió en especial ningún sistema de ideas de esos tres autores pero era la suma de todos ellos y de muchos más que Flora leyó con más pasión que rigor. En 1844, cuando Flora expiraba en Burdeos, Karl Marx (1818-1883) concebía en París los primeros esbozos de su teoría del materialismo histórico y tiene lugar allá mismo, también en esa fecha, el encuentro con Federico Engels que habría de ser estimulante para la afirmación crítica y dialéctica de Marx. Tres años más tarde, en 1847, ambos redactarán el Manifiesto Comunista que orientaría la acción de las masas durante la revolución de 1848. Sólo a partir de esa fecha, se empeñará Marx en los estudios económico sociales que desembocan en sus libros fundamentales: Crítica de la Economía y El Capital, escritos trabajosamente entre 1849 y 1883, año de su muerte en Londres.

Federico Engels (1820-1895) vivió en la década de los años 40 entre Manchester y Londres, en contacto con esos mismos obreros ingleses que Flora Tristán había observado pocos años antes. Un libro de Engels semejante a Paseos en Londres y titulado La situación de la clase trabajadora en Inglaterra, apareció sólo en 1845. Este libro supera en su rigor crítico informativo y estadístico al de Flora Tristán, aunque pudo estar estimulado por el precedente.

Ni el uno ni el otro llegaron a tener contacto directo, con la autora de Paseos en Londres pero sí lo tuvieron a través de amigos comunes como Arnold Ruge y Joseph Proudhon que conocieron y dialogaron con Flora y que después anudaron lazos de colaboración con Marx y con Engels.

Marx y Engels hacen en La Sagrada Familia un comentario severo del socialismo utópico y abstracto, y de sus generalidades que se hallan en contradicción con la realidad social. Dentro de ese socialismo utópico ubican a Flora Tristán. A ella se le concede el honor de representar una posición contraria a las tesis del más puro materialismo histórico, que es señalada como desprovista de rigor crítico. Sin embargo, la circunstancia de haberla hecho centrar en ese libro la posición discutible, aunque racional en un sentido estricto, confiere significación y valía a su posición ideológica digna de ser discutida y contradicha. Textualmente Marx y Engels concluyen: «Flora Tristán es el ejemplo de ese dogmatismo femenino que pretende poseer una fórmula y se la crea tomándola de las categorías de lo existente». Los ideólogos del materialismo histórico no pudieron a esa altura del momento social, conformarse con los planteamientos empíricos sostenidos por Flora Tristán de que hubiera trabajo para todos, de que los hombres pudieran vivir dignamente de su trabajo y de que la educación, eficazmente impartida, podía terminar con las desigualdades sociales. Los acontecimientos de mediados del siglo pasado habían demostrado la inocuidad de tales tesis.

Pero Flora Tristán quedó consagrada, después de su solitario y sobrehumano esfuerzo, como una adelantada en la lucha por lograr la justicia social.

Un libro como Paseos en Londres es ejemplar por varios motivos. Cumplió en su momento la función de denuncia de un estado social injusto, acarreado a su autora las reacciones implacables de una clase social afectada en sus intereses. Se adelantó a su época en el planteamiento de la cuestión social aún entonces muy mediatizada por la persistente actitud idealista y débilmente reformista. Propugnó un igualitarismo desusado en un momento en que todavía jugaba la diferencia entre clases altas y bajas, entre aristocracia, burguesía y «plebe» y cuando al desposeído sólo se le concedía paternalmente derechos limitados. Quien había clamado en el Perú contra el régimen de la esclavitud que vio todavía vigente en la hacienda de Villa a pocos kilómetros al sur de Lima, podía también condenar la condición miserable de los tugurios londinenses y de las fábricas y minas inglesas en donde los trabajadores -hombres, mujeres y niños- laboraban en condiciones infrahumanas.

Reivindica el derecho a la protesta y la denuncia. Predica la unión de los trabajadores del mundo como la única solución para hacer escuchar su voz y obtener el reconocimiento de sus derechos humanos, cinco años antes que quedara consagrada aquella admonición como táctica inicial de la lucha social. Acusa, finalmente, una independencia y espíritu crítico poco comunes en escritoras mujeres, aun dentro de la desarrollada sociedad europea.

Biobibliografía de Flora Tristán

1803. -Nace en París, el 7 de abril. Hija de Mariano Tristán y Moscoso (peruano, coronel del ejército español) y de Teresa Laisney (francesa).

1804 a 1806. -Conoce a Simón Bolívar, quien frecuentaba la casa de los Tristán, en París.

1807 ó 1808. -Muere su padre, dejando en situación precaria a la familia, la cual se ve obligada a dejar París para radicarse en el campo.

1818. -A la muerte de su hermano, se traslada nuevamente con su madre a París. Flora recibe una instrucción muy rudimentaria.

1819. -Ingresa a trabajar como colorista en el taller litográfico de André Chazal.

1821. -El 3 de febrero contrae enlace con André Chazal, en París. Él tiene 24 años de edad. Ella tiene 18 años.

1822 a 1824. -Su matrimonio sufre serias desavenencias, debido al difícil carácter de ambos.

1825. -Nace su hija Alina (futura madre de Paul Gauguin) y abandona su hogar.

1826. -Llega a Inglaterra por primera vez, como dama de compañía, en iguales condiciones, recorrerá Italia y Suiza.

1828. -Obtiene la separación de bienes de su marido.

1829. -Toma contacto epistolar con su tío Pío Tristán, con la finalidad de obtener la herencia de su padre y se hace pasar por soltera.

1830. -Se entera, por carta de su tío, que su abuela le ha legado en herencia 3,000 piastras.

1831. -Viaja por segunda vez a Inglaterra. A su regreso tiene que huir de las persecuciones de su marido quien reclama a sus hijos.

1833. -7 de abril, día que cumplía 30 años, se embarca hacia el Perú en El Mexicano, comandado por el capitán Zacarías Chabrié, a quien menciona en sus PEREGRINACIONES... y en PASEOS EN LONDRES.

En Burdeos, puerto donde se embarca, es acogida por un tío de su padre, Mariano de Goyeneche y trata con el apoderado del hermano de su padre, Felipe Bertera. Desembarca en Islay y luego pasa a Arequipa.

1834. -Enero. Reside en Arequipa, en casa de su tío Pío Tristán.

25 abril. Viaja de Arequipa a Lima.

15 de julio. Se embarca en el Callao, rumbo a Liverpool. Breve estada en Inglaterra.

A raíz de este viaje, escribe «Las peregrinaciones de una paria», libro en el cual pone en evidencia el espíritu retrógrado de la sociedad arequipeña de entonces.

1835. -Publica un folleto bajo las iniciales F.T.: NECESSITE DE FAIRE UN BON ACCUEIL AUX FEMMES ETRANGERES.

Agosto 21. Ofrece su colaboración al Movimiento Societario en carta dirigida a su fundador Carlos Fourier.

Octubre 31. Chazal rapta a su hija Alina.

Prosiguen sus problemas con Chazal sobre la tutela de Alina. Esta queda alojada en un internado.

1836. -Chazal rapta nuevamente a su hija y por orden judicial le es confiada a él.

Crece su vinculación con los movimientos socialistas fundados por Saint-Simon, Owen y Fourier. Colabora en el periódico fourierista «La Phalange», en el cual aparecieron los primeros capítulos de L'UNION OUVRIÈRE.

1837. -Ante una intriga urdida por Flora para recuperar a su hija, Chazal es encarcelado, pero luego, por falta de pruebas, es puesto en libertad.

Chazal escribe en la cárcel: MEMORIA, que es un ataque contra Flora.

Conoce al reformador Owen que se encontraba en París.

Diciembre 20. Influenciada por las ideas de Owen redacta su PETITION POUR LE RETABLISSEMENT DU DIVORCE, dirigida a la Cámara de Diputados.

1838. -Plante a la separación legal y el tribunal falla a su favor, fallo según el cual, su hijo Ernesto permanecerá con Chazal y su hija Alina quedará interna en un centro de educación que los padres decidan.

Publica LAS PEREGRINACIONES DE UNA PARIÁ.

Colabora en «L'Artiste» y en «Le Voleur» con interesantes artículos, entre ellos las «Cartas de Simón Bolívar a Mariano Tristán y a Teresa Laisney (sus padres), con recuerdos y comentarios sobre la figura del Libertador.

Su casa de la Rue Bac se convierte en centro de reunión de los artistas y gente de letras de París.

Jules Laure, su íntimo amigo, pinta su retrato.

El 10 de setiembre, Chazal intenta asesinarla. La hiere gravemente pero ella utiliza el incidente como propaganda para la segunda edición de su: LAS PEREGRINACIONES...

Edita la novela MEPHIS, de corte filosófico y social, según palabras de ella misma.

El 10 de diciembre eleva a la Cámara de Diputados: PETITION POUR L'ABOLITION DE LA PEINE DE MORT.

1839. -Se ve el proceso contra Chazal y éste es condenado a 20 años de prisión. Segunda edición de «LAS PEREGRINACIONES...»

Visita por cuarta vez Inglaterra. Visita las Cámaras (algo prohibido a las mujeres y que relata en su PROMENADES...) y recorre todo Londres, observando la vida y miseria de sus habitantes. Esta observación le servirá para describir el ambiente londinense en su PASEOS EN LONDRES.

1840. -Aparece PROMENADES DANS LONDRES y logra una brillante acogida, lanzando dos ediciones en ese año.

1842. -Salen dos nuevas ediciones de PASEOS EN LONDRES, la primera bajo el título LA VILLE MONSTRE, y la segunda con una dedicatoria a las clases obreras.

Se vincula a los obreros a quienes propone su unificación, pero éstos se muestran todavía renuentes.

1843. -Publica en mayo L'UNION OUVRIERE, logrando estrechar sus relaciones con la clase obrera, de la cual recibirá muestras de simpatía y también de ingratitud.

Mayo, 29 y 31. Publica en «La Phalange», los primeros capítulos de L'Union Ouvrière. Escribe puntualmente su «Diario».

1844. -Aparece la segunda edición de L'Union Ouvrière, con el plan para la publicación de un periódico con el mismo nombre, con un tiraje de 10,000 ejemplares.

Abril. Recorre diversas ciudades de Francia dictando charlas y conferencias en las que expone su iniciativa, siempre bajo la vigilancia policial por considerársela sediciosa.

Durante su recorrido escribe lo que sucede cada día en un cuaderno titulado NOTES DEVRONT SERVIR A MON OUVRAGE LA TOUR DE FRANCE.,

7 de junio, en Lyon, el entusiasmo de los obreros permite la reedición de L'UNION OUVRIÈRE. Aparece así la tercera edición de esta obra con un prologoillo de la autora.

En Montpellier cae gravemente enferma (se supone de tifoidea); sin embargo, prosigue su gira.

Setiembre 26. Llega a Burdeos muy debilitada. La atienden los esposos Lemonnier.

Noviembre 14, fallece en Burdeos a los 41 años de edad.

Es enterrada en el cementerio de Chartreux.

Los obreros, por espontánea manifestación, se suscriben para erigirle un monumento.

1845. -Aparece, en París, en edición póstuma L'EMANCIPATION DE LA FEMME, publicada con notas de A. Constant.

1848. -Octubre 22, se inaugura en Burdeos el monumento erigido por los trabajadores, en ceremonia póstuma en la cual se le rinde tributo de admiración y simpatía.

-Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères. Paris, Chez Delauney, 1835.

Conocido por referencia.

-Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères. Paris, Imp. De Mme. Huzard, 1836. 1 hoja.

Conocido por referencia.

-Pétition pour le rétablissement du divorce à Messieurs les députés. Paris, 1873.

Del 20 de diciembre de 1837.

Conocido por referencia.

-De l'art depuis la Renaissance. L'Artiste. 3e. série, 24e, livraison, p. 143. Paris, 1838.

Conocido por referencia.

-De l'art et de l'artiste dans l'antiquité et à la Renaissance. L'Artiste. 3e. série, 9e. livraison, p.187. Paris, 1838.

Conocido por referencia.

-L'Atelier de Girodet. L'Artiste. 28e. livraison. Paris, 1838.

Capítulo de su novela «Menphis».

Conocido por referencia.

-Episode de la vie de Ribera dit l'Espagnolet. L'Artiste, 13e. livraison, p. 192. Paris, 1838.

Conocido por referencia.

-Lettres de Bolivar. Le Voleur. Paris, 31, juillet, 1838. p. 90-94.

Dirigidas a Mariano Tristán y Teresa Laisney.

-Menphis. Paris, Imp. Mme. Huzard, 1838. 2 t.

Novela.

Según F. T.: Novela filosófica y social.

Conocido por referencia.

-Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères. Paris, 1838. 1 hoja.

Conocido por referencia.

-Pérégrinations d'une paria (1833-1834)... Paris, Lib. ed. A. Bertrand, 1838. 2 t. 21 cm.

A manera de prólogo: Aux péruviens, firmado: Flora Tristán.

«Deuxième édition».

-Pétition pour l'abolition de la peine de mort à la Chambre des Députés, le 10 décembre 1838. Paris, Imp. De Mme. Huzard, 1838.

Conocido por referencia.

-Pétition pour l'abolition de la peine de mort. Le Journal du Peuple. 16, décembre, 1838.

Reproducción del original, precedido de un breve comentario.

Conocido por referencia.

-Pétition pour le rétablissement du divorce. Paris, 1838. 1 hoja.

Conocido por referencia.

-Les tribulations d'un riche. Le Siècle. 18, novembre, 1838. Paris, 1838.

Capítulo de su novela «Menphis».

Conocido por referencia.

-Pérégrinations d'une paria. Paris, Arthur Bertrand, 1839. 2 t. 1 8°.

Conocido por referencia.

-Promenades dans Londres... Paris, H. L. Delloye, ed., 1840. Li. 1 h., 412 p. 20 cm.

«Coup d'oeil sur L'Angleterre», firmado: A. Z.: p [IX]-li.

En este mismo año salió una segunda edición.

-Promenades dans Londres, ou L'Aristocratie et les prolétaires anglais. Paris, Raymond-Bocquet, 1842. loi, 250 p. «Edition populaire».

Précédé de: «De la politique que anglais, puor faire suite sur coup d'oeil sur Angleterre», firmado: A. Z.

Dedicado a las clases obreras.

Conocido por referencia.

-La ville monstre. Paris, H. L. Delloye, 1842. «Deuxième édition».

Publicada en 1840 con el título: «Promenades dans Londres».

Conocido por referencia.

-L'Union Ouvrière. Paris, Imp. Lacour et Maistrasse fils, 1843. XX, 123 p.

Conocido por referencia.

-L'Union Ouvrière. 2 ed., contenant un chant, La Marsellaise de l'atelier. Paris, Imp. De Worms et Cie., 1844. XLIII 136 p.

Conocido por referencia.

-L'Union Ouvrière. 3. ed. Paris et Lyon, Imp. C. Rey e Cie., 1844.

Precedida de un «Llamado a los obreros», por la autora.

Conocido por referencia.

-L'emancipation de la femme, ou Le testament de la paria. Paris, A. Constant, 1845. 128 p.

Obra póstuma.

Se considera que esta obra no fue escrita por F. T., sino por Alphonse Constant.

Conocido por referencia.

-L'emancipation de la femme, ou Le testament de la paria. 2 ed. Paris, A. Constant, 1846, 128 p.

Conocido por referencia.

-Promenades dans Londres. Paris, H. L. Delloye, 1846. 41 p.

Conocido por referencia.

-Peregrinaciones de una paria («Peregrinations d'une paria»), (1833-1834)... Selección, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Tr. de francés por E. R. [i. E. Emilia Romero]

Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 2 h [7]-377 p., 1 h. 18 cm. (Biblioteca Amauta (serie América , dirigida por Luis Alberto Sánchez).

-Peregrinaciones de una paria. Tr. t notas de Emilia Romero. Prólogo de Jorge Basadre. Lima, Ed. Cultura Antártica S. A., 1946. XXIII, [3]-444 p., 2 h. retratos 24 cm. (Viajeros en el Perú. Primera serie, I)

-Flora Tristán; morceaux choisis. Précédés de la geste romantique de Flora Tristán, contée par Lucien Scheler pour le centenaire de 1848. Paris, Bibliothèque français, 1947. 296 p.

Conocido por referencia.

-Peregrinaciones de la paria. Dios, franqueza, libertad. Selección, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Tr. del francés por Emilia Romero. Santiago de Chile, Eds. Ercilla, 1941 y 1947. 537 p.

-La emancipación de la mujer o El testamento de la paria... Completada según sus propias notas y publicada por A. Constant. Tr. del francés por M. E. Mur de Lara. Lima, Ed. P. T. C. M., 1948. 96 p. 20 ½ cm. (Colección Mundo Nuevo).

«Obra póstuma».

-Teatro de Arequipa... [Lima] Escuela Nacional de Arte Escénico, Servicio de Difusión [1955] 3 h. núm. 29 ½ cm. (Serie VI: Estudios de teatro peruano, N° 20)

«De 'Peregrinaciones de una paria', de Flora Tristán. Lima, El Cultura Antártica S. A., 1946. P. 170-173».

-Peregrinaciones de una paria. Selección, pórtico y notas de Catalina Recavarren de Zizold. Lima, Eds. Tierra Nueva, 1959. 92 p., 1 h. 17 ½ cm. (Primer Festival de escritoras peruanas de hoy [1])

-L'Union Ouvrière. Contenant un chant, La Marsellaise de l'atelier. Paris, Eds. d'Histoire sociale, 1967, 167 p.

Reproducción de la tercera edición.

Conocido por referencia.

-Peregrinaciones de una paria. Tr. de Emilia Romero. [2.^a ed.] [Lima] Moncloa Campodónico, Editores Asociados [1971] 3 h. 9-554 p., 2 h. front. (Retrato) 20 cm. (Colección Tiempo)

«Prólogo» y «Cronología biográfica de Flora Tristán», por Luis Alberto Ratto.

INÉDITOS

-Journal inédit. 1843 et 1844. Este diario contiene las notas para su libro que debió aparecer en 1845: «Tour de France».

Este diario ha sido conservado por la familia de Eléonore Blanc, su discípula.

Conocido por referencia.

-Una hija de Lima.

-París y sus misterios. 2 vol.

-El pasado y el porvenir.

-Tour de France, état actuel de la classe ouvrière sous l'aspect moral, intellectuel et matériel.

Anunciada en las dos ediciones de L'Union Ouvrière, de 1844, pero no se publicó.

Conocido por referencia.

ATRIBUIDOS

-Flora la peruana.

Conocido por referencia.

-Mariquita la española.

Conocido por referencia.

Heterobibliografía

LIBROS, FOLLETOS Y OTROS

ABENSOUR, LEON. Le féminisme sous le règne de Louis-Philippe et en 1848. Préface de M. Jules Bois. Paris, Plon, ed., 1913.

Mención: p. 8, 11, 14, 29, 33, 65 y siguientes, 163, 181.

Conocido por referencia.

-. Historie générale du Féminisme, des origines à nos jours. Paris, Delagrave, ed., 1921.

Incluye datos sobre Flora Tristán.

Conocido por referencia.

ALAYZA PAZ SOLDAN, LUIS. Flora Tristán, la viborita de Mahoma.

En su Peruanidad. P. [77]-162. Lima, Tip. El Cóndor, 1962. (Mi país, t. 10).

ALLART DE MERITENS, HORTENSE. «Les enchantements de Prudence, par Mme. P. de Saman». 2 ed. Paris, 1873.

Prólogo de George Sand.

Mención: p. 291.

Conocido por referencia.

-. Lettres a Saint-Beuve (1841-1848). Paris, 1908.

Mención: p. 55.

Conocido por referencia.

ARCINIEGAS, GERMAN. Flora Tristán.

En su Las mujeres y las horas. Buenos Aires, 1961. p. [117]-131.

AVRIL DE SAINT-CROIX, (Mme.) Le féminisme. Préface de Víctor Margueritte. Paris, Giard et Brière, éd., 1907.

Juicio exacto sobre la tendencia de Flora Tristán.

Conocido por referencia.

BENOIT, J. Confessions d'un prolétaire, 1830-1871. Lyon, 1871.

Manuscrito.

Conocido por referencia.

BLANC, ELEONORE. Biographie de Flora Tristán. Lyon, 1845.

Pequeño volumen de propaganda dirigida a los obreros.

Contiene los discursos pronunciados en su entierro.

Conocido por referencia.

BOUGLE, C.-C. Chez les prophètes socialistes. Paris, Alcan, éd., 1918.

Los capítulos: «Saint-Simoniens et ouvriers» y «L'Alliance intellectuelle franco-allemande, 1844», tratan sobre Flora Tristán.

Conocido por referencia.

BOURGIN, HUBERT. Fourier, contribution à l'étude du Socialisme français. Paris, G. Bellais, éd., 1905.

Indispensable para estudiar la evolución de las ideas de F. T., en comparación con las de Fourier.

Conocido por referencia.

BRION, HELENE. Une méconnue, Flora Tristan, la vraie fondatrice de l'internationale. Epône, Société d'édition et de librairie, l'Avenir social. [s. a.]

Texto de una charla pronunciada en Burgos y en Lyon en 1918.

Conocido por referencia.

CAPERON, PAULIN. Inauguration du monument élevé à Bordeaux à la mémoire de Flora Tristan par les travailleurs. Bourdeaux, Imp. de Causerouge [s. a.]

Cuenta rendida por Caperon en nombre de la comisión.

Conocido por referencia.

COMMISSAIRE, SEBASTIEN. Mémoires et souvenirs. Lyon, Paris, 1888.

Relata recuerdos de la infancia y la viva impresión causada por Flora Tristán, cuando habló a los obreros lyoneses en 1844: t. I, p. 108.

Conocido por referencia.

CONSTANT, ALPHONSE. Introduction à l'Emancipation de la Femme ou le Testament de la Paria. Paris, 1845.

Con una bibliografía de las obras de Flora Tristán.

Conocido por referencia.

-. Les trois harmonies. Chansons et poésies. Paris, Fellens et Dufour, 1845.

Contiene: «La folle, chanson composée à l'ocassion de la mort de Mme. Flora Tristan».

Conocido por referencia.

COSSIO DEL POMAR, FELIPE. Arte y vida de Pablo Gauguin (escuela sintetista); con 56 grabados y reproducciones. París, Creté Corbeil, 1930. 4 h., 366 p., 1 h. illus. 23 ½ cm.

Incluye datos sobre Flora Tristán.

«Bibliografía»: p. [362].

-. El hechizo de Gauguin. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1939. 4 h., [11]-227 p., 1 h. 18 cm. (Anteportada: Colección Contemporáneos)

Relato biográfico.

Incluye datos sobre Flora Tristán.

CHARLETY, SEBASTIEN. Histoire de France contemporaine depuis la Révolution jusqu'à la Paix de 1919. Paris, Hachette, 1921.

Mención en: t. V, p. 228: La Monarchie de Juillet.

Conocido por referencia.

CHARNAY, M. Internationale des Travailleurs. Grande Encyclopédie. t. XX, p. 896. Paris [s. a.]

Conocido por referencia.

DOLLEANS, EDOUARD. Le Chartisme, 1830-1848. Paris, A. Floury, éd., 1912.

Cita un resumen de «Paseos en Londres», en donde Flora opina sobre el cartismo.

Conocido por referencia.

ERDAN, seud. DE ALEXANDRE-ANDRE JACOB. La France mystique ou tableau des excentricités religieuses de ce temps. Paris, 1855.

Incluye datos sobre F. T.

Conocido por referencia.

FALCON BRICEÑO, MARCOS. Teresa, la confidente de Bolívar. (Historia de unas cartas de juventud del Libertador). Caracas [Imp. Nacional] 1955. 1 h., [5]-56 p., 6 h. facsím. 21 ½ cm.

Con referencia a la correspondencia que sostuvo Bolívar con Teresa Laisney y al artículo de Flora Tristán sobre dicha correspondencia.

«Bibliografía»: p. [55].

FEE, ANTOINE-LAURENT APOLLINAIRE. Voyage autour de ma bibliothèque. Paris, 1856.

Mención: p. 106-115.

Conocido por referencia.

FESTEAU, LOUIS. Chansons nouvelles. Paris, 1847.

Incluye la poesía «Flora Tristán», muy popular entre los talleres de los obreros.

Conocido por referencia.

FOURNIERE, EUGENE. Le règne de Louis-Philippe...

Mención.

En Histoire socialiste, 1789-1900. Paris, Rouff, éd., 1905. t. VII, p. 488.

Conocido por referencia.

- Les théories socialistes au XIXe. siècle, de Babeuf à Proudhon. Paris, Alcan, éd., 1904.

Datos sobre F. T.: p. 371 y siguientes.

Conocido por referencia.

FREIRE DE JAIME, CAROLINA. «Flora Tristán»; apuntes sobre su vida y sus obras. (Conferencia leída en la sesión del 15 de julio de 1875...)

En Club literario de Lima. Anales de la sección literatura. Lima, 1876, p. 17-46.

FRYDE, IRENA. Flora Tristan, sa vie, son action sociale. [Inédito]

Memoria presentada en la Sorbona en 1913. Muy abreviado pero exacto.

Conocido por referencia.

GARCÍA CALDERÓN, VENTURA. Nuestra santa aventurera.

En su Vale un Perú. París, 1939. p. 151-162.

GARCÍA Y GARCÍA, ELVIRA. Flora Tristán.

En su La mujer peruana a través de los siglos. Serie historiada de estudios y observaciones. Lima, 1924-25. t. I, p. 305-308.

GAUGUIN, POLA. My father Paul Gauguin. New York, A. Knopf, 1937.

Conocido por referencia.

GOLDSMITH, MARGARET LELAND. Cinq femmes contre le monde. Paris «Nouvelle Revue Française», 1937.

Una de ellas: Flora Tristán.

Conocido por referencia.

-. Seven women against the world. London, Methuen, 1935. 236 p.

Una de ellas: Flora Tristán.

Conocido por referencia.

HERVE, GUSTAVE. L'Internationalisme. Paris, Giard et Brière, 1910.

El autor toma a F. T. por un hombre. Cf. Cri de París. 2, juin, 1918. p. 91.

Conocido por referencia.

ISAMBERT, GASTON. Les idées socialistes en France de 1815 à 1848. Le socialisme fondé sur la fraternité et l'union des classes. Paris, Alcan, éd., 1905.

Datos sobre F. T.: p. 281.

Conocido por referencia.

J. M. O. Flora Tristán. Comedia de Sebastián Salazar Bondy. La Prensa. Lima, 31, may., 1959. p. 19.

LASKINE, EDMOND. L'Internationale et le Panfermanisme. Paris, Floury, éd. 1916.

Incluye datos sobre Flora Tristán.

Conocido por referencia.

LASTRES, JUAN B. Dos mujeres de pasión: Flora Tristán...

En su Una neurosis célebre; el extraño caso de «La Mariscala»... Lima, 1945. Cap. IV, p. [121]-151.

LEMONNIER, CHARLES. Souscription pour la tombe de Flora Tristan. [s. a.]

Hoja de suscripción redactada por Lemonnier, presidente del Comité.

Conocido por referencia.

LEROUX, PIERRE. La grève de Samarez. Paris, 1863.

Datos sobre esta huelga y sobre F. T. en: t. I, p. 306; t. II, p. 44.

Conocido por referencia.

MAIGRON, LOUIS. Le romantisme et les moeurs. Paris, Champion, 1910.

Incluye datos sobre F. T.

Conocido por referencia.

MAILLARD, FIRMIN. La légende de la femme émancipée. Histoire de femmes pour servir à l'histoire contemporaine. Paris, Librairie illustrée.

Todo el capítulo VI está consagrado a F. T.; bastante exacto pero escrito en tono burlón y maligno.

Conocido por referencia.

MALON, BENOIT. Les collectivistes français. Revue socialiste, février, 1887. p. 124. Incluye datos sobre F. T.

Conocido por referencia.

-. Exposé des Ecoles socialistes françaises. Paris, 1872.

Datos sobre F. T.: p. 232.

Conocido por referencia.

-. Histoire du socialisme. Paris, 1882. 5 vol.

Mención: parte 2.^a, p. 269.

Conocido por referencia.

-. Le Socialisme intégral. Paris, 1890. 2 t.

Datos sobre F. T.: t. I, p. 182.

Conocido por referencia.

MIRBEAU, OCTAVE. Des artistes. Paris, Flammarion. [s. a]

Comentando a Gauguin, menciona con datos erróneos a F. T.

Conocido por referencia.

MOURICE, CHARLES. Paul Gauguin. Mercure de France, octubre, 1903. p. 100.

Con datos inexactos sobre F. T.

Conocido por referencia.

NÚÑEZ, ESTUARDO. La otra faz de la vida social.

En su Imagen del mundo en la literatura peruana. p. [78]-79. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

PERRUCHOT, HENRI. Flora Tristán, grand-mère de Gauguin. 1961. 8.º (Les Oeuvres libres, N.º 185)

Conocido por referencia.

PORTAL, MAGDA. Flora Tristán, la precursora. Santiago de Chile, 1944.

Conocido por referencia.

-. Flora Tristán, la precursora. Lima, 1945. 34 p. retrato.

«Bibliografía sobre Flora Tristán»: p. [35].

PROUDOHN, PIERRE JOSEPH. Correspondance. Paris, 1875.

Datos sobre F. T. en: Carta al señor Maurice, 27 de julio de 1844. t. II, p. 130.

Conocido por referencia.

-. De la capacité politique des classes ouvrières. [s. i.]

Conocido por referencia.

PUECH, JULES L. Le proudhonisme dans l'Association internationale des travailleurs. Paris, Alcan, éd., 1907.

El prólogo de Charles Andler constituye uno de los juicios más exactos acerca de Flora Tristán.

Conocido por referencia.

- La vie et l'oeuvre de Flora Tristan, 1803-1844. (L'Union ouvrière)... Paris, Lib. des Sciences Sociales et Politiques, 1925. 2 h., iii, 514 p. 1 h. retratos (incl. front.) 22 ½ cm.

En la cubierta: Le socialisme français avant 1848.

«Bibliographie»: p. [487]-502.

QUERARD, JOSEPH MARIE. Tristan (Flora).

En su La littérature française contemporaine, 1827-1849, continuation de la France littéraire; dictionnaire bibliographique. Paris, 1857. t. II.

Conocido por referencia.

R. L. D. Tristan (Flora).

En Michaud, Joseph François. Biographie universelle, ancienne et moderne. t. XLII.

Conocido por referencia.

RALEA, MICHEL. Révolution et socialisme; essai de bibliographie. Paris, Les Presses universitaires, 1907.

Erróneamente incluye como editada «Le Tour de France», obra proyectada por F. T. que no se publicó.

Conocido por referencia.

RECAVARREN DE ZIZOLD, CATALINA. La mujer mesiánica: Flora Tristán. Lima, Eds. Hora del Hombre, 1946. 32 p. retrato 21 ½ cm.

Ensayo biográfico.

REY, ROBERT. Gauguin. Paris, Rieder, éd. 1923.

Con datos inexactos sobre F. T.

Conocido por referencia.

REYNIER, JOSEPH. Mémoires. Lyon, 1898.

Colaboró en la propaganda hecha a Flora Tristán en Lyon de 1844.

Conocido por referencia.

ROMERO DE VALLE, EMILIA. Tristán, Flora.

En su Diccionario manual de literatura peruana y materias afines. Lima, 1966, p. 317-318.

RUGE, ARNOLD. Briefwechsel und Tagebuchblätter (1825-1880). Berlín, 1885.

Conocido por referencia.

-. Zweig Jahre in Paris (Dos años en París). Leipzig, 1946.

Datos sobre F. T. en el cap. XII.

Conocido por referencia.

SALAZAR BONDY, SEBASTIAN. El fabricante de deudas. Flora Tristán. [Lima, etc.] Eds. Nuevo Mundo [Offset Santa Rosa, 1964]. 4 h., 11-140 p., 1 h. 18 cm. (Escritores Latinoamericanos; colección dirigida por José Bonilla Amado)

Teatro.

SAN CRISTOVAL, EVARISTO. Tristán, Flora.

En su Apéndice al Diccionario histórico-biográfico del Perú... Lima, 1938. t. IV, p. 460-463.

SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. Una mujer sola contra el mundo (Flora Tristán, la paria) [Buenos Aires] A. L. A. Club del libro amigos del libro americano [1942] 241, [1] p., 3 h. 19 ½ cm. (Tercera serie, vo. IV).

Bibliografía sobre la vida de flora Tristán: 2.ª h. final.

-. Una mujer sola contra el mundo. Prólogo de José Jiménez Borja. Lima, J. Mejía Baca & P. L. Villanueva [1957] 3 h., 245 p. 22 cm.

«Bibliografía sobre la vida de Flora Tristán»: p. 243.

- Una mujer sola contra el mundo (Flora Tristán, la paria). [Lima] Ed. NuevoMundo [1961] 2 h., 7-214 p., 1 h. 18 cm. (Escritores latinoamericanos; colección dirigida por José Bonilla Amado).

«Discurso (a manera de prólogo)» firmado: J. Jiménez Borja.

SAND, GEORGE. Correspondance. Paris, 1845.

Mención: Lettres à Edouard de Pompéry, janvier, 1845. t. II, p. 331.

Juzga severamente a Flora pero se muestra elogiosa para con Alina a la que recomienda por esposa a Pompéry.

Conocido por referencia.

- Correspondance: carta al señor Maurice, 27 julio 1844. Paris, 1875.

Datos sobre F. T. en: t. II, p. 130.

Conocido por referencia.

SAINTE-BEUVE, CHARLES. Lettres à M. et Mme. Juste Oliver. Paris, 1904.

Mención en: Lettre du 17 août, 1838, p. 95.

Conocido por referencia.

SEGALÉN, VICTOR. Hommage à Gauguin, précédant les lettres de Paul Gauguin à Georges-Daniel de Monfreid. Paris, Eds. Georges Crès, 1918.

Incluye datos sobre la familia Tristán. Algunos errores.

Conocido por referencia.

STAMMHAMMER, Bibliographie des Sozialismus und Kommunismus. Jena, 1893, 2 vol.

Erróneamente incluye «Le Tour de France», obra proyectada por F. T. que no se editó: t. I, p. 250.

Conocido por referencia.

STEIN, LORENZ VON. Geschichte des sozialen Bewegung in Frankreich von 1879 auf unsere Tage. Leipzig, 1850. 3 t.

Menciona erróneamente «Le Tour de France», obra proyectada por F. T. que no se editó: t. II, p. 463, 543.

Conocido por referencia.

STERN, DANIEL. Histoire de la Révolution de 1848. Paris [s. a.]

Mención: Introducción, t. I.

Conocido por referencia.

TAMAYO VARGAS, AUGUSTO. Dos rebeldes: 1.-Flora Tristán, 2.-Manuel González Prada. Lima, Lib. e Imp. Gil, S. A., 1946. 35 p., 1 h. 24 cm.

«Separata de los Nos. 31 y 32 de la Revista 'Letras' órgano de la Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos».

-. Flora Tristán.

En su Apuntes para un estudio de literatura peruana. Lima, 1947, p. 165-168.

TAURO, ALBERTO. Tristán, Flora.

En su Diccionario enciclopédico del Perú. Buenos Aires, 1967. t. III, p. 262-263.

TCHERNOFF, I. Le parti républicain au coup d'Etat et sous le Seconde Empire. Paris, Pedone, éd., 1906.

Mención: Cap. XIII, p. 481: L'«Internationale» en France et ses rapports avec les groupements bourgeois.

Conocido por referencia.

VILLIERS, MARC DE. Histoire des Clubs de Femmes et des Légions d'Amazones, 1793-1848-1871. Paris, Plon, éd., 1910.

Datos parcializados y erróneos; p. 293.

Conocido por referencia.

WEILL, GEORGES. Histoire du parti républicain en France, 1814-1870. Paris, alca, éd., 1900.

Mención: p. 251.

Conocido por referencia.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

ANDRADE, RAÚL. Claroscuro de Flora Tristán. Excelsior. México, 21, ene., 1964. La Crónica. Lima, 25, ene., 1964. p. 6.

ARCINIEGA, ROSA. Flora Tristán, la precursora. Cuadernos Americanos. N.º 6, p. 190-202. México, 1948.

ARCINIEGAS, GERMÁN. Desventuras y atrevimientos de Flora Tristán. La Crónica. Lima, 24, oct.; 1.º, 4 nov., 1958. 1.ª ed. p. 6.

BARBA, JOSÉ GERVASIO. Dos mujeres singulares en nuestra iniciación republicana. Francisca Zubiaga de Gamarra y Flora Tristán y Moscoso. La Prensa. Lima, 20, oct., 1957. p. 6.

BASADRE, JORGE. Al margen de un libro olvidado; Flora Tristán en el Perú. Boletín Bibliográfico. Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos. Vol. I, Nos. 2-3. p. 11-14. Lima, ago-set., 1923.

BERMEJO, VLADIMIRO. Flora Tristán. (Biografía). Revista de la Universidad de Arequipa. N.º 22, p. 19-50. Arequipa, 1945.

BERTAUT, JULES. Une Amazone des Lettres: Flora Tristán. Paris. Les Nouvelles littéraires. 3, novembre, 1923.

Conocido por referencia.

BOIS, JULES. L'éternel Messie féminin. La femme nouvelle. Révue encyclopédique. Paris, 1896. N.º 169. p. 836.

Acerca de Flora Tristán.

Reproducido en: L'Eve Nouvelle. Paris, 1896. p. 227; y en el prefacio al libro de León Abensour.

Conocido por referencia.

CISNEROS G., N. EDUARDO. La accidentada vida de Flora a través de Francia y el Perú. La Crónica, suplemento. Lima, 23, mar., 1952.

DURÁN CANO, RICARDO. Un antecedente olvidado: Flora Tristán. La Tributa. Lima, 29, set., 1964. p. 4.

GARCÍA OROZCO, JUAN. Flora Tristán. La Crónica. Lima, 29, abr., 1955. 1.ª ed. p. 5.

JANIN, JULES. Madame Flora Tristán. La Sylphide. 5, 12, janvier, 1845.

Reproducido en *Le Voleur*. Nos. 69 y 85. Enero, 1845.

Conocido por referencia.

PAVLETICH, ESTEBAN. El centenario de una precursora del socialismo. *América*. Nos. 1, 2, 3; p. 56-58. La Habana, 1944.

PORTUGAL, ANA MARÍA. La proyección de Flora Tristán. *Correo*. Lima, 6, may., 1968. p. 10.

PUECH, JULES L. Une romancière socialiste: Flora Tristán. *Revue socialiste*. 15, février, 1914. p. 132.

Conocido por referencia.

-. La vie de Flora Tristán. *Revue de Paris*. 1.º, décembre, 1910.

Conocido por referencia.

ROMERO DE VALLE, EMILIA. Brillo y ceniza de Flora Tristán. *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Lima, 1965. Nos. 33-34, p. 11-14.

SAND, GEORGE. Lettres à Poncy, du 26 janvier 1844. *Revue des Deux Mondes*. 1.º, août, 1909. p. 618-619.

Demuestra malevolencia respecto a Flora Tristán.

Conocido por referencia.

Sola contra el mundo. *La Prensa*, 7 días del Perú y del Mundo. Lima, 31, may., 1959. p. 14.

STOURM, EUGENE. Madame Flora Tristán. *L'Union*. décembre, 1844.

Conocido por referencia.

TAMAYO VARGAS, AUGUSTO. Flora Tristán. *Palabra*. N.º. 7. Lima, 1944.

Reproducido en su: 150 artículos sobre el Perú. Lima, 1966. p. 323-333.

-. La francesilla de la Casa de los Tristanes; Flora Tristán. *El Comercio*. Lima, 24, abr., 1962. p. 2.

Reproducido en su: 150 artículos sobre el Perú. Lima, 1966. p. 334-336.

THIBERT, MARGUERITE. Féminisme et Socialisme d'après Flora Tristán. Revue d'Histoire économique et sociale. 9e. année, 1921.

Estudio sobre las ideas de Flora Tristán.

Conocido por referencia.

Prefacio

Cuatro veces he visitado Inglaterra, siempre con el objeto de estudiar sus costumbres y su espíritu. En 1826, la encontré sumamente rica. En 1831, lo estaba mucho menos, y además la noté sumamente inquieta. En 1835, el malestar empezaba a dejarse sentir en la clase media así también como entre los obreros. En 1839, encontré en Londres una miseria profunda en el pueblo; la irritación era extrema y el descontento general.

En la obra que ofrezco al público no tengo la intención de pintar todas las miserias del pueblo inglés. Se necesitaría para ello escribir varios volúmenes y la colaboración de diversas personas, o la vida entera de una sola. Quiero solamente bosquejar las pocas cosas que he visto en el país, y hacer conocer las impresiones que he experimentado. Hablando con franqueza, sin temor y también sin miramientos, he esperado abrir el camino por el cual deberán entrar aquellos que quieren realmente servir a la causa del pueblo inglés. Para colmar la fuente de los males, desacreditar los prejuicios, hacer cesar los abusos, es necesario, con paciencia, remontarse a las causas, sin detenerse ni frente a la fatiga ni frente a los sacrificios de todo género y dar a sus investigaciones la mayor publicidad, con aquella intrepidez que caracteriza al apostolado. No me he dejado deslumbrar por la apariencia; no he sido seducida por las brillantes y ricas decoraciones de la escena inglesa, he penetrado entre los bastidores, he visto el disfraz de los actores, el cobre de sus galones, y he escuchado su propio idioma. Frente a la realidad, he apreciado las cosas en su justo valor. Mi libro es un libro de hechos, de observaciones recogidas con toda la exactitud de la que soy capaz; y me he defendido hasta donde ha dependido de mí, del lastre que supone el entusiasmo o la indignación. He señalado los vicios del sistema inglés, a fin de que en el continente se evite aplicarlos y me encontraría ampliamente recompensada si llegara a desengañar a mis lectores de las opiniones erróneas y de las ideas falsas que podrían haberse adoptado ligeramente sobre un país que no se le podría conocer sin haberse impuesto el penoso trabajo de estudiarlo.

Uno de mis amigos que, durante treinta años, ha tenido relaciones con el gobierno inglés, ha escrito algunas apreciaciones sobre la política interior y exterior de Inglaterra, acerca de sus relaciones comerciales con las naciones extranjeras y los pueblos bajo su dominación. Coloco el artículo de mi amigo como introducción encabezando mi libro, porque las ideas que contiene están en armonía con aquellas que he emitido en el curso de mi obra.

En un siglo en que la ANGLOMANÍA invade nuestros hábitos y nuestras costumbres, no deja de ser importante llamar la atención de los autores que, escribiendo sobre

Inglaterra, se han distinguido por la independencia de sus opiniones. Creo por lo tanto útil para las personas que deseen instruirse sobre las costumbres, los usos y la política de Inglaterra, el darles aquí el título de algunas de esas obras.

Obras francesas

L'Angleterre vue á Londres et dans ses provinces; par le maréchal de camp Pillet, 1815.

L'Irlande sociale, politique et religieuse; par M. Gustave de Beaumont, 1839.

De la Décadence de l'Angleterre, etc.; par B. Sarrans jeune, 1839.

La grande-Bretagne en mil huit cent trente-trois; par Auguste Barbier.

Obras inglesas

Prostitution in London, 1859; by M. Ryan.

A vindication of the rights of woman (Défense des droits de la femme); by Mary Wollstonecraft, 1872.

- I -

La ciudad monstruo

¡Qué inmensa ciudad es Londres! ¡Cómo, esta grandeza, fuera de toda proporción con la superficie y la población de las Islas Británicas, recuerda inmediatamente el espíritu y la opresión de la India y la superioridad comercial de Inglaterra! Pero las riquezas, provenientes del éxito de la fuerza y de la astucia, son de naturaleza efímera. Aquellas no durarán sin destruir las leyes universales que quieren que, un día, el esclavo rompa sus hierros, los pueblos sojuzgados sacudan el yugo y que las luces útiles al hombre se expandan a fin de que la ignorancia sea también vencida.

¿Cómo será entonces la sombra extendida de aquella orgullosa ciudad? ¿Sus proporciones gigantescas sobrevivirán al poder exterior de Inglaterra y a la supremacía del comercio inglés? ¿Aquellas vías férreas que surcan la monstruosa ciudad en toda dirección, le asegurarán un crecimiento sin límites? Tales son las preocupaciones del pensamiento frente a la visión de las oleadas de gente que se discurren silenciosas en la oscuridad de aquellas largas calles, ante la vista de aquel prodigioso cúmulo de casas, de navíos y de cosas; y se experimenta a necesidad de entregarse al examen de hombres de toda clase y de sus obras de toda especie, a fin de encontrar una solución a las dudas con las cuales el espíritu se agita.

A primera vista, el extranjero queda admirado por el poder del hombre; más tarde queda como abrumado por el peso de esa grandeza y se siente humillado por su pequeñez. -

Aquellos innumerables barcos, navíos, edificios de toda inmensidad, de toda denominación que, a través de largas leguas, cubren la superficie del río al cual reducen al espacio estrecho de un canal; la grandiosidad de aquellos arcos, de aquellos puentes que se creería arrojados por gigantes para unir las dos riveras el mundo; los docks, inmensos depósitos o tiendas que ocupan 28 acres de terreno; aquellas cúpulas, aquellos campanarios, aquellos edificios a los cuales los vapores dan formas extrañas; aquellas chimeneas monumentales que lanzan al cielo su negro humo y anuncian la existencia de grandes fábricas. -La aparición indecisa de objetos que os rodean; toda esta confusión de imágenes y de sensaciones turba el alma, estando ésta como anonadada. ¡Pero es sobre todo por la noche que hay que ver Londres! ¡Londres, con mágicas claridades de millones de lámparas que alimenta el gas, aparece resplandeciente! Sus largas calles, que se prolongan al infinito; sus tiendas, donde los flujos de luz hacen brillar de mil colores la multitud de obras maestras que la industria humana produce; aquel mundo de hombres y mujeres que pasan y repasan alrededor de uno; todo ello produce la primera vez, un efecto embriagador. Mientras que, de día, la belleza de las veredas, el número y elegancia de los jardines, cuyas rejas de estilo severo, parecen alejar del gentío el hogar doméstico, la extensión inmensa de los parques, las curvas gráciles que los delinear, la belleza de los árboles, la multitud de carruajes soberbios, tirados por magníficos caballos, que recorren las rutas, todas aquellas realizaciones espléndidas tienen algo de magia que ofusca el juicio; además, no hay extranjero que no se sienta fascinado al entrar en la metrópoli británica. Empero, me apresuro en decirlo, esta fascinación se desvanece como una visión fantástica, como el sueño de la noche; el extranjero retorna pronto de su encantamiento; del mundo ideal cae en todo lo que el egoísmo tiene de más árido y la existencia de material.

Londres, centro de capitales y de negocios del imperio británico, atrae incesantemente nuevos habitantes; pero las ventajas que, bajo esa relación, ofrece a la industria están balanceadas por los inconvenientes que resultan de la enormidad de las distancias. Esta ciudad es la reunión de varias ciudades, su extensión se ha vuelto demasiado grande para que se pueda frecuentar o conocer. ¿Cómo mantener relaciones seguidas con su padre, su hija, su hermana, sus amigos, cuando para hacerles una visita de una hora, es necesario emplear tres para el trayecto y gastar ocho o diez francos de coche?- Las fatigas extremas que se sufren en esta ciudad no podrían concebirse sino por aquellos que la han habitado, al tener negocios o atormentados por el deseo de verla.

Los viajes ordinarios son de una legua y media a dos leguas. -De esta manera, por pocos asuntos que tenga una persona, está expuesta a caminar de cinco a seis leguas al día; puede imaginarse fácilmente el tiempo que pierde: como término medio, la mitad del día la pasa recorriendo las calles de Londres. -Si el ejercicio moderado es saludable, nada mata más la imaginación ni paraliza el espíritu y el corazón que una fatiga extrema y permanente. El londinense, que regresa a su casa por la noche, agotado por los viajes del día, no podrá estar alegre, ni espiritual, ni dispuesto a entregarse a los placeres de la conversación, de la música o de la danza.- Las facultades intelectuales, de las que estamos dotados, desaparecen por las fatigas corporales llevadas al exceso, igualmente que la sobreexcitación

de esas facultades afecta debilitando las fuerzas físicas: es así como vemos al hombre del campo de regreso a su casa después de doce horas de penosa labor, no experimentar sino el deseo de comer y dormir para reparar sus fuerzas, y a su inteligencia permanecer inerte, por poderosos que sean sus recursos: ¡Tal es el destino de los habitantes de la monstruo ciudad!, siempre agobiados por la fatiga, de la cual su fisonomía ha tomado la huella y su carácter se ha tornado agrio.

Londres tiene tres sectores bastante diferentes: La cité, el west end y los faubourgs. La primera es la antigua ciudad, que, a pesar del incendio ocurrido bajo el reinado de Carlos II, ha conservado gran número de pequeñas callecitas estrechas, mal alineadas, mal construidas, y los bordes del Támesis obstruídos por casas bañadas en sus cimientos por las aguas del río. Se encuentra por lo tanto independiente de sus nuevos esplendores, una cantidad de vestigios de los tiempos anteriores a la restauración y el reinado de Guillermo III. Se ve una multitud de iglesias y de capillas pertenecientes a todas las religiones, a todas las sectas.

Los habitantes de esta división son considerados por aquellos del west end como los John Bull de pura sangre; son, en su mayor parte, excelentes mercaderes que se equivocan raramente acerca de sus intereses y a quienes nada afecta, salvo estos mismos intereses. - Las tiendas, donde muchos de ellos han hecho grandes fortunas, son tan sombrías, tan frías y tan húmedas, que la aristocracia del west end desdeñaría semejantes locales para guardar sus caballos.- Los hábitos, las costumbres y el lenguaje de la cité se hacen notar por sus formas, sus matices, sus usos, sus locuciones que los elegantes del west end llaman vulgarity.

El west end está habitado por la corte, la alta aristocracia, el comercio elegante, los artistas, la nobleza provinciana y extranjeros de todos los países; -esta parte de la ciudad es soberbia;- las casas están bien construidas, las calles bien alineadas, pero extremadamente monótonas. Allí se encuentran los brillantes coches, las damas magníficamente engalanadas, los dandys caracoleando sobre caballos magníficamente enjaezados, un mundo de criados cubiertos de ricas libreas y armados de largas varas con empuñadora de oro y de plata.

Los faubourgs, arrabales a causa de los arrendamientos baratos, encierran a los obreros, las mujeres públicas y aquella turba de hombres sin destino que la falta de trabajo y los vicios de toda clase conducen al vagabundaje, o a quienes la miseria y el hambre fuerzan a convertirse en mendigos, en asaltantes, asesinos. El contraste que presentan los tres sectores de esta ciudad es aquel que la civilización ofrece en todas las grandes capitales; pero es más chocante en Londres que en ninguna otra parte. Se pasa de esa activa población de la cité que tiene por el único móvil el deseo de ganar, a aquella aristocracia altanera y despectiva, que viene a Londres cada año para escapar a su tedio y hacer muestra de un lujo desenfrenado, o para gozar del sentimiento de su grandeza a través del espectáculo de la miseria del pueblo.

Finalmente, en los arrabales está aquella masa de obreros tan flacos, tan pálidos y cuyos niños tienen un semblante tan lastimoso. Enseguida los enjambres de las prostitutas de andar desvergonzado, de miradas lúbricas; aquellas brigadas de hombres ladrones de

profesión que, como aves de presa, salen cada noche de sus guaridas para lanzarse sobre la ciudad, donde roban sin temor y se entregan al crimen, seguros de poder desaparecer de la persecución de la policía, que es insuficiente para alcanzarlos en tan inmensa extensión.

- II -

Acerca del clima

Las vibraciones son proporcionales a la tensión de las cuerdas, a la elasticidad de los cuerpos sonoros, y la vida, el movimiento, al calor, la sequedad o la humedad; el frío o el calor transforma a todos los seres. ¡Cuántas diferencias morales se explican por la diversidad de los climas! -En el Mediodía, dominan la vivacidad de las visiones, el brillante estallido de la imaginación; es una vida rápida, interrumpida por largos ratos de ensueño o indecisión.- En el Norte, las percepciones de los sentidos no llegan sino una a una a la inteligencia, la investigación es tranquila, no descuida nada, y la acción lenta, monótona, tiene más constancia; pero, desde la oscuridad, de Laponia, la escala es graduada; yendo hacia el norte el imperio de las necesidades se acrecienta, las penas y las recompensas corporales se convierten en casi los únicos móviles del hombre, mientras que en el mediodía la naturaleza pródiga permite al alma el goce de sí misma; también el sentimiento de los bienes y de los males de este mundo es menos vivo y los pueblos son más accesibles que en el norte a la influencia del pensamiento religioso.

A los vapores que en el océano recorren constantemente las Islas Británicas, se une en las ciudades inglesas la atmósfera pesada, insalubre de la caverna de los cíclopes. -Los bosques no alimentan más el hogar doméstico y es el combustible el invierno arrancado de las entrañas de la tierra el que aparece; -quema por todas partes, alimenta innumerables hornos, sustituye en los caminos a los caballos y a los vientos en los ríos y los mares que bañan tal imperio.

A aquella enorme masa de humo sobrecargada de hollín que exhalan los millares de chimeneas de la monstruosa ciudad se une una niebla espesa, y la nube negra que envuelve Londres no permite penetrar más que un día empañado y esparcido sobre todos los objetos como un velo fúnebre.

En Londres se respira la tristeza; ésta se encuentra en el aire, entra por todos los poros. - ¡Ah nada tan lúgubre o más espasmódico que el aspecto de esta ciudad en un día de niebla, de lluvia o de frío negro!- Cuando se es atacado por aquella influencia, la cabeza está dolorida y pesada, el estómago apenas funciona, la respiración se hace difícil por falta de aire puro y se sufre un cansancio abrumador; entonces uno es cogido por aquello que los ingleses llaman spleen. Se siente una desesperación profunda, un dolor inmenso, sin que se pueda decir la causa; un odio violento por aquellos a quienes uno quería más, en fin un disgusto por todo y un deseo irresistible de suicidarse. En aquellos días Londres toma una fisonomía pavorosa; uno se imagina errar en la necrópolis del mundo, se respira un aire sepulcral, el día es descolorido, el frío es húmedo, y aquellas largas hileras de casas uniformes, con pequeñas ventanas en guillotina, tienen un tinte sombrío, rodeadas de rejas

negras, que parecen dos hileras de tumbas prolongándose al infinito en medio de los cuales se pasean los cadáveres esperando la hora de su sepultura.

En esos días nefastos, el inglés, bajo la influencia de su clima, es brutal con todos los que se le aproximan; -es empujado y empuja sin recibir ni dar excusa;- un pobre viejo cae de inanición en la calle, sin que él se detenga a socorrerlo; -va a sus asuntos y poco le importa el resto. Se apresura en terminar con su tarea del día, no para regresar a casa, donde no tendría nada que decirle a su mujer o a sus hijos, sino con el fin de ir a su club, donde comerá muy bien y solo, porque hablar para él es una fatiga. Más tarde se embriagará y olvidará en el sueño de su ebriedad el pasado tedio y las penas del día. Muchas mujeres han recurrido al mismo medio. Lo que importa antes que todo es olvidar que se existe; el inglés no está más alcoholizado por la naturaleza que el español, que no bebe sino el agua; pero el clima de Londres haría del español más sobrio, un borracho.

El verano en Londres no es de ninguna manera más agradable que el invierno; la frecuencia de las lluvias frías, la naturaleza pesada de una atmósfera sobrecargada de electricidad; aquella continua variación de temperatura provoca resfriados, cólicos, dolores de cabeza, de suerte que hay por lo menos tantos enfermos en verano como en el invierno.

El clima de Londres tiene algo tan irritante que hay muchos que no pueden habituarse a él; por esto es materia de permanentes lamentos y maldiciones.

- III -

El carácter de los londinenses

Existe tan grande diferencia entre el clima de Inglaterra, el de Londres particularmente, y el de los países del continente situados bajo los mismos paralelos que, deseando hablar del carácter de los londinenses he debido subrayar los efectos que pertenecen propiamente a su clima. No tengo en lo menor la intención de analizar las numerosas y diversas influencias que modifican la individualidad humana, de examinar el grado de acción que pueden tener el clima, la educación, los alimentos, las costumbres, la religión, el gobierno, las profesiones, la riqueza, la miseria, los acontecimientos de la vida, que hacen que tal pueblo sea grave, lleno de heroísmo y de orgullo, y tal otro bufón, apasionado por las artes y los goces de la vida; que hace a los parisienses alegres, comunicativos, francos y valientes, y a los londinenses serios, insociables, desafiantes y tímidos, huyendo como liebres delante de los policemen armados de un pequeño bastón; ni de averiguar por qué tal opulento miembro parlamentario es venal, y tal poeta o artista no elegible es incorruptible; por qué los ricos son tan insolentes y los pobres tan humildes, los unos tan duros y los otros tan compasivos. He allí un largo estudio para el cual la vida de varios filósofos alemanes no sería suficiente. Me atenderé por lo tanto a esbozar a grandes rasgos el carácter general de los habitantes de Londres, sin pretender no obstante conseguir la universalidad en el tipo; necesariamente muchos deben descartarse de ello. El hombre de genio es en todas partes un ser aparte que obtiene más de la naturaleza de su organización que de las influencias exteriores. Dejo por lo tanto un campo vasto a las excepciones y no diseño sino esta

fisonomía banal que la monstruosa ciudad imprime como su sello sobre aquellos que viven en su seno.

El londinense es muy poco hospitalario. La carestía de la vida, el tono ceremonioso que regula las relaciones se opone a todo lo demás. Por otra parte está demasiado ocupado con sus asuntos y no le queda tiempo para estar de fiesta con sus amigos; no hace por lo tanto invitaciones ni muestra amabilidad sino por motivos de interés; es puntual en sus relaciones de negocios: la extremada longitud de las distancias impone la rigurosa necesidad; el londinense se creería perdido en el concepto público si llegara dos minutos después de la hora fijada para la cita. Es lento para tomar una resolución porque calcula las posibilidades diversas que puede ofrecer, y es en él prudencia y no vacilación; porque más que a los ingleses de los otros puertos de mar, los grandes asuntos le placen; se puede decir más aún que es un jugador de negocios. Cuando está decidido se muestra franco y su proceder es firme; encuentra casi siempre más facilidades y ayuda en sí mismo que si estuviera comprometido. Lleva la constancia en sus empresas hasta la obstinación. Mantiene bajo juramento el terminar lo que ha comenzado y ni las pérdidas de dinero o de tiempo ni ningún obstáculo lo podrían detener. En sus relaciones de familia es frío, ceremonioso, exige mucha atención, consideraciones y respeto, y se hace un deber el rendir aquella misma atención, respeto y consideraciones. Con sus amigos es muy circunspecto y aun desafiante; no obstante se esfuerza mucho para hacerse agradable a ellos; pero lleva raramente la amistad hasta obligar a su bolsillo. Con los extranjeros hace alarde de una modestia que no tiene o toma un aire soberbio lo cual es bastante ridículo. Frente a sus superiores es flexible, lisonjero y lleva la adulación hasta la bajeza frente aquellos de los cuales espera algo. Para sus inferiores es brutal, insolente, duro, inhumano.

El londinense no tiene opinión de sí o gustos que le sean propios: sus opiniones son las de la mayoría elegante; sus gustos aquellos establecidos por la moda.

Aquella servil observancia de la moda es general a toda la nación. No hay pueblo en Europa donde la moda, la etiqueta y los prejuicios de toda naturaleza se hagan obedecer con tanta tiranía. La vida, en Inglaterra, se encuadra en mil reglas pueriles, absurdas, como aquellas de los monasterios y son molestosas en exceso. Si se llega a incumplirlas todos en masa se dan por ofendidos. El temerario es desterrado de la sociedad, excomulgado para siempre. Aquella violenta animosidad contra el que quiera conservar los rasgos de su individualidad hace suponer que la envidia, aquella mala pasión del corazón humano, es llevada en Inglaterra más lejos que en ningún otra parte. La gran mayoría está en todas partes bastante por debajo de lo mediocre: ella odia a aquellos que sobresalen y que le dan conciencia de su nulidad; así se irrita la susceptibilidad inglesa por poco que uno se aleje de la línea trazada. La impresión tomada por el daguerrotipo de un público de Regentstreet, de Hyde-Park, sería notable por sus expresiones facticias, y aquel sometimiento a la conservación que representa toscamente las pinturas chinas.

El londinense profesa el más grande respeto por las cosas establecidas y se muestra religioso observador de las reglas que el uso ha consagrado; obedece también a todas las exigencias de los prejuicios de sociedad y de secta, y aunque sienta a menudo que su razón se subleva, se somete en silencio y se deja golpear por los lazos que no ha tenido suficiente fuerza moral para romper.

Sus sentimientos de odio contra los extranjeros, particularmente contra los franceses, fomentados con tanto cuidado en las masas por la aristocracia, se borran, cada día, a pesar de los esfuerzos del torismo para mantenerlos. Es también de buen tono entre los londinenses el aparecer libre de obligaciones bajo pena de ser tomado por un John Bull de la ciudad; sin embargo, sea por rivalidad comercial o envidia, están celosos de los franceses. Su odio se muestra a cada palabra con una intensidad que aumenta aun los cuidados que toman de disimularlo.

La pasión dominante del londinense es el lujo: estar bien vestido, bien alojado, tener un coche personal que lo ponga sobre un pie respetable es el sueño de toda su vida, el objeto de su ambición. Al lado de esta pasión se encuentra otra cuyas proporciones son gigantescas: es el orgullo, al cual sacrifica todo, afecto, fortuna, porvenir.

El londinense vive apenas la vida del corazón; en él el orgullo, la vanidad, la ostentación tienen demasiado lugar. Habitualmente es triste, silencioso y se aburre mucho; los negocios no excitan su interés sino por la grandeza de los riesgos y de los resultados; busca continuamente distraerse, no atina a nada y raramente lo consigue; cuando su profesión y su posición de fortuna no oponen obstáculos insuperables, viaja sin cesar, llevando siempre consigo aquel tedio profundo que deja tan raramente penetrar un rayo de sol en su alma; sin embargo ocurre a veces que aquel ser, que se supone destinado únicamente a constatar los aburrimientos de la raza humana «to be the recorder of human distresses», sale de su taciturnidad; entonces se pasa al extremo opuesto. Con ruidosos estallidos de risa, gritos salvajes, cantos burlescos y por saltos y brincos se manifiesta aquella alegría accidental. Tal contraste produce una impresión penosa.

Al ver la comodidad elegante de la cual goza el londinense rico, se podría creer que es feliz; pero si se quiere darse el trabajo de estudiar la expresión de su fisonomía se reconoce en sus rasgos que llevan la huella del tedio y el cansancio y en sus ojos se advierte que la vida del alma está apagada y la actitud del cuerpo manifiesta no solamente que no es feliz sino que está en condiciones que le impiden aspirar a la felicidad.

- IV -

Los extranjeros en Londres

Londres, por su comercio y grandes riquezas, atrae a un gran número de extranjeros casi todos industriales: se puede decir los unos pertenecen al comercio y los otros a la intriga.

Se me ha asegurado que más de quince mil franceses habitan en Londres; los alemanes y los italianos se encuentran también en gran número; desde los últimos acontecimientos los españoles y los polacos afluyen; me sería imposible precisar la cifra de cada una de estas emigraciones. No hablo de las otras naciones que tienen todas sus representantes en la ciudad monstruo, no poseyendo ningún dato a ese respecto; pero es preciso hacer notar que jamás en Inglaterra el pueblo ha designado a un extranjero, de la parte del continente que

fuera, con otro epíteto que el de «francés» (Frenchman); en Oriente, igualmente, todos los europeos son llamados Fracs, como si el nombre de francés o de hombre libre debiera ser un día adoptado por toda Europa.

Con la excepción de los refugiados, todos esos extranjeros vienen por negocios: entre ellos se encuentra un gran número de obreros de diferentes oficios, gentes honestas que trabajan laboriosamente para sostener a su familia; después están los negociantes haciendo el comercio al por mayor o en detalle: los artistas contratados por los teatros, los profesores consagrados a la enseñanza, los médicos, el cuerpo diplomático y, en fin, una masa flotante de viajeros que no se detienen en el país sino un mes o dos. En cuanto a aquellos que están establecidos o house keepers (dueños de casa), el inglés más desconfiado no podría suscitar ninguna duda acerca de su respetabilidad, y gozan por lo tanto de la estimación que les es debida. Ocurre lo mismo con los viajeros cuya residencia en Inglaterra es justificada a los ojos de todos.

Los extranjeros sin capital o crédito para dedicarse al comercio y que no ejercen ni profesión, ni oficio, tienen necesidad de vivir, como los demás, y, sin objeción, son los que despliegan la más grande fecundidad de imaginación. Nada es más ridículo, más cómico, que los medios que emplean para introducirse en las sociedades inglesas; habiendo descubierto pronto la gran importancia que no solamente la aristocracia y la alta finanza sino aun la burguesía y hasta los pequeños tenderos atribuyen a los «títulos», se adornan rápidamente de los títulos de barón, marqués, conde, duque, coronel, general, etc., etc.; adornan sus ojales con la «cruz de honor» o de «San Luís»; y aunque las decoraciones, poco numerosas en Inglaterra, no se llevan sino en la corte, los ingleses están encantados de recibir en casa al «caballero de la legión de honor». La cruz de honor indica todavía a sus ojos respetabilidad. ¡Ay! ¡Ignoran que ella ha encontrado su Gólgota sobre el pecho de los espías!

Es divertido ver a un viajante, a un peinador, o a cualquier otro individuo, sin la menor educación, firmar los más bellos nombres de Francia con un aplomo y una facilidad que pueden hacer creer que se han llamado siempre el chevalier de Choiseul o el viconte de Montmorency. ¡Todos aquellos que son viejos han sido por lo menos «mariscales de campo en el gran ejército, y condecorados por el gran hombre»!. Los jóvenes son invariablemente «carlistas»; ellos eran por lo menos «coroneles» bajo Carlos X, y no quieren habitar Francia, porque su rey ha sido desterrado.

En fin, en Londres, la manía de los títulos se lleva tan lejos, que las «mujeres mantenidas» y aun las «mujeres públicas» se sirven de ellos como «medios de éxito»; aquellas damas se hacen llamar la señora marquesa de...; la señora baronesa de..., la señora condesa de...; y hacen uso también sin recato de las armas de la familia de la cual han tomado el nombre y el título; sellan sus esquelas amorosas con uno de aquellos magníficos sellos de forma antigua, de rico blasón; sus ropas y su platería son marcadas con la cifra de su linaje, y en fin sus lacayos cuando los tienen, lo cual es bastante raro, llevan una librea feudal. Se concibe que en un país donde «la apariencia es todo», una prostituta así ataviada ridículamente con vestidura aristocrática, debe jugar un cierto papel..., y a veces hacer fortuna. Las francesas son finas, y viviendo en el país clásico del «anuncio» y de la «propaganda» aprenden bastante rápido las maneras. Escuchareis a los ingleses decir,

hablándoles de una mujer galante: oh, es una dama de muy buena familia; es sobrina el conde de la Rochefoucauld, -o, es pariente de la familia de M. de Broglie, etc. pero no hay ningún inglés en el mundo que pueda creer en semejante «farsa».

He visto allí una «colección» de barones, condes y marqueses verdaderamente curiosa. Muchos de ellos están bajo la sospecha de ser pagados por el gobierno francés; la policía, se dice, hace vigilar los pasos de los refugiados republicanos en Londres; los otros son «elegantes caballeros» que en muy buena forma buscan cómo vivir.

Aquellos nobles señores hablan de sus grandes hechos de armas, le hacen la corte a la hija de la casa, cantan la romanza y al mismo tiempo buscan envolver al padre en algún «negocio». ¡Casi todos esos señores poseen los «secretos» de mayor importancia para la industria! Aquel convierte en tabaco «no importa qué especie de hojas»; aquel otro fabrica un papel soberbio con una pasta «desconocida» que no cuesta «casi nada»; por fin otro más audaz se presenta descaradamente y dice: señores ingleses, hasta aquí ustedes han empleado para obtener el gas los medios más costosos; yo he tenido la felicidad de descubrir nuevos procedimientos que darían a los accionistas el «¡quinientos por ciento de beneficio!». ¡Yo hago el gas de la «nada»! Un poco de «tierra» y de «aire», y eso es todo. Después es el «filtro monstruo» para dar agua clarificada a toda la ciudad de Londres. He aquí la cerveza excelente en la cual no entra ni «lúpulo» ni «cebada». Aquellos que quieren librar a los ingleses del derecho enorme que su gobierno ha puesto sobre los vinos, en su amor por la libertad comercial, fabrican «vinos de Bordeaux y de Champagne» a precios tan moderados que el pueblo mismo podrá tomar. Hacen, sin vinos, vinagre tan bueno como aquel de Bordeaux, y aguardiente que disputa al cognac. No terminaría si quisiera enumerar el sin número de maravillas de los secretos de estos señores.

Los ingleses se han visto forzados a reconocer que en Francia se hace más descubrimientos que entre ellos. La imaginación francesa ha proporcionado frecuentemente a Inglaterra los medios de fortuna; sin remontarse muy lejos, se puede observar que la máquina de drenar fue inventada en el año VII por un ingeniero francés residente en Saint-Germain; el procedimiento para la fabricación del papel continuo es de Didot, y el sistema de hilado para el lino es de Girard. Todas esas invenciones han sido perfeccionadas y aplicadas en Inglaterra, de donde nosotros las hemos tomado nuevamente. Los ingleses tienen tal tenacidad que les permite tener éxito, por las mejoras sucesivas, en una invención cuyo principio fecundo quedaría inerte en Francia. Las máquinas de Girard languidecían luego de varios años, cuando los ingleses las adoptaron y pronto, después de algunas mejoras, el hilado del lino en Inglaterra ha tomado tal desarrollo, que está en vísperas de arruinar nuestra industria del lino, por la absurda concesión de nuestro gobierno frente a un régimen que no concede nada y busca siempre incautos.

Luego, los ingleses están generalmente dispuestos a prestar atención a los descubrimientos que los franceses pretenden haber hecho, porque todos los días les vienen de Francia procedimientos químicos y mecánicos nuevos, y artistas que ayudan a sus manufacturas a sostener la formidable concurrencia continental. Aquella disposición, tan honorable como benévola a nuestro favor, es desgraciadamente explotada por los charlatanes cuyas maniobras permiten acusar a los franceses de mala fe y de fraudulentas

intrigas, perjudican a los verdaderos inventores, son causa de que los espíritus emprendedores no osen entregarse a nuevas tentativas y por ello, demoran el progreso.

Los ingeniosos descubrimientos hacen esperar a veces resultados que no son efectivos en las primeras experiencias, sin que la buena fe del verdadero inventor pueda ser sospechosa en nada; de este inventor, de este misionero de la Providencia al charlatán, existe tanta distancia como de Rossini a un tambor, del estilo de Walter Scott al «puff» de la propaganda del librero. Por consiguiente si «John Bull» se deja engañar, es que le ocurre muchas veces tener demasiada confianza en sí mismo; el charlatán no podría engañar al hombre instruido en la ciencia con la cual se relaciona el supuesto descubrimiento. John Bull se decide sin consultar a nadie, porque se ha tenido la habilidad de persuadirle que él sabe lo suficiente para juzgar por sí mismo; para tal privilegio tiene tres móviles que no pueden escapar a la observación: el orgullo, la codicia, la gula. Los intrigantes, de los que acabo de hablar, no teniendo artistas culinarios a sus órdenes, no pueden servirse del motor último; pero manejan muy hábilmente los dos primeros; y, cuando John Bull es explotado, él lanza fuego y llama contra esos ¡pilllos de franceses! ¡En su cólera estúpida, engloba toda la nación, la trata de canalla, etc., etc., pues el dinero de John Bull se gana siempre tan honorablemente, que verdaderamente es un crimen que clama venganza ante Dios hacerle perder la menor parte! Las quejas de las víctimas se parecen bastante a las del

«...Corbeau sur un arbre perché».

Si John Bull no otorgara ningún valor a los títulos y condecoraciones, él no daría jamás su hija, con una rica dote, a un intrigante revestido de títulos verdaderos o falsos y llevando en el ojal cintas de diversos colores. Los «gentlemen» que han visitado Francia no se dejan sorprender; ellos saben muy bien que la nobleza francesa no se parece en nada «a los que se dicen nobles» que callejean en Londres.

Estas consideraciones me han decidido a escribir este capítulo de «Los extranjeros en Londres». He aspirado a enseñar a los ingleses a conocernos; a no dejarse engañar por groseras apariencias; a diferenciar el docto del charlatán; el hombre verdaderamente noble del intrigante, el duque de su lacayo, la duquesa de su doncella. Quisiera que John Bull no profririera jamás quejas absurdas y que, en su irritación, no injuriara toda la nación, cuando él no debe echar la culpa sino a sí mismo.

En mayo de 1839, el número de franceses en Londres aumentó de pronto; desde 1830 ha sido lo mismo después de cada revuelta parisina, cuyas oleadas han venido siempre a expirar en la ciudad monstruo; además, algunos franceses, que se podría contar fácilmente, han venido allí con el príncipe Napoleón Luis Bonaparte. Si yo hablo de esto, es para probar cuán poco fundadas son las aserciones por las cuales el Capitolio quería hacer suponer que su príncipe representa un papel en Londres.

Los londinenses, habituados desde la revolución francesa a la presencia de augustos emigrados y de ilustres personajes, parecen completamente indiferentes y no atribuyen la menor importancia política a los «deux prétendants» que residen actualmente en su ciudad. -El que se dice duque de Normandía, que toma modestamente el título de «Luis XVII», se pasea llanamente a pie (y con causa) en Regent-street, sin que nadie lo salude; el

infortunado «rey» se consuela del desprecio de la gente, ordenando a sus «gentes» (que se componen de dos sirvientes) que llamen a su hijo «monseigneur le Dauphin» y a su hija «Mademoiselle». El segundo «pretendiente» recorre frecuentemente el Regent-Park en coche o a caballo; pocas personas parecen conocerlo. Si usted está con algún francés o inglés, elegante, él lo señalará y entonces otro dirá: ved allí al «príncipe Napoleón»; el otro dirá: aquel señor es el «primo de Napoleón». He escuchado a un joven inglés decirme con una perfecta indiferencia: es el «hijo de Napoleón». ¿Qué importa en efecto el grado de parentesco?, es el «solo nombre de Napoleón» el que vive en la memoria de los hombres; cada uno siente que él fue el hombre de la «época» y que no puede haber sucesor ni de su genio ni de su poder.

En un tiempo en que la multiplicidad de opiniones deja al observador indeciso sobre lo que piensa la mayoría, en que la apatía política y religiosa hace nacer las esperanzas de los hombres de partido y jefes de sectas, se encuentran personas que han juzgado la ocasión favorable para hacer «desfilar» a Napoleón frente al público, y que han obtenido algunos efectos haciendo resonar las armas destrozadas del gran ejército. Los franceses, apasionados por la gloria, se recrean, en el seno de la paz, con los relatos guerreros, con las representaciones de batallas, sin que por ello el gobierno del sable sonría mucho a su imaginación, que veinticinco años de paz han vuelto muy positivo. Pero, desde el instante en que ciertas gentes parecen soñar seriamente en fundar un partido político sobre los recuerdos de una gloria militar, yo he querido, por mi cuenta, emitir una opinión acerca del «gran hombre». Comienzo diciendo que no tengo por su memoria ni odio ni entusiasmo; y no pienso de ninguna manera, como madame de Stael, que Napoleón es «Robespierre a caballo». Aquellos dos déspotas necesitan de títulos diferentes. Simples agentes del gran hecho revolucionario, ni el uno ni el otro tuvieron conciencia de su misión, y los acontecimientos han dicho que, sobre la Isla de Santa Elena el ex-emperador creía todavía en la «razón humana».

Los acontecimientos de la revolución francesa son tan grandes que aniquilan a los hombres. Los jefes desaparecen, sea cual fuere su talento, tan pronto como ponen obstáculos a la marcha revolucionaria: es el espíritu de Dios el que la conduce; los hombres son impotentes para guiarla, combatirla o traicionarla. Todos la sirven sin quererlo, y aun cuando parezcan perseguir un objetivo opuesto.

El interés individual y el interés unitario, siguiendo en orden a la reunión de los hombres en la sociedad, son los dos móviles de la lucha. No hay querrela civil o religiosa ni guerra que no puedan ajustarse a aquellos dos principios: pero la lucha los acerca y su tendencia es la de confundirse. Tal progreso lo revela la historia humana a quien sabe leerla.

Francia, en proa a la anarquía, aceptó el 18 brumario la espada de Napoleón bajo la condición implícita de consolidar la libertad y conquistar la paz. Si el país había querido regresar al despotismo era inútil derramar tanta sangre.

Los hombres son eminentes en los fastos humanos por la influencia que sus trabajos han tenido sobre el porvenir de las sociedades, y por el dominio que han ejercido. Napoleón es el soberano que más lejos ha llevado el poder de la fuerza sobre los pueblos que dominaba. Su poder cogía al pobre en su choza, al rico en su palacio, sin que ninguno pudiera

sustraerse; ¿pero qué nos ha dejado de durable?, ¿cuál es aquella de sus instituciones la que ha mejorado la suerte de la humanidad, que ha sido de una utilidad permanente? Aquellos códigos de los que se ha querido hacer un título de gloria personal son, al juicio de todos los legistas, bastante inferiores a la legislación llamada «intermediaria» que existía a su llegada al poder. Ha sustituido los principios liberales de la legislación republicana, por sus prejuicios, sus instintos de tiranía; ha transformado el matrimonio en servidumbre, al negociante en hombre sospechoso, ha atentado contra la igualdad; ha establecido los mayorazgos, la confiscación; ha asimilado la no revelación al crimen; ha sustraído las actas de los agentes de la autoridad en los juicios de los tribunales; ha anulado prácticamente el jurado; a instituido las evocaciones en el consejo de Estado, las cortes prebostales y ha arrancado al pueblo el nombramiento de los magistrados.

Asignaba todos los empleos, alcaldes, adjunto y guardia campestre, notarios y escribanos de cámara, jueces y consejeros, obispos y arzobispos, prefectos y heraldos, en fin toda autoridad emanaba de la suya y ninguna profesión e industria, en su vasto imperio, podía ejercerse sin ser autorizada. Su ejército y los depositarios de su autoridad eran vigilados por una policía secreta, compuesta por un número inmenso de agentes. Existía en todos los regimientos, en los palacios de los ministros y hasta en las mesas reales. La prensa estaba censurada y el espionaje estaba organizado en tan grande escala, que ni un pensamiento pronunciado podía escapar al conocimiento imperial.

Bajo su reinado la censura estaba en todas partes, trataba a los franceses como niños a los cuales se les hacía aprender lo que debían «decir» y «pensar» y para este objeto creó «un director de la opinión pública». Las fianzas, los permisos, las licencias, los diplomas para el ejercicio de todas las profesiones, de todas las industrias, datan de esa época; incluso llegó a limitar en ciertas profesiones el número de personas que podían ejercerlas. Es cierto que el régimen de las maestrías era un régimen de libertad comparado con las invenciones imperiales: las trabas que los ciudadanos sufren por lo que subsiste todavía de esas deplorables instituciones pueden hacer juzgar lo que debía ser antes que el eslabón hubiera sido roto.

En ese sistema, no hay independencia para nadie. Napoleón suprimió, por un decreto, un partido de procuradores de París. Bajo la restauración hemos visto destituir a los impresores privándoles de sus carnets, como si se tratara de un prefecto. Lo arbitrario recae todavía sobre todas las profesiones que no se ejercen sino en virtud del permiso de la autoridad; porque sino es suficiente, para ser corredor, agente de cambio, panadero, carnicero, etc., etc., el llenar las condiciones fiscales de la fianza o de otras imposiciones a esas profesiones por la ley, es bastante evidente que el gobierno, que no puede dar nada gratuitamente sin cometer una injusticia frente a la masa, conserva la facultad de retirar el privilegio que le ha acordado y puede siempre eximir la profesión, convertirla en accesible para todo el mundo y hacerla entrar en el derecho común, que es violado por la creación de todo privilegio.

La revolución había introducido la libertad por todas partes; Napoleón no dejaba libre casi ninguna acción de la vida. Los numerosos decretos emitidos bajo su reinado, en materia administrativa, tienden casi siempre a trabar o restringir la libertad. Las instituciones de la Constituyente no fueron nunca más respetadas que las de la Convención. La comuna, el cantón, el barrio, el departamento, fueron despojados de sus derechos

políticos, cesaron de poderse administrar ellos mismos, no pudieron vigilar a los administradores del gobierno, a través de asambleas libremente elegidas, y en fin la nación fue enteramente privada de todo control eficaz sobre los actos del gobierno por la supresión de toda inmunidad electoral. La Restauración misma, bien que apoyada por las tropas aliadas, tuvo vergüenza de servir a los colegios electorales y del modo de dirección establecido por Napoleón; ella no quiso, llamando a una parte de la nación a intervenir en los actos de su gobierno, volverse irrisoria e injuriosa, cosa que consideraba como una concesión al poder real.

Napoleón plantó la bandera tricolor sobre las pirámides y el Kremlin; su espada fue feliz, logró vastas concepciones; sin embargo nada queda sino las huellas profundas de la opresión. Ha agitado el suelo europeo hasta en sus fundamentos y no ha depositado una semilla de libertad, ni el germen de una institución útil.

Los ejércitos de la libertad hicieron la guerra a los reyes. Napoleón la hizo contra los pueblos. Ellos fundaron gobiernos populares en Holanda, en Suiza y en toda Italia. Napoleón establecía por todas partes reyes con un poder enteramente parecido a aquel que él ejercía. La soberanía sin control, llegando a todo, a la cual nada, ni persona, ni cosa, pueden escapar, tal como Napoleón lo había organizado, no podía tolerar en ninguna parte un vestigio de libertad. También fue designio bien resuelto y constantemente seguido por el emperador de destruir la libertad en todas partes donde pudiera aparecer y bajo cualquiera forma que se presentase ante sus ojos. Era para él una necesidad, una condición de existencia, porque el poder que ejercía habría perdido pronto toda autoridad moral si se hubiese podido, en cualquier lugar que fuera, discutir el derecho, y el espíritu de revuelta se habría propagado enseguida. El dominio de Napoleón sobre el pueblo fue señalado por la destrucción de las inmunidades más antiguas. Los electores de Alemania recibieron de él, con el título «de rey», una autoridad irresistible en todo. Las ciudades perdieron sus administraciones municipales, que fueron reemplazadas por los delegados de los nuevos monarcas, y en fin Napoleón se declaró el gran protector del poder real en Europa. Organizó la Confederación del Rin, fundó su protectorado sobre Suiza, mucho menos con el interés de su potencia militar que para oponer un dique al espíritu de libertad.

La máquina gubernamental y la organización política que Napoleón había dado a Europa, bien que ellas se presentasen a su razón con aquella infalibilidad, resultado de una demostración matemática, estaban lejos de tranquilizar su espíritu sobre los intentos de libertad. Fontanes decía: «Que una prensa invisible habría hecho morir al emperador de convulsiones». Y él no quería tanto a Inglaterra sino a causa de la licencia extrema de sus periódicos. Él temía mucho la libertad en cualquier punto de la tierra y en cualquier clase social que pudiera existir, y ciertamente eso era necesario para pensar un instante que las libertades aristocráticas de Inglaterra pudieran ser contagiosas para los pueblos y para impedir en Francia la lectura de los diarios ingleses. -«Los reyes me echarán de menos» ha dicho Napoleón en Santa Elena. ¡Esta frase retrata al hombre entero! Ella encierra toda su vida política. Que se consulte Las Cases, O'Meara, Bertrand, Antomarchi, etc., y se verá reproducirse constantemente este mismo pensamiento; sólo se sabe la formación de la Santa alianza cuando él exclama: «¡Ah! La Santa alianza es una idea que me han robado». He allí palabras que no necesitan comentario. Pero las citas son superfluas, los actos de su vida están al alcance de todos, estos hechos se encadenan, no hay nadie que tienda a reprimir

toda resistencia, a establecer la obediencia pasiva; si se busca en los anales de la policía, se verá que esta vasta red, que alcanzaba todos los puntos, que incluía a todo el mundo, no bastaba al inventor, él quería conocer además el pensamiento cuya expresión cautivaba, espiar la idea libre para ahogarla antes que ella crezca; el espionaje estaba en todas partes: en la administración, en el ejército, en la iglesia, en la enseñanza, y también en el extranjero. Nada prueba mejor la agitación que encerraba el alma del emperador y la conciencia que tenía de su impotencia en abatir el fenómeno revolucionario que este inmenso espionaje.

El antagonista de la libertad, aquel que debe retardar la marcha de Europa, se manifiesta en los días del vendimiario, en el general del ejército de Italia, y en el conquistador de Egipto. En todo el curso de su carrera, sus acciones son consecuentes con el objetivo que se propone, y aquel ser extraordinario, aquella gran personificación del despotismo se revela por entero en Santa Elena. De las rocas donde está encadenado se escapan aquellas palabras proféticas: «Los reyes me echarán de menos».

Los pueblos emancipados por Francia, a los cuales Napoleón impuso amos, y aquellos a los cuales les había remachado los hierros, irritados por una decepción tan cruel y el corazón lleno de venganza, respondieron a la llamada de los reyes en forma que humillaba la superioridad de un advenedizo. ¡Oh, no fue la derrota de Rusia lo que hizo caer a Napoleón, sino más bien el espíritu de libertad que halló la primera ocasión para sacudir el yugo! Si Napoleón hubiese sido el agente del principio revolucionario, acorralado en los Pirineos, habría rechazado las armas reales hasta más allá del Boristene.

La batalla de Waterloo, hasta hoy día tan mal comprendida, por aquellos que la han perdido y por los que la han ganado, fue, según mi opinión, el segundo triunfo de la libertad.

El despotismo fue vencido, pero su ejército no había abdicado en Fontainebleau, y la libertad no podía desarrollarse en presencia de los pretorianos; si Napoleón hubiera muerto en la isla de Elba, su ejército habría sido instrumento ciego en el uso del poder, y el gobierno de buen placer, al cual preludiaba la restauración, se habría establecido. Después de la batalla de Waterloo, Luis XVIII, que tenía buen juicio, comprendió perfectamente que no tenía otra fuerza a su disposición que las tropas aliadas, y que no podía fundar su gobierno sino con el apoyo de una fracción considerable de la nación; desde entonces las luchas del pensamiento pudieron producirse y el reinado de la opinión fue asegurado. La victoria de Waterloo es esencialmente el triunfo de la libertad; es así cómo las naciones del Norte la comprendieron; los pequeños reyes de Alemania se horrorizaron en tal forma con las esperanzas que hizo nacer, que se apresuraron en conceder constituciones a sus pueblos; y el congreso de Viena, en su prudencia, confirió a la dieta de una alta jurisdicción sobre sus gobiernos; más tarde Austria, Rusia y Prusia formaron una liga impía a fin de ahogar toda tentativa de emancipación.

Napoleón, el 20 de marzo de 1815, evocó los recuerdos de la gloria nacional. Las palabras de libertad expiraron en sus labios; sentía que la opinión no podía creer en él. Después de la paz de Amiens, había restablecido la esclavitud en Guadalupe; en Cayena, e intentado, con una expedición considerable, entregar de nuevo a los negros de Santo

Domingo a la servidumbre. ¡En los cien días, abolió el tratado para establecer su corte en Inglaterra, y restableció la censura y confiscación, convocando a los representantes de la nación! Si hubiese vencido...; pero no podía ser, porque Dios no puede engañarse. Evidentemente era el último acto de su papel; el despotismo no podía triunfar sin desmentir los acontecimientos que habían conducido a la caída.

La traición de Bourmont, el error de Grouchy son esas circunstancias que muestran la nada de la ciencia humana. Napoleón no parece, desplegar todo su genio guerrero en Waterloo, sino para dejar manifiesto, a los ojos de todos, el decreto de la providencia que condena su causa. Él cae, y no es ni Wellington ni Blucher quienes lo abaten; no, es el ángel conservador de nuestras libertades.

El ejército prusiano, compuesto de voluntarios, se bate con el ímpetu de gentes interesadas en el éxito; el aguardiente y el temor a los azotes, en las tropas inglesas hacen las veces del entusiasmo por la libertad. El soldado de Federico, de fogoso coraje, no cree sino en el destino; el héroe «al revés», no cree sino en su razón, y gran hombre a pesar de sí mismo, llega siempre al objetivo opuesto al que ha querido ir. Si el uno se imagina haber reconquistado el ascendiente del sable prusiano; el otro ve la omnipotencia de la aristocracia inglesa asegurada para siempre y la plata del continente puesta a disposición de las mercancías inglesas. ¡Ciegos instrumentos! Están lejos de sospechar que ellos vienen de derribar por tierra al antagonista de la libertad y los obstáculos que se oponen al progreso de la revolución. En Inglaterra la aristocracia tiene, en aquella victoria, la garantía de su dominio; la industria, la certeza de salidas sobre el continente; y el obrero, la seguridad de más altos salarios. Los resultados no se hicieron esperar: la paz y la tranquilidad interior permitieron establecer en Alemania numerosas manufacturas; la unión de las aduanas alemanas se formó; en Francia y en Rusia la industria tomó inmenso desarrollo, mientras que Inglaterra fue reducida a mendigar en todos lugares «privilegios comerciales» bajo el nombre de «tratados de comercio» y ve ahora el poder de su aristocracia amenazado por una masa de proletarios que carece de trabajo y de pan.

Así la victoria de Waterloo es un hecho providencial, una era de libertad para los pueblos; sus consecuencias liberaron al campesino irlandés de la esclavitud de las manufacturas inglesas; y en Francia, donde los proletarios son intelectualmente más adelantados que en cualquier otra parte, aquella ha convertido en imposible para siempre el retorno del despotismo.

La loca empresa de Carlos X demostró a toda Europa que el triunfo del pensamiento sobre la fuerza era definitivo en Francia. Las tres jomadas de julio excitaron todavía más entusiasmo que la toma de la Bastilla; los reyes se asustaron todavía más que durante cualquier otra fase de la revolución y no osaron recoger el guante.

Entre tanto, después de Waterloo, habiendo sido negada la libertad en Italia y en Alemania, las sociedades secretas no encontraron otro medio de llegar a su objetivo que por la «unidad nacional» de sus respectivos países. Tomaron los nombres de «joven Italia» y «joven Alemania». Por entonces los recuerdos del Imperio las alejaban de Francia, pero esos recuerdos se borraron antes de julio de 1830. Las tentativas hechas en Italia para obtener derechos políticos, los esfuerzos igualmente infructuosos de Alemania, la

desastrosa lucha de Polonia, todo vino a demostrar que la libertad no puede existir sino por la «unión de pueblos» y que a ese respecto debe imitar al despotismo y proceder por la alianza verdaderamente santa. Aquella verdad fue universalmente sentida en el norte como en el mediodía y las sociedades secretas tomaron el nombre unitario de la «joven Europa». Sus esperanzas se realizaron; tengo por testimonio de mi fe tres grandes hechos, nacidos del mismo principio, dirigiéndose al mismo objetivo: la toma de la Bastilla, Waterloo, las tres jornadas de julio.

La opinión que adelanto acerca de Waterloo parecerá tal vez extraña; sin embargo no soy la única en tenerla, pero es por falta de espacio que no puedo darle todo el desarrollo que requiere.

Retornemos ahora a nuestros barones y condes.

Yo iba habitualmente donde un alemán, el doctor Warburg, hombre lleno de mérito y autor de un gran descubrimiento médico. Este hombre excelente llegaba de Demerary. Había pasado quince años en aquella parte de la Guayana, y su amor por la historia natural le hacía residir casi perennemente en medio de las magníficas selvas vírgenes que cubren el suelo, para observar y estudiar los animales, las plantas, etc. Es así cómo ha llegado a enriquecer la ciencia de nuevos hechos, y descubrir en la naturaleza inagotable medios curativos nuevos. Pero, si aquella vida aislada lo ha familiarizado con las costumbres de las plantas, los animales y los indios, ella le ha dejado ignorar las astucias de los hombres civilizados. El doctor es tal como los dioses lo han creado; su modestia iguala a su mérito; sus descubrimientos se los debe a felices inspiraciones, a encuentros fortuitos. Es así como hablaba. Su credulidad ingenua, su admiración exagerada eran aquellas de hombre primitivo, que no se ha iniciado todavía en el gran arte de hacerse valer y no conoce los inmensos recursos que anuncia. Tal hombre era para los condes y barones franceses una mina a explorar. También, la casa del doctor no estaba desocupada. A decir verdad, la mesa estaba siempre puesta y se bebía vino de toda especie y un excelente café.

He visto un gentío de franceses venir a hacerse los amables frente a madame Warburg: eran el marqués de Montauban, el barón de Chamoisi, el conde Crouy, el conde Birague de l'Isledon, el caballero de Chateaubleu, el conde Taffe, el doctor Conneau, el doctor Schulte, etc. Todos aquellos señores iban donde el «príncipe» Napoleón y varios eran «agregados a su persona». No sé cómo ha podido reunir alrededor de sí a una docena de individuos cuyos nombres, cuando no son barrocos, parecen ser prestados de los romanos de otro tiempo. A la verdad, la pequeña falange se componía de gentes de diferentes naciones, franceses, italianos, alemanes, españoles, belgas, portugueses, suecos, polacos; ningún inglés formaba parte de ella. Y esto es para tenerse en cuenta, porque el animal querido de los gastrónomos no descubre la criadilla de tierra con tacto más seguro que el inglés al hombre que se eleva en poder y riquezas; si por o tanto los ingleses han desdeñado los primeros pasos del príncipe, es que no se aferran sino a la gente que puede hacerlos andar. Y no han presentado en Luis Napoleón al hombre destinado a las grandes cosas, ni visto en él ninguna de las condiciones necesarias para dar a su nombre un valor político. Estos señores, afectos a su alteza, no se entienden siempre perfectamente; cada uno de ellos, dotado de grado diverso de inteligencia, es movido por su interés personal y juega su papel en ese sentido; de suerte

que la pieza no tiene conjunto ni unidad; el lector juzgará por el bosquejo, tomado del natural, que voy a colocar bajo sus ojos.

El coronel, marqués de Montauban, es lo que generalmente se llama un bello hombre: talla, cinco pies seis pulgadas, pecho plantado, talante militar; un rostro en el que es difícil leer el número de años; pequeños ojos grises, vivos y desahogados, una sonrisa malhechora, y la expresión de un hombre que está perfectamente contento de sí mismo. El coronel es encantador sobre todo después de comer. Todas las mujeres están locas por él, es el mismo el que lo dice, con la gracia y credulidad de un subteniente. Buen francés, bebe con amor el vino de Francia; como posee castillos en Bohemia muestra su apego a Austria con sus libaciones en vino de Hungría o del Rhin, y, con gusto, sorbe el shery (jerez) con una sensualidad que da placer el verle. Es bebiendo ese vino de color de oro, en pequeños y bonitos vasos de cristal tallados que el marqués de Montauban me contaba su historia. El coronel me dijo tener cuarentidós años «y medio». Esta palabra «y medio» me ha parecido impagable. Con esa cuenta, pienso, no debía tener sino diecisiete años en 1814, y, sin embargo él era ya coronel del gran ejército.

En 1815, después del regreso de Luis XVIII, fue desterrado; se le temía demasiado para sufrirlo en Francia. Penó mucho para obtener residencia en Frankfort; vivió allí como gran señor y se casó con una rica y bella heredera inglesa. Llega 1830 y el coronel es nombrado en París; no me ha contado por qué resentimiento de gloria fue llevado al lugar para figurar con honor en los tres días. No importa, el coronel hace prodigios de valor, es herido, pero ello no le impide conducir las bandas victoriosas. Nombrado general de las tropas parisienses, tiene 1,500 fr. al mes, diez raciones de forraje, pone su casa en relación con su nueva posición, está ligado con los ministros, va donde el rey, etc.

Cuatro meses después de los tres días gloriosos el coronel se creyó en el derecho, por sus servicios, de aspirar a todo, cuando sobrevino su discusión con el ministerio de guerra. Su grado de general le fue negado. El marqués de Montauban no era hombre que cediera; el asunto fue llevado a Consejo de Estado, donde está todavía pendiente. El coronel dejó entonces al gobierno ingrato, retornó a Alemania, y más tarde vino a Inglaterra a unirse al príncipe Napoleón. El coronel Montauban está dotado de una filosofía práctica que lo pone por encima de los reveses de la ambición; se consuela alegremente de sus esperanzas burladas, lleva alegre vida, divide su tiempo entre el amor, los caballos, el juego y la política.

No cometo ninguna indiscreción contando la vida del marqués de Montauban porque la relata él mismo, en pleno salón, a quien la quiera escuchar. Pero no se queda allí, y no obstante que ama mucho al príncipe y es su sincero devoto, no puede forzar su naturaleza y habla de los asuntos de su amo con la misma liberalidad que de los suyos. En Londres los auditores del marqués de Montauban decían que metía al «príncipe en toda salsa»; lo mezcla así a sus propósitos porque tiene la cabeza incesantemente preocupada y no tiene en sí la capacidad de actuar en otra forma que con su franqueza.

A menudo le he escuchado contar, siempre frente a mucha gente, y de la manera más bufona los altos hechos de las hazañas de los valientes que se deslizan donde el príncipe, con la esperanza de lui tirer des carottes (el marqués de Montauban es militar, y, bien que

hombre de buena sociedad, su lenguaje lleva el sello de su profesión). Entre ciento, he escogido una de sus historias. Escuchad, es el coronel quien habla:

«...Esos franceses farsantes tienen el diablo en el cuerpo. A tal punto que yo mismo no estoy preservado siempre contra sus astucias. ¿Habéis hablado de la famosa conspiración contra el príncipe? No. Es curioso. Un día recibí una carta que decía así:

Si un bravo polonés, que ha tenido el honor de servir en el «gran ejército», puede contar con la palabra de un oficial francés, ruega al coronel de Montauban de encontrarlo el día siguiente al mediodía, al pie de la columna del duque de York, «haga el tiempo que haga». Habrá de recibir una revelación de la más alta importancia... Se trata de la vida «de su alteza imperial el príncipe Napoleón».

«firmado: un polaco»

¡Un polaco! Bueno, dije, he allí todavía a un farsante que viene a darme un «sablazo». Nada me aburre más que esos polacos. Aquellas gentes terminan por cansar; para arrancarle a usted dos o tres chelines, construyen historias para dormir parado, os escriben cantidades de cartas, y... sin embargo, como se trataba de la «vida del príncipe», yo no quise negarme a nada, y, al mediodía, me encontraba en el lugar de la cita; a pesar del aguacero, el viento de un frío glacial, mi hombre, reclinado al pedestal de la columna, me esperaba tiritando.

El valiente del gran ejército estaba, por el cuarto de hora, con las botas agujereadas, un pequeño hábito bastante raído y ni siquiera un paraguas para garantizar los bordes de su sombrero que me pareció un poco deformado. Después del reconocimiento y los saludos, mi hombre me dijo: «Mi coronel, tengo un terrible secreto a contarle». Hablad señor, solamente que sed breve, porque el sitio no se presta para escuchar un largo discurso. Mi muchacho no se desconcertó y retomó la palabra con un aplomo admirable: ¡¡¡Coronel, yo soy polaco!!!

Conocido, pensé, muy conocido...

-¡Soy exilado, soy una víctima del autócrata, en fin coronel, soy casado, tengo una mujer enferma, un padre viejo, achacoso y cinco niños!

Estoy en tal forma acostumbrado a este lenguaje de los bravos exilados, que escuchando comprendí de pronto con quién estaba. Bien, pensé, he allí un gracioso que me va a pedir 10 chelines; ¡qué divertido es! Señor, le dije, supongo que no es para hablarme de «usted» que me ha hecho venir aquí, y con este tiempo; ello sería un verdadero engaño que no estoy en humor de tolerar. -Mi coronel, replicó el bravo sin perder el aplomo, le voy a hablar del asunto del príncipe, pero antes quería decirle que tengo necesidad del nombre del príncipe, y el suyo a fin de obtener una «suscripción» que me ayude a salir de mi miseria y de la de los míos. Terminando estas palabras el hombre sacó de su bolsillo una larga lista y me rogó poner mi nombre, de suscribirme por 3 libras esterlinas y de tomarla para hacer firmar al príncipe con una suscripción de 6 libras esterlinas.

Os confieso que, entre las pasadas que esos farsantes del gran ejército me han jugado, ésta me ha parecido de un granuja. Sí, en un principio, yo me había sentido vejado por ser molestado, el giro que tomaba la cita me repuso el buen humor, y me prometía reír de corazón de la aventura; pensaba que el gallardo que tenía la audacia de hacer salir a un hombre galante en un tiempo parecido para hacerle firmar en plena calle bajo el paraguas, una suscripción de tres libras esterlinas, debía de haber inventado una historia muy bella acerca del asesinato proyectado contra el príncipe, y yo deseaba gozar del producto de aquella imaginación fecunda.

Y bien, sea -le dije-, voy a tomar vuestra lista, la haré firmar por el príncipe y sus amigos. Pero, vamos a los hechos ¿y la conspiración?

-Héla aquí.- Figúrese que por un azar inaudito he descubierto que hay aquí un miserable enviado por Luis Felipe para asesinar al príncipe.

-Verdaderamente. ¿Y sabe cómo va a hacer para ejecutar tan horrible atentado? Ese hombre posee un veneno sutil y lo lleva siempre bajo «su uña»; debe acercarse al príncipe cuando lo encuentre por la calle y le hundirá la uña en la mano. ¡Al instante el príncipe caerá muerto!

-¿Y usted conoce a este hombre?

-Muy bien.

-¿Y cómo se llama?

-Fleury.

Aquel proyecto de asesinato era tan absurdo, que he necesitado muchos esfuerzos para no soltar la carcajada. Está bien -le dije-, voy a dar cuenta al príncipe de «vuestras importantes revelaciones». Escribame el nombre y dirección del asesino. ¡Oh! Entonces obtuve el pez grande. Me escribió sobre mis apuntes: «M. Guillot, Pottenhm Court Road, N°. 42».

-Pero, ¿cómo Guillot, si acaba de decirme Fleury?

-Oh, perdone, soy extranjero, y como vuestros apellidos se parecen mucho...

¡Oh! Por esta vez, al principio yo no quise escucharle; ¡confundir «Guillot» con «Fleury» me pareció demasiado fabuloso!

Vengo, señora, de entregarle la primera parte; ahora paso a la segunda; hela aquí:

Dejé a mi farsante el polaco, y como estaba cerca del hotel del príncipe, me acerqué. Tenía, os confieso, deseos de reír con él. Al verme entrar mojado y calado hasta los huesos, el príncipe, que es la bondad misma me dijo: ¡Por Dios, mi querido coronel, en qué estado

estáis! ¿Cuál es pues el asunto urgente que os fuerza a salir con una lluvia igual y a pie? - Príncipe, es la seguridad de vuestra persona. -¿De mi persona! ¿Qué enemigo la amenaza?

Desgraciadamente no pude mantenerme serio; usted sabe, me gusta reír, lo cual no me impide, en el combate, enfrentar al cañón; además he conocido al príncipe desde su infancia, y tan libre con él, me siento en su casa como en la mía.

-¡El enemigo que os amenaza, mi señor, es un monstruo llamado Guillot, un envenenador temible que odia vuestra vida! Terminadas estas palabras me dejé caer sobre el sofá y di libre curso a mi hilaridad.

Como lo he hecho notar hace un momento, el príncipe es muy bueno, podría incluso decir que demasiado bueno; por miedo de herir soporta a su alrededor a mucha gente; mas, ¿quién no tiene sus debilidades?

Yo encontraba allí, de ordinario, buenos napoleonistas que vienen todas las mañanas a hacerle la corte al príncipe, fumar su tabaco, beber su té, y su cognac.

Mis risas excitaron las del príncipe pero escandalizaron a aquellos señores. Encontraban muy malo que hablando de un «proyecto de atentado contra la vida de su alteza» manifestase yo tanta alegría. Debo prevenirles que cada uno de los individuos que rodean al príncipe están ocupados sin cesar en los medios de acaparar para ellos solos la confianza de su alteza; aquella pretensión de todos hace nacer mil celos, y para llegar a ese objetivo no hay pequeños manejos que no sean puestos en juego.

Cuando estuve en estado de poder hablar le conté al príncipe mi singular entrevista y el «espantoso» proyecto del pretendido Guillot. Terminé sacando de mi bolsillo la lista del valiente del gran ejército. Todo ello no era sino para reír más. Era necesario enviar dos guineas al desgraciado polaco y divertirse de su historia; yo no había tenido otra intención; pero he allí que el vizconde de Persigny, secretario particular de su alteza, el acompañante del príncipe, su amigo, su confidente, su consejero íntimo, etc. helo allí, digo, el señor de Persigny, que piensa tomar el cuento del polaco seriamente. Como se sabe, donde el príncipe, el señor Persigny es realmente «el amo». Desde el momento en que hubo emitido su opinión en favor del conde, los principiantes allí presentes, que habían comenzado a reír, se hicieron partidarios de la opinión del consejero íntimo. La discusión se entabló, yo me molesté, y, a fin de evitar que las cosas fuesen más lejos, salí muy descontento.

Os lo he dicho ya, el príncipe me quiere mucho y Persigny por más que haga no ganará nada por ese lado.

El príncipe me escribió, rogándome volver como de costumbre; pero yo estaba contrariado y le puse mala cara; cinco o seis días habían pasado cuando el príncipe vino a mi casa. Vengo a buscaros, dijo. Tengo muy pocos amigos para permitirnos privarme del mejor; que la discusión de la otra mañana sea olvidada, venid a comer con nosotros, apretad la mano de Persigny, que me quiere y quiere a usted también.

Soy de un carácter sencillo, y no he tenido jamás rencor por persona alguna. Al llegar donde el príncipe abracé a Persigny y almorzamos muy alegremente. Todo había vuelto a la armonía, no habíamos hablado una sola palabra de la historia de Guillot; estábamos reunidos en el salón, fumando excelentes cigarros y bebiendo el buen café a la francesa, cuando entró M. Chamoisi gritando y gesticulando como un actor en escena:

-Mi señor, ¡ya le tenemos!, ¡¡ya le tenemos!! ¡¡¡Ya le tenemos!!!

Vi de repente, sobre la figura de Persigny y sobre la del mismo príncipe, que se trataba de Guillot.

-¿Pero de qué quiere usted hablar? Dijo el príncipe con embarazo.

-Del asesino, mi señor.

-Ah, ustedes le tienen, les dije ¿es Guillot o Fleury?

Pero el viejo Chamoisi conoce su oficio y no se desconcierta.

-Señor, me respondió secamente, el asesino se llama a la vez Guillot y Fleury, y vuestra perspicacia, a falta de informes positivos, habría debido hacerle a usted comprender...

Yo no quise volver a la discusión; viendo que todo el mundo estaba incómodo tomé mi sombrero, salí del salón, y rogué al príncipe que me acompañara a su gabinete. Príncipe, le dije, estoy seguro que tal asunto del asesinato no es sino un pretexto para obtener todavía más dinero, como se ha producido tantas veces; además no puede sino haceros pasar el ridículo, lo cual, en vuestra posición, es muy grave. Ahora que os he advertido, no me ocuparé más de ello sino para reír.

No trataré de contaros todas las escenas grotescas que tuvieron lugar alrededor del «interesant Guillot»; al principio, el señor de Chamoisi comenzó por pedir al príncipe 25 libras esterlinas para descubrir al asesino. Más tarde cuando fue descubierto, 40 libras esterlinas para hacerlo detener; en seguida 40 libras esterlinas para perseguir a Guillot, que, se decía, se había escapado, y finalmente, después de un mes de marchas y contramarchas, 100 libras de gastos (2,500 fr.), no sé cómo, se pretendía haber adquirido la certidumbre de que Guillot había retornado a Francia «para rendir cuenta de su misión».

«He allí señora, una de las mil farsas a las cuales el desgraciado príncipe, por su extrema debilidad, se encuentra diariamente expuesto».

Le falta a este relato el acento del coronel, sus gestos, su risa tan franca, tan cordial, que provoca la de su auditorio.

En resumen, si el coronel Montauban no tiene aquella gravedad que tienen hoy día los oficiales salidos de las escuelas militares, se puede decir de él que es un vividor y un bravo sablista que no retrocedería si se tratara de dar un golpe de mano; además tiene buen corazón, le gusta prestar servicios, da voluntariamente dinero, cuando lo tiene, a los pobres

franceses que mueren de hambre en Londres. El único defecto que se le reprocha es aquella ligereza de lenguaje, que se permitía antes pero que no conviene a nuestra época, en la cual se toma todo seriamente. El marqués de Montauban por hacer un chiste, sacrificaría al mejor de sus amigos.

He aprendido más en mis conversaciones con el coronel sobre el príncipe y lo que lo rodea, de lo que hubiera podido hacerlo frecuentando la casa de «su alteza» durante seis meses. Me parece evidente que las personas que lo rodean son más hábiles en sustraerle dinero que en indicarle la única vía en la cual puede distinguirse. Si yo hubiese tenido la ocasión de hablar al señor Napoleón Luis Bonaparte no le habría dado ni el nombre «alteza» ni de «monseñor», ni tampoco le habría llamado «gran sobrino del gran hombre». ¡Es lastimoso querer representar un papel para el cual no se es propio y es estúpido obstinarse en ser «príncipe» a despecho del destino!

- V -

Los Artistas

Cualesquiera que sean todavía, en las islas Británicas el imperio del fanatismo y de la hipocresía que impone las creencias religiosas ellas no tienen sino una influencia secundaria en la formación de los partidos. Cada uno está sujeto a su secta como a la libertad de sus opiniones y no quiere estar obligado a pagar a los curas en los cuales no cree; pero los odios religiosos se extinguen a pesar de todo lo que se hace para avivarlos, y es principalmente en los intereses materiales donde es necesario buscar las motivaciones de los partidos.

No hay ninguno de mis lectores que no haya escuchado hablar de los whigs y torys, de los «reformistas» y de los «conservadores», de los «radicales» y de los «artistas». Hay una guerra intestina entre todas esas facciones; pero la gran lucha, aquella que está llamada a transformar la organización social, es la lucha entablada, de un lado, entre los propietarios y capitalistas que reúnen todo, riqueza, poder político y en provecho de los cuales el país es gobernado, y, de otro lado, los obreros de las ciudades y de los campos que no tienen nada, ni tierra, ni capitales, ni poderes políticos, quienes pagan sin embargo las dos terceras partes de impuestos, son los reclutas del ejército y de la flota y a los cuales los ricos hambreadan, según su conveniencia, a fin de hacerles trabajar para un mejor mercado.

Las tierras de los tres reinos se encuentran repartidas entre número muy pequeño de familias, por efecto de las leyes feudales que rigen la transmisión. Las grandes haciendas han prevalecido, las praderas han sido sustituidas por tierras laborables y las comunales han sido repartidas exclusivamente entre los propietarios. La consecuencia necesaria de todo ello ha sido la miseria más profunda para el proletariado de los campos; y como la administración, la policía, la justicia civil y criminal son ejercidas por los propietarios, resulta que el proletario ha descendido ni más ni menos a ser esclavo del propietario, esclavo más desgraciado que el negro y el siervo, que sus amos no dejan jamás morir de hambre, ni dejan perecer en las prisiones por haber matado una liebre o una perdiz.

La división del trabajo llevado a su más extremado límite, la mecánica reemplazando todos los procedimientos de los oficios, la fuerza motriz del más alto poder, que se encuentra siempre a disposición del capitalista, son en el proceso de producción tres grandes revoluciones que serán muy importantes en la organización política de los pueblos. La pequeña industria desaparece gradualmente: no hay casi ningún objeto para el uso del hombre que no sea hecho por las máquinas en las grandes manufacturas, y el trabajo que ellas dejan hacer al obrero exige tan poca habilidad que el primer llegado es útil para cualquier casa.

En un primer momento, los obreros aprovechan de esos progresos industriales; la perfección de la obra y su mercado barato acrecientan el número de consumidores y los salarios aumentan. Pero a la postre cuando la competencia continental comienza a desarrollarse, el manufacturero inglés entabla la lucha contra ella con los inmensos capitales que ha ganado: amontona las mercancías en las tiendas, en las factorías inglesas repartidas sobre la superficie del globo, y, sucesivamente, reduce los salarios del obrero.

En este estado de cosas el obrero inglés se encuentra enteramente al arbitrio del capitalista fabricante; éste puede por largo tiempo satisfacer la demanda sin cambiar la ley del obrero. El beneficio de la fabricación es así enteramente para el fabricante, y el obrero no obtiene sino para el pan por sus catorce horas de trabajo.

Los radicales piden la abolición de las leyes sobre los cereales; pero los obreros reclaman solamente el sufragio universal, porque saben muy bien que interviniendo en la confección de las leyes, obtendrían pronto la abolición de los derechos que afectan a los cereales y toda especie de provisiones, así como la facultad de asociarse para luchar contra los capitalistas.

La asociación más formidable que se ha formado hasta ahora en los tres reinos es la de los cartistas. Veo con pena que sea por el fanatismo religioso o sea para conservar su dictadura sin compartirla, O'Connell impide a los obreros irlandeses fraternizar con sus hermanos de Inglaterra; mientras tanto el sufrimiento proviene de las mismas causas, la opresión pesa igualmente para todos, sea que los proletarios soporten el yugo de la aristocracia inglesa o irlandesa, sea que paguen centavos a los protegidos de la una o de la otra, sea que tejan telas de algodón o de lino; en una palabra, todo hombre que no está comprendido en la ley electoral debe ser «cartista» pues es juzgado sin ser escuchado, sin abogado para defender su causa. Aquella liga debe ser por lo tanto, un día, la liga de veinte millones de habitantes contra todos los privilegios de los tres reinos. La asociación lleva a todas partes sus inmensas ramificaciones: en cada centro manufacturero, fábrica, taller, se encuentra obreros cartistas; en los campos, los habitantes de las chozas forman parte también y aquella santa alianza del pueblo que tiene fe en su porvenir se cimienta y se acrecienta cada día más. Los gastos son cubiertos por medio de cotizaciones mensuales. Todos los movimientos parten de un centro y jamás organización humana ha sido tan fuerte.

Aunque esta liga adquiriera una gran potencia de acción por la regularidad de su organización, su fuerza está en la unidad del objetivo. Todos quieren sin ninguna excepción

la supresión de los privilegios aristocráticos, religiosos o mercantiles; todos quieren la igualdad de impuestos, de derechos civiles y políticos; todos saben que para llegar a ese objetivo es necesario destruir a una aristocracia tiránica que usa el poder usurpado únicamente en su interés particular, que es preciso arrancarle el poder a fin de redimir a aquellos que ella oprime y que tiene para ellos la fuerza y la inteligencia.

Ninguna medida a medias podrá satisfacer a los artistas. No tendrán jamás confianza en un partido cuyo objeto sería transferir a los mercaderes los privilegios de la aristocracia, porque no verían sino el empeoramiento de la opresión en una similar extensión de privilegios. Los trabajadores como los mercaderes, banqueros y negociantes, así como los propietarios en su riqueza a otros; los trabajadores que han conducido tan alto la fortuna de Inglaterra son los parias de la sociedad inglesa. Jamás se ocupan de ellos en el parlamento a menos que sea para proponer leyes que traban su libertad. Es por lo tanto una convicción muy arraigada en ellos que toda medida que no tenga la igualdad de derechos políticos por base no será sino una nueva decepción.

Bajo el imperio del sufragio universal ¿se confesará la intención de llevar el precio del pan hasta matar de hambre a los obreros? ¿Existirá prohibiciones contra la importación de casi toda clase de subsistencias? ¿Los objetos que consume el pobre serán gravados tres veces más que aquellos destinados a los ricos? Si todos pudieran elegir sus representantes, ¿se vería una administración tan odiosa de la justicia? ¿Se vería al hijo del Lord condenado a multas insignificantes por ultraje frente a las mujeres o por haber golpeado a los subalternos hasta el punto de poner su vida en peligro, mientras que el plebeyo indigente es castigado sin misericordia por faltas ligeras y no teniendo capacidad de pagar fianza, languidece en prisión mientras que su familia muere de hambre? ¿Serían multas fijadas de tal manera que el mínimo fuera igual a los salarios que puede ganar un obrero en varias semanas y el máximo la mitad del gasto cotidiano de un hombre rico? ¿Existirían más detenidos por contravención de las leyes sobre la caza que por todos los delitos y crímenes reunidos? ¿Meterían las patrullas en el campo para librar combates contra los cazadores furtivos y vengar la muerte de algunos faisanes? ¿Habría decidido la justicia del rey que en el caso de la clausura o la usurpación de bienes de los comunales, sólo los propietarios tienen derecho a una indemnización y que los pobres que han construido las chozas sobre los campos pueden sin compensación ser arrojados con la vaca y el cochino que han criado? Si el pueblo que alimenta el reclutamiento de la flota y del ejército estuviera representado en el parlamento, ¿se continuaría la práctica de tratar a soldados y marineros a golpe de fuste, a vender los grados del ejército, a usar la violencia para hacer entrar al marinero al servicio del Estado, a fin de no pagarle sino un salario inferior a aquel que pudieran ganar y durante los largos años que se pasan entre la presse y el hospital de Greenwisch, el marinero no debería jamás esperar de elevarse aunque fuera al grado de midshipman (aspirante)?

Por el aspecto de los movimientos de las clases obreras, la aristocracia ha tocado la alarma y ha atribuido a las masas populares intenciones de expoliación. Los obreros quieren llegar al reino de la justicia y deben consecuentemente ser los expoliadores para aquellos que se enriquecen con los privilegios: es a esos malévolos clamores que es preciso atribuir las repugnancias y los terrores verdaderos o falsos que inspiran. Los obreros que toman parte activa en la marcha de la asociación son todos la élite de su clase. Los jefes son

hombres instruidos plenos de celo y amor por sus semejantes. Los obreros no persiguen ni ley agraria, ni impuestos sobre las máquinas ni mínimo de salarios. Piensan que son oprimidos por los impuestos sobre las subsistencias y por los capitalistas. No quieren ser más reducidos a sufrir la ley de aquellos que los emplean. Quieren trabajar por su propia cuenta y que la ley no se oponga más a que los obreros se organicen en sociedad. Quisieran que en la fabricación se actuara como aquellos marinos italianos y griegos que navegan «al partir» y reemplazan así en el Mediterráneo la marina mercante de las otras naciones. Sus pretensiones que se ha buscado miserablemente de incriminar están evidentemente fundadas sobre aquella equidad cuya huella divina está en nuestras almas. Una asociación de obreros bien administrada que explotara una industria cualquiera debiera obtener más crédito que un taller individual de igual importancia; porque en el primer caso los riesgos de fabricación son corridos por todos los miembros de la asociación, mientras que en la explotación individual, una o dos personas asumen todos los riesgos.

Los señores de la industria han juzgado bien la trascendencia de tales ideas y han calumniado a los obreros que hacen notar la intención de reunirse para hacerles competencia; sin embargo hay honorables excepciones. Muchos manufactureros son lo bastante instruidos para sentir que la causa de los obreros es la suya, y que habrían las mismas ventajas para los propietarios de las fábricas así como para los obreros de formar sociedades en participación.

En petición nacional de 14 de junio de 1839, dirigida al parlamento, se ha reclamado el sufragio universal, como el único medio para preservar a la nación del «egoísmo» inseparable de toda aristocracia, por extendida que sea, y en beneficio de la industria y los trabajadores.

Los principios sobre los cuales esta petición basa su demanda son en tal forma conformes con los sentimientos de justicia universal que no se sabría combatirlos. También aquellos en cuyo provecho el país es gobernado, que deben su renta a los monopolios que cobran grandes sueldos o gozan de sinecuras burócratas, aquellos exclaman que los proletarios quieren terminar con la propiedad, como si la propiedad pudiera justificarse por la usurpación y reconocer otros títulos legítimos que el trabajo. Pero aquellas acusaciones apasionadas hacen casi tanta impresión como los gritos del papismo a los cuales algunos fanáticos, entre los torys, buscan para amotinar las masas. Inglaterra presenta actualmente una anomalía extravagante: los prejuicios se debilitan entre las clases populares, los odios religiosos y nacionales desaparecen, mientras que en las altas regiones, la aristocracia, horrorizada del progreso de las luces se envuelve en espesas tinieblas, se vuelve a hundir en la oscuridad de la Edad Media, evoca los recuerdos de Crecy y de Azincourt, las sombras de Enrique VIII y de la reina María y cuando el pueblo muere de hambre busca apasionarse por las controversias religiosas. Ella querría hacer renacer aquellas épocas de aberraciones en las que los hombres se degollaban por vanas argucias teológicas. ¡Y son aquellas gentes las que pretenden guiar la nación!

En cuanto a los whigs, están en el siglo de Luis XIV: ved la importancia que le atribuyen a tal familia real antes que otra gobierne un país. Parecen suponer que la opinión reinante en Europa les es impresa por sus reyes y que estos pueden obtener cualquier cosa sin el asentimiento de sus pueblos. ¡Pobre gente que no ve borrarse los prejuicios nacionales, unirse los pueblos todos los días de la manera más íntima y el interés de las

masas dominar todas las cuestiones sobre el continente tanto más que en Inglaterra y que no ven en lo más mínimo que una guerra que no sea popular no podría obtener éxito en ningún país de Europa y que perdería para siempre la aristocracia que la hubiese provocado!

Por haber leído a menudo en el periódico de los cartistas, y haber oído hablar de eso de maneras tan diversas, tenía interés en conocerlos. Los torys me los presentaban como atroces, malvados, y los whigs, con su fatuidad ordinaria trataban a los cartistas de impúdicos insignes y en fin los radicales de los cuales son la esperanza, me hablaban de ellos como de los salvadores de la patria. Todos aquellos juicios contradictorios me hicieron experimentar el más vivo deseo de ver a los jefes de ese gran movimiento popular y de asistir a una sesión del comité director. Yo no tenía ninguna confianza en los testimonios apasionados de los partidos y quería formar mi opinión sobre los cartistas a juicio mío, ver si eran realmente monstruos sedientos de sangre, locos perdiendo la causa del pueblo, o genios enviados por Dios para liberar a Inglaterra de la esclavitud. Uno de mis amigos, íntimamente ligado a dos de los cabecillas vino a recogerme y nos trasladamos a Fleet-street, a la sala donde la convención nacional tenía sus reuniones. La entrada ha sido, sin ninguna duda, frecuentemente objeto de la burla de los torys de la noble cámara; ¡tienen tanto espíritu! No es efectivamente muy pomposa, en uno de sus pequeños pasajes sucios y estrechos de Fleet-street, está un cabaret de mezquina apariencia. En el cabaret un mozo viene a preguntar si deseáis un porrón de cerveza, y por el tono con que le respondéis reconoce el motivo que os lleva, y si le dais una seña os conduce por una trastienda, un pequeño patio y un largo corredor a la sala de reuniones; pero ¿qué importa el lugar? Era también así en las criptas, en las cuevas y cavernas que los primeros apóstoles reunían a los cristianos y sus palabras eran más fuertes que la fuerza de los Césares, porque la fe los animaba y sobre la cruz de madera que tenían en sus manos estaba escrita la palabra «redención».

Mi amigo hizo preguntar por los señores O'Brien y O'Connor, vienen aquellos señores y yo les soy presentada y me introducen en la sala donde ninguna persona es admitida sino sólo después de haber sido presentada por dos miembros. Todas estas prudentes precauciones no impiden que los espías se deslicen al seno de la asamblea.

En un principio, fui impresionada por la expresión de sus fisonomías. No había visto todavía en las reuniones inglesas sino figuras de una fatigante uniformidad sin carácter que los hiciera ser recordados y como vaciados en el mismo molde. Allí, se encontraban alrededor de treinta a cuarenta miembros de la convención nacional y más o menos el mismo número de espectadores simpatizantes. Estos últimos eran de la clase obrera casi todos jóvenes; noté cuatro o cinco obreros franceses y dos mujeres del pueblo. No había ni interrupciones, ni cuchicheos, ni charlas particulares como en la cámara de «sus señorías». Cada uno prestaba una atención sostenida, seguía el debate con interés, el orador introducía a veces, según el hábito inglés, chistes bufonescos que provocaban la risa. O'Connor habla con fuego, energía; es brillante, anima, atrae. O'Brien se hace notar por la justeza de su razonamiento, su lucidez, su sangre fría y su conocimiento profundo de los acontecimientos pasados. El doctor Taylor es entusiasta, fogoso, es el Mirabeau de los cartistas. Aquellos tres hombres, con Lovett, pueden ser considerados como los jefes actuales del pueblo. Pero inmediatamente después de ellos existen otros puestos ocupados por hombres de mucho mérito. Distinguí en esa reunión a tres jóvenes entre los cuales el mayor tenía apenas

veintiséis años; uno entre ellos, el doctor Stephens, tiene un rostro encantador, todo en él anuncia al ser entregado al estudio por gusto y agotándose a fuerza de trabajo; firme en sus opiniones, las predica y las defiende con la energía del hombre convencido de la importancia de hacerlas triunfar. Se expresa con una extrema facilidad, su réplica es pronta, capta el menor matiz con una rara inteligencia; ese joven tiene por delante un destino brillante, porque Dios lo ha dotado de todos los talentos necesarios para el apostolado popular. Palmer, lo hago notar enseguida, es nacido en las filas del pueblo. Su alta estatura anuncia la fuerza; es bien proporcionado, su aspecto tiene al de fiero y aun de amenazante. Su cabeza es notablemente bella, es el bello tipo irlandés. De rasgos finos, regulares, una masa de cabellos negros, la piel un poco morena, ojos azul oscuro lanzando llamas, una boca y un mentón donde se pinta la energía de las pasiones; tal es el joven. Su expresión es tan marcial, tan determinada, yo diría incluso tan terrible, que no puede mirársele sin pensar en la lucha.

Se ve que este hijo de la desgraciada Irlanda siente su dignidad de hombre y su ánimo se subleva contra el yugo. ¡Oh, este joven, yo respondo, jugará un gran papel en la revolución popular, si la Providencia permite que tenga lugar de aquí a diez años! Su brazo es firme y su odio implacable perseguirá a los señores como Mario perseguía a los senadores romanos. La educación no ha pulido las formas de su lenguaje; sin embargo he tenido la ocasión de constatar en esta misma sesión, la impresión que hacían las palabras que desbordaban de su corazón y hasta qué punto se llevaba la deferencia por su opinión. Se entabló entre O'Connor y un viejo abogado disputador una discusión bastante pueril. Varios miembros habían intentado hacer volver al viejo charlatán de la tinterillada al sentido común, pero en vano, porque éste, adiestrado por una larga práctica a sostener el «pro» y el «contra», a probar largamente lo incontestable, a deslizarse ligeramente sobre aquello que está indeciso, a abordar alternativamente todos los aspectos de la cuestión, no se detenía y lapidaba a todo el mundo bajo el chaparrón de sus palabras.

El joven irlandés se levantó y con una voz plena y sonora que parecía engullir las palabras del viejo abogado dijo: señor, nosotros no estamos reunidos en lo menor para discutir palabras, sino más bien para examinar cosas importantes. Nuestro tiempo es precioso, debemos medirlo por nuestros actos y no por frases ociosas. Estas palabras en la boca de ese joven produjeron un efecto que no sabría describir. Todos le hicieron un signo de adhesión. Esta vez el viejo abogado se quedó corto y no estaba ya sobre su terreno. El joven irlandés marchó de frente al objetivo y el veterano del foro había olvidado este sesgo o había desdeñado el hacer uso de él.

El tercer cartista que observé era también irlandés. Figúrense un hombre joven, pálido, delgado, de una complexión enclenque, uno de aquellos seres débiles para quienes la existencia es su sufrimiento perpetuo, que, no viviendo sino por la imaginación, olvidan la vida real por la vida fantástica y se dejan morir de hambre soñando con palacios encantados; una de aquellas almas poéticas que no piensan sino en el progreso, no siendo felices sino por la felicidad de los otros. Se ve que el pobre cree en las mujeres y en Dios. Tiene veinte años. La inmensidad de su amor abraza a la humanidad entera, su frente irradia esperanza, su confianza no tiene límites. No conoce en lo menor las máscaras diversas con las cuales se cubre el egoísmo. El desgraciado joven se lanza sin titubeos en aquel abismo que se llama la sociedad, sin sospechar ni las luchas crueles de las

rivalidades, ni los odios de la envidia. ¡Cuántas decepciones le esperan, con qué dolores va a ser torturado! Cada vez que mis ojos se posaban sobre esta frágil criatura me recordaba a Camille Desmoulins, madame Roland, Saint Just y todos aquellos seres llenos de fe y abnegación que murieron víctimas de las malas pasiones en nuestras discordias civiles.

Salí muy edificada de esta asamblea, muy satisfecha; había visto predominar el buen orden en las deliberaciones y auguraba favorablemente los talentos de la sinceridad y del sacrificio, en los jefes que Dios ha hecho salir del pueblo.

- VI -

Una visita a las Cámaras del Parlamento

En Francia las libertades existen en las costumbres desde tiempo antes de introducirse en las leyes. Napoleón y la Restauración han abolido en vano leyes que habían comenzado la liberación de la mujer. Esta tiranía ha despertado resistencia por todas partes. La mujer prueba que su inteligencia marcha a la par de la del hombre y la opinión se esclarece. En Inglaterra el desarrollo intelectual no tiene capacidad para influir en la esfera de la libertad. La libertad jamás ha podido dar un paso si no está apoyada sobre la rebelión. Mientras que las mujeres autoras iluminan el horizonte británico con vivas luces, no solamente las leyes y los prejuicios hacen pesar sobre las mujeres atroz esclavitud, sino que todavía la Cámara de los Comunes, que pretende representar a la nación «entera», aunque sea realmente de manera ficticia, esta asamblea que recibe de rodillas las órdenes de una mujer, apoya la inconsecuencia hasta prohibir a las mujeres de asistir a sus sesiones.

Así, en ese país tan libre, si es necesario añadir algún valor a las habladurías parlamentarias y a las frases de los periodistas, en este país que se dice libre, la mitad de la nación no está solamente privada de derechos civiles y políticos, sino que además en diversas circunstancias es tratada de esclava. La mujer puede ser «vendida» en el mercado y la asamblea legislativa le «niega la entrada» en su seno. ¡Oh vergüenza, vergüenza sobre una sociedad que persiste en aquellos usos bárbaros! ¿No es verdaderamente de un orgullo ridículo esta sociedad inglesa que pretende imponer por todas partes sus principios de libertad? ¿Hay así otro país más sojuzgado que Inglaterra? ¿No es el siervo ruso más feliz que el campesino irlandés y el esclavo de las manufacturas? ¿En qué lugar de la tierra la mujer no tiene más libertad que en las Islas Británicas?

La prohibición de asistir a las sesiones de los honorables provocó en mí el deseo de entrar. Veía frecuentemente a un miembro del parlamento del partido tory, que en lo restante era razonable. Había viajado mucho y se jactaba de estar exento de prejuicios. Tuve la simpleza de creer que su conducta se ceñía a sus palabras. Le propuse, como cosa muy natural, que me prestara traje de hombre y que me llevara con él a la sesión. ¡Mi proposición hizo sobre él el efecto que hacía, en otro tiempo, el agua bendita sobre el demonio! ¡Prestar los vestidos de hombre a una mujer, para introducirla en el santuario del poder masculino! ¡Oh qué abominable escándalo, qué desvergüenza, qué horrible blasfemia! Mi amigo el tory se puso pálido de horror, rojo de indignación, tomó su bastón y

su sombrero, se levantó sin mirarme y me declaró que no podía continuar viéndome; sus últimas palabras fueron: ¡Desgracia para aquél que escandaliza! Yo le respondí con el versículo siguiente: «Desgracia para aquél que se deje escandalizar».

Este incidente me reveló la omnipotencia de los prejuicios en Inglaterra; sin embargo, yo reconocí que los corifeos no son inocentes, que hay siempre hipocresía y que las clases altas no se imponen el yugo sino para que los prejuicios sean así como los dogmas religiosos, instrumentos de dominio; la sumisión ciega a lo que aquellos exigen es la máscara actual de la aristocracia. Se goza asimismo, entre ella, de una alta estimación cuando se saca a la luz cualquier uso feudal de la Edad Media, cuyas crónicas polvorientas conservan sólo el recuerdo.

Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Este proverbio se escucha tan frecuentemente, que se podría prever la emancipación futura de la mujer. Mi resolución no fue en nada revocada. Los obstáculos no son para mí sino un desafío y por el contrario, aumentan mi perseverancia. Me di cuenta que no debía recurrir más a un miembro del parlamento, fuera cual fuera su color, ni tampoco a un inglés. Me dirigí sucesivamente a varios de los señores agregados a las embajadas francesa, española y alemana. Encontré por todas partes negativa, no por la razón que me había alegado el tory, sino por el miedo de comprometerse a faltar a las órdenes recibidas. En fin, cosa extraña, encontré a un turco, personaje eminente, venido a Londres en misión, quien no sólo aprobó mi proyecto sino que me facilitó su ejecución. Me ofreció un vestido completo, su permiso para entrar, su carro y su amable compañía; ¡con qué reconocimiento acepté sus ofrecimientos!

Escogimos el día, y me presenté a su casa con un francés de confianza y me vestí con un rico traje turco. Esos vestidos eran muy anchos y largos para mí y lucía mal con ellos, pero quien quiere el fin debe aceptar los medios.

Londres y sus edificios están tan bien iluminados que se ve mejor por la noche que durante el día. Descendí del coche en la puerta de la Cámara de los Comunes. Nuestro traje llama la atención sobre nosotros, todos nos miran, nos siguen, y yo escucho murmurar alrededor de mí: «el joven turco parece ser una mujer». Como en Inglaterra todo es formalidad minuciosa, el ujier solicita al verdadero turco su permiso de admisión, lo toma para mostrárselo a no sé quién y nos hace esperar más de diez minutos. Nos habíamos quedado allá en medio de una triple fila de curiosos, hombres y mujeres, que venían a esta última antecámara para gozar del interesante espectáculo de ver pasar a sus representantes, cuando dos o tres damas fijaron su mirada sobre mí y repitieron bastante alto: «allí hay una mujer en traje turco».

Mi corazón latía fuerte y a pesar de mis esfuerzos me ponía roja; sufría yo un suplicio durante aquella larga espera, y temía que el rumor público me impidiera entrar. Sin embargo mi continente se imponía, gobernaba mi agitación y mi apariencia era calmada, porque tal es la influencia del traje, que poniendo sobre mi cabeza el bonete turco había tomado aquella gravedad seria, habitual de los musulmanes.

Finalmente regresó el ujier anunciándonos que podíamos entrar.

Rápidamente, corrimos a la pequeña escalera de la izquierda y tomamos lugar en el último banco, a fin de no tener ninguna persona detrás de nosotros. Pero nuestros vestidos se convertían en objeto de atención y pronto el rumor corrió por toda la sala de que había una mujer disfrazada. Aprendí, esa noche, a conocer a los hombres de la alta sociedad inglesa, más de lo que había logrado durante diez años de residencia en Londres, en una posición ordinaria. No sabría explicar hasta qué punto ellos aplicaron sobre mí su falta de cortesía, su grosería y aun incluso su brutalidad.

Como fuera que el turco y yo mostramos, en apariencia, el continente calmado de los verdaderos otomanos, era fácil de adivinar toda la molestia y la inquietud que nuestra posición debía darnos. Y bien, sin ningún miramiento por mi calidad de mujer y de extranjera y por mi disfraz, todos aquellos gentlemen me miraban de reojo, hablaban de mí entre ellos y en voz alta, venían delante de mí y me miraban de frente sobre la nariz, después se detenían detrás de nosotros en la pequeña escalera y se expresaban en voz alta, a fin que pudiéramos entenderlos y decían en francés: «¿por qué esta mujer se ha introducido en la Cámara, qué interés puede tener ella de asistir a esta sesión? Debe ser una francesa, ellas están habituadas a no respetar nada, pero en verdad es indecente, el ujier debería hacerla salir». Después se iban a hablar a los ujieres y aquéllos me miraban, otros corrían a decírselo a los miembros de la Cámara, quienes dejaban sus asientos para venir a verme; yo estaba sobre espaldas, ¡qué falta de decencia y de hospitalidad! Pero dejo aquí los recuerdos penosos para hablar de la Cámara.

El aspecto de la sala es lo que hay de más mezquino, de más burgués, de más comercial. Forma un rectángulo largo, es pequeña y muy incómoda. El cielo raso es bajo. Las galerías superiores avanzan y ocultan en parte los lados bajos. Los bancos son de madera pintados color nogal. Esta sala no tiene en lo menor el carácter que anuncia su objetivo, se parece a lo que podría servir de capilla en una aldea y no estaría mal para una reunión de vendedores de especerías. No tiene dignidad, ni en la arquitectura, ni en el decorado. La iluminación a gas es de un gran despliegue y es la única cosa de la cual se puede hacer elogios.

Los honorables se extienden sobre los bancos como hombres fatigados y aburridos. Muchos se acuestan enteramente y «duermen». Aquella sociedad inglesa que se martiriza siempre por la estricta observación de las reglas de la etiqueta, que atribuye tan alta importancia al aseo, a la pulcritud y el orden; aquellos ingleses que se ofenden por el más pequeño olvido, por la menor negligencia, muestran en la Cámara un desprecio completo por todas las atenciones que los usos de la sociedad imponen. Es de buen tono parlamentario presentarse a la sesión, con el lodo pegado a la ropa, el paraguas bajo el brazo, en vestido de mañana. De llegar a caballo, entrar a la asamblea con espuelas, las riendas en la mano y el vestido de caza.

Los seres insignificantes, tan numerosos en las Cámaras británicas, esperan así hacer creer en sus grandes ocupaciones o elegantes entretenimientos. Aunque yo presumo que ninguno de estos señores se permite visitar a sus colegas manteniendo el sombrero sobre la cabeza, todos en la asamblea llevan el sombrero sobrepuesto. En verdad, no exigen más cortesía de los demás que la que tienen para con ellos mismos. Nadie en las tribunas se quita el sombrero. En Francia se exige este signo de deferencia en todas las reuniones

públicas. Será preciso creer que en Inglaterra la Cámara de los Comunes no cree tener ningún derecho.

Cuando un diputado habla, se quita el sombrero, se apoya sobre su bastón o sobre su paraguas, mete sus pulgares en sus chalecos o en los bolsillos de su pantalón. En general los oradores hablan muy largamente, están habituados a que no se les preste ninguna atención y parecen ellos mismos no tomar vivo interés en lo que dicen. Ciertamente reina allí un silencio más profundo que en nuestra cámara de diputados. La mayor parte de los miembros, duerme o lee sus periódicos. Habíamos pasado más de una hora en la sala, dos oradores se habían sucedido sin llamar ninguna atención y comencé yo a fatigarme mucho. No entendía suficiente inglés para seguir la discusión y la hubiera comprendido mejor si la voz monótona de aquellas figuras de cera no me hubiera exaltado los nervios. Nos disponíamos a ir a la Cámara de los Lores, cuando O'Connor se levantó y en el mismo instante todo el mundo se despertó de su adormecimiento parlamentario. Los diputados acostados se enderezaron frotándose los ojos y se mantuvieron sentados, la lectura de los diarios se interrumpió y los murmullos cesaron. Esas figuras pálidas y frías dejaron ver la expresión con una viva atención.

O'Connor es un hombre pequeño y grueso con el cuello cuadrado y de presencia común. Su figura es fea, toda arrugada, roja y granujada. Sus gestos son bruscos y tienen algo de trivial. Su traje está en armonía con su persona. Lleva peluca y sombrero de alas anchas. Su paraguas forma parte de sí mismo pues no se aparta de él jamás y por su tamaño se parece a los de los reyes del Congo. Al verlo en la calle se le tomaría por un conductor de coche de alquiler en traje dominguero. Pero, me apresuro en decirlo, Dios ha encerrado bajo esa cubierta grosera a un ser lleno de verbo y de poesía y lo ha enviado a Irlanda. ¡Entre este hombre que camina en la calle y el tribuno del pueblo hay una inmensidad!

El orador del pueblo no se distingue de ninguna manera del hombre del pueblo por lo exterior y ésta puede ser una de las causas de la potencia del poder que él ejerce, porque, en esta sociedad corrompida, la elegancia de los ademanes hace sospechosa la pureza del alma, la verdad de las palabras. Cuando toma la defensa del pueblo, o habla en nombre de su fe religiosa, es arrebatador, sublime, hace temblar al opresor, su fealdad desaparece, y su fisonomía impresiona junto con sus palabras. Sus pequeños ojos lanzan rayos, su voz es animada, clara, sonora; sus palabras son bien acentuadas, van al alma y hacen nacer las más violentas, así como las más dulces emociones. En el «mitin» provoca a la vez lágrimas, cólera, entusiasmo y rebelión. No conozco nada tan milagroso como este hombre, y si la reina Victoria se apoyara sobre un auxiliar tan poderoso, ella lograría en pocos años lo que Luis XI no pudo lograr en todo su reinado, y su pueblo liberado la bendeciría.

Pasamos a la Cámara de los Lores. Allí también adivinaron mi sexo; pero las maneras de esos señores eran bastante diferentes a aquellas a las cuales yo había sido expuesta en la Cámara de los delegados del comercio y de las finanzas; se me miraba de «lejos», murmuraban sonriendo; pero no escuché ningún despropósito inconveniente o descortés. Me di cuenta de que me encontraba en presencia de «verdaderos gentlemen», indulgentes con el capricho de las damas y haciendo un asunto de honor el respetarlas. La nobleza inglesa, tan altanera como es, tiene una urbanidad de maneras, una cortesía que se buscaría en vano entre los señores de las finanzas o entre cualquier otra clase de gente.

Cuando entramos, el duque de Wellington hablaba. Su elocución era fría, deslucida y larga; se le escuchaba con una especie de deferencia, pero sus palabras no producían ningún efecto. Lord Brougham contó dos o tres bromas bufonescas que provocaron las risas ruidosas de sus señorías.

La sala de los lores no vale de ninguna manera más que aquella de los comunes. Está construida sobre el mismo plan, de arquitectura de albañil, sin ornamento.

Los lores no tienen mejor porte que los miembros de la Cámara de los Comunes. Llevan también el sombrero puesto sobre la cabeza; pero en este caso no es por la vulgaridad de las costumbres, es por el orgullo del rango, y exigen que los asistentes en las tribunas públicas o las personas citadas en la barra, aunque sean ellos miembros de la otra Cámara, estén descubiertos. Después que Lord Wellington terminó de hablar, él se extendió sobre su banco en la posición que vulgarmente se dice «los cuatro fierros en el aire», es decir que sus piernas reposaban sobre el respaldo del banco superior, lo cual le hacía meter la cabeza abajo. Esta postura era de lo más grotesca. Salí de las dos cámaras muy poco confortada por el espectáculo que ellas me habían presentado y, muy ciertamente, más escandalizada de los hábitos de los señores de las Cámaras que lo que ellos lo habían sido de mi vestido.

- VII -

Los obreros de las fábricas

La esclavitud se muestra al principio de todas las sociedades. Los males que produce la convierten en transitoria, y su duración está en razón inversa de su rigor. Si nuestros padres no hubiesen tenido más humanidad por sus siervos que los fabricantes de Inglaterra tienen por sus obreros, la servidumbre no habría durado toda la Edad Media. El proletariado inglés, en cualquier profesión que sea, es de una existencia en tal forma atroz que los negros que han abandonado los trapiches de Guadalupe y de la Martinica para ir a gozar de la «libertad inglesa» en la Dominica y Santa Lucía, regresan, cuando pueden, donde sus amos. Lejos de mí el pensamiento sacrílego de querer defender ninguna clase de esclavitud. Quiero solamente probar, por ese hecho, que la ley inglesa es más dura para el proletario que la «voluntad arbitraria» del amo francés frente a su negro. El esclavo de la propiedad inglesa tiene, para ganar su pan y pagar los impuestos que se le impone, una tarea infinitamente más pesada.

El negro está solamente expuesto a los caprichos de su amo, mientras que la existencia del proletario inglés, la de su mujer y la de sus hijos, están a la merced del productor. El percal o cualquier otro artículo de bajo precio así como aquellos afectados por la baja, sean hilados, cuchillería, vajillas, etc., de acuerdo entre ellos reducen los salarios sin inquietarse

de ninguna manera si los nuevos salarios que adoptan son suficientes o no para la alimentación del obrero. Aumentan también el número de horas de trabajo. Cuando el obrero está trabajando le exigen más acabado en su obra, pagándole menos y la obra en la que todas las condiciones no son exactamente cumplidas no es pagada. Cruelmente explotado por aquel que lo emplea, el obrero todavía sufre la presión del fisco y el hambre a que lo someten los propietarios de tierras. Casi siempre muere joven, su vida es acortada por el exceso de trabajo o por la naturaleza de sus trabajos. Su mujer y sus hijos no le sobreviven mucho tiempo. Atado a la manufactura sucumbe por las mismas causas. Si no están ocupados en invierno, mueren de hambre en las esquinas de las calles.

La división del trabajo llevada a su límite extremo y que ha hecho progresos tan inmensos en la fabricación, ha aniquilado la inteligencia para reducir al hombre a no ser sino un engranaje de máquinas. Si todavía el obrero estuviese preparado a ejecutar las diversas partes de una o varias fabricaciones, gozaría de más independencia. La codicia del amo tendría menos medios de torturarlo; sus órganos conservarían suficiente energía para triunfar de la influencia deletérea de una ocupación que no ejercería sino algunas horas. Los amoladores de las manufacturas inglesas no pasan de treinta y cinco años; el uso de la piedra de amolar no tiene ningún efecto dañino sobre nuestros obreros de Chatellerault porque tal amolado no es sino una parte de su oficio y no les ocupa sino poco tiempo, mientras que en los talleres ingleses los amoladores no hacen otra cosa. Si el obrero pudiera trabajar en diversas partes de la fabricación, no sería oprimido por su nulidad, por la perpetua inactividad de su inteligencia. Repitiendo todo el día las mismas cosas, los licores fuertes no se convertirían para él en un deseo para hacerle salir del atontamiento en el cual la monotonía de su trabajo lo mantiene, y la ebriedad no constituiría el colmo de su miseria.

Es preciso haber visitado las ciudades manufactureras, visto al obrero de Birmingham, Manchester, Glasgow, Sheffield, y el Staffordshire, etc., para hacerse una idea justa de los sufrimientos físicos y el rebajamiento moral de esta clase de la población. Es imposible juzgar la suerte del obrero inglés por la del obrero francés. En Inglaterra la vida es la mitad más cara en costo que en Francia y desde 1825 los salarios han sufrido una baja tal que casi siempre el obrero es obligado a reclamar el auxilio de la parroquia para hacer vivir a su familia; y como las parroquias son agobiadas por la cantidad de auxilio que ellas acuerdan, ellas fijan la cuota relativamente a los salarios y el número de niños del obrero; y no en razón del precio del pan, sino de acuerdo al precio de la papa. Para el proletario inglés el pan es un alimento de lujo. Los obreros de élites, excluidos, en razón de sus salarios, de los auxilios de su parroquia, no gozan de una mejor suerte. La media de los salarios que ganan no se eleva más, se me ha asegurado, más allá de tres o cuatro chelines (tres francos setenta y cinco a cinco francos) por día, y la media de su familia es de cuatro niños. Comparando los dos datos con los precios de las subsistencias en Inglaterra, se hará fácilmente una idea de su penuria.

La mayor parte de los obreros carecen de vestidos, de cama, de muebles, de fuego, de alimentos sanos ¡y a menudo incluso de papas! Son encerrados doce a catorce horas por día en salas bajas, donde se aspira con un aire viciado, las hebras de algodón, de lana, de lino; las partículas de cobre, de plomo, de fierro, etc., y pasan frecuentemente de una alimentación insuficiente al exceso de la bebida. Casi todos aquellos infelices son endeblés, raquíticos, lacerados; tienen el cuerpo flaco, hundido, los miembros débiles, el semblante

pálido, los ojos muertos; se les creería a todos afectados del pecho. No sé si es necesario atribuir a la irritación de una fatiga permanente, o a la sombría desesperación de la cual su alma es presa, la expresión de su fisonomía, penosa de ver, que es casi general en todos los obreros. Es difícil encontrar su punto visual, todos tienen constantemente los ojos bajos y no os miran sino a hurtadillas, al echar disimuladamente una mirada de costado; lo cual da algo de bruto, de bestia y de horriblemente perverso a esas figuras frías, impenetrables y a las que envuelve una profunda tristeza. No se escucha en las fábricas inglesas como en las nuestras los cantos, las charlas y las risas. El amo no desea que un recuerdo de su existencia venga a distraer un minuto de su tarea a sus obreros; exige silencio y reina un silencio de muerte. ¡Cómo da el hambre del obrero, poder a la palabra del amo! No existe entre el obrero y los jefes del establecimiento ninguna de aquellas relaciones de familiaridad, de cortesía, de interés, como se ve entre nosotros y que amodoran, en el corazón del pobre, los sentimientos de odio, de envidia, que el desdén, la dureza, la existencia y el lujo del rico hacen nacer. No se escucha jamás en los talleres ingleses decir el amo al obrero: «Buenos días, compadre Bautista, y bien ¿cómo está vuestra pobre mujer, y el niño? ¡Vamos, tanto mejor! Esperemos que la madre se restablezca pronto. Dile que venga a verme apenas pueda salir». Un amo creería envilecerse de hablar así a sus obreros. En todo jefe de manufactura, el obrero ve a un hombre que puede hacerlo expulsar del taller donde trabaja, y así aunque salude servilmente a los fabricantes que encuentra, aquellos creerían su honor comprometido si devolvieran el saludo.

La esclavitud no es a mis ojos el más grande de los infortunios humanos desde que conozco al proletariado inglés. El esclavo está seguro de su pan para toda su vida y de cuidados, cuando cae enfermo; mientras que no existe ningún vínculo entre el obrero y el amo inglés. Si no tienen obra por entregar, el obrero muere de hambre; si está enfermo sucumbe sobre la paja de su pobre lecho, a menos que cerca ya de morir sea recibido en un hospital: porque es un favor el ser admitido ahí. Si envejece, si como consecuencia de un accidente es estropeado, se le regresa y mendiga a escondidas por miedo de ser detenido. Esta posición es tan horrible que, para soportarla, es preciso suponer en el obrero un coraje sobrehumano o una apatía completa.

La exigüidad del emplazamiento es general en las fábricas inglesas, se mide con parsimonia el espacio donde el obrero debe moverse. Los patios son pequeños, las escaleras estrechas; está obligado a pasar de costado alrededor de las máquinas y de los bastidores. Visitando una manufactura, es fácil ver que la comodidad, el bienestar y aun la salud de los hombres destinados a vivir en las fábricas, no han entrado para nada en el pensamiento del constructor. El aseo, el más eficaz de los medios de salubridad, está muy abandonado. Mientras que las máquinas son cuidadosamente pintadas, barnizadas, limpiadas y pulidas, los patios están sucios y llenos de aguas estancadas, los pisos polvorientos, los vidrios sucios. A decir verdad, si los edificios, los talleres, estuvieran limpios, adornados y mantenidos como las manufacturas de Alsacia, los harapos del obrero inglés parecerían todavía más horrorosos. Pero no importa, sea la negligencia o el cálculo, aquella suciedad no es al menos un aumento de males para el obrero.

Inglaterra no tiene grandeza sino en la industria, pero ella es gigantesca, vista en los instrumentos y el espíritu matemático de los tiempos modernos, instrumentos mágicos que

petrifican todo lo que está alrededor de ellos. Los muelles, las vías férreas, las inmensas proporciones de las fábricas dan idea de la importancia del comercio y de la industria británica.

El poder de las máquinas, su aplicación a todo, asombran y remueven la imaginación de estupor. La ciencia humana, incorporada en miles de formas, reemplaza las funciones de la inteligencia; con las máquinas y la división del trabajo, no hay necesidad sino de motores: el razonamiento, la reflexión, son inútiles.

He visto una máquina a vapor de fuerza de 500 caballos. Nada más terriblemente imponente que la visión del movimiento impreso a esas masas de hierro cuyas proporciones colosales espantan la imaginación y parecen superar el poder del hombre. Este motor de fuerza hiperbólica está colocado en un amplio local, donde hace funcionar un número considerable de máquinas que trabajan el fierro y la madera. Aquellas enormes barras de fierro pulido, que se elevan y bajan cuarenta o cincuenta veces por minuto e imprimen un movimiento que va y viene de la lengua del monstruo que parece aspirar todo para devorar todo, los terribles gemidos que despide, las rápidas revoluciones de la inmensa rueda que sale del abismo para entrar de nuevo, no dejando jamás ver sino la mitad de su circunferencia, deslizan en el alma un sentimiento de terror. En presencia del monstruo no se ve sino a él, no se escucha sino su respiración.

De regreso de vuestro estupor, de vuestro espanto, vos buscáis al hombre. Se le distingue apenas, reducido por las proporciones de todo lo que le rodea, al grosor de una hormiga. Está ocupado en poner bajo el filo de dos grandes curvas, que presentan la forma de una quijada de tiburón, enormes barras de fierro, que esta máquina corta con la nitidez de un sable damasquino que cortara un nabo.

Si en un principio sentí la humillación de ver al hombre aniquilado, no funcionando más él mismo como una máquina, pronto el inmenso mejoramiento que saldrá un día de estos descubrimientos de la ciencia: la fuerza bruta aniquilada, el trabajo material ejecutado en menos tiempo y más descanso dejado al hombre para el cultivo de su inteligencia. Pero para que esos grandes hechos se realicen es necesario una revolución social. Ella llegará, porque Dios no ha revelado a los hombres estas admirables invenciones para reducir las a no ser sino los ilotas de algunos fabricantes y propietarios de tierras.

La cerveza y el gas son en Londres dos grandes ramas de consumo. Fui a visitar a la soberbia cervecería de Barclay-Perkins, que ciertamente vale la pena ser conocida. Este establecimiento es muy espacioso; nada ha sido ahorrado para el material de esta fábrica. Me ha sido imposible enterarme de las cifras de litros de cerveza que fabrica cada año, pero a juzgar por el tamaño de las cubas debe elevarse a una cantidad extraordinaria. En una de estas cubas, la más grande es verdad, Barclay-Perkins dieron a una de las altezas reales de la Inglaterra una comida a la cual asistieron más de cincuenta convidados. La altura de esta cuba es de 30 metros (90 pies). Donde quiera que el vapor pueda actuar, la fuerza del hombre es excluida y lo que más impresiona en esta cervecería es el pequeño número de obreros empleados para hacer trabajos tan inmensos.

Una de las grandes fábricas de gas es la situada en «Horse Ferry road Westminster» (he olvidado el nombre de la sociedad). No se visita esta fábrica sino con tarjeta de admisión.

En ese palacio manufacturero hay una abundancia de máquinas de fierro llevado a la profusión. Todo está hecho de fierro: las veredas, los recantones, las escaleras, ciertos pisos, los techos de los recintos, etc. Se reconoce que nada se ha ahorrado para hacer sólidamente los edificios y los utensilios. He visto allí cubas de bronce y de zinc casi tan altas como una casa de cuatro pisos y anchas en proporción. Habría deseado saber cuántos miles de toneladas pueden contener, pero el capataz que me acompañaba fue, en este aspecto, tan reservado como aquel de la cervecería de Barclay-Perkins en lo relacionado a la cifra de los litros de cerveza. Fue de un silencio absoluto.

Entramos en el gran calefactorio. Las dos filas de hornillos colocados a cada lado estaban encendidas. Esta hornaza no recuerda poco las descripciones que la imaginación de los poetas de la antigüedad nos han dejado las fraguas de Vulcano, con esta diferencia de que una actividad y una inteligencia divinas animaban a los cíclopes, mientras que los negros servidores de las hornazas inglesas son tristes, silenciosos y anonadados. Se encontraba allí una veintena de hombres cumpliendo su tarea con exactitud, aunque con lentitud. Aquellos que no estaban ocupados permanecían inmóviles, con los ojos fijos en la tierra y no tenían energía ni siquiera para enjugarse el sudor que les caía de todas partes. Tres o cuatro me miraban con ojos cuya vista había huido; los otros no volteaban la cara. El capataz me dijo que se escogía a los fogoneros entre los hombres más fuertes, y que no obstante todos eran afectados del pecho al término de siete u ocho años de ejercicio y que morían de tisis. Ello me explica la tristeza y la apatía marcada en el rostro y en todos los movimientos de estos desdichados.

Se exige de ellos un trabajo al cual las fuerzas humanas no pueden resistir. Están desnudos, salvo un pequeño calzón de tela; cuando salen se echan un saco sobre las espaldas.

Aunque el espacio que separa a las dos hileras de hornillos, que me pareció de 50 a 60 pies, el piso estaba en tal forma caliente que el calor penetró a mis zapatos inmediatamente, hasta el punto de hacerme levantar los pies como si los hubiera colocado sobre carbones ardientes. Se me hizo subir sobre una piedra gruesa y, aunque aislada del suelo, estaba caliente. No pude quedarme en ese infierno, mi pecho se llenaba, el olor del gas se subía hasta mi cerebro, el calor me sofocaba. El capataz me condujo al extremo del calefactorio, sobre un balcón, donde pude yo ver todo sin ser tan fuertemente incomodada. Dimos una vuelta por el establecimiento. Caí en la admiración de todas aquellas máquinas, de la perfección, del orden, conque son conducidos todos los trabajos; sin embargo las precauciones tomadas no previenen todos los accidentes, y estos ocurren frecuentemente y causan grandes desastres, hieren a los hombres y a veces los matan. ¡Oh Dios mío!, ¡el progreso no se operará si se logra a expensas de la vida de un cierto número de individuos!

El gas de esta fábrica va por conductos a iluminar los barrios de Oxford-street hasta Regent-street.

El aire que se respira en esta fábrica está realmente viciado. A cada instante los vapores insalubres vienen hacia uno. Salí por debajo de un cobertizo, esperando respirar en el patio un aire más puro, pero por todas partes era perseguida por exhalaciones infectas de gas y de los olores de la hulla, la brea, etc.

Debo decir que el local es muy sucio. El patio, lleno de estancadas, de cantidades de basura, atestigua la extremada negligencia en lo que concierne a la limpieza. A la verdad la naturaleza de las materias, de las cuales se obtiene el gas exigiría un servicio muy activo para mantener la limpieza, pero dos hombres serían suficientes para esta tarea y con este ligero aumento del gasto se sanearía el establecimiento.

Estaba asfixiada, tenía ganas de huir de ese foco de hedor, cuando el capataz me dijo: «quédese todavía un instante, verá usted una cosa curiosa: los fogoneros van a retirar el coke de los hornos».

Fui a asomarme de nuevo por el balcón y vi uno de los más espantosos espectáculos que alguna vez me han impresionado.

El calefactorio está en el primer piso, debajo se encuentra el sótano destinado a recibir el coke; los fogoneros armados de largos hurgones de fierro, abrieron los hornos y echaron el coke que, todo en llamas, cayó por torrente en aquella cueva. Nada más terrible, más majestuoso, que aquellas bocas vomitando llamas. Nada más mágico que está cueva repentinamente alumbrada por los carbones ardientes que se precipitaban, como de lo alto de una roca las olas de la catarata, y que se precipitaban en el abismo. Nada más horroroso que la visión de los fogoneros que chorreaban igual como si salieran del agua y están iluminados por delante y por detrás por esas horribles brasas cuyas lenguas de fuego parecen avanzar sobre ellos como para devorarlos. ¡Oh no, es imposible presenciar un espectáculo más pavoroso!

Cuando los hornos fueron vaciados en su mitad, los hombres subidos en las cubas colocadas en las cuatro esquinas de la cueva echaron agua para apagar el coke. Entonces el aspecto del calefactorio cambió: se elevó de la cueva una tromba de humo negro, espeso y abrasador que subió majestuosamente y salió por el techo por una abertura expresamente hecha para permitirle paso. No distinguí más las bocas de los hornos sino a través de esa nube que hacía a las llamas más rojas, las lenguas de fuego más temibles. Los cuerpos de los fogoneros, de blancos que eran, se hicieron negros y estos infortunados a quienes se les hubiera tomado por diablos, se confundieron en el caos infernal. Sorprendida por el humo del coke, no tuve tiempo de descender precipitadamente.

Esperé el fin de la operación, queriendo saber en lo que esos pobres fogoneros se iban a convertir. Me sorprendí de no ver llegar a ninguna mujer. ¡Dios mío, pensé, esos obreros no tienen entonces ni madre, ni hermanas, no tienen mujer, ni novia, esperándolos en la puerta a su salida de la ardiente hoguera, a fin de lavarlos con agua tibia, de envolverlos en camisas de franela, de hacerles tomar una bebida alimenticia, fortificante, y luego decirles algunas palabras de amistad, de amor que consuelen, den valor y ayuden al hombre a soportar las más crueles miserias! Yo tenía ansiedad, ninguna mujer apareció. Pregunté al capataz dónde iban a reposar aquellos hombres bañados de sudor.

-Van a arrojarse sobre una cama que está bajo ese cobertizo -me respondió fríamente-, y luego de un par de horas recomenzarán a trabajar.

Este cobertizo, abierto a todos los vientos, no garantiza sino de la lluvia, hace allí un frío glacial. Una especie de colchón, que no se distingue del carbón que lo rodea, está colocado en una de las esquinas; vi a los fogoneros extenderse sobre el colchón duro como la piedra. Estaban cubiertos de un saco muy sucio, penetrado de sudor y de polvo de carbón, a tal punto que no se podía adivinar el color. «He allí, me dijo el capataz, como los hombres llegan a ser afectados del pecho; es pasando sin ninguna precaución de lo caliente a lo frío».

Esta última observación del capataz produjo sobre mí tal efecto, que salí de la fábrica en un estado de exasperación.

Así la vida de los hombres tiene precio de dinero; ¡y, aunque la tarea exigida debe hacerles morir, el industrial se niega a aumentarles los salarios! ¡Pero si es todavía peor que la trata de negros! ¡Por encima de esta enorme monstruosidad no veo sino la antropofagia! Los propietarios de las fábricas, de las manufacturas pueden, sin ser impedidos por la ley, disponer de la juventud, de la fuerza de centenas de hombres, comprar su existencia y sacrificarla, a fin de ganar dinero haciendo un promedio de siete a ocho chelines por día como salario (ocho francos, setenta y cinco a diez francos).

No tengo noticias de que ninguno de los jefes de fábrica parecidos a los que acabo de mencionar haya tenido la humanidad de hacer disponer para ellos una habitación moderadamente caliente, conteniendo baños de agua tibia, colchones, colchas de lana, a donde los fuelleros irían al salir de su hornaza, para lavarse y reposar bien envueltos, en una atmósfera en relación con el local que dejan. Realmente es una vergüenza y una infamia para el país donde pasan las cosas como la que acabo de contar.

En Inglaterra, cuando los caballos llegan a la parada, se apresuran en echarles una manta sobre los riñones, en enjugar su sudor, en lavarles las patas. Después se les hace entrar en una caballeriza bien cerrada, provista de una litera bien seca.

Hace algunos años que se acercó las paradas después de haber reconocido que las distancias a las cuales estaban colocadas acortaban la vida de los caballos por la excesiva distancia. Sí, pero un caballo cuesta cuarenta a cincuenta libras de esterlinas al industrial, ¡mientras el país les provee hombres a cuenta de nada!

- VIII -
Mujeres públicas

Jamás he podido ver una mujer pública sin ser conmovida por un sentimiento de compasión por nuestras sociedades, sin sentir el desprecio por su organización y odio por

sus dominadores que extraños a todo pudor, a todo respeto por la humanidad, a todo amor por sus semejantes, reducen la criatura de Dios al último grado de abyección. ¡La rebajan por debajo de lo brutal!

Comprendo al salteador de caminos que saquea a los que pasan por los grandes caminos y entrega su cabeza a la guillotina. Comprendo al soldado que juega constantemente su vida y no recibe nada a cambio sino unos centavos por día. Comprendo al marinero que expone la suya al furor de los mares. Los tres encuentran en su oficio, una poesía sombría y terrible. Pero no podría comprender a la mujer pública abdicando de ella misma, aniquilando su voluntad, sus sensaciones, entregando su cuerpo a la brutalidad y al sufrimiento y su alma al desprecio. La mujer pública es para mí un misterio impenetrable... Veo en la prostitución una locura horrenda, o bien es en tal forma sublime que mi ser humano no puede tener conciencia de ello. Arrostrar la muerte no es nada; pero ¡qué muerte afronta la mujer pública! Está comprometida con el dolor y consagrada a la abyección. Sufre torturas físicas incesantemente repetidas, muerte moral en todos los instantes, y desprecio de sí misma.

Lo repito, hay en ella algo de sublime o de locura.

La prostitución es la más horrorosa de las plagas que produce la desigual repartición de los bienes de este mundo. Esta infamia marchita la especie humana y atenta contra la organización social más que el crimen. Los prejuicios, la miseria y la esclavitud combinan sus funestos efectos para producir esta sublevante degradación. Sí, si no se hubiese impuesto a la mujer la castidad por virtud sin que el hombre a ello fuese obligado, ella no sería rechazada de la sociedad por haber accedido a los sentimientos de su corazón, y la mujer seducida, engañada y abandonada no estaría reducida a prostituirse. Sí, si vos la admitieseis a recibir la misma educación, a ejercer los mismos empleos y profesiones que el hombre, ella no sería más frecuentemente que él propensa a la miseria. Si vos no la expusieseis a todos los abusos de la fuerza, por el despotismo del poder paterno y la indisolubilidad del matrimonio, ella no estaría jamás colocada en la alternativa de sufrir la opresión y la infamia.

La virtud o el vicio supone la libertad de hacer bien o mal; pero cuál puede ser la moral de la mujer que no se pertenece a sí misma, que no tiene nada propio, y que toda su vida ha sido preparada a sustraerse a lo arbitrario por la astucia y a la coacción por la seducción. Y cuando es torturada por la miseria, cuando ve el goce de todos los bienes alrededor de los hombres, ¿el arte de gustar, en el cual ha sido educada no la conduce inevitablemente a la prostitución?

¡Por ello, que esta monstruosidad sea imputada a vuestro estado social y que la mujer sea absuelta! Mientras que ella esté sometida al yugo del hombre o del prejuicio, a que no reciba la más mínima educación profesional, que esté privada de sus derechos civiles, no podrá existir ley moral para ella. En tanto que no pueda obtener el goce de los bienes sino por la influencia que ella ejerce sobre las pasiones, que no haya título para ella y que sea despojada por su marido de las propiedades que ella ha adquirido por su trabajo o que su padre le ha dado, que no sepa asegurarse el uso de los bienes y de la libertad sino viviendo

en el celibato, no podrá existir ley moral para ella, y puede afirmarse que hasta que la emancipación de la mujer tenga lugar, la prostitución irá creciendo todos los días.

Las riquezas están repartidas más desigualmente en Inglaterra que en ningún otra parte, la prostitución debe ser por lo tanto más considerable. El derecho de testar no está restringido por la ley inglesa, y los prejuicios aristocráticos que reinan en el pueblo, desde el feudo del lord hasta la cabaña humilde del «labrador», hacen instituir «un heredero» en todas las familias; en consecuencia las hijas no tienen sino débiles dotes, a menos que no tengan hermanos.

No obstante, existen, solo pocos empleos para las mujeres que han recibido alguna educación; además los prejuicios fanáticos de las sectas religiosas hacen rechazar de todo hogar, y a menudo incluso del techo paterno, a las muchachas que han sido seducidas o engañadas, y la mayor parte de los ricos propietarios del campo, los fabricantes y los jefes de fábricas hacen el juego de seducirlas y engañarlas. Ah, que estos capitalistas, que estos propietarios del suelo, a quienes los proletarios hacen tan ricos por el intercambio de catorce horas de trabajo por un pedazo de pan..., están lejos de balancear, por el uso que hacen de su fortuna, los males y desórdenes de todo género que resultan de la acumulación de las riquezas en sus manos. Aquellas riquezas casi siempre alimentan el orgullo y ocasionan excesos de intemperancia y de libertinaje, de suerte que el pueblo pervertido por su horrible miseria es todavía corrompido por los vicios de los ricos.

Las muchachas nacidas en la clase pobre son empujadas a la prostitución por el hambre. Las mujeres son excluidas de los trabajos del campo y cuando no son ocupadas en las manufacturas, no tienen otro recurso de vida sino la servidumbre y la prostitución.

Las mujeres públicas de Londres son tan numerosas que a toda hora se les ve en todas partes. Afluyen a todas las calles, pero en ciertos momentos del día se hacen presentes en los barrios alejados donde la mayor parte reside, en las calles donde se encuentra el gentío y en los paseos y teatros. Es raro que reciban a los hombres en sus casas; los propietarios de las casas casi siempre se oponen y luego las habitaciones que ocupan están mezquinamente amobladas. Las muchachas llevan sus «capturas» a casas destinadas al oficio, casas que existen de distancia en distancia en todos los barrios, sin excepción y, son, de acuerdo con lo que informa el doctor Ryan, tan numerosas como las tiendas de «Gin». Fui como observadora, acompañada de dos amigos armados de bastones, a visitar, entre siete y ocho horas del día, el nuevo barrio al cual llega el puente de Waterloo y que atraviesa a lo ancho y a lo largo la calle de Waterloo-road. Aquel barrio está casi enteramente poblado de prostitutas y de agentes de la prostitución. No sería sino incurriendo en inminentes peligros que se le puede atravesar solo por la noche. Estábamos en verano y la tarde estaba muy

cálida, las muchachas estaban en las ventanas o sentadas frente a sus puertas, riendo y jugando con sus «mantenidos». Medio vestidas, muchas desnudas hasta la cintura, revoloteaban provocando repugnancia, mientras que la expresión de cinismo y de crimen se leía sobre el rostro de sus mantenidos y provocaban el miedo.

En general estos mantenidos eran hombres muy bellos, jóvenes, grandes y fuertes; pero por su aire común y grosero, se creería ver aquellos animales que no tienen sino apetitos por instinto.

Muchos se nos acercaron y nos preguntaron si no queríamos una habitación. Como les respondimos negativamente, uno, más atrevido que los otros, nos dijo en tono amenazador: ¿qué venís entonces a hacer a este barrio, si vos no queréis una habitación para hacer entrar a «vuestra dama»? Confieso que no habría querido encontrarme sola frente a este hombre.

Recorrimos así todas las calles adyacentes de Waterloo-road, y nos fuimos a sentar sobre el puente para observar otro espectáculo. Vimos pasar las mujeres del barrio de Waterloo-road, que por la noche, entre las ocho y las nueve, van en «bandas» al West-end de la ciudad, donde ellas ejercen su oficio durante la noche y vuelven hacia las ocho o las nueve de la mañana.

Las muchachas recorren todos los paseos y las calles donde se dirige el gentío; aquella que conduce a la bolsa, a las horas donde el mayor número de personas se congrega, alrededores de los teatros y otros lugares públicos. A la hora de las entradas de precio medio invaden todos los espectáculos y se apoderan de las salas de descanso donde hacen sus salones de reunión (ver el capítulo del teatro). Después del espectáculo las muchachas se reúnen en los finishes: éstos son innobles cabarets o vastas y suntuosas tabernas a donde se van para terminar la noche.

Los finishes se unen a las costumbres inglesas como el estaminet a los hábitos alemanes y el café elegante a las costumbres francesas. En los unos el empleado de oficina, el dependiente, el corredor, beben la cerveza fuerte, fuman mal tabaco y tienen francachela con las muchachas suciamente vestidas. En los otros la alta sociedad bebe punch au cognac, vino de Francia y del Rhin, Cherry y Porto; fuma excelentes cigarrros de la Habana, ríe y juega con las muchachas jóvenes, bellas y ricamente vestidas. Pero en estos como en aquellos, la orgía se muestra en toda su brutalidad, en todo su horror.

Se me ha contado a propósito de los finishes, las escenas de lujuria que me resistí a creer. Me encontraba en Londres por cuarta vez, y había venido con la firme intención de conocer todo. Me decidí por tanto a sobreponerme a mi repugnancia, e ir yo misma a uno de esos finishes a fin de juzgar el grado de confianza que debía otorgar a las diversas pinturas que me habían hecho. Los mismos amigos que habían venido a acompañarme a Waterloo-road se ofrecieron entonces a servirme de cicerone.

Es un espectáculo para ver, y para hacernos conocer mejor el estado moral de Inglaterra que todo lo que se podría decir. Tales tabernas espléndidas tienen una fisonomía muy particular. Parece que los concurrentes asiduos a aquellos palacios les dedican la noche. Van a dormir cuando el sol comienza a brillar en el horizonte y se despiertan después de su

ocaso. En el exterior aquellos palacios-tabernas (gin-palaces) cuidadosamente cerrados, no indican sino el sueño y el silencio; mas apenas el portero os ha abierto la pequeña puerta por donde entran los iniciados, vos sois deslumbrado por las vivas y brillantes luces que se escapan de mil mecheros de gas. El primero es un inmenso salón dividido en dos a lo largo. En una de sus divisiones hay una hilera de mesas separadas por tabiques de madera, como en todos los restaurantes ingleses. A los dos costados de las mesas hay bancos en forma de sofás; al frente, en otra división, hay un estrado donde las muchachas del placer con amplios trajes se mantienen en «exhibición». Ellas provocan a los hombres con la mirada y la palabra. Cuando se les responde llevan al galante gentleman a una de las mesas pues todas están llenas de carnes frías, de jamones, de aves, de pasteles y toda especie de vinos y licores.

¡Los finishes son los templos que el materialismo inglés eleva a sus dioses! Los domésticos que les sirven están elegantemente vestidos, los industriales propietarios del establecimiento saludan humildemente a los convidados que vienen a cambiar su oro por la orgía.

Hacia la media noche los asiduos comienzan a llegar. Varias de estas tabernas son lugares de citas de la alta sociedad, donde la élite de la aristocracia se congrega. Al principio los jóvenes lords se tienden sobre los bancos en forma de sofás, fuman y bromean con las mujeres después; tras de varias libaciones, los vapores del champaña, el alcohol de madera exaltan su cerebro, y los ilustres mozos de la nobleza inglesa, los muy honorables del parlamento se quitan el vestido, desatan la corbata, se sacan el chaleco y los tirantes. Estos establecen su «camarín particular» en un cabaret público. La orgía va siempre creciendo. Entre las cuatro y cinco horas de la mañana ella llega a su apogeo.

¡Oh entonces es necesario una cierta dosis de coraje para quedar allí, mudo espectador de todo lo que pasa!

¡Qué digno empleo hacen de sus inmensas fortunas estos nobles señores ingleses! Cuán bellos, cuán generosos son cuando han perdido el uso de su razón y ofrecen cincuenta, cien guineas a una prostituta si quiere ella prestarse a todas las obscenidades que la ebriedad produce...

En los finishes hay toda clase de entretenimientos. Uno de los más gustados es el de emborrachar a una mujer hasta que caiga muerta de ebriedad; entonces se le hace probar vinagre en el cual mostaza y pimienta han sido arrojados; este brebaje le da casi siempre horribles convulsiones y los sobresaltos y las contorsiones de esta desgraciada provocan las risas y divierten infinitamente a la honorable sociedad. Una diversión también muy apreciada en esas elegantes reuniones, es la de arrojar sobre las muchachas que yacen muertas de ebriedad sobre el piso un vaso de no importa qué. He visto los vestidos de satén en los que ya no se veía ningún color: era una mezcla confusa de manchas; vino, aguardiente, cerveza, café, té, crema, etc., que diseñaban mil formas extravagantes; escritura matizada de la orgía. ¡Oh, la criatura humana no podría descender más bajo!

El aspecto de este licencioso espectáculo subleva, espanta y sus exhalaciones llegan a revolver el estómago; el aire está cargado de miasmas infectas; el olor de las carnes, de las

bebidas, del humo de tabaco y otros más fétidos todavía... todas estas emanaciones penetran en la garganta, y os aprietan las sienes y os dan vértigo. ¡Oh, es horrible! Sin embargo esta vida que ellas recomienzan «cada noche» es para la mujer pública la única esperanza de fortuna, porque no tienen oportunidad con el inglés «en ayunas», pues el inglés en ayunas es casto hasta la mojigatería.

Es ordinariamente hacia las siete u ocho de la mañana que se retiran del finish. Los domésticos van a buscar los coches de alquiler. Aquellos que todavía se mantienen en pie buscan sus vestidos, los recogen y se retiran a sus casas. En cuanto a los otros, los mozos de la taberna los visten como pueden, con los primeros vestidos que tienen a la mano y los llevan al coche de alquiler e indican al conductor del coche la dirección de sus domicilios. Muy a menudo ocurre que se desconoce la casa de esos individuos; entonces son colocados en una sala al fondo de la casa, donde se les acuesta buenamente sobre paja. Esta sala se llama el «hueco de los borrachos». Se quedan ahí hasta que recuperen el sentido y puedan decir dónde quieren ser conducidos.

Es inútil decir que los objetos consumidos en esas tabernas se pagan a enormes precios; así pues los borrachos salen con sus bolsillos vacíos, felices si la codicia de su sirena les ha perdonado el reloj, los anteojos de marco de oro o cualquier otra cosa de valor.

En esta ciudad de desenfreno, la vida de las mujeres públicas de toda clase es de corta duración. Lo quiera o no, la prostituta está obligada a beber alcohol. ¡Qué temperamento podría resistir los continuos excesos! Así tres o cuatro años es el período de existencia de la mitad de las prostitutas de Londres. Las hay que resisten siete u ocho años, pero es el término extremo que muy pocas alcanzan y que solamente muy raras excepciones superan. Muchas mueren de malas enfermedades o de fluxiones al pecho en los hospitales y cuando no pueden ser admitidas sucumben a sus males en horribles viviendas, experimentando la privación de alimentos, de remedio, de cuidado en fin de todas las cosas. El perro al morir encuentra la mirada de su amo, en tanto que la prostituta muere en la esquina de cualquier calle, sin que nadie se detenga a mirarla con piedad.

De ochenta a cien mil mujeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución. Cada año, de quince a veinte mil se enferman y tienen la muerte del leproso, en un total abandono. Cada año, un número más considerable todavía viene a reemplazar a aquéllas cuya espantosa existencia termina.

Para explicar una prostitución tan difundida, es necesario tener presente en el espíritu el inmenso aumento que han tomado las riquezas de Inglaterra desde hace cincuenta años, y recordar que, en todos los pueblos y en todas las épocas, la sensualidad se ha desarrollado junto con la riqueza. El móvil del comercio se ha vuelto tan poderoso entre los ingleses que ha superado a todos los otros. No hay uno donde el pensamiento dominante no sea otra cosa que el ganar dinero («to make money»). Los hijos menores de las más ricas familias están también en la necesidad de hacer fortuna y ninguno está satisfecho con lo que posee.

El amor al dinero, implantado en el corazón de los jóvenes en la edad más tierna, destruye los afectos de familia así como toda compasión de los males ajenos y no permite crecer ningún sentimiento de amor. El amor no entra para nada en su vida. Es sin amor que

seducen a una muchacha, es sin amor que se casan. El joven «se casa con dote», abandona a su mujer y va a dilapidar la fortuna en las casas de juego, los clubes y los «finishes del West-end». Oh, esta vida completamente material de los apetitos y de los intereses es repelente. Jamás sociedad alguna ha presentado un aspecto tan horroroso. El dinero por motor; y para todo goce, el vino y las prostitutas.

En Londres todas las clases están profundamente corrompidas. Durante la infancia el vicio adelanta la edad. En la vejez sobrevive a los sentidos apagados y las enfermedades de la lujuria han penetrado en todas las familias. La pluma se niega a describir los extravíos, las vilezas a las cuales se dejan arrastrar los hombres hastiados de todo, que no tienen sino los sentidos y cuya alma es inerte, el corazón marchito, el espíritu sin cultura. Frente a una tal depravación, San Pablo habría exclamado: «Anatema sobre los fornicadores», y habría huido de esta isla sacudiéndose el polvo de los pies.

En Londres no se tiene consideración por las víctimas del vicio. La suerte de la mujer pública no inspira más piedad que aquella del irlandés, del judío, del proletario y del mendigo. Los romanos no eran más insensibles para con la vida de los gladiadores que perecían en el circo. Los hombres, cuando no están ebrios, rechazan con el pie a las prostitutas y aun les pegarían si no temieran el escándalo, los resultados de una batalla con los mantenidos o la intervención de la policía. Las mujeres honestas tienen por estas desgraciadas un desprecio duro, seco y cruel, y el sacerdote anglicano no es consolador de todos los infortunados como el católico. El sacerdote anglicano no tiene misericordia por la prostituta. ¡Este pronunciará en el púlpito un discurso enfático acerca de la caridad y el afecto que tuvo Jesús por la Magdalena, pero para los millares de Magdalenas que mueren cada día en los horrores de la miseria y del abandono, no hay ni una lágrima! ¡Qué le importan estas criaturas! Su deber es divulgar en el templo un discurso hecho con talento, a día y hora fijos, eso es todo. En Londres la prostituta no tiene derecho sino al hospital, y aun así, sólo cuando encuentra un lugar desocupado.

El amor propio nacional, que nos lleva a desear que el país o la Providencia nos ha hecho nacer sea mejor que todos en la tierra, esta disposición malévolamente hacia los otros países, fruto amargo de las luchas pasadas y que forma el más grande obstáculo al progreso, nos impide a menudo reconocer las causas de los males que el extranjero nos señala. El espíritu de odio se despierta entonces, y nosotros lo aumentamos, añadimos proveyéndole de pruebas por hechos tan manifiestos como las nieblas del Támesis, porque la unidad de interés de las naciones, no siendo todavía concebida sino por un pequeño número de personas adelantadas, permite que el extranjero que no nos aprueba sea tomado por el enemigo que nos injuria.

La prostitución existe en todas partes, pero en Londres es un hecho tan inmenso, que se la ve como un monstruo que todo lo quiere tragar; y he comprendido colocándome en el punto de vista del vulgo, que probablemente no se querría convenir conmigo en su impotencia, y que el cuadro sería acusador de exageración. Yo pensaba entonces en hacerme de pruebas, de autoridades que confirmasen el testimonio de mis ojos.

Había leído el libro de M. Parent Duchatelet, y sabía que era imposible de llegar a la exactitud matemática en la apreciación de un hecho que escapa a los datos estadísticos, se

podría sin embargo, por largas observaciones, acercarse mucho a la verdad. Me informé si se había encontrado en Inglaterra un filántropo lo suficientemente devoto a la humanidad para consagrar su vida al examen de la prostitución de Londres, con aquella indomable obstinación que había tomado Parent Duchatelet al examinar y estudiar la prostitución de París. Se me indicó al Doctor Ryan cuya obra sobre la prostitución de Londres levantó recriminaciones y odios.

El doctor Ryan, autor de varias obras de mérito reconocido y cuya numerosa clientela atestigua su talento, no había tenido necesidad de publicar esta obra para adquirir una reputación. Esta publicación, que debía indignar el espíritu hipócrita de las costumbres inglesas y provocar las vociferaciones de las clases altas a las cuales arrancaba la máscara, es de su parte un acto sublime de sacrificio. El doctor Ryan conocía su país y las consecuencias que debía traer su publicación. Pero dotado de aquel coraje enérgico que planea por encima de los clamores de un mundo corrompido, divulgó atrevidamente los hechos, señaló la corrupción y las vilezas que encierra la ciudad monstruo.

Fue el año pasado que apareció en Londres el libro del doctor Michael Ryan teniendo por título Prostitución en Londres. Esta obra contiene, sobre la prostitución en Londres, los datos más precisos que es posible obtener en el estado actual de la policía inglesa. El doctor Ryan cita con apoyo de hechos, que él adelanta, los informes de «la sociedad por la supresión del vicio» frente al comité del parlamento, en 1837 y 1838; los de la policía metropolitana, en 1837 y 1838; aquellos de la sociedad de Londres «para prevenir la prostitución de la infancia», en 1836, 1837 y 1838; los informes de M. Talbot, secretario de esta sociedad, y de los comisarios de policía frente al parlamento, y en fin aquellos del ministerio del interior, en 1837 y 1838.

Resulta de estos documentos que en 1793 M. Colquhoun, hombre de mérito y magistrado de policía, después de haberse entregado a largas investigaciones, evalúa en cincuenta mil el número de las prostitutas en Londres; pero esto no es sino una evaluación, porque aún en el presente, que la policía está mejor organizada, no hay ningún medio para llegar a la exactitud en este caso. Desde 1793 la población de Londres ha doblado, se puede por lo tanto suponer que el vicio ha seguido una proporción más fuerte, teniendo en cuenta que la desigualdad en la repartición de la riqueza se ha mantenido a la misma altura, y que la producción no ha crecido en razón de la población, que los salarios han disminuido en consecuencia, y que ninguna mejora real de la suerte del proletariado ha sido efectuada todavía por el gobierno. Mientras tanto el doctor Ryan, de acuerdo con los datos que ha recogido de los magistrados de la policía y de los señores Prichard y Talbot, secretarios de las sociedades arriba mencionadas, estima que existe en Londres de 80 a 100,000 mujeres públicas, cuya mitad -otros afirman que las dos terceras partes- están por debajo de los veinte años.

No es sino por aproximación que se puede evaluar la duración media de su existencia; porque hasta 1838 no existía en Inglaterra ley que obligara a registrar a los muertos. Clarke, el último Chamberlain de la ciudad de Londres, evalúa en cuatro años la vida de la prostituta, otros la evalúan en siete años, mientras que la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud» estima que en Londres la mortalidad anual de las mujeres públicas es de ocho mil. Talbot piensa, a juzgar por el resultado de sus investigaciones, que

existen en Londres cinco mil «casas de perversión»: tantas como establecimientos donde se vende el «gin» (ginebra). Ryan evalúa que en Londres hay cinco mil individuos, hombres o mujeres empleados en proveer de mujeres a las casas de perversión, y cuatrocientos o quinientos que él designa bajo el nombre de «trapanners» ocupados en tender redes a las muchachas de diez a doce años para atraerlas de «grado» o por «fuerza» a estas espantosas cavernas. El evalúa que 400,000 personas están implicadas, directa o indirectamente, en la prostitución, y que 8,000,000 de libras esterlinas (400,000.000 de francos) son anualmente gastados en Londres en este vicio.

Ha sido en mayo de 1835 que fue instituida la Sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud». En su llamado al público, expone el estado de depravación de las clases populares en Londres. Afirma que existen escuelas donde la juventud de los dos sexos es preparada para el hurto y para todos los actos de inmoralidad; que la prostitución y el robo son «abiertamente propiciados» por aquellos que aprovechan de ello, que en fin el crimen es organizado regularmente, y dirige un llamado a los ciudadanos acerca de los más atroces de los atentados que se cometen impunemente a pleno día en las calles de Londres, para alimentar el más infame de los comercios. Existe, dice aquél, un gran número de hombres y de mujeres cuyo comercio consiste «en vender a las muchachas de diez a quince años que han atrapado en sus redes». Las muchachas, atraídas bajo diversos pretextos a las casas de delito o de perversión, mantenidas a título privado durante quince días, son perdidas para siempre por sus parientes.

En mayo de 1836, el comité de la Sociedad, en la cuenta rendida de sus trabajos hacen notar «que sea cual sea la pena que todo hombre moral experimenta con la visión de las escenas de vicios que se muestran sin disimulo en la metrópoli, no obstante el espectáculo más indignamente ofrecido por el espantoso crecimiento de la prostitución de la juventud. De noche, y aún en pleno día, las calles son recorridas por los desgraciados muchachos desviados de la senda de la virtud, de la protección de sus padres, por los impíos que los han llevado a su destrucción con el objeto de hacer una ganancia y que sin embargo permanecen sin castigo».

Entre las muchachas seducidas a las cuales el comité vino en ayuda durante el primer año de su ejercicio, hago notar el caso de una muchacha de trece a catorce años. El tratante de esclavos que la hubo pervertido y en cuya casa ella estaba retenida, llevado al juicio, ha sido absuelto. Por lo demás, en las cuentas rendidas a la Sociedad, para los años 1837 y 1838, se cuentan varios hechos de la misma especie y los traficantes de carne humana han sido condenados a «algunos meses de prisión».

Después de haber referido algunos de los medios de atracción empleados con las muchachas que ha socorrido, el comité añade: «los numerosos artificios usados para atraer al remolino de miseria, a los muchachos de los dos sexos sin experiencia son tan complicados, tan variados, que sería imposible de detallarlos. Es por ello que hablaremos solamente del trato que sufren aquellas criaturas infortunadas cuando caen en la trampa. Tan pronto como la joven entra en una de esas tabernas, se le despoja de sus vestidos, de los que se apodera él o la regente del establecimiento. Se la viste con trajes rutilantes que han formado el vestuario de las mujeres ricas y que los ropavejeros proporcionan. Las residentes son informadas de que cuando no atraen más público a la casa, su amo las

enviará a recorrer las calles, donde se les hace vigilar de tal manera que les es imposible escapar; si ella lo intenta, el espía, hombre o mujer, que la sigue la acusa de robar al amo de la casa los vestidos que lleva. Entonces el «policía» la detiene, algunas veces la lleva a su estación, pero más frecuentemente éste devuelve a la esclava fugitiva a su amo por lo cual recibe una recompensa. De vuelta a su infame residencia, la desdichada es cruelmente tratada. Despojada de todo vestido, es dejada todo el día, «enteramente desnuda» a fin de que no pueda escaparse, a menudo incluso es «privada del alimento». Llegada la noche, se le vuelve a poner sus ropas y se la envía a pasear las calles siempre vigilada por un espía; es severamente castigada si, en esas caminatas nocturnas, no lleva a la casa a un cierto número de hombres, y no puede apropiarse ni un centavo del dinero que recibe.

Las casas de prostitución son prohibidas en Inglaterra, pero es difícil probar su existencia. Aquellos que las frecuentan, contenidos por la vergüenza, no llevarían testimonio a la justicia; y la policía no pudiendo introducirse en esas casas sino cuando se cometen desórdenes, no sabría constatar el delito. Los vecinos solamente pueden hacerlas suprimir por los oficiales de la parroquia, acusándolas de crear problemas y alterar la tranquilidad del barrio.

Por lo demás, la prohibición de la ley es absurda; porque siendo la prostitución un resultado forzoso de la organización de las sociedades europeas, a disminuir más bien la intensidad de las causas que la provocan a reglamentar su uso es a lo que actualmente deben tender los gobiernos.

De los informes de 1827 y 1838, el comité de la Sociedad da cuenta de las pesquisas que ha dirigido contra los regentes de las casas de prostitución y de los individuos que envician y corrompen a las muchachas; pero las penas incurridas por mantener esas casas, por desviar y pervertir a las muchachas de diez a quince años, no exceden «un año de prisión» y más corrientemente no se espera los seis meses. Ocurre incluso que los acusados son devueltos de la querrela, teniendo en cuenta que esos muchachos de los «dos sexos, de diez a quince años», encontrados en una de esas casas «han consentido ya sea en ir allí o en quedarse». Tal es la legislación que protege a la familia del proletario. En cuanto a las muchachas de los ricos, constantemente bajo los ojos de personas que cuidan de ellas, son poco expuestas a estas seducciones.

La depravación está en tal forma extendida y el precio que se obtiene por las muchachas es tan elevado, que no hay astucia a la cual no se recurra para procurárselas. En 1838, el comité de la Sociedad llamó la atención del patriotismo, de la virtud, de la religión y de la humanidad sobre los esfuerzos desvergonzados que se hacían continuamente para alimentar el enviciamiento de nuevas víctimas. ¡Apenas se puede pasar por una calle sin encontrar alguna casa de depósito de este infame comercio! Numerosos agentes son empleados en captar, en atrapar de mil maneras a las inocentes jóvenes sin experiencia, y los arrabales, los bazares (mercados), los parques, los teatros, les proporcionan sin cesar nuevas presas. Vuestro comité tiene además pruebas, añada aquél, que le permiten afirmar que los regentes de las casas de perversión y sus agentes tienen también la costumbre de dirigirse a las casas de trabajo y a los establecimientos penitenciarios y que de allí obtienen muchachas frecuentemente. (Your committee have authority for stating, that the keepers of brothels

and procurers, are frequently in the habit of obtaining females from the workhouses and penitentiaries).

A pesar de la máscara de hipocresía que continúan manteniendo las gentes de las clases altas, con el propósito de hacer durar el fanatismo entre el pueblo, ellas apenas se han mostrado poco dispuestas a secundar los esfuerzos de la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud»; mientras que desde hace treinta y siete años que existe la Sociedad para «la supresión del vicio» que se dedica solamente a perseguir a personas, «no observantes del domingo o a los vendedores de publicaciones obscenas y a los adivinadores de la buena suerte», es de advertir que esta sociedad ha encontrado constantemente ayuda y apoyo en todas partes, porque se puede dormir bien el día domingo en los sermones de los reverendos, renunciar a las pinturas del Aretino y cuidar sus vicios. Además, suscribiendo por una sociedad que tiene la pretensión «de trabajar por la supresión del vicio» se adquiere la reputación de «virtuoso», reputación a la cual el robert-macairisme inglés se atiene mucho.

El comité de la Sociedad para prevenir la prostitución de la juventud decía en mayo de 1838: «mientras que los miembros del comité perseguían la ejecución de las operaciones comenzadas, han debido luchar contra obstáculos de naturaleza poco ordinaria; estos obstáculos provienen de la apatía y de la indiferencia casi universal que reinan sobre el objeto de la Sociedad. Los miembros de vuestro comité han sido acogidos en su trayectoria por las burlas y el desprecio de un mundo profano e inmoral, por las censuras y desaprobaciones de aquellos que creen que el libertinaje «es necesario» para el bienestar de la sociedad, por la desatención desdeñosa y la negligencia de los hombres religiosos. Ellos no han encontrado en ninguna parte ayuda o aliento. Pero en medio de las repulsas despectivas e impías de aquellas gentes, de las pullas y de las risas de todos, han tenido el coraje de perseverar, sostenidos por la conciencia de la importancia de los objetivos que se perseguía fueran cumplidos, y por las simpatías y atenciones afectuosas de sus suscriptores.

La depravación inglesa no produce nada más odioso que esos monstruos de los dos sexos que recorren Inglaterra y Europa continental, tienden sus redes a la niñez, luego retornan a Londres a vender a esta virtuosa aristocracia, a aquellos enriquecidos del comercio, las muchachas que han arrebatado al afecto de sus padres, excitando insidiosas esperanzas a través de atroces mentiras, o de las cuales se han apoderado furtivamente por las redes que han tendido a las muchachas mismas. Algunos de estos agentes frecuentan las respetables clases de la sociedad inglesa. Aquellos, dedicados a los mercados de esclavos del west-end, a menudo son enviados a diversas ciudades y aldeas del continente, a Holanda, Bélgica, Francia e Italia. Estos tratan con los padres, comprometen a las muchachas en calidad de bordadoras, modistas, lencerías, músicas, damas de compañía, domésticas, etc., para evitar las sospechas. Llegan a veces hasta dar adelantos a los padres, y cuando se han procurado un cierto número de muchachas, regresan a Londres.

El comité de la Sociedad para prevenir la prostitución intentó, en 1837, demandas judiciales contra una francesa llamada Marie Aubrey, que fue obligada a abandonar su infame comercio y salvarse en Francia para escapar a algunos meses de prisión. «Su casa estaba situada en Seymour-place, Bryanstone-square. Este establecimiento tenía una gran reputación en el mundo elegante. Visitado por algunos de los extranjeros más distinguidos

y del gran mundo del west-end, estaba construido con un lujo que rivalizaba con las más ricas y las más nobles familias. La casa tenía doce o catorce piezas, independientemente de aquellas consagradas a los usos domésticos. Cada una de estas piezas estaba amoblada con un gusto exquisito y con todo lo que existía de más a la moda. El salón, muy amplio, estaba elegantemente adornado. Una profusión de lienzos, entre los cuales se encontraban pinturas de gran precio, decoraban sus muros. En una palabra, el mobiliario de esta casa era extremadamente rico. Marie Aubrey tenía para el uso de los altos personajes que recibía, un servicio de piezas de platería y vajilla de plata de un gusto exquisito. En el momento en que las acciones contra ella fueron comenzadas, había en su casa doce o catorce jóvenes de Francia y de Italia. Marie Aubrey tenía un médico adjunto a su establecimiento, que vivía en la vecindad al que ella empleaba también como su agente. Ella lo enviaba frecuentemente a Francia, a Italia, y cuando él estaba en Londres, él visitaba las aldeas de los alrededores en busca de muchachas jóvenes. Marie Aubrey vivió muchos años en esta casa, donde amasó una fortuna considerable. Luego de su partida, el personal fue despedido y se vendió el mobiliario. Cuando ella recibía una nueva importación de muchachas, enviaba una circular a los señores que tenían el hábito de visitar su establecimiento.

«Hay actualmente en la metrópoli un gran número de jóvenes mujeres de Francia, de Italia y de otras partes del continente. Muchas de ellas han sido separadas de su familia e introducidas en la senda de la iniquidad por Marie Aubrey y sus infames agentes. Vuestro comité conoce un número considerable de casas de esta especie en el west-end cuyas circulares están en mi poder. Ellas siguen en todo el mismo plan de Marie Aubrey, y por medio de las direcciones que presenta «guide de la cour», ellas envían anuncios de todo género relativos a sus establecimientos a todos sin distinción (nobility and gentry).

Vuestro comité desea exponer en esta asamblea los medios empleados por los agentes de esas casas. Tan pronto como llegan a ciudades del continente, se informan de las familias donde se encuentran las señoritas que buscan colocarse en posiciones respetables, luego se introducen en esas familias y por medio de bellas promesas, inducen a los padres a consentir que sus hijas les acompañen a Londres, donde está convenido que deben ser colocadas en calidad de bordadoras, modistas, floristas o de tal otra profesión de mujeres. Una suma de dinero es dejada a los padres, como garantía para la ejecución del compromiso. Algunas veces está aún estipulado que una parte determinada de los salarios de sus hijas les será enviada todos los trimestres. Y mientras ellas se quedan en el establecimiento que les ha hecho venir, la parte de los salarios prometida es exactamente enviada a los padres, que sin sospechar reciben así los socorros de la prostitución de sus hijas. Cuando ellas dejan la casa, se escribe cartas a sus padres para informarles que sus hijas han dejado su oficio. En consecuencia, las remesas de dinero cesan, pero no se olvida de decirles que están muy contentas de haber encontrado otra posición no menos respetable para sus hijas y que están muy bien».

La profunda corrupción de las clases ricas, los altos precios que pagan, protegen y fomentan este infame comercio. Talbot dice: «en los serrallos del west-end, las esclavas de las nuevas importaciones se pagan de veinte a cien libras esterlinas. Y si se reflexiona en el lujo de esas casas, en la enormidad de sus gastos, en los gastos del viaje de sus agentes, se concebirá que ese precio no es exagerado. Cuando esas jóvenes, conocidas por todos los concurrentes asiduos no excitan más su capricho se las pasa a un establecimiento de

segundo orden, y al cabo de un año o dieciocho meses, las desgraciadas mueren en algún hospital o son abandonadas a su suerte en las calles».

La demanda de estas muchachas es tan considerable, que por todas partes, las redes son echadas para atraparlas y sorprenderlas en falta por aquellos que las vigilan. Las mujeres, dice M. Ryan, acechan en las agencias de los coches públicos a las jóvenes que vienen a Londres para colocarse y les ofrecen un alojamiento. Otras se presentan en las casas de trabajo y en los hospicios bajo el pretexto de alquilar sirvientas y obtienen a menudo que se les confíe las muchachas. Estas mujeres están bien vestidas y se imponen por su tono. En los mercados mantienen conversación con las muchachas de las tiendas, frecuentan los establecimientos de moda y todos los talleres de mujeres, atrayendo a sus casas por mil astucias a las jóvenes aprendices. Aquellos que las emplean las hacen viajar y van hasta a ochenta millas de Londres en busca de víctimas.

Talbot dice «que entre las formas, que emplean aquellas infames casas para llenar los vacíos frecuentes que la enfermedad y la muerte ocasionan en el establecimiento, y para subvenir el crecimiento de las demandas, está el hacer recorrer las calles por jóvenes de dieciocho años para engañar con lisonjas a las muchachas que encuentran. Les proponen venir con ellas a ver un pariente, dar un paseo agradable, asistir a cualquier cosa interesante, les invitan a un teatro o les ofrecen un buen empleo. Ellas cumplen este oficio a pleno día y también por la noche, y recurren a los artificios más sutiles para determinar a las muchachas a seguir las. El domingo es el día que estos miserables escogen como predilecto. Acechan a las muchachas a las salidas de los colegios dominicales y las atraen a sus guaridas. ¡Creo aún poder afirmar que las muchachas han sido sacadas del mismo colegio, a la vista de sus profesores y de sus camaradas que no tenían ninguna idea que un sistema tan execrable fuera puesto en ejecución! Tan pronto como están en posesión de las muchachas, ellas son «vendidas» y su «ruina» es efectuada a menudo por algunos de aquellos viejos pervertidos de cabeza blanca que dan por ellas premios enormes». Talbot cuenta numerosos hechos, llegados a su conocimiento, de niñas de diez a once años que son violadas en malos lugares. Estos crímenes se cometen habitualmente y son tan poco reprimidos, que los amos de aquellos establecimientos, dice siempre Talbot, pasan alrededor de los mercados con los cocheros y éstos les llevan a «tanto por cabeza» muchachas del campo de diez a catorce años que han comprometido bajo diversos pretextos a venir a Londres. Estos cocheros han sido llevados a menudo hasta los magistrados de la policía por crímenes de ese género; pero por la imperfección de la ley, cuando son castigados no es sino con una pena ligera.

«De los testimonios que tengo en mi posesión, dice Talbot, resulta que hay un gran número de dueños de casas malas que atraen muchachos a ellas. Es un hecho constante y pienso ser exacto evaluando que, sobre cinco mil establecimientos, dos mil fomentan el libertinaje de los muchachos.

«Sunt lupinaria nunc inter nos, in quibus utuntur pueri vel pulleae». Talbot me indicó los lugares, dice el doctor Ryan; pero no puedo permitirme el publicarlos.

«Los muchachos de los dos sexos que están en estas infames y horribles guaridas han sido tomados en su mayor parte cuando miraban las vitrinas de las tiendas con pinturas indecentes y han gastado hasta diez libras esterlinas para convertirse en amo de un joven».

No pudiendo la policía introducirse en una casa cualquiera a menos que los gritos y el ruido no proclamen los desórdenes hasta afuera, resulta que con la excepción de estos establecimientos, interesados en fundar su reputación en el mundo elegante, la mayor parte de las casas de perversión tienen un acceso peligroso. Ellos ofrecen refugio a rateros y ladrones de toda especie. Los encubridores son frecuentemente llevados frente al magistrado por querellas, desórdenes y bajo la acusación de robo. En esas guaridas, los ladrones vienen a esconderse y comparten los robos obtenidos por la depredación. Los encubridores trafican con los objetos robados y vienen en ayuda de los ladrones cuando estos son detenidos. Entonces dan dinero para trastornar el curso de la justicia y tienen éxito a menudo en hacerlos absolver. Las prostitutas tienen casi todas por sostenedores a los industriales que frecuentan esas casas. Los ladrones pasan allí la noche y a la menor señal están prestos a precipitarse sobre la víctima para despojarla y hasta asesinarla.

El doctor Ryan habla de un barrio de Londres llamado Fleet-Ditch, donde casi todas las casas son guaridas espantosas. Un acueducto de anchas dimensiones lo atraviesa y descarga muy lejos, en el Támesis. Asesinos y bandidos de toda especie que habitan estas casas arrojan los cadáveres de sus víctimas a este acueducto, sin correr el menor riesgo de ser descubiertos. Se me ha asegurado, añade el doctor Ryan, que dos individuos de gran influencia en la ciudad de Londres, que poseen dos casas en los alrededores de ese barrio, valiendo cada una apenas treinta libras esterlinas por año, las alquilan a dos libras esterlinas por semana «como casas malas del último rango». Y las rentas de las casas del lugar varían de 100 libras esterlinas a 500 por año, sin incluir la prima de entrada de 100 a 300 libras esterlinas exigida para el consentimiento del propietario a un establecimiento de primer orden. Y el doctor Ryan cuenta la historia de dos caballeros que se habían dejado atraer para pasar la noche en una casa mala situada en un infame square, y que tuvieron en la mañana que sostener una dura lucha contra los sostenedores de sus sirenas.

Independientemente de las casas de perversión que se encuentran en todas las calles de Londres, donde las prostitutas llevan a los hombres a los que han echado guante y en las que habitan buena cantidad de ellas, existen en ciertos barrios las Lodginghouses casas de alojamiento, regentadas por encubridores, donde se refugian ladrones de toda especie. Un buen número de estas casas contienen cincuenta camas ocupadas por personas de los dos sexos. En algunas de estas casas se reciben sólo a los ladrones muy jóvenes, a fin de que no sean maltratados por los más fuertes. No teniendo estos jóvenes menos maña, astucia y conocimiento del oficio que cualquier ladrón, el regente desea sacar el máximo provecho posible de todos sus robos y no admite en su casa a los hombres para los cuales los muchachos trabajan. Las mujeres tampoco quedan excluidas, para hablar más exactamente las muchachas de diez a quince años, porque es raro que la compañera del ladrón llegue a la edad de mujer. Estas muchachas son admitidas como «amantes de los muchachos» que las llevan. Las escenas de depravación que ocurren en estas guaridas, dice el doctor Ryan, son indescriptibles y serían increíbles si se les describiera.

Casi todos los muchachos de doce a quince años enviados a las prisiones han tenido relaciones con las prostitutas y son visitados diariamente por sus amantes quienes dicen ser sus hermanas. Talbot evalúa que hay en Londres trece mil a catorce mil prostitutas jóvenes, prostitutas de diez a trece años, que se renuevan sin cesar. Dice que el hospital de Guy ha tenido en el lapso de ocho años a dos mil setecientos pacientes por enfermedades venéreas, de diez a quince años de edad, y que un número bastante mayor de muchachos de esa misma edad habían sido rechazados por falta de lugar para recibirlos. He visto, añade Talbot, hasta treinta casos en un día, despachados por no poder ser atendidos aunque estuviesen en un estado tan lastimoso que apenas podían caminar.

El doctor Ryan dice también que un gran número de solicitudes de ingreso al hospital son dirigidas diariamente al Metropolitan free hospital por muchachas de doce a dieciséis años afectadas por enfermedades sifilíticas. A menudo me he asombrado, continúa el doctor Ryan, en los hospicios y otros lugares de caridad pública a los cuales he asistido como médico, del gran número de jóvenes que se presentaban para consultar sobre las enfermedades venéreas.

Existen en Londres cinco instituciones para ir en socorro de las prostitutas que deseen de dejar su horrible carrera. Pero los esfuerzos de estas sociedades son en general demasiado mal dirigidos y sus medios demasiado restringidos para poder efectuar el bien. El número total de prostitutas, a las cuales los cinco asilos les ofrecen anualmente refugio, no excede de quinientos. ¡Es solamente a quinientas de estas desdichadas que las cinco sociedades vienen a ayudar y le proporcionan una colocación más honrada! La única sociedad que ataca a la depravación en su origen es aquella para prevenir la prostitución de la niñez. Esta sociedad se sirve activamente de las leyes existentes pero así y todo, con todo su celo, no puede sino débilmente limitar el crimen, tanto como resultado de la insuficiencia, de la asistencia que recibe, como por la legislación. Así el regente de una casa de perversión que ha capturado y pervertido a menores para entregarlos a la depravación, quedará libre si es detenido, después de ocho o diez días de prisión; mientras que una mujer del pueblo o cualquier otro individuo detenido vendiendo frutas o cualquier otra cosa sobre la vereda será castigado por una prisión de treinta días. Mientras que el simple encarcelamiento de algunos días para el regente de la casa de perversión, no es sino una pena ligera; es indiferente a todo sentimiento de vergüenza; sus asociados no tienen para él menos consideraciones y encuentra al contrario simpatía entre ellos: hacen gestiones para acortar su detención y vienen a hacerle compañía para endulzar el tedio. Mientras que para las muchachas virtuosas (culpables solamente de una violación de la ley) treinta días de prisión son casi inevitablemente su ruina completa. Pero qué importa el hijo del proletario, su mujer o su hija. El tendero está interesado en que no se venda nada sobre la vía pública. El tendero, el regente de la casa de perversión tienen derechos políticos, son electores, jurados, y el proletario, su mujer y sus hijos caen casi siempre a cargo de las parroquias. Evidentemente la demanda anual de ocho a diez mil menores por la lujuria de los ricos, entran en el sistema de Malthus para la disminución de la población, y bajo este punto de vista el regente de la casa de perversión es un hombre de respetabilidad, un hombre útil al país.

- IX -

Las prisiones

El desarrollo gigantesco de la miseria y del lujo provoca en toda Europa un desborde tal de crímenes, que las consecuencias de ese estado de cosas comienzan a provocar espanto.

Los gobiernos reconocen al fin que hasta el presente las prisiones han sido escuelas donde el crimen tomaba una funesta energía. Numerosas investigaciones han tenido lugar desde hace varios años y se hacen experiencias en diversos países a fin de remediar este mal siempre creciente. Esto sin duda está bien, pero no es todo. Pronto se convencerán que no es suficiente para detener la progresión del crimen, el establecer penitenciarías donde se intenta la reforma del culpable por la enseñanza y la severidad de la regla, y que no se podrá por ese medio producir mejoras en una sociedad, sino en tanto que otras instituciones vengán a armonizarse con el sistema penitenciario.

En efecto, si lejos de disminuir gradualmente de intensidad las causas que producen criminales se desarrollan cada día más, ¿qué garantía de aprendizaje habrá entonces contra los reincidentes? ¿Qué terror saludable inspirarán el silencio y los calabozos? El nuevo reformado no pudiendo vivir de su trabajo y encontrando frecuentemente el ejemplo del crimen no tardaría en recaer. En el estado actual de las cosas, ¿cuál es la nación de Europa cuyos recursos serán suficientes para el mantenimiento de las penitenciarías que pronto reclamarán el número creciente de detenidos? No se ve claro que si los gobiernos persisten en sus sistemas de privilegios, de trabas comerciales, de impuestos sobre los trabajadores y de inmensos gastos improductivos, deberán hacer deportaciones en masa, erigir construcciones y armar a la mitad de la población, para ametrallar a la otra, cuando ella venga a pedir pan.

La terrible miseria tal como Irlanda e Inglaterra la presentan, trae necesariamente revueltas y revoluciones, pero el hambre no es el único motivo de ataque contra las propiedades. Como en nuestras sociedades se satisface todas las pasiones con el dinero, no hay en lo menor obstáculos ni resistencias que el dinero no supere y que tome el lugar del talento, del honor, de la propiedad y, como en fin, con el dinero se llega a todo, no se detiene ante nada, para procurarlo. Nadie será satisfecho de su posición, todos buscan elevarse ¿y quién podría numerar las infamias que esta misión universal hace cometer?

En cuanto a los homicidios, a los envenenamientos, a los infanticidios, se sabe que la indisolubilidad del matrimonio pone el puñal o el veneno en las manos de los esposos. Se sabe que los prejuicios bárbaros y fanáticos que persiguen a las muchachas convertidas en madres las vuelven a veces criminales. En fin, como las mujeres son excluidas de casi todas las profesiones, y cuando sus hijos no tienen padre que les dé el pan, se encuentran colocadas entre el infanticidio, la prostitución y el robo.

¡Legisladores, hombres de estado y todos vosotros a quienes Dios ha sometido el destino de los pueblos, antes de soñar en reformar a los culpables, ocupaos vosotros en terminar con las causas del crimen y en impedir que haya culpables! La madre no castiga a su hijo porque ha caído en el fuego; su cuidado prevee el peligro, rodea el fuego con una mejilla y

elimina con previsión maternal toda clase de peligro. Halla escuchado versiones contradictorias sobre las prisiones inglesas y el interés que me inspira la cuestión social se hallaba aumentado por el deseo de esclarecer mis dudas sobre el estado al cual había llegado ella en Inglaterra; pero como en Londres, el extranjero cuando no tiene la ventaja de ser duque, barón o marqués y estar alojado en uno de los mejores hoteles de la ciudad, encuentra dificultades extremadas para visitar las cosas más simples, no fue sino después de reiteradas gestiones y solicitudes que obtuve permiso para visitar Newgate, Gold-bath-fields et Penitentiary. Independientemente de estas tres prisiones existen otras ocho, pero a las cuales la vanidad nacional no deja penetrar la mirada de algún extranjero, a causa, se me ha asegurado, de su miserable apariencia, de su mala distribución interior y en fin a causa de los abusos de toda naturaleza y de la confusión que reina en estas cloacas de la civilización inglesa.

Newgate tiene uno de los aspectos más salvajes. Es efectivamente así como en la imaginación se representa la prisión de los tiempos bárbaros. Este es un gran edificio cuadrado, que forma el rincón de la plaza. Las piedras son de enormes dimensiones, el color es de un gris negro, su cincelado imita la piel del tigre. Ellas le dan al edificio un tinte sombrío que ningún otro monumento de Londres tiene, y la impresión es terrible. Algunas ventanas provistas de gruesos barrotes de fierro se distinguen apenas, y se pierden en el espesor de la muralla. La puerta de entrada puede ser mostrada como obra maestra de una cárcel; la cantidad de millares en fierro que entraron en su construcción debe ser una cosa prodigiosa. Quisiera poder dársela a mi lector, a fin de que participara de la perplejidad que me produjo esta puerta. Si su vista es suficiente para deslizar el horror en el alma del visitante ¡qué podrá sentir el desgraciado cuyos crímenes lo llevan a la prisión, cuando esta masa de fierros se vuelve a cerrar sobre él y cuando se encuentra en la antecámara de esta espantosa cárcel! El gran defecto de Newgate es de carecer de día, y es probable que bajo el imperio de las ideas de venganza que mantienen los desgraciados a los que encarcela la justicia de los hombres, este defecto ha sido considerado por largo tiempo como una cualidad que hacía honor a la moral del arquitecto. Esta pieza de entrada es un poco menos sombría que las otras. Sin embargo es lentamente que a través de la oscuridad se descubre los objetos de los que se está rodeado: ¡oh! ¡Qué objetos horribles! ¡Y por qué se les deja allí! ¿Con qué intención se busca aterrorizar la imaginación del recién llegado? ¿Es para arrancar confesiones a sus temores o a su ignorancia? ¿Se quiere que crea que va ser entregado a torturas con las que las leyendas de su aldea han impresionado su memoria, o bien es una advertencia que se le hace para ponerse en guardia contra la justicia de los hombres, que, todavía ayer, hacían uso de medios parecidos para descubrir la verdad? ¿No es de alta importancia que el desgraciado que viola las leyes retome confianza en esas mismas leyes, y que no dude de la justicia de los magistrados que las aplican? ¿Queréis vosotros mantenerlos en rebelión contra la sociedad, o tenéis el proyecto de reformarlos? Aquellos objetos figurarían bien en un museo histórico, al lado de un Enrique octavo o de un Carlos noveno; pero en el siglo XIX no debe encontrárseles en la entrada de una prisión: ¡allí está el arsenal de Newgate! Los muros están adornados con garfios, a los cuales están enganchados los instrumentos de tortura, puestos en uso desde su fundación. ¡Aquellos son los anales de la prisión y los trofeos que ella expone! Allí se ven gruesos y macizos collares de fierro de los cuales penden las cadenas correspondientes a los brazaletes, sierras para aserrar los miembros, tenazas para quebrar los huesos; mazas para romper, hachas,

cuchillas; en fin, una colección completa de instrumentos de tortura de los cuales se servían para hacer cumplir la disciplina.

Confieso que me sentí muy mal en esta primera pieza. Allí hace falta aire, luz y espacio. El prisionero escucha el ruido de la calle; puede ver por encima de la puerta pequeños destellos de sol relucir sobre la plaza; ¡qué contraste atroz!, ¡qué suplicio que hace sentir la libertad perdida! Pero apenas se ha atravesado ese vestíbulo no se escucha nada: la atmósfera es fría, húmeda, pesada; uno se cree en una cueva; los corredores son en su mayoría sumamente estrechos, así como las escaleras que conducen a los pisos superiores. Al principio se me hizo visitar la parte de la casa destinada a las mujeres.

Desde hace algunos años diversos cambios se han hecho en cuanto a las funciones en Newgate. Aunque se mantiene siempre como casa de arresto, no recibe sino a los acusados de algunos delitos (ningún condenado ha sufrido su detención allí) y por este uso Newgate corresponde a la Conserjería de París; además, es en esta prisión que la mayor parte de los condenados a muerte son ejecutados.

El gobernador tuvo la extremada complacencia de acompañarme en mi visita; me dijo que gracias a los escritos de los filántropos, a la intervención de personas dedicadas a la humanidad y a sus reclamaciones a menudo reiteradas, Newgate había recibido todas las mejoras de las cuales era susceptible. Aquella que Coz apreciaba más, era la clasificación de los prisioneros que durante tan largo tiempo habían estado confundidos.

La prisión de Newgate no está convenientemente distribuida, y falta espacio para que se sueñe construir allí celdas. En cada aposento los lechos están instalados como en los barcos; son cubos de dos pies de ancho sobre seis de largo, adosados al muro sobre dos o tres pisos. Una mesa grande está colocada en medio de la pieza con bancos de madera alrededor. Los prisioneros comen sobre esta mesa, y trabajan, leen y escriben. Examinándolas con atención se reconoce que todas las habitaciones están bien mantenidas y muy limpias; pero como el enladrillado es malo, la distribución defectuosa, y son sombrías y mal aireadas, su aspecto es desagradable.

Casi todas las mujeres que he visto allí eran criaturas desgraciadas de la última clase del pueblo: prostitutas, domésticas, muchachas del campo acusadas de robo. Cuatro habían sido acusadas de crímenes que merecían la pena de muerte, clasificados por los legalistas ingleses bajo la denominación de felonía.

Estas mujeres tenían, en general, una expresión estúpida. Sin embargo noté a varias de ellas cuyos labios delgados y cerrados, la nariz puntiaguda, el mentón adelante y ligeramente subido, pero sobre todo el ojo hundido y la mirada fiera, anunciaban los caracteres de una atroz maldad. Ni vi sino una que me interesó vivamente.

Ella estaba encerrada con otras seis, en una sala baja, extremadamente sombría y muy húmeda. Cuando nosotros entramos, todas se levantaron y nos hicieron las reverencias usuales, y con aquel grado de bajeza que toca de cerca la servidumbre. Una sola se abstuvo; ella no hizo esta reverencia, cuya expresión me era penosa y me fatigaba desde mi entrada en la prisión. Este espíritu de independencia atrajo sobre ella toda mi atención.

Que se representa a una joven de 24 años, pequeña, bien conformada, vestida con gusto, manteniéndose en pie, alta la cabeza, mostrando a los visitantes el perfil más perfecto, el cuello más bello, la pequeña oreja que mejor podía haber sido formada, los cabellos rubios muy limpios y graciosamente levantada. Mis lectores que han tenido muchas ocasiones de notar la influencia que la belleza ejerce sobre mí, concebirán fácilmente la impresión que experimenté con la visión de esta bella criatura. Mis ojos se llenaron de lágrimas y no hizo falta sino la presencia del gobernador para impedirme ir donde esta mujer para estrechar su mano, a fin de que ella comprendiera el interés que yo tomaba en su suerte, y que mi simpatía calmara algunos instantes las torturas de su corazón.

Las altas cualidades del alma dan solas el ascendiente de la belleza. La más bella mujer, privada de esta expresión anímica, que yo hubiera encontrado en este triste lugar, me habría dejado impasible; pero había una tal grandiosidad en la expresión de esta belleza, que soportaba con coraje y fiereza el colmo del infortunio, que arrebatada por mi emoción no pensé en ningún momento que ella pudiera ser depravada. Su alma era pura, yo la veía en sus miradas, en la pose de su cabeza, en toda su persona. La energía de una pasión podía haberla llevado a cometer el crimen; pero esta imagen de Dios tenía conciencia de su dignidad, y no había sido envilecida.

Me informé frente al gobernador y a la dama oficial encargada de la supervigilancia de esta cámara, bajo qué acusación había sido enviada a Newgate esta joven, cuál era su posición social, cuál era su conducta en la prisión, su clase de educación, etc. El metal de voz que animaba mis preguntas llenas de todo interés que yo hacía sobre esta infortunada provocó el interés y la emoción simpática de mis interlocutores. ¡Oh!, señora, me dijo el oficial, esta pobre joven es bastante digna de compasión; está encinta de seis meses y tiene tres pequeños niños. ¡Ay!, ha sido por dar el pan a sus niños que la desgraciada ha cometido el robo que la ha traído aquí; es casada con un marino borracho que ha partido, abandonándola sin dejarle un chelín. Abandonada sin ningún recurso, vendió uno tras otro todos los bienes que poseía; pero llegó el día en que no tuvo más para vender y sus tres hijos ¡le pedían el pan! Entonces la pobre madre exasperada, enloquecida por la miseria y los gritos de hambre de sus hijos, tomó los muebles del cuarto que ocupaba para ofrecerlos en venta. Está acá desde hace dos meses, esperando su juicio.

Yo lo adiviné. Una criatura tal no podía ser una prostituta, ni una ladrona de profesión. Era una madre que había sentido las entrañas de sus desgraciados niños rasgadas por las angustias horribles del hambre, y había robado. Sí, sin duda era un acto culpable que la desgraciada había cometido en un momento de exaltación y desesperación. ¿Pero cuál era la más culpable, ella o esta sociedad que, sin ninguna justicia y ninguna humanidad deja al pobre expuesto a una muerte espantosa y lo empuja así a la locura, al crimen?

La oficiala me contó estos detalles en voz baja, para no ser escuchada por las prisioneras, y por temor a que sus palabras fueran a herir la susceptibilidad de esta madre cu a cruel posición sentía y respetaba su desgracia. Pero la habitación era muy pequeña y la mujer notaba que nosotros hablábamos de ella. Sin embargo, durante más de un cuarto de hora que nosotros estuvimos la tuvimos sobre los banquillos, ella conservó su actitud fiera; su fisonomía era serena, sus rasgos no manifestaban ninguna agitación interior. ¡Oh! Es que a sus ojos su sacrificio de madre borraba su delito, y la elevaba aún en su propia estimación. Ella comprendía sus deberes maternos, y se glorificaba de haberlos cumplido a expensas de su honor y de las torturas de la prisión. En ciertas mujeres, el amor maternal es una pasión tan fuerte, que ninguna ley humana podría detener sus efectos. Yo me admiraba frente al coraje que Dios había puesto en el corazón de esta madre, y experimentaba un dolor agudo pensando que la existencia de esta infortunada fuera a ser mancillada y destrozada, que se encontrara ante jueces incapaces de sentir, y de comprender la santidad de los deberes de la maternidad, y que con los ojos fijos sobre la propiedad, olvidando que ellos mismos deben la conservación de su vida al afecto de una madre, inmolarían el sacrificio materno al respeto debido a la propiedad, y confundiendo la madre heroica con la ladrona de profesión la condenarían al mismo castigo. Yo maldecía esas leyes humanas que confunden el crimen con la virtud. Maldecía esta propiedad que hay que defender de los ataques del hambre a través de los encarcelamientos y de los suplicios. Y el lujo de los propietarios me parecía pagado con la sangre del pobre.

Mientras que la oficiala continuaba hablándole al gobernador, miré a la madre prisionera esperando que ella volviera por fin su rostro hacia mí. Ella se mantenía tranquila e inmóvil. Yo lloraba y se me escapó un suspiro que la infortunada escuchó. Con un movimiento brusco era volteó el rostro, fijó sus ojos hacia los míos y nuestras miradas se encontraron. ¡Oh, cómo pudiera yo pintar todo lo que vi en sus ojos de ternura y de fiereza, todo lo que he leído en ellos. Pobre víctima de nuestro estado social, su cabeza me parecía envuelta en una aureola! Su mirada velada por las lágrimas, el desfallecimiento de sus músculos, el temblor de sus labios, todo ello era tan elocuente, que la escuché decir: «¡Oh, tú eres madre, tú has comprendido mis angustias! ¡Como yo tú habrás robado; el hambre de tus hijos te ha dado también coraje! ¡Tú sientes que he necesitado fuerzas para arrastrar todo. ¡Gracias, gracias, mujer, tú me has comprendido!»

¡Oh, esta mujer, ha grabado para siempre en mi memoria el recuerdo de Newgate!

La parte de la prisión destinada a los hombres es más vasta, pero por sectores, llega a ser todavía más sombría que la de las mujeres: todas las figuras que vi allí eran atroces.

Los menores están divididos en dos categorías: aquellos encerrados por un primer delito y los que reinciden. Muestran todos tan extremado descaro que, para concebirlo, es necesario estar convencido uno mismo de la facilidad con la cual el muchacho se acostumbra a despreciar todo, a no temer nada, a soportar todo. La cantidad media de los menores que llegan a esta prisión, cada mes, es de cuarenta: se les enseña a leer, escribir y contar.

He visto, en uno de los patios, ocho de aquellos desgraciados soldados de la libertad canadiense, que han caído en poder de las tropas de la aristocracia inglesa: cinco estaban

heridos. Esperaban desde hace dos años a que se pronunciaran sobre su suerte. Uno de ellos que hablaba francés, me dijo que toda comunicación con el exterior estaba prohibida, que no podían recibir ni cartas, ni periódicos, ni visitas y que desde hacía dos años carecían de noticias de sus familiares. El ministerio inglés estaba investido, por la ley, del poder de hacer pronunciar contra ellos la condenación capital. Pero la causa del gobierno no es la del pueblo; se temía sin duda que la sangre de esas víctimas se elevara contra la aristocracia, y el ministerio, por prudencia dejaba morir en prisión a aquellos canadienses cuyo patrimonio se temía mucho.

Observé que estos prisioneros eran tratados con mucha dulzura y aún con una especie de deferencia. Señalo este hecho, porque allí veo un gran progreso. Los ingleses comienzan por fin a comprender que los prisioneros de guerra deben ser considerados como rehenes y no como criminales. ¡Pluguiera a Dios que ellos hubiesen pensado así durante la guerra con Francia; de haber sido así, no habrían tratado a nuestros desgraciados prisioneros con esta infamia y esta crueldad que han convertido al ministerio de Pitt y de los torys en una vergüenza imborrable! He escuchado contar a este respecto cosas que dan miedo.

Se me dijo que había dos asesinos: el uno de una maldad feroz y el otro, mostrando arrepentimiento; la habitación de este estaba en el primer piso y entré. Vi a un joven de talla pequeña, de alrededor de veinte años, muy delgado y muy pálido. Estaba sentado en la esquina más sombría, y parecía querer ocultarse de las miradas y lloraba. Su figura no me gustó, su mirada era falsa y parecía que buscaba la piedad. Había asesinado de un ataque de celos a la sirvienta de su padre que era su amante.

Por las precauciones que se han tomado para hacerme entrar a la cámara del otro asesino, había lugar a pensar que su ferocidad era la de una hiena y que se lanzaba sobre los visitantes para devorarlos. En un principio el gobernador había intentado impedirme verlo; luego, cediendo a mi petición envió a dos de los oficiales a la celda del prisionero y me dio otros dos oficiales para que me acompañaran. Este conjunto de precauciones había hecho galopar mi imaginación y mientras que subíamos una pequeña escalera negra, me figuraba que iba a ver un hombre de cabeza horrible. Las sombras de Lacenaire, de Shylock, de vampiros fantásticos, se dibujaron sobre mi cerebro. ¡Entro, y cuál no sería mi sorpresa! Veo, sentado frente a una mesa, a un soldado de veintidós a veinticuatro años, leyendo la biblia, y cuya fisonomía era de las más felices. Una pequeña figura redonda, una boca fresca, una pequeña nariz aguileña, ojos azul oscuros, plenos de vivacidad y de malicia, una frente alta, una masa de hermosos cabellos castaños de bucles naturales y un tinte de lirio y de rosa; tal era el monstruo al cual se temía mucho aproximarse. Desde que me vio, enrojeció como podría haberle hecho una joven, y su primer movimiento fue de abotonar su traje hasta arriba, de arreglar su cuello y de darse porte militar. Después me miró tímidamente y pude observar en sus ojos, más que en sus labios, una sonrisa que parecía decir: señora, perdóneme; no esperaba su visita y me sorprendéis en una traza un poco descuidada. Desgraciado joven, cuánta ingenuidad había en su turbación y cómo contrastaba dolorosamente este infantil gesto con su cruel situación. ¡oh, ese infortunado me interesaba y cuánto habría dado por poder hablarle! Me abstuve de hacer alguna pregunta delante de él, por miedo a humillarlo y mis miradas le expresaban la compasión dolorosa que su suerte me hacía experimentar.

En el momento en que salía, pregunté qué signos de ferocidad daba este soldado para que se le vigilara con tanta severidad. «Ah, es atroz, me dijo uno de los oficiales de la prisión; no solamente que no se arrepiente de su crimen, sino que dice, a todos lo que quieren escucharlo, que si pudiera lo volvería a cometer. Ríe y canta todo el día, recita una cantidad de chistes sobre las personas que vienen a visitarlo, en fin no hemos tenido jamás un asesino tan descarado». Confieso que todas estas acusaciones no decían nada sobre la ferocidad del joven soldado.

Yo me iba poco satisfecha, cuando en el término de la escalera me encontré con el doctor Elliotson, que conocía por haberlo visto varias veces en la casa de un doctor de mis amigos. El doctor Elliotson es un apóstol celoso del sistema de Gall y de Spurzheim. Uno está siempre seguro de encontrarlo en las prisiones y manicomios, buscando las protuberancias convexas y adivinando las cóncavas. El doctor habla perfectamente el francés, y le manifesté en pocas palabras, mi inquietud sobre todo lo que concernía al soldado asesino.

-¿Qué queréis vos? -me dijo el doctor con una ligera sonrisa de desprecio, el gobernador de Newgate es un hombre excelente, lleno de humanidad. Los oficiales también tratan a los prisioneros con dulzura, pero les falta la ciencia; esta luz divina sin la cual no podrán jamás comprender porqué tal hombre roba y tal otro asesina.

Le pregunté a este doctor, qué hacía brillar la luz divina, y que descubría tan infaliblemente la causa de las acciones humanas, porqué el joven soldado que yo acababa de ver había asesinado a un oficial de su regimiento.

-Lo ha asesinado porque tiene dos protuberancias, extremadamente desarrolladas, aquella de la fiereza y de la venganza.

-Sea; ¿Pero le habéis hablado, doctor, y sabéis cuáles son las razones que lo han hecho actuar?

-Oh, sin duda. Hace dos meses que lo estudio: es un joven encantador, alegre, amable y de excelente corazón.

-Pero entonces...

-He aquí su historia. Este muchacho de 23 años; estaba desde hacía poco tiempo en el regimiento de..., en el condado de Cronwall, cuando un oficial nuevo llegó. Parece que este oficial tenía una voz corta y nasal, de un acento completamente particular. El pobre muchacho, que llegaba de su provincia, no estaba todavía familiarizado con la rigidez de la disciplina inglesa. Creyó poder reír, con un camarada, de la voz cómica de este oficial. Un día, en el teatro, el desdichado muchacho dijo a su vecino una de aquellas pullas llenas de espíritu y de intención que hacen reír a pesar de la voluntad; el oficial furioso se lanzó contra los dos traviesos, los golpeó en el rostro con la peor brutalidad, les arrancó sus fusiles y los hizo meter en el calabozo. El otro soldado guardó sus bofetadas, pero éste tenía las protuberancias de la fiereza y de la venganza demasiado pronunciadas para conducirse igual; tomó la resolución de matar al hombre que lo hubo golpeado públicamente. A su

salida del calabozo, espío al oficial, y veintidós días después le disparó con un fusil a boca de jarro que lo dejó muerto. Este joven, agrega el doctor, colocado según su capacidad habría sido soberbio, trascendental, pero es cierto que no está hecho para servir en el ejército inglés, donde la disciplina autoriza a golpear a los hombres como si fueran mulos.

¡Pobre muchacho! Así ha quedado por haber sentido su dignidad de hombre; ha sido por haberse rebelado contra la acción más atroz por haber tenido el coraje de obedecer a la voz de su conciencia que le prescribía el castigar al autor, que este desdichado fue a llevar su cabeza al cadalso! ¡Pero Dios es grande! ¡La sangre de los mártires hace nacer otros! ¡La muerte de este bravo soldado era útil; cada día se encontrará a otros que, prefiriendo la muerte a la esclavitud morirán por la redención de sus hermanos! Así vendrá el tiempo en el que los soldados ingleses no se dejarán más comandar por oficiales caballeros que compran el derecho de tratarlos a golpes de fuste. Si el pueblo inglés jamás ha tenido el coraje de ser libre, él no soportará que su ejército esté compuesto de esclavos.

Confieso que sentí una viva satisfacción. Estos ejemplos de fiereza son raros, es verdad, pero son suficientes para probar que el pueblo inglés, el cual su aristocracia le hace soportar un yugo muy pesado, y más opresivo que el de ningún pueblo de la tierra, sin ninguna excepción; estos ejemplos prueban, decía, que el pueblo inglés conserva todavía la huella divina, que el fuego sagrado no se ha apagado en su corazón, y si está hoy día doblegado bajo su peso opresor, va llegando el día en que se reanimará y restablecerá para todos y para todas la igualdad de derechos que Dios nos ha dado con la vida. Esta aristocracia pagará entonces caro su larga opresión, y sus violencias y su hipocresía.

Hacía más de una hora que estaba yo encerrada en Newgate, y el asombro que había experimentado desde mi entrada en el arsenal de instrumentos de tortura había aumentado a medida que entraba en aquel antro horrible, donde el vicio y la desgracia se confundían, donde el hambre se asimila al robo, y la fiereza del alma, esta noble voz de una conciencia pura, al asesinato. El pasmo que me oprimía había llegado a tal grado de intensidad que apenas podía respirar. Sin embargo, me faltaba todavía visitar la capilla, el patio donde se hace el último arreglo a los condenados, y en fin, la ventana por la que dejan la prisión para ir al cadalso que termina con esas existencias tristes y lúgubres, esas vidas de ansiedad, de vicios y de crímenes, de miserias y de desgracias. En cuanto a la infamia del suplicio, los seres envilecidos son insensibles y las almas grandes la dominan.

La capilla está muy bien distribuida. A la mitad de su altura hay una galería únicamente destinada a las mujeres; los hombres están en la parte inferior. Las cortinas están colocadas en tal forma por todo el contorno de la galería, que los dos sexos no pueden verse.

El banco destinado al condenado a muerte está abajo, adosado al muro, hacia el medio de la capilla. Ah, he allí, para la iglesia anglicana, una ceremonia inhumana hasta el último punto, una absurda imitación del catolicismo. ¿Para qué torturar en esta forma al desdichado y hacerle rumiar la muerte durante un día y toda una noche? ¿Qué utilidad moral resulta de ello para la sociedad? El sacerdote católico encuentra en la fe del paciente el poder de reconciliarlo con la muerte, de hacerla incluso admitirla con gozo, absolviéndola de todo pecado; entonces su asistencia se concibe. Pero la intervención de un

predicador protestante, frente al hombre que se cree en el pecado sin admitir que otro hombre pueda absolverlo, me parece inútil.

A las tres de la tarde, la víspera del día fijado para la ejecución, se lleva al condenado a la capilla donde debe sufrir la escena del pew

. Este pew es de forma redonda y se parece a un púlpito en dimensiones reducidas. Contiene un banco y un reclinatorio. Se recubre todo con un paño negro para la ceremonia y el paciente también entra envuelto en un lienzo negro; se sienta sobre el banco y frente a él, sobre el reclinatorio, hay un libro abierto. La capilla es sombría y está solamente alumbrada con una lámpara sepulcral. Todos los prisioneros están presentes y deben seguir en voz baja al capellán que recita las oraciones de los muertos.

El condenado está en el pew como en una tumba, cuya piedra tumularia está entreabierta. En medio de esas colgaduras negras, su cabeza sola aparece. ¡Oh, qué espectáculo horrible el de esta cabeza que se creería ya separada del cuerpo! ¡Cómo esta palidez, estos rasgos contraídos, estos ojos extraviados, estos cabellos que se erizan y este temblor convulsivo que agita las envolturas mortuorias expresan horror, cómo son terribles de ver! Es la agonía de una criatura humana enterrada viva; son los estertores que escapan de la tumba. Esta lúgubre solemnidad del infierno impresiona tan fuertemente a los asistentes, que muchos de los prisioneros, incapaces de soportar esta escena, se desmayan y la capilla retumba de gritos arrancados por el pavor. Es muy raro que el acusado resista esta prueba hasta el fin; a menudo es obligado a quedarse y se le recoge de su pew en estado completo de desvanecimiento. Cuando es vuelto a la vida, se le anuncia como un favor que, por esta última noche, tendrá una lámpara a fin de que pueda leer su Biblia. ¡Qué absurdo y qué cruel burla! Como si, en un momento tal, el desgraciado pudiera leer o comprender el sentido de lo que lee. ¿Los seres de élite que ven sin turbarse el fin de su existencia, de cualquier manera como pudiera llegar, no son muy raros? Cómo esperar por lo tanto que el condenado conserve la suficiente libertad de espíritu para meditar sobre los altos pensamientos de la Biblia, cuando a cada cuarto de hora el reloj de San Pablo le hace medir el tiempo, contar los minutos que le quedan todavía de vida, y hacer reaparecer constantemente sobre su cerebro exaltado todos los preparativos de la ejecución. Sí, al alba, el infortunado, rendido por el cansancio y el sufrimiento, es bastante feliz que puede cerrar los párpados, es despertado a las cinco de la mañana por el ruido que hacen los pies de los caballos y las ruedas de la pesada y fatal máquina halada del patio vecino a su calabozo para su suplicio. ¡Oh, qué terrible despertar! Desde aquella hora no escucha un solo ruido que no le anuncie la cercanía del momento supremo. A las seis, vienen a tomarlo para llevarlo al patio, llamado de los últimos instantes; es allí que la «toilette» tiene lugar. Es despojado de todos sus vestidos, y luego vestido con un pantalón y una larga camisa de tela gris, y enseguida se le corta los cabellos al ras. Durante toda esta operación, hay junto a él un ministro de la religión que lo exhorta a la resignación y le habla de los goces de la otra vida. Cuando la «toilette» está hecha, se le conduce donde el alcaide, el cual amarra personalmente los brazos del condenado. Terminada toda esta preparación, el alcaide, el sub-alcaide, el capellán y el condenado se ponen en camino, y esta procesión lúgubre llega a la plataforma de la enorme máquina que empieza inmediatamente a funcionar. Allí el verdugo y sus ayudantes se apoderan del condenado, lo colocan sobre la plancha móvil, pasan una cuerda alrededor de su cuello, le colocan un gorro hasta el mentón y le ponen un

pañuelo en la mano. A la señal que da el condenado dejando caer el pañuelo, la plancha móvil es quitada de debajo de sus pies, y entonces es, como se dice en inglés, lanzado a la eternidad.

Newgate, prisión destinada a recibir solamente a los acusados de algún delito, no tiene reglamentos tan severos como los otros lugares de detención. No se exige allí un silencio riguroso. Los oficiales y oficialas mantienen el orden entre los prisioneros, previenen las disputas, toleran algunas palabras cambiadas a la volada, pero detienen toda conversación. La cantina está suprimida. Sin embargo todo prisionero tiene la facultad, con su dinero, de hacerse servir de comer por el cocinero de la casa.

No se da el menor trabajo a los prisioneros, es preciso que sufran la ociosidad corruptora. Si es como castigo que se le impone, y siendo bastante riguroso, ¿cómo los legalistas ingleses pueden conciliar este castigo infligido antes de la condena con el principio universalmente admitido en el continente, de que el acusado es tenido por inocente hasta el juicio que declare su culpabilidad, y que hasta ese punto la sociedad solamente tiene derecho de poner en seguridad su persona?

En Newgate, una de las mejoras introducidas que ha tenido la más saludable influencia, es la selección y el número de oficiales y oficialas llamados a vigilar a los prisioneros. Cuando se reflexiona en las cualidades necesarias para imponerse a un mundo descarado y profundamente vicioso, y en hacerse obedecer no usando sino raramente el castigo; cuando se piensa, digo, en el grado de sangre fría, de dominio sobre sí mismo y de firmeza que es necesario tener para llenar estas funciones, no se puede sino sorprenderse de la adecuada composición del personal de Newgate: jamás ninguno de los funcionarios habla sin necesidad a los prisioneros, jamás hay brutalidad o palabras injuriosas. Oficiales y oficialas exhortan, mandan, son escuchados en silencio, obedecidos con puntualidad, o de otro modo se cumple el castigo.

No puedo dejar Newgate sin hablar de la respetable señora Fry: su amor por la humanidad ha introducido notables mejoras en esta prisión. La mejor de todas es, sin duda alguna, la de haber procurado trabajo a las mujeres. Ella también les ha distribuido un gran número de biblias.

Se sabe que las sectas de Inglaterra hacen un deber religioso el difundir con profusión la biblia sobre el globo. Todos están en tal forma convencidos de haber comprendido el verdadero sentido de este libro múltiple, que no hay una secta que no esté persuadida de propagar su doctrina difundiéndola. Pero aquel que no es ni fanático, ni ciego, examina si el mejoramiento de la especie humana debe surgir infaliblemente de la lectura de la biblia y si hasta aquí los resultados pueden hacerlo esperar. Se pregunta si los pensamientos y preceptos diversos que contienen forman un todo armónico que el común de las inteligencias pueda captar, y si los ejemplos buenos y malos que ella presenta no pueden producir sino buenos efectos.

Por cierto, que los libros de los cuales se compone la biblia son de un alcance muy alto para poder ser comprendidos sin un estudio profundo, incluso por los hombres instruídos, y la prédica no reemplaza sino muy imperfectamente la inteligencia del común de los

lectores. Además, las doctrinas religiosas ya no ejercen en Europa central sino una influencia superficial, ellas modifican solamente la apariencia exterior; pero la religión no es el móvil de las acciones de los hombres. Todos quieren elevarse, hacer fortuna, y para llegar a ello, creen en la infalibilidad de su razón. ¿Qué ascendiente en esta disposición podría tener la religión en los espíritus? ¿Llevará ella la resignación al pobre que sufre cuando estará persuadido que depende de él el llegar a las riquezas? ¿Inspirará la humanidad al rico si él está convencido de que no debe su fortuna sino al mérito de sus obras, y no se creará entonces de una naturaleza superior a sus semejantes víctimas de la miseria? Cuando los hombres reprueban o alaban según la consecuencia de la acción, ¿cómo podrían estar dispuestos a abdicar de su amor propio y a considerarse como los ciegos instrumentos de Dios?

Sea el acontecimiento feliz o desgraciado, el islamita exclama: Dios es grande, porque, no teniendo la presunción de ver más allá del efecto inmediato de su acción, no tiene en lo menor el insigne orgullo de considerarse como el autor de un acontecimiento que no podría predecir con certeza, y, buena o mala, acepta su suerte con goce o dolor sin duda, pero sin glorificarse o quejarse.

Si como los musulmanes, cada uno de nosotros, se confiara en la Providencia, se contentaría convivir de su oficio sin buscar hacer fortuna. Si como ellos, nosotros no tuviésemos otro objetivo que el cumplimiento de los deberes prescritos por la ley religiosa y no viésemos mal sino en la violación de esta misma ley, yo creería entonces en la influencia de la religión para reformar a los culpables. Pero, considerando que entre nosotros las leyes civiles están a menudo en oposición con los preceptos del evangelio; que estas leyes, en Inglaterra, ponen de lado todo espíritu de equidad, establecen la herencia por orden de primogenitura, crean ejércitos de burócratas, sinecuras y privilegiados de toda naturaleza y hacen soportar a los pobres las tres cuartas partes de los impuestos, no pienso que pueda haber prédicas cristianas susceptibles de reformar a los hombres culpables frente a una sociedad que está puesta fuera de la ley cristiana. En los pueblos europeos, la religión no es más que un accesorio, la organización social marcha sin ella. Las leyes civiles son las únicas que tienen influencia, y la ley religiosa se hace obedecer solamente cuando no se tiene interés de quebrantarla.

En apoyo de esta opinión, citaré las observaciones de aquellos que han escrito sobre las prisiones. Todos hacen observar que a enseñanza religiosa no tiene ningún éxito, que fatiga, excede las fuerzas de los presidiarios y les hace tomar aversión a la religión y a sus ministros. Que el monje o cualquier sacerdote, misionero o capellán, no recoge otro fruto de sus prédicas que los sarcasmos y el desprecio de aquellos a los cuales se dirigen.

¿Qué palabras mágicas podrían pues sacar de la Biblia todos aquellos predicadores asalariados, para reconciliar con su suerte al desgraciado prisionero acostado sobre la podredumbre de su calabozo; carente de aire, de luz, de agua clara, de vestidos para cubrirse, de un poco de fuego para calentar su cuerpo helado y sus miembros entumecidos, y a menudo de pan negro para mitigar su hambre? ¿Este desgraciado no exclamará como Job: «Dios no existe»?

¡Resignación! ¿Pero el hombre que no ha podido encontrar en su alma la fuerza suficiente para resistir a los sufrimientos físicos y morales será conducido así por las frases bíblicas a resignarse sin murmurar? ¡Ah! Yo concibo la influencia de las palabras de la amistad, el poder de las lágrimas, y que sea posible que calmen los grandes dolores; pero los discursos de los sermoneadores de oficio, para apaciguar las angustias del alma, me han parecido siempre el colmo de lo absurdo.

¿Qué puede decir la señora Fry a estas desgraciadas jóvenes, sino que la falta de profesión o de trabajo, la seducción, los prejuicios y las mil y mil bajezas que pululan en la sociedad las han reducido a entregarse a la prostitución, a traficar con su cuerpo para tener un pedazo de pan? ¿Es en la Biblia que encuentra consuelo para miseria semejante? ¡Oh!, no. La prostituta, irritada por el dolor, no podría ver sino el sentido literal de «Diente por diente y ojo por ojo», repite ella, según el terrible código de Moisés. El pobre, al que el rico rechaza y que se ve condenado a la miseria, al desprecio, para alimentar el lujo y el orgullo de aquellos que se dicen amos, ¿no exclamará en su indignación: diente por diente y ojo por ojo? Y aquellos que han nacido con orgullo en el corazón y que, teniendo la conciencia de lo que valen, no han podido someterse al yugo del privilegio, a la tiranía del prejuicio, al dominio del dinero, y que se han rebelado contra una organización social opresiva, ¿no repetirán igualmente, diente por diente y ojo por ojo?»

¿Cuál es por ende la enseñanza que conviene impartir a los presos?, se me preguntará. En primer lugar aquella de los diferentes oficios, a fin de que a falta de trabajo en una rama de la industria, ellos lo encuentren en otra. Enseguida será necesario hacerles aprender el orden, la economía, el amor al trabajo, la sobriedad. Demostrarles que no deben esperar una mejora de su suerte que sino en la práctica de estas virtudes y que las más insignes de las absurdidades, para uno o muchos individuos, es la de atacar la sociedad. En una palabra como aquellas son las leyes de la sociedad que han violado, es la participación en los beneficios de la sociedad que es preciso hacerles esperar por el precio de sus esfuerzos. Al mismo tiempo se le probará que el retorno a los vicios y al crimen los llevará inevitablemente a perecer en las prisiones, o sobre el cadalso. No creo que los goces del paraíso o las penas del infierno puedan ejercer sobre ellos tanta influencia.

Yo estaba todavía dolorosamente impresionada por el recuerdo de mi larga visita a Newgate, cuando me hice presente en Cold-Bath-Fields. De muy lejos uno percibía los altos muros del contorno. La entrada de estilo simple y severo no tiene sin embargo nada de horroroso; el edificio data de hace cuarenta años y está bien mantenido. Esta prisión construida según las ideas del filántropo Howard, es vasta, tiene aire, luz, agua y un jardín de dos fanegas francesas. Pero la vanidad del arquitecto ha prevalecido sobre los planes del filántropo: Howard quería, en esta casa de corrección, realizar con mejoras las penitenciarías de Pensylvania. El albañil no ha tenido en cuenta este deseo y ha mostrado ignorancia, falta de gusto y diré aún, de total ausencia de inteligencia. Sobre un emplazamiento magnífico, no ha sabido sino elevar murallas; los patios no son suficientemente espaciosos. Los cuerpos del edificio tienen escaleras demasiado estrechas; la distribución es defectuosa y no ofrece el número de celdas separadas que debiera contener. Sin embargo esta prisión, tan incompleta como es, es un verdadero castillo del placer comparado con el sombrío y terrible Newgate. Cold-Bath-Fields, es a la vez casa de arresto y de corrección.

El gobernador de esta prisión, Chesterton, es un hombre muy distinguido. Habla español y francés con igual facilidad, ha viajado mucho y recogido una instrucción substancial en los países que ha recorrido. Todo en él anuncia al hombre consagrado de corazón al servicio de sus semejantes: no hace una observación, no dice una palabra que no denote cuán penetrada está en su alma aquella caridad universal predicada por Jesús. Su filantropía es puesta de relieve por su manera dulce, amable y extremadamente cortés.

Chesterton, quiso de buen grado acompañarme y hacerme visitar la casa en el más grande detalle. Se ve que esta se ha convertido en su asunto y que considera a estos desgraciados prisioneros como su familia. Los conoce casi a todos por sus nombres propios. Según un tal gobernador (lo es desde hace diez años) se puede pensar en lo que deben ser los funcionarios. Sí, recordando lo que son en Francia la mayoría de nuestros carceleros, yo había estado maravillada por el buen porte de los guardianes de Newgate, caí en la admiración al ver los de Cold-Bath-Fields. Estos hombres, casi todos escogidos por el gobernador, tienen una fisonomía dulce que armoniza perfectamente con su metal de voz y su atenta cortesía. ¡Qué efecto saludable debe producir sobre los prisioneros el trato habitual de tales guardianes!, porque no se puede dudar de la influencia de las maneras dulces y humanas, cuando se trata de reconciliar con la sociedad a los hombres cuyo corazón está ulcerado contra ella.

En Cold-Bath Fields, Chesterton ha llevado hasta el límite extremo, la división de los presos. Los reincidentes forman cinco categorías: aquellos condenados por sexta vez son enviados a la penitenciaría de Mil-Bank o de Botsny-Bay; los otros prisioneros son clasificados según la naturaleza de su delito.

El gobernador hace ejecutar con una escrupulosa firmeza los reglamentos de la prisión confiada a sus cuidados. Estos reglamentos, debo decirlo, me han parecido bastante duros. Imponen un silencio y una ociosidad permanente, y la reclusión solitaria por la más ligera infracción.

Bajo ningún pretexto, el prisionero debe hablar a sus camaradas ni dirigir pedidos a los oficiales. Si los visitantes les hacen una pregunta, no debe responder en lo más mínimo; solamente si se encuentra enfermo podrá pedir ver al médico. Conducido al instante a la enfermería es examinado. Se le acuesta en una buena cama y todos los cuidados que exige su estado le son prodigados con una afectuosa caridad.

El prisionero que rompe el silencio es severamente castigado.

Visitamos en un principio el ala donde están los hombres. Encontré ahí todas las caras de Newgate. ¡Pero qué metamorfosis se había operado en ellas! Estos hombres que, antes del juicio, dejaban leer sobre su rostro el descaro y la atrocidad del crimen, tenían ahora la cabeza inclinada, los ojos bajos, y todo anunciaba en ellos la sumisión más completa. Sujetos a reglas severas, ninguno intentaba ni osaba siquiera concebir la idea de escapar a ellas. Estaban muy limpiamente arreglados, sus rostros rasurados (se les afeita dos veces por semana), los cabellos bien peinados, el rostro y las manos muy limpias.

Tienen por vestimenta un pantalón de tela de lino o cáñamo durante el verano y de paño grueso en invierno. Un saco de la misma tela, un gorro de lana, una camisa de color, medias de lana (cambian de camisa y medias cada domingo), zapatos, un chaleco, una corbata, un pañuelo de bolsillo. Todas estas ropas están limpias y muy bien tenidas.

Entré en la división de los menores. El número era espantoso: sobre 1,120 presos encerrados en Cold-Bath por el tiempo que hice mi visita, habían trescientos menores de nueve a diecisiete años! ¿Qué empuja a estos menores al crimen? La miseria, la falta de profesión y los ejemplos de corrupción rodeaban a los pequeños desgraciados. Nada es más penoso de ver que todos estos pequeños seres de figura rubia, pálidos, delgados y destinados a la deportación y a la horca. Los más culpables son condenados a tantas horas cada día, de «tread wheel», los demás no hacen nada. Así estos niños que han sido empujados al vagabundaje, al robo, al crimen por la falta de profesión y la ociosidad, saldrán de la casa de corrección, después de dos, tres, cuatro o cinco años de detención sin saber un oficio que les dé el medio de vivir por el trabajo.

No veo por lo tanto allí sino castigos infligidos y jamás corrección. En lugar de corregir, tales casas son, en los hechos, focos de corrupción. El menor culpable, pero no vicioso, no tiene bajo los ojos ningún ejemplo que pueda hacerle bien. Se habitúa a la holgazanería, a la molicie y a vicios de toda naturaleza.

No pude impedirme de manifestar a Chesterton mi asombro de que se abandonara así a esos menores a la ociosidad, en vez de ocuparlos en un trabajo productivo. En Inglaterra, me respondió, los proletarios son tan numerosos, que el gobierno no querría disminuir su trabajo haciendo trabajar a los presidiarios. Pero señor, Inglaterra es suficientemente rica para hacer de las prisiones vastos talleres, donde los reclusos estarían bien alojados, bien vestidos y bien alimentados. Si tal es su intención, antes de veinte años la mitad de la población, cansada de luchar contra la miseria, irá a tomar refugio en las prisiones.

Hay, en Cold-Bath, 520 celdas: los menores son colocados en ellas de preferencia, a fin de que su aislamiento sea completo, al menos durante la noche. Todas estas celdas son mantenidas con extrema limpieza: el lecho tiene un soporte de correas sobre el cual hay un buen colchón, una almohada, dos colchas; una plancha pegada al muro sirve de mesa. Cada celda tiene aire, pero por falta del arquitecto muchas son oscuras. Todos los muros, así como las escaleras son blanqueados con cal dos veces por año. Ningún mal olor viene a asediar como en las prisiones de Francia. Los menores y las mujeres sufren mucho al observar el silencio. Vi también a un número de menores encerrados en su celda como castigo (solitary confinement).

Como yo estaba en el último patio, el profesor de escuela encargado de instruir a los menores vino para dictar su clase. Con qué respeto saludé al venerable anciano. Desde hace quince años ejerce este empleo. ¡Oh, qué abnegación es necesaria para resignarse a vivir así en medio de los niños entregados a la ignominia, al vicio, al sufrimiento! Se lee en el rostro de este hombre la bondad de su corazón. Su voz es dulce y él habla a los menores con benevolencia y una solicitud que les da seguridad y ahuyenta de su espíritu todo temor.

Después de haber visitado varias secciones donde noté la misma limpieza, el mismo orden y la misma expresión en la fisonomía, entré en el patio donde estaban los culpables reincidentes por quinta vez. Yo esperaba encontrar aquellas figuras atroces sobre los cuales la huella del crimen está vaciada en bronce; aquellos rostros surcados por la rebeldía de las pasiones, en los cuales el descaro, la astucia, la audacia y la permanencia de una voluntad criminal muestran sus horribles rasgos. Cuál no sería mi sorpresa cuando observé sobre cada uno de estos la expresión del tedio, pero de un tedio llevado hasta su último grado. Ninguno de ellos dirigía su mirada hacia nosotros, todos parecieron completamente indiferentes tanto a nuestra entrada como a nuestra salida. Parecían sumidos en una somnolencia apática. ¡Estos hombres que viven una vida de autómatas, cuyas pasiones parecen destruidas, el alma ausente, que llevan sin embargo en su rostro las huellas de sus crímenes, el sello de la reprobación, la desesperación profunda, formaban un espectáculo de profundo horror!

Había bastante más detenidos en esta división que en las otras; los presos tenían aquí más edad, y me parecieron más sufridos, más tristes, menos cuidados sus vestidos y menos limpios. Sorprendida por esta diferencia, deseaba saber la causa y le pregunté al gobernador. Estos presos, me dijo, nos dan más trabajo que los otros, no porque cometan actos de insubordinación, sino por su excesiva dejadez; la extremada dificultad que se sufre para obtener de ellos que se peinen, se laven y cepillen sus vestidos, exige una mayor vigilancia. Muchos de ellos no desean pasearse. Se encuentra a algunos que a veces no quieren comer, y están casi siempre enfermos. Es esta sección la que llena la enfermería.

-¿Y a qué atribuís esta manera de ser en apariencia tan contraria al carácter turbulento que uno estaría dispuesto a suponerles?

-Al tedio. Es raro que los reincidentes puedan habituarse a la vida de prisión.

Esto se concibe, la monotonía de esta existencia ociosa, silenciosa debe llevarlos a una completa apatía y así la vida se convierte en un fardo cuyo peso los abrumba. Tales hombres no sienten vivir sino en el exceso. Aman jugar su vida, aman las emociones del vicio y no pueden habituarse a su vida de reclusión. El alma no ha tenido jamás sobre ellos ningún poder y sus facultades han permanecido inertes. La tranquilidad del espíritu, el reposo, son para ellos el más grande de los tormentos. Añoran amargamente la vida llena de aventuras, de peligros, de privaciones, y el tiempo en que su inteligencia, su imaginación, su coraje y su habilidad eran constantemente empleadas. ¡Ay!, es preciso reconocerlo, estos hombres tienen necesidad de lucha, de una lucha encarnizada contra la miseria, de obstáculos de todo género y contra la sociedad. Y aquellos que experimentan un gozo feroz al desafiar la prisión, el baño y el cadalso no pueden soportar la sombría inacción, el silencio sepulcral de Cold-Bath. Este suplicio excede sus fuerzas y sobrepasa todos los suplicios.

El número de reincidentes demuestra, por lo demás, que no es por los castigos que los hombres son corregidos. Es por la enseñanza que es preciso proceder, porque los hábitos del orden y el trabajo son los únicos que pueden corregir los hábitos del vicio y el crimen.

Pero, sea cual fuere el régimen penitenciario adoptado por una nación, me parece absurdo, cuando la reincidencia viene a probar la incorregibilidad del culpable o la ineficacia de los medios de corrección. Me parece absurdo, digo, de colocar de nuevo al reincidente en el medio social en el cual no ha podido mejorársele. Si el régimen penitenciario no ha podido reformar al culpable, la sociedad debe deportarlo, tenerlo en las minas o ponerlo en la imposibilidad de dañar. En todas las prisiones de Inglaterra hay un número muy grande de reincidentes.

Los hombres de esta sección se hacen notar por su taciturnidad. Es casi inútil imponerles silencio. Ocurre a menudo que se niegan a responder a las preguntas que se les dirige.

La enfermería de Cold-Bath es un lugar de paz y de comodidad. En general hay muy pocos enfermos. Vi en dos grandes habitaciones doce o quince hombres mas bien languidecientes que enfermos: estos tomaban té, aquellos echados descuidadamente, leían. Había los que paseaban mientras que otros charlaban tranquilamente entre ellos; tenían el aire feliz, y se habría podido decir que estaban libres. El bienestar que reinaba en esta enfermería muestra suficientemente que el gobernador no ve en cada preso enfermo sino a un hombre que sufre, a un hermano desgraciado, que su deber le ordena socorrer.

Vi allí a un joven de veintiséis años condenado a muerte por haber matado a uno de sus amigos en una disputa. Este asesino pertenece a una de las mejores familias de la aristocracia y posee 6.000 libras esterlinas (150,000 francos) de renta. Si hubiera sido hijo del pueblo y sin fortuna, su cuello habría experimentado el apretón de la argolla fatal; pero, gracias a la influencia de sus parientes y más todavía al sacrificio de una parte de su fortuna, su pena ha sido conmutada a seis años de prisión en Cold-Bath. Allí aún, la especie de fascinación que ejerce una alta posición se hace sentir: este joven descansa en la enfermería aunque portándose muy bien; cuando hace buen clima, se pasea por el jardín y pasa su tiempo aprendiendo francés, siendo su intención la de ir a vivir en Francia una vez que su pena haya sido cumplida.

Aparte de esta excepción, bastante excusable en un pueblo que adora el oro y cree todavía en el valor de las distinciones nobiliarias, no existe en Cold-Bath ningún privilegio. La cantina está rigurosamente prohibida para todos, y el alimento es igual sin el menor favor para ninguno. He visto comer a los presos, cada división en su refectorio. Las mesas de bella madera cuya blancura se ha vuelto brillante por el lustre, están cuidadosamente cepilladas, enjabonadas, lavadas y ni las más ligeras manchas ensucian la reluciente superficie. El pequeño tazón en el que los prisioneros comen es de estaño; está pulido, frotado y reluciente como de plata. La alimentación es buena, sana y abundante, pero de una monotonía fastidiosa: por la mañana, un tazón grande de avena cocida; en el almuerzo, una sopa con legumbres, y dos veces por semana, carne; por la noche, dan nuevamente el hervido de avena; el pan es excelente. Cada preso recibe en el almuerzo un pequeño pan de forma cuadrada y larga, bien cocido, con corteza de un color amarillo y exhalando el olor más apetitoso. Probé uno de estos panes para gustarlo: es blanco como el rico pan de París y mejor que ninguno de los que he comido en Londres. Se puede afirmar con certeza que en Irlanda los agricultores de primera clase no han probado jamás algo tan bueno, ni aun en el día de su boda. El pan de Newgate no es de ninguna manera tan bueno.

Después de almuerzo, cada uno retorna su labor. Aquellos que estaban de servicio se aplican a limpiar los refectorios y los patios. Otros entran en la sala de escuela. Muchos están ocupados en hacer estopas con viejas cuerdas, mientras que aquellos condenados a «la rueda de andar» (tread wheel) suben al instrumento de su suplicio.

Con la inmovilidad del condenado suspendido al tread wheel, al ver el deslizamiento lento que no parece exigir ningún esfuerzo, el visitante pasa, la mayor parte del tiempo frente a la rueda, sin dudar siquiera que el hombre que la hace rodar sufre la más atroz tortura. Y no habría podido yo sospechar el refinamiento de crueldad que esta infernal máquina revela sobre su autor, si el gobernador no me hubiese explicado el efecto que produce. La excesiva lentitud con la cual el enorme tambor gira es precisamente la causa de la tortura. No da sino veintiocho a treinta vueltas por minuto, porque sus escalones son muy espaciados, lo cual hace que el condenado patine en forma lenta, penosa y dolorosa al extremo. Está obligado a una gran separación de las piernas para alcanzar el peldaño, de manera que una de sus piernas está casi constantemente en el aire todas sus fuerzas deben concurrir cuando el escalón le llega. Durante este horrible patinamiento su cuerpo queda en una completa inmovilidad, la lentitud vertiginosa del movimiento adormece sus miembros, le da vértigos, desfallecimiento de estómago. A veces se desvanece, cae de lo alto de la máquina y en su caída se fractura algún miembro o se mata. Este suplicio altera todo el sistema nervioso del condenado, lo estropea frecuentemente, provoca hernias y enfermedades crónicas. He visto descender hombres y muchachos de «la rueda de andar» (tread-wheel) de Cold-Bath. Ninguno tenía en la frente la más ligera huella de sudor, por el contrario parecían tener frío. Estaban pálidos, algunos estaban morados, sus músculos estaban distendidos, sus ojos muertos y todo en ello anunciaba el sufrimiento físico llevado a su colmo. Algunos se estiraban sus miembros, otros bostezaban. Se hace notar que las mujeres, los jóvenes y sobre todo los niños sufren mucho más con este suplicio que los hombres y los viejos, lo cual probaría que afecta el sistema nervioso mucho más que el empleo de fuerzas.

¡Y qué! ¿Es por tales medios que se pretendería corregir al desgraciado joven que ha caído por violar las leyes de la sociedad? ¿Es por la alteración de su sistema nervioso ya demasiado fácil a alterarse, por la destrucción de su salud? ¿Es finalmente estropeándolo para toda su vida, enervando su cuerpo y su espíritu, que se imaginará el llevarlos por la buena vía? En verdad, no se puede comprender cómo un pueblo, citado por la rectitud de su juicio ha podido aceptar un suplicio tan bárbaro para castigar, y el silencio de sepulcro y la ociosidad para corregir.

Los castigos exagerados pervierten siempre, y no se llega sino a efectos momentáneos por aquellos que son aplicados más juiciosamente, cuando no se une a ellos la enseñanza. Se obtiene bastante la atención, la obediencia de aquel que se encuentra inmediatamente expuesto al castigo, pero sería gratuito que se esperara corregir por el recuerdo del dolor: la experiencia demuestra lo contrario. Una vez regresados a la sociedad, los hombres del crimen multiplican sus astucias en razón de la vigilancia ejercida sobre ellos, y el recuerdo del castigo, lejos de reformarlos casi siempre los vuelve atroces. El dolor físico prolongado conduce a la muerte al condenado que lo sufre, o causa perturbación en su organismo y lo embrutece. Por un castigo moderado se inspira el miedo a la autoridad y se paraliza toda idea de resistencia; pero el trastorno que la tortura ha producido en el organismo, llena el

corazón del hombre de un odio constante y entonces no es solamente para satisfacer sus necesidades y sus gustos licenciosos que comete el crimen. ¡Es para vengarse!

Vi en Cold-Bath a dos prisioneros en prevención que llamaron mi atención. El uno, me dijo Chesterton, es judío, y es el más grande pillo de Inglaterra. Fue tomado por la octava o décima vez (por diversas faltas). Yo quería ver la fisonomía del más grande pillo de Inglaterra. Su celda daba sobre un pequeño pasaje y me detuve para examinarlo. Estaba sentado en una mesa sobre la cual había papeles cubiertos de cifras. Es necesario creer que estaba bastante absorbido en sus cálculos, porque no pareció percibir la sombra que mi cuerpo proyectaba sobre su calabozo. ¡Oh, era una figura de Rembrandt! No he visto jamás una fisonomía más sórdidamente perversa, más descaradamente hipócrita; aunque tenía por lo menos sesenta años, el fuego que escapaba de sus pequeños ojos grises anunciaban un vigor de imaginación, una tenaz voluntad, una avaricia de judío.

Se leía sobre el innoble rostro del otro criminal el crimen indignante que había cometido. Cuatro meses después de haberse casado con una muchacha de diez y siete años, bella y rica heredera, había violado con una brutalidad desenfrenada a la hermana de su mujer, niña de doce años, que murió a causa del atentado. Es un verdadero fauno, con el porte grotesco, un vientre enorme, espaldas de Hércules, una cabeza de cerdo y cortas piernas. Su mirada lúbrica, sus gruesos labios haciendo un embudo, su nariz granulenta, todo en él manifestaba al hombre sátiro, tal como las pinturas nos lo representan. ¡Oh, cuál es la madre tan poco fisionomista, tan desprovista de instintos de mujer para haber entregado su hija a semejante vampiro!

En Cold-Bath los acusados no tienen ninguna comunicación con los condenados.

Pasamos al edificio de mujeres; un jardín lo separa de aquel de los hombres. Allí reina también la limpieza y el orden, el mismo silencio y la misma severidad en la ejecución de los reglamentos. Las mujeres están más ocupadas que los hombres. Ellas confeccionan la ropa blanca necesaria para toda la casa, la mantienen y blanquean. Hacen también sus vestidos, que consisten en una falda de tela blanca para el verano y de lana para el invierno, camisolas largas que suben hasta el cuello de la misma tela y gorros de tela blanca. Ellas están mucho más limpias que los hombres, ellas tienen por semana, dos camisas, dos faldas interiores, dos pañuelos, dos gorros, dos pares de medias y un vestido todas las quincenas. Sus zapatos están tan bien lustrados que se les creería nuevos, sus celdas están también mejor amobladas que las de los hombres. Tienen sábanas en sus camas, una toalla, una jofaina, un vaso, etc.

El alimento de las mujeres es parecido al de los hombres. Las lavanderas y planchadoras tienen además, carne todos los días, cerveza y té.

Hay una soberbia lavandería, un gran secador y una muy bella sala de planchar.

Entre las mujeres se ve mucho más movimiento que entre los hombres, ellas lavan, planchan. Unas extienden las sábanas, aquellas otras las cosen y otras hacen la cocina y un gran número de ellas están continuamente ocupadas en cepillar y jabonar toda la superficie del piso; los cuartos, las celdas, los corredores, escaleras y hasta los adoquines de los patios

que son también lavados y jabonados. Se podría recorrer estos amplios edificios en zapatos de satén blanco y en traje de gasa. Ni una gota de agua, ni un grano de polvo ensuciarían la blancura. Es realmente admirable.

A pesar de esta actividad de parte de las mujeres, ellas no son más alegres que los hombres. Tristes, los ojos apagados, el rostro impasible, se creería que no ven ni escuchan. Antes de entrar en varios talleres escuché en la puerta; por todas partes reinaba un silencio de muerte. Aquellas que están obligadas de hablar por su trabajo, hablan muy bajo a la dama oficiala, que les responde igualmente en voz baja, como si estuviesen en la habitación de un enfermo.

Estas mujeres, aparte de algunas raras excepciones, son todas prostitutas habituadas a aquella vida de libertinaje, de borrachera y de insolencia de la cual hacen gala en las calles de Londres. Ellas no se vuelven bajo el régimen de la prisión, sobrias, humildes, sumisas y bastante trabajadoras. Todas como en Newgate me hacían la reverencia servil que se exige de las mujeres en todos los establecimientos de este género. Esta demostración hipócrita me parece inmoral. Ella debe humillarlas y no puede tener ninguna influencia saludable. Sobre doscientas ocho reclusas no vi ninguna hermosa y se encontraban sólo tres pasables. Todas eran feas, aunque tuvieran un aire de salud y de frescor que raramente se halla entre las mujeres de Londres.

Noté menos Biblias en la división de las mujeres que en la de los hombres.

Vi en la enfermería una pequeña niña de diez y siete meses, de belleza notable. La desgraciada niña había nacido en prisión. En la misma sala había una mujer que recién había sido madre y amamantaba a su hijo. Vi también en el último patio una niña de tres años, una pequeña niña endeble, doliente y de expresión inteligente; ella se colgaba de los barrotes de la reja que cierra el patio. Desde que distinguió al gobernador, su rostro se animó; pasó sus pequeños brazos a través de la reja, tendió su mano gentil a Chesterton y le dijo con una voz en la que se notaba a la vez cariño e impaciencia: «Señor, quiero ir al jardín, me aburro aquí, hace tres días que no salgo». Chesterton fue a tomar su mano, hizo abrir la puerta y cuando estuvo ella en libertad, corrió tras él llorando como un niño que tiene un espasmo.

Esta pobre pequeña estaba en Cold-Bath con su madre, que ordinariamente trabajaba en el jardín y la llevaba consigo; pero aquella había cometido la doble falta de romper el silencio y de preguntar a una de sus compañeras, por qué motivo estaba en prisión. Esta pregunta es castigada, por el reglamento, con quince días de calabozo solitario; y la pobre niña sufría el castigo de su madre.

Esta cantidad de niños que se encuentran en las prisiones de mujeres, demuestra evidentemente la falta total de establecimientos para la infancia. La educación comienza en la cuna; y qué influencia no tendrá para estas tiernas criaturas el vivir en una prisión. Será siempre, hágase lo que se haga, una escuela de astucias, de disimulo y de vicios de todo género. ¿No se podrá decir entonces, que en Inglaterra los hijos de los ladrones están destinados a la profesión de sus padres?

Chesterton me hizo visitar el jardín, que está muy bien cultivado. Trabajar en este jardín es una recompensa que se acuerda sólo para aquellos que se conducen bien. Entré en un taller cuya cobertura de hierro es un bello trabajo ejecutado por los mismos presos. Es en este lugar que los obreros de los diferentes oficios confeccionan todo lo que es útil a la prisión. Sastres, zapateros, cerrajeros, carpinteros, albañiles, todos están ocupados únicamente en trabajar para la conservación del establecimiento. Es de esta manera que esta casa es mantenida en tan buen orden, en una limpieza tan admirable, pero no hacen ninguna obra para el exterior.

Al retirarme, dije a Chesterton: «Señor, creo que sería imposible de ver, en Inglaterra, una prisión mejor administrada que la vuestra pero encuentro que tengo mucho que censurar la ociosidad en la cual dejáis a vuestros presos. Es, en mi opinión, un régimen deplorable y que debe ciertamente nutrir los gérmenes del crimen en el corazón de los condenados. Señora, me respondió el gobernador, a este respecto todo el mundo no piensa como vos. El año pasado, cuando el mariscal Soult me hizo el honor de visita Cold-Bath, lo que admiró más es justamente aquello que vos reprocháis. «Muy bien, muy bien, me dijo, veo que aquí vos estáis en la buena vía; vos no retiráis el trabajo de las manos de los obreros padres de familia, para darles a ejecutar a los condenados, como hemos tenido la necesidad de hacerlo en Francia, en detrimento de los trabajadores honestos a los cuales los presos hacen una competencia ruinosa».

¿Cómo no sabía el mariscal Soult que en Francia el salario del preso no está por debajo que el del obrero libre sino porque es alimentado por el Estado y sujeto a un monopolio? Se evitaría el inconveniente que señalaba el mariscal si, en vez de dar trabajo a la empresa, se siguiera el ejemplo de las penitenciarías de Estados Unidos, que tienen afuera, tiendas para vender el trabajo de los presos. Aquellas penitenciarías abren una cuenta a cada prisionero, le cargan en cuenta sus gastos de alimentación en el establecimiento, las materias primas que les son provistas, y le acreditan el producto de la venta de los objetos que ha fabricado. El saldo a su favor no les es dado sino a su salida; y si, a la expiración de su tiempo en prisión, no ha pagado con su trabajo el gasto de su estadía en la penitenciaría, continúa en ella hasta que haya balanceado su cuenta. El prisionero, trabajando entonces en las mismas condiciones que el obrero libre, no puede hacerle una competencia como para que este tenga el derecho de quejarse. Pero, en la forma como las cosas son conducidas entre nosotros, el mantenimiento de los prisioneros corre a cargo del Estado. Es raro que a la expiración de su pena los presos salgan con dinero proporcional al tiempo que han permanecido en prisión. Pero, por compensación, los empresarios hacen fortuna a expensas del Estado y del sudor del preso.

Este sistema no es sólo oneroso al Estado, sino que es, además, ¡esencialmente inmoral! ¡Cómo, vosotros castigáis al presidiario por haber violado las leyes de la propiedad, y las violáis con respecto a él, obligándolo a trabajar por el quinto o el cuarto del valor de su salario! ¡Sed, por lo tanto justos frente a él, para que no se imagine que todo está sometido al reino de la fuerza o de la astucia, y que, en su conciencia, no aplauda en lo menor sus crímenes! En el sistema americano, la emulación de los condenados es incitada por motivos más poderosos, y se convierten en general en excelentes obreros. Suponiendo que la alimentación, los vestidos, la calefacción y el alumbrado costasen tanto como los mismos gastos en el hospital de los Inválidos (1 franco 50 por día) muchos de los presos que

habrían sufrido de ocho a diez años de prisión volverían a la sociedad con un capital que los pusiera a ejercer, para su propia cuenta, el oficio que hubiesen aprendido en prisión. Creo que los reincidentes entre ellos serían excesivamente raros.

¿Por qué el mariscal Soult, que sentía tan vivamente en Inglaterra, la injusticia que el trabajo de los presos proporciona a los obreros libres, permitió, cuando era Ministro de Guerra, que continuase el uso de poner a la disposición de un empresario el trabajo de los condenados en las prisiones militares? ¿No será que solamente en palabras el mariscal es amigo de las reformas? Por lo demás, una opinión semejante en boca del mariscal Soult no me sorprende. ¿No se ha negado a dejar trabajar a nuestros soldados en trabajos de utilidad pública? No preguntéis a un soldado del imperio ninguna noción de ciencia social. ¡No conoce sino la gloria militar!, que era todo en ese entonces y que no es nada hoy día.

La impresión que me había hecho Cold-Bath se había borrado completamente, cuando me hice presente en Mil-Bank, la Penitenciaría, prisión modelo, en la que el sistema de celdas es aplicado sin que se tenga ningún buen resultado. Si Cold-Bath me había parecido una casa placentera en comparación a Nawgate, la Penitenciaría me pareció un palacio suntuoso en comparación con Cold-Bath. Esta vez no fui recibida por un gobernador, sino por dos caballeros, el uno miembro de la cámara de los lores, y el otro miembro de la cámara de los comunes, formando los dos parte de la comisión de prisioneros. Estos señores, estrictamente gentiles, fríos y silenciosos, fueron, desde el comienzo hasta el fin de la visita, ingleses con toda la fuerza del término. Conocían perfectamente, presumo, los resultados de las cifras que los empleados someten a su inspección. Pero, lo que puedo asegurar es que ignoran completamente los detalles concernientes a los prisioneros. Me di cuenta y no osé dirigirles más preguntas. Qué diferencia con Chesterton, que hace, por decirlo así, un estudio especial de cada uno de los presos.

Entré en un ancho y largo pasillo (en el segundo piso), y que contenía 42 celdas. Esta galería es alumbrada por grandes ventanas casi todas abiertas y que dejan pasar aire, luz y sol. Su piso, así como el de las celdas está hecho con pequeñas planchas de madera blanca parecidas a las mesas de Cold Bath, y es tan limpio y tan pulido que se podría dibujar encima. Cada celda tiene dos puertas: la primera, de madera, está siempre abierta; la segunda es una reja de fierro siempre cerrada. En el fondo de la celda hay una pequeña ventana dando claridad y formando una corriente de aire con la ventana de la galería que se encuentra al frente. Los muebles de los presidiarios no se limitan a lo estricto necesario. Se podría decir incluso que las celdas están adornadas. La cama bien hecha, sábanas de extremada blancura, un pequeño armario, una mesa y una repisa sobre la cual estaban ordenados los diversos objetos de arreglo personal. Todo ello, apropiado a la habitación, estaba limpio, reluciente, como nuevo.

No puedo hablar de los presos, porque estos señores juzgaron que no era conveniente que una mujer visitara el lado de los hombres. No me extrañó. No admiten en lo menor a las mujeres a visitar las prisiones de los hombres, y las rechazan también de las tribunas de sus cámaras. Todo ello se atiene al mismo tipo de ideas. En susceptibilidades ridículas, en etiquetas artificiales, la aristocracia inglesa no se deja jamás superar. Las presas estaban todavía mejor recluidas que en Cold-Bath: sentadas en sillas, trabajan cosiendo, con

taburetes delante de ellas. Así como en las otras prisiones, cada vez que nos deteníamos frente a sus puertas, se levantaban y hacían la eterna reverencia.

Noté sobre cada mesa una, dos, y a veces tres Biblias. Las había visto en Newgate, en Cold-Bath, en las manos de los criminales y de todos los reincidentes. No pude controlar mi indignación. ¡Ah!, exclamé las prisiones de Inglaterra son el Gólgota de los libros santos! A la verdad, la más monstruosa de las estupideces es la existencia de una sociedad numerosa, cuyo objeto es el de distribuir la Biblia a todos, sin distinción. Que se examine al azar a 10, 100 ó 1,000 personas que la hayan leído, y se convencerá que la mayor parte de las Escrituras está más allá del alcance del común de las inteligencias. Sin embargo los suscriptores de la Sociedad bíblica han creído, bajo palabra, hacer obra meritoria dando su dinero para hacer una distribución ciega de la Biblia. Si hubiesen comprendido este libro santo, habrían juzgado que una instrucción previa es indispensable, a fin de que su lectura pueda mejorar al lector sin poder jamás pervertirlo. En efecto, ¿no se estaría tentado de creer que los criminales encuentran en la Biblia motivos para persistir en el crimen? Se ha constatado que aquellos lectores de la Biblia son los reincidentes tomados sin cesar por nuevos delitos contra la sociedad. ¿Desde el punto de vista religioso, no puede considerarse como una violación el confiar las revelaciones que Dios ha hecho a sus elegidos a las manos de una horda de salteadores de caminos? Es, sin duda alguna, un horrible sacrilegio, de lo cual nada bueno puede resultar.

Los presos, en esta casa, gozan de todo el bienestar compatible con el estado de prisión; comida sana, abundante y poco trabajo. La extremada limpieza que reina en todo contribuye a hacerles la vida tan cómoda como pueda serlo bajo la relación material.

La expresión de todas las mujeres era como la de las presas de Cold-Bath: ausencia de sufrimiento y profundo tedio.

Esta prisión es muy amplia; puede contener 1,200 presos; durante mi visita había 800. No parece haberse ahorrado nada en la construcción a fin de evitar la evasión de los prisioneros y asegurar sus comodidades. Sin embargo es inconcebible que, para un establecimiento destinado a recibir tanta gente, se haya escogido un emplazamiento tan malsano. Está situado al borde del Támesis, sobre un fondo pantanoso, y rodeado de fábricas, de donde se arroja humos en gran cantidad del carbón de piedra y de donde se exhalan también emanaciones infectas.

- X -

La parroquia de Saint Gilles

(Barrio de los Irlandeses)

Más de doscientos mil proletarios irlandeses habitan diversas partes de la metrópoli británica. Son los costaleros, los hombres a los cuales se les da los trabajos penosos, porque trabajan por salarios módicos. Esta población es pobre, sin duda, pero está ocupada y no da

idea de la miseria irlandesa, de esta miseria cubierta de harapos y que disputan a los perros de las calles las cáscaras de las papas. La miseria irlandesa, tal como M. de Beaumont nos la pinta, está representada en medio de los mejores barrios de Londres. Es allí que es preciso ir para conocer, en todo su horror, la miseria que se produce en un país rico y fértil, cuando es gobernado por la aristocracia y en provecho de la aristocracia.

La bella y larga calle de Oxford, que recorre un gentío, calle de anchas veredas, de ricas tiendas, forma en su nacimiento un ángulo casi recto con Tottenham-court-road. En la entrada de esta última calle, frente a la de Oxford, existe una pequeña callejuela casi obstruida por una gran carreta cargada de carbón de piedra, que deja apenas espacio para que una persona pueda pasar pegándose al muro. Esta pequeña callejuela, llamada Bainbridge, da entrada al barrio llamado de los irlandeses.

Antes de mi partida de París, un español recomendó tres barrios de Londres importantes de ver por la enseñanza que aportan: el barrio de los irlandeses, el de los judíos y el rincón donde se vende objetos robados.

En Inglaterra, el patriotismo no es más que un espíritu de rivalidad. Consiste, no en el amor al prójimo, sino en la pretensión de primar sobre todas las naciones. Esta ridícula vanidad, que tendré muchas veces la ocasión de hacer notar, hace que todo el mundo se entienda a las mil maravillas para ocultar las miserias del país, singular patriotismo el de disimular los males que no pueden curarse sino por la mayor publicidad, llamando la atención de todo hombre que tiene una voz para hablar, una pluma para escribir, con el fin de suscitar el rubor sobre la frente de los poderosos. Pedía yo inútilmente que se me enseñara el barrio de los irlandeses; cada persona a la que me dirigía parecía ignorar su existencia. Por fin me encontré con un francés que se ofreció a conducirme a los tres barrios que yo deseaba observar.

No es sin un sentimiento de horror que el visitante penetra en la estrecha y sombría callejuela de Bainbridge. Apenas se ha dado diez pasos cuando es uno sofocado por un olor mefítico. La callejuela, enteramente ocupada por la gran tienda de carbón, es intransitable. A la derecha, estamos en otra callejuela no empedrada, fangosa y llena de pequeños charcos donde se corrompen aguas nauseabundas de jabón, de la vajilla y otras más fétidas todavía. ¡Oh, debí controlar mis repugnancias y reunir todo mi coraje para osar continuar mi marcha a través de toda esta cloaca y todo este fango! En Saint-Gilles, uno se siente asfixiado por las emanaciones. Hace falta aire para respirar y luz para caminar. Esta miserable población lava ella misma sus harapos, que pone a secar sobre cordeles que atraviesan las callejuelas, de suerte que el aire atmosférico y los rayos de sol resultan completamente interceptados. El fango bajo vuestro paso exhala sus miasmas, y sobre vuestra cabeza las ropas de la miseria gotean sus manchas. ¡Los sueños de una imaginación en delirio no se igualan al horror de esta espantosa realidad! Llegada al extremo de la calle, que no era muy grande, sentí mi resolución debilitada, mis fuerzas físicas estaban lejos de responder a mi coraje; mi estómago se rebelaba y un fuerte dolor de cabeza me apretaba las sienes. Titubeé de si continuaba avanzando en el barrio de los irlandeses, cuando de pronto recordé que era en medio de seres humanos, y que en medio de mis hermanos me encontraba, de mis hermanos que sufren desde siglos, en silencio, la agonía que rendía a mi debilidad, aunque no la experimentara más que desde hacia diez minutos. Me sobrepuse a mi sufrimiento.

Inspiraciones de mi alma vinieron a socorrerme y me sentía con una energía al nivel de la tarea que me había propuesto: examinar una a una todas esas miserias. ¡Oh!, entonces una compasión que no podría definir dilató mi corazón y al mismo tiempo una sombra negra lo envolvió.

Aquí se presentan hombres, mujeres, niños, con los pies desnudos patinando en el fango infecto de esta cloaca. Los unos reclinados en los muros a falta de asientos para sentarse, otros, agachados en tierra. Los niños echados sobre el lodo como puercos. No, a menos de haberlo visto es imposible de figurarse una miseria tan horrorosa, un envilecimiento tan profundo, una degradación del ser humano tan completa. Allí, yo vi a los niños enteramente desnudos, a las muchachas, a las mujeres criando con los pies desnudos, no teniendo sino una camisa que caía en harapos y dejando ver su cuerpo casi enteramente desnudo, a los viejos agazapados sobre un poco de paja convertida en basura, a los jóvenes vestidos con andrajos. El exterior y el interior de las viejas ruinas de una casa van de acuerdo con los pingajos de la población que las habita. En la mayor parte de estas habitaciones, ni las ventanas, ni las puertas tienen cerraduras. Es muy raro que sean enladrilladas. Ellas encierran una vieja mesa de madera de roble groseramente fabricada, un banquillo, una banca, algunas escudillas de estaño, una pocilga donde se acuestan confundidos el padre, la madre, hijos, hijas y amigos. ¡Tal es la comodidad del barrio irlandés. Todo eso es horrible de ver y sin embargo eso no es nada en comparación a la expresión de los rostros. Todos son de una delgadez horrible; endebles, sufrientes y llenos de dolencias en el rostro, en el cuello y en las manos. Tienen la piel tan sucia y los cabellos engrasados y en tal forma desgreñados que parecen negros crespos. Las cuencas de sus ojos expresan una estupidez feroz. Pero si miráis a estos desgraciados con firmeza, entonces toman un aire vil y mendicante. He reconocido allí los rostros y el género de expresión que no había observado en las prisiones. ¡Ah!, para ellos debe ser un día de fiesta que entren a Cold-bath. Al menos tienen en esa prisión una sábana limpia, vestidos apropiados, camas limpias y aire puro. ¿Cómo vive esta población? Por la prostitución y el robo. Desde la edad de nueve a diez años, los muchachos van a robar. A los once a doce años, las muchachas son vendidas a las casas de prostitución. Todos, hombres y mujeres, tienen el robo por industria; los viejos mendigan. Si hubiese visto este barrio antes de visitar Newgate, no habría sido sorprendida advirtiendo que esta prisión recibe de cincuenta a sesenta niños por mes y el mismo número de mujeres públicas. El robo es una consecuencia lógica de la miseria llevada a su último límite.

¡Ah, gran Dios!, exclamé, ¿qué remedios aportar a parecidos males? ¡Y, soñando en las doctrinas de los señores economistas ingleses, sus máximas me parecieron escritas con sangre!...

«Si el pueblo sufre, debe considerarse que la causa de sus sufrimientos no puede atribuirse sino a él. El remedio depende de él y de ningún otro. La sociedad es impotente. Cuando el salario del obrero es insuficiente para mantener a su familia, es un signo de que el país no tiene necesidad de nuevos ciudadanos ni el rey de nuevos súbditos».

¡Estas palabras son de Malthus! ¡Y no es el único en pensar así! Ricardo y toda la escuela de economistas ingleses profesan los mismos principios. Lord Brougham, uno de los más furiosos de aquellos antropófagos de los tiempos modernos, ha proferido en la

cámara de los pares las palabras siguientes, con la sangre fría del matemático que hace una demostración.

«Puesto que no se puede lograr llevar las subsistencias al nivel de las necesidades de la población, es preciso hacer descender la población al nivel de las subsistencias».

Así, en Inglaterra, los moralistas, los hombres de estado, cuyas palabras son escuchadas, no indican otro método para salvar al pueblo de la miseria que el prescribirle el ayuno, de prohibirle el matrimonio, y arrojar a los sumideros a los recién nacidos. Según ellos el matrimonio no debe ser permitido sino a las gentes acomodadas, y no debe existir ningún hospicio para los niños abandonados...

Salí de allí horrorizada:

-¡Oh, Dios mío, -exclamé-, qué ostentación, qué hipocresía en los actos de esta nación! ¡Qué falsedad en sus palabras!

-Hay menos falsedad de lo que pensáis -me dijo el amigo con quien estaba-. Esas palabras, esos actos de rigorismo, de desinterés, de inhumanidad, no engañan sino a los extranjeros a los cuales se les destina. Pocas personas aquí son engañadas.

-¿Según vos no son por lo tanto falsos e hipócritas sino para imponerse afuera? Puede ser, pero no estando iniciada en los grandes misterios de su política, no adivino con qué objeto hacen todo ese despliegue de religión, de filantropía, de generosidad.

-Todo eso es para dispensarse de ser humanos y justos.

-Después de lo que he visto estoy muy bien dispuesta a creerlos. Sin embargo, os confieso que yo también estoy engañada con sus declamaciones parlamentarias, y con esa contradicción que representan sus actos, experimento la dificultad de llevarlos al mismo principio. ¿Cómo, por ejemplo, conciliar esta esclavitud de millones de irlandeses y millones de obreros en Inglaterra y en Escocia, no recibiendo sino un salario insuficiente para sus necesidades para pagarles un trabajo que excede sus fuerzas y acorta su vida. ¿Cómo, digo yo, conciliar esta horrible opresión con la abolición de la trata y la manumisión de esclavos negros?

-Querida dama, no hay un negociante de la ciudad que no sea capaz de responder a esta cuestión vuestra. Vos no ignoráis que es con las producciones de sus colonias y de sus manufacturas, producciones que se dirigen a imponerse en todas partes, que sostienen la plata de las naciones. Sin embargo es bastante evidente que, para asegurar en los mercados de Europa un precio ventajoso a los productos de la India y de sus colonias occidentales, deben detener el desarrollo de los cultivos intertropicales. Para llegar a este objetivo no existe otro medio que el de prohibir la trata a todas las naciones y de correr detrás de los navíos que los traen. La India tiene una población considerable y las colonias inglesas de América están abundantemente provistas de trabajadores.

-Concibo todos estos motivos, pero no me explico por qué han liberado a los negros.

-Vos pensáis por lo tanto que han emancipado a sus negros como las naciones cristianas liberaron a sus siervos, imponiéndolos como colonos de su suelo. ¡Oh no! Los negros de Jamaica son, sin duda ninguna, menos desgraciados que el obrero de las manufacturas inglesas o el campesino irlandés, porque el fruto de su trabajo, tiene más valor, pero no son más libres. Se les ha hecho a todos proletarios ingleses. Se les prohíbe toda porción del suelo. Están obligados a pagar un arrendamiento caro por la cabaña que ocupan, a mantener los caminos por prestación personal o impuestos. El robo de un plátano es castigado por los oficiales blancos de la parroquia, como los jueces de paz de Inglaterra, que castigan el robo de unas papas por el látigo. Reposad sobre la imaginación británica al crear los deberes y los impuestos, que obligan al negro a no menos trabajo que su amo, obteniendo, frente a él, la libertad. Lo arbitrario quitado al castigo es incontestablemente una mejora de la suerte del esclavo. Pero esta mejora, que provocará el desarrollo de la población, está en los intereses bien comprendidos de los propietarios.

-Está claro que la emancipación realizada así es una de las generosidades aparentes que se convierten en resultado benéfico para sus autores. Pero el gobierno ha consagrado a esta medida la suma de seiscientos a setecientos millones.

-¡Oh! Este es otro secreto. Los ministros, presentando esta forma de manumisión, estaban asegurados del apoyo del comercio inglés, porque los habitantes de las colonias, deudores, frente a los comerciantes de la metrópoli, de sumas equivalentes a las dos terceras partes de sus propiedades, no podían liberarse sino con la indemnización acordada para la manumisión. Los ministros no habrían podido adoptar el sistema, mucho más económico, de la redención gradual de negros, por el trabajo de los negros sucesivamente redimidos, aunque este sistema pueda ofrecer la insigne ventaja de asegurar la educación moral y el aprendizaje de los libertos, teniendo en cuenta que la liberación simultánea podría sólo garantizar el pago de los acreedores ingleses.

Así, el gran acto de humanidad, que se nos hace escuchar desde hace treinta años, no es otra cosa que un cálculo comercial bien pensado, ¡bien medido!, y todo el continente ha estado engañado desde hace años. ¡La charlatanería de los honorables caballeros que componen el parlamento británico ha hecho creer en la filantropía y en el desinterés de una sociedad de mercaderes! En presencia de un engaño tal, uno estaría tentado a suponer que Europa, como la especie humana entera, tiene, al igual que los individuos, momentos de agonía, de sueño, y de locura. Sin embargo ese barniz de hipocresía con el cual recubren sus actos no es solamente para imponerse a los extranjeros; quieren todavía que ese pueblo de proletarios que explotan hasta lo último y oprimen en toda forma, al cual le pesan el pan, ellos quieren, -cruel ironía-, que aquellos esclavos, que se inclinan, bajo la carga, se crean libres, y que honren y respeten a sus amos. Tal es la razón por la que pronuncian con ostentación las palabras de libertad, de filantropía y de religión. Pero las notabilidades de la sociedad no se dejan engañar con aquellas declamaciones pomposas de desinterés, sea cual sea su interés de no parecer que dudan. Sus opiniones acerca de todas las cosas, las sociedades de las cuales forman parte, en fin, cada una de sus acciones se refiere a su interés. Es el móvil que hace sonreír a un amigo que encuentran en la calle votar por la guerra o por la paz, por la sumisión de los indios o por la manumisión de los negros.

Se encuentran en Londres cientos de sociedades cuyos títulos pretensiosos son anuncios con los que se dirigen a su clientela. Varias de entre ellas asignan un objetivo filantrópico a la asociación. Hay una que se presenta como protectora de todas las criaturas de Dios, y cuyo objeto es impedir que se golpee a los caballos, a los asnos, a los perros y a otros animales. Las personas engañadas por el título y el prospecto, pueden creer en la universal benevolencia de los miembros de la sociedad. ¡Soñar con el bienestar de los caballos, asnos y perros! ¡Qué no harían por sus semejantes! De nuevo charlatanería. Esta sociedad se compone de escuderos, de chalanes, de cazadores, de propietarios de coches, de aficionados. Su fin ha sido el de organizar los medios de supervigilancia sobre los domésticos a los cuales estos animales son confiados; porque,

«quien quiere viajar lejos arregla la montura».

- XI -

El barrio de los judíos

Mil ochocientos años han pasado desde la toma de Jerusalén por Tito y la dispersión de los judíos, y este pueblo, con sus creencias religiosas, sus leyes y sus costumbres, se ha conservado en medio de las naciones. Los romanos y los destructores de los romanos han pasado y este pueblo está todavía de pie. Cuando comparamos a Moisés con otros legisladores, la prodigiosa duración de sus instituciones nos sorprende. La huella del gran revelador es imborrable. Dieciocho siglos de fanáticas persecuciones no han cambiado nada. El pueblo de Israel no ha flaqueado. Se ha mantenido judío en sus tribulaciones y en su miseria como lo estaba en los días de su gloria.

Eminentemente laborioso, económico y no desesperándose nunca por su fortuna; viviendo entre las naciones fuera de la protección de sus leyes, expuesto a toda especie de exacciones; no obteniendo justicia sino como favor y no como derecho. Continuamente obligado a comprar el permiso de existir, el judío no ha podido dedicarse al cultivo de las tierras y en todos los lugares se ha aferrado al comercio.

Son tratados en todas partes como parias, en todas partes han sido rechazados por la sociedad, formando entre ellos una sociedad aparte, y por el hecho de esta posición han tenido la ventaja inapreciable de no ser retenidos, en la elección de sus medios de existencia por ningún prejuicio y por ninguna consideración; al mismo tiempo las persecuciones de las que han sido víctimas los ha vuelto más unidos entre ellos, mientras que su confianza en la providencia y la llegada de un Mesías da a una existencia hundida en la abyección, una divina idealidad, y los ha hecho soportar el sufrimiento con una religiosa resignación.

Los judíos ricos son muy caritativos con sus correligionarios y viven entre ellos de la manera más fraternal como no lo hacen las diversas sectas cristianas.

En Londres la población judía es considerable. Se encuentra repartida en todos los barrios. Pero está tan aglomerada en la parroquia de Saint Gilles, al punto que las calles donde ella vive son designadas como barrio de los judíos.

Antes de entrar en el barrio de los irlandeses, si hubiese entrado en el de los judíos, el rebajamiento del pueblo de Moisés, me habría aparecido extremado. Pero, comparativamente a los irlandeses que había visto, los judíos gozan, en Londres, de una posición floreciente.

Los judíos, en general, saben vender mejor y comprar mejor que los comerciantes de ninguna otra nación. Pero los precios que piden o que ofrecen son siempre proporcionados no al valor de las cosas, sino al conocimiento de las gentes con las cuales tienen negocio. Esto es lo que a veces los hace pasar como bribones. Convengamos en que hay pocos mercaderes que no actúen igual cuando lo pueden, a menos que no tengan interés de acreditar la tienda por lo barato de los objetos. Todos los judíos son muy industriosos, muy hábiles y muy activos. Aquellos del barrio Saint Gilles son zapateros o vendedores de ropa usada.

Las calles de Montmouth, Saint Gilles, etc., están llenas de tiendas donde se exponen, para muestra, zapatos usados, trapos viejos y vestidos también usados; los baratilleros, caldereros, etc., ocupan las otras tiendas. Oh, la vista de estos, miles de zapatos viejos, harapos y todo este agregado confuso, objeto de una rama tan grande de comercio, da una idea más verdadera de la miseria de la ciudad monstruo que todos los informes de encuesta y memorias que se pudiera hacer. ¡Ello hace a uno estremecerse! ¡La imaginación horrorizada se pregunta quién puede comprar harapos semejantes! ¿Quién? Olvidáis que el pueblo de Irlanda está enteramente desnudo, que no se ha puesto jamás zapatos, ni puesto jamás una camisa.

Todos los primeros pisos de las viejas ruinas de este barrio son otras tantas tiendas, de manera que los pobres mercaderes habitan las cocinas colocadas en los sótanos. Para descender a ellas se ha construido sobre la calle una escalera de mano, perpendicular, a tal punto que no he visto jamás ninguna parecida entre las casas comerciales más malas. Cuando uno pasa sobre las estrechas veredas de estas calles, la vista de estas escaleras de mano os dan vértigo. Todos los sótanos son pocilgas donde se hacina el desgraciado pueblo de Israel. En cada uno de ellos se ve seis, siete u ocho muchachos, sucios, delgados, pálidos, echados sobre la tierra entre los viejos zapatos y los desagradables harapos y arrastrándose sobre la escalera, como se ve a las losas, descolgándose de la escalera de los sótanos donde viven. ¿Por qué milagro estos muchachos no se rompen la cabeza subiendo y bajando de tales escaleras cien veces al día? Esto es lo que uno no logra imaginar. ¡Pobres criaturas! Hay en estos sótanos millares de seres humanos, hablando inglés y a los cuales nadie les pone atención, y se contentan con decir despectivamente: son judíos...

¡Ah! ¡Cómo se encuentra a gusto en Inglaterra el egoísmo cuando puede esconder su crueldad bajo un prejuicio religioso!

Sin embargo, aunque este barrio sea bastante sucio, bien pobre y bastante desolador de ver, no es nada en comparación a Petitcoat-Lane, el verdadero barrio de los judíos, y donde tiene lugar el mercado de los trajes usados.

Recuerdo que buscando la entrada de Petitcoat-Lane, nos dirigimos a un policía quien todo horrorizado nos dijo: «Guardaos de entrar en esa calle... Los policías no van allí jamás y si os atacan nadie podría ir en vuestro socorro...» No puedo olvidar la expresión de inquietud que se dibujaba sobre el rostro de este humilde policía, cuando nos vio persistir en nuestro proyecto de entrar a Petitcoat Lane.

Recorrimos cuatro o cinco calles enteramente desempedradas y llenas de fango. La mayor parte son tan estrechas que un carro no puede pasar. Pero el aspecto de este barrio es enteramente diferente de aquel de los irlandeses: entre los irlandeses todo está desierto, triste y silencioso. Entre los judíos, el gentío es tan compacto que no se puede circular. Falta el aire, uno se ahoga, ya que todo ese mundo de comerciantes está en movimiento. Todos, hombres, mujeres y niños tienen la misma expresión, una codicia activa. Todos hablan a la vez, el uno para alabar la mercancía que quiere vender, el otro para despreciar lo que quiere comprar. Hay gritos, disputas, apóstrofes groseros, un alboroto de no entenderse.

Vimos allí montones de vestidos viejos. Estos trapos exhalan un olor tan fuerte, que salimos de esta cloaca con un dolor de estómago que nos hacía sublevar el corazón.

Sin embargo sufrí menos visitando este barrio, de lo que había sufrido en el de los irlandeses. La miseria exterior de los judíos es extremada, pero no es penosa de ver como la de los irlandeses. Será que los harapos sucios que los cubren no afectan su moral. El judío ama el dinero por el dinero y no para hacer ostentación de objetos de lujo. Poco le importa estar mal vestido, mal alojado, mal nutrido, con tal de tener una pequeña fortuna escondida al abrigo de la bancarrota y de las revoluciones. Esto es suficiente para su satisfacción interior. Él está contento no de que se crea rico, sino de saber que lo es realmente. Esto explica por qué los judíos, tan miserables como parecen, están plenos de coraje, de actividad y de contento.

No lejos de este mercado hay una calle habitada con mujeres públicas judías; su aspecto es tan desagradable y horroroso, que confieso aunque se me acuse de debilidad, que no tuve el coraje de entrar. Vi en las ventanas cinco o seis mujeres casi desnudas. ¡Oh, era demasiado repelente!

Ningún policía circula en este barrio. Los pobres parias son abandonados a sí mismos. Se cometen allí a menudo robos y asesinatos.

- XII -

Pañuelos robados

(Foulards volés)

Se concibe que en un país donde el deseo de ganar dinero preocupa todas las cabezas, donde el gobierno mismo aprovecha la ignorancia de los otros gobiernos para hacerles suscribir las convenciones comerciales que le son desventajosas, y usa la violencia frente a los débiles para arrancarles concesiones que los arruinen, se concibe, -digo yo- que en un país tal los escrúpulos de conciencia deben raramente hacer rechazar el beneficio que se puede obtener sin peligro y que aun la «educación según las escrituras» del doctor Cumming debe ser bastante impotente para superar la atracción de la ganancia. Allí en efecto, el dinero lo domina todo. Las conciencias se compran, se venden y la idea de comprar barato, de realizar beneficios es la de cada uno. Es así cómo el explotar la ignorancia, la negligencia y las pasiones, los vicios, los crímenes, repugna a pocas personas. Honestos industriales, a mitad con el fisco, provocan la ebriedad para vender su «gin». Espléndidas casas de juego compran la tolerancia de la que gozan, hacen distribuir sus invitaciones, y abren a los jugadores sus salones de treinta y cuarenta, ruletas, etc. Existen especuladores que compran a las jóvenes a sus padres para traficar con sus encantos. Otros ofrecen a la prostitución de las clases altas asilos amoblados con el mayor lujo.

Se sabe que en Inglaterra no hay ministerio público. No es por lo tanto de ninguna manera sorprendente que, en un país en el que la impunidad puede casi siempre comprarse, sea desinteresándose por el demandante o usando el medio de la caución proveída, o por la corrupción, no es sorprendente que los frutos del crimen encuentren compradores por todas partes, y que el encubrimiento, así como las industrias análogas gocen de derecho de ciudadanía.

No existen en Londres montes de piedad; también el préstamo con intereses es una de las industrias más lucrativas; pues la policía no supervigila su ejercicio. El «pawn-broker» no se inquieta en lo menor de la naturaleza de vuestro derecho de propiedad, sobre el objeto que vosotros le presentáis. Examina su valor y si en un año no se paga ni capital ni interés, la prenda le pertenece sin que se pueda reclamar plusvalía. Las joyas robadas al igual que una cantidad de otros objetos son ofrecidos a aquellas tiendas. En fin, una muchedumbre de individuos hombres, mujeres y niños, elegantes y harapientos se ocupan de hacer la práctica de «desplumar» a las gentes. La cosecha es tan abundante que la reventa de estos objetos robados constituye el fin especial del comercio de honestos prestamistas.

Cerca de Newgate, en una pequeña callejuela que da sobre «Holborn-Hill» y denominada «Field Lane», callejuela muy estrecha por la que los carros no pasan, no se ve absolutamente otra cosa que estos vendedores de objetos de segunda mano. Inútil, pienso, el prevenir al viajero curioso, tentado de seguir mis huellas, que debe dejar su reloj en casa o su bolsa antes de entrar en «Field-Lane». Porque debe presumirse que los caballeros que frecuentan el lugar son de «manos finas». Sobre todo, en la tarde, es interesante visitar esta madriguera. Entonces hay afluencia de gente y ello se explica por qué los compradores y vendedores están igualmente interesados en guardar el incógnito. Ya que después de su bolsa, nada es más precioso para todo industrial que su máscara, que la reputación que ha adquirido.

Las tiendas, en forma de puestecillos, tienen una vitrina que da sobre la calle, donde los objetos robados son expuestos. Cuelgan de una varilla a fin de que los compradores puedan reconocer los objetos que les han sustraído. Los comerciantes, cuyo aspecto está en perfecta armonía con la naturaleza de su comercio se mantienen en la puerta de sus tiendas y se disputan de manera poco cortés a los traficantes que vienen aprovechando de la noche para comprar a bajo precio los robos del día. Hay mucho movimiento en esta callejuela. Son las mujeres públicas, niños y ladrones de toda edad, de toda apariencia, que vienen a vender los objetos que han robado. Se hace entrar a los vendedores en la trastienda, para debatir el precio. Más tarde los objetos son desmanchados y lavados por una sirvienta que se tiene como a la única en constante ocupación. Bajo pretexto de buscar dos pañuelos que nos habían sido robados, entramos en cuatro o cinco tiendas donde se nos hizo ver todos los pañuelos traídos en cinco días. Su cifra se elevaba a mil; sin embargo como hay más de veinte tiendas en la callejuela, debe concluirse que cuatro a cinco mil pañuelos son llevados cada semana a este mercado oculto. He visto ahí pañuelos soberbios por el precio de dos y tres chelines (dos francos cincuenta y tres francos, setenta y cinco). El comercio de Field-Lane es tan activo como ninguno en la ciudad y parece que se hace allí fortuna.

Lo falso, cuyo efecto es de comprometer el crédito, el robo cometido con violencia, el homicidio, el incendio y otros crímenes que comprometen la seguridad son los únicos que la policía se ocupa activamente en descubrir. En cuanto a los autores de las raterías y las estafas, no son arrestados sino en caso de flagrante delito. La administración tendría demasiado que hacer si se aplicara a la búsqueda de robos simples. Ella siente la impotencia de las leyes para reprimir los numerosos robos que resultan del estado social, y cierra los ojos sobre la ocultación de cosas robadas para no encontrar demasiados culpables. Si actuara como lo hacemos en Francia, Inglaterra no tendría suficientes prisiones para encerrar a los encubridores y ladrones, ni suficientes navíos para transportarlos a Australia.

- XIII -

Las carreras de caballos de Ascot-Heath

En Francia y en todo país donde se estila alguna cortesía, el ser de la creación más honrado es la mujer; en Inglaterra es el caballo. En estas islas afortunadas el caballo es rey. No solamente tiene privilegios sobre la mujer, sino también sobre el hombre.

Las carreras más renombradas son las de New-market, de Empson y de Ascot-Heath; no he conocido sino estas últimas.

En Inglaterra las carreras son grandes eventos, que toman a los ojos de los espectadores el carácter de un acto solemne. Las carreras de Ascot tienen lugar en los tres últimos días de mayo, ellas son para el pueblo de Londres y sus alrededores, lo que para los católicos las augustas ceremonias de la semana santa en Roma, y para los parisinos los tres últimos días de carnaval.

Esta gran fiesta tiene una atracción universal para los ingleses de todo sexo, de toda edad, de toda condición. Para figurar dignamente en estos tres días cada uno hace gastos. Las damas de la alta aristocracia hacen venir de París los trajes más novedosos, los más elegantes; los lores, los financistas, los ricos a la moda, todo este pueblo de elegantes, se hacen enviar ricos equipajes, compran nuevos caballos y visten a sus gentes con una nueva librea. Los mercaderes de la ciudad cierran sus tiendas, alquilan un coche y abandonan sus asuntos por las carreras. Las damas galantes, dentro de sus bellos atuendos, se pavonean, en ricos coches halados por cuatro caballos que son conducidos por dos jinetes y estos se distinguen por el color de la chaqueta que es rojo, amarillo, verde, azul, etc., pero todos llevan el traje de rigor, pantalones de piel blanca, botas, pequeña gorra de caza. Ni la última de las prostitutas deja de encontrar medios, aunque deba empeñar su única camisa, de comprar para este día zapatos, guantes, un traje y un sombrero nuevos. La mujer económica que se ha privado durante el invierno de las cosas más necesarias, gasta para ir a las carreras todos sus pequeños ahorros con una prodigalidad que llega al entusiasmo.

Las damas afectadas de París se imaginan acaso que las carreras de Ascot son paseos semejantes en todo a nuestro Longchamp, cuyo camino es regado a fin de que el polvo no vaya a marchitar los frescos arreglos femeninos, y que las damas inglesas, sentadas cómodamente en las sillas, no tengan otro trabajo que el de dejarse admirar. No, en Inglaterra las cosas no son así.

Ascot está situado a treinta millas de Londres, y como la primera carrera comienza ordinariamente al mediodía, es preciso que los aficionados partan de Londres a las cuatro, a las cinco o seis de la mañana, a fin de llegar a tiempo. No hay sino una ruta para ir a Ascot, y desde las cuatro de la mañana hasta el mediodía o la una de la tarde, más de 3,000 coches de todo tipo siguen aquel mismo camino. La ruta es generalmente bastante ancha; sin embargo en algunos recodos es muy estrecha. Se encuentra algunos puentes, y además, hay una cantidad de barreras donde hay que pagar; en estas circunstancias se ponen en hilera. El camino es arenoso y como la víspera del día que asistí había llovido, las huellas de los coches estaban muy hondas en algunos lugares. Después de Windsor, las ruedas entran en una arena movediza parecida a la ceniza. Y, cosa admirable, a pesar de los inconvenientes de la ruta y la aglomeración de los carruajes, el orden más perfecto no deja de reinar un instante y no escuché decir de ningún carruaje que hubiese volcado.

Los ingleses tienen, es preciso convenirlo, un instinto muy particular para conducir los caballos. Además, están obligados a seguir el orden de las calles, de los caminos y de las multitudes y observan con la más rigurosa exactitud aquellas reglas como si fuesen un regimiento prusiano en ejercicio. Este orden que no se encuentra en ningún otro pueblo, toca también al espíritu del gobierno. En este país todo está jerarquizado, hasta los coches en la vía pública. Los carruajes con blasón tienen preferencia sobre todos los demás, los coches burgueses de cuatro caballos la tienen sobre aquellos que no tienen sino dos, estos sobre los carrocineros y los «tilburys» los «landaus» de alquiler sobre las diligencias, las diligencias sobre los ómnibus, los ómnibus sobre los «fiacres» poco decentes, y así

sucesivamente descendiendo hasta la carreta que pasa también antes que el volquete. He ahí el secreto de este orden admirable. Caa uno según su rango; ahora ¿queréis saber lo que hacía y decía este gentío de personas de todas las clases y que llenaban los tres mil coches? Parece a nosotros los franceses que ellos deberían ir contentos, hablar, cantar, estimularse con fines más o menos espirituales como se hace en las ferias de Saint Cloud: nada de eso. Las damas de la alta aristocracia, magníficamente engalanadas, recostadas en el fondo de sus coches parecían perfectamente indiferentes a todo lo que ocurría alrededor de ellas; algunas leían alguna novela. Los jóvenes «dandys» fumaban cigarros. Los financistas tenían una pequeña mesa en el medio del carro y bebían champán. Los pequeños burgueses apretados en el interior sobre el techo de las diligencias y otros coches públicos, pasaban los unos al costado de los otros sin decirse una palabra. El bajo pueblo, que estaba hacinado confusamente en los grandes carros de bancas cubiertas, jugaban cartas y bebían cerveza. Finalmente los pequeños propietarios y agricultores en sus «tilburys», carrozcos, calesines, etc., eran absorbidos por la atención que ponían en conducir sus caballos. Parece extraño que en medio de este desfile de hombres, caballos y coches el silencio reinaba.

Sin embargo de tiempo en tiempo se escuchaba a algunos cocheros decirse groseras injurias reprochándose la torpeza mutua o el presuntuoso descaró de querer pasar a los otros. Pero estas palabras dichas sin pasión, sin cólera no anunciaban ninguna querrela seria; perdían su valor por la sangre fría y el acento monótono con los cuales eran pronunciadas. ¡Yo estaba estupefacta y no pude impedirme el reflexionar que si carreras de este tipo tuviesen lugar en Francia, tres compañías de gendarmes a caballo no serían suficientes para mantener el orden entre esos tres mil coches! ¡Qué de querellas, qué de disputas, qué de batallas entre los cocheros y cuántos caballos estropeados y coches volcados! ¡Qué de cantos, de risas locas, de gritos habrían de escuchar mis turbulentos compatriotas, si cuarenta a cincuenta mil de ellos debieran recorrer la ruta de París a Pontoise desde las cuatro de la mañana hasta el medio día! Sí, pero también esta facilidad para emocionarse, para entusiasmarse transforma a los parisienses héroes. Los que han hecho una revolución en tres días no se dejarán impunemente pesar el pan. Mientras que los obreros ingleses sufren la miseria, y el hambre, la aristocracia inglesa goza apaciblemente de sus casas de reposo, de sus bellos coches y de sus caballos de carreras...

El clima de Inglaterra hace todo lugar del campo sino imposible por lo menos muy penoso. En la mañana, cuando nosotros partimos, la niebla era espesa, húmeda y fría; hacia las once el sol comenzó a apuntar; pronto se hizo lo suficientemente ardiente como para cegar a los viajeros que se habían encaramado sobre los altos de las diligencias (era el mayor número y yo estaba allí), y para absorber enteramente la humedad del suelo. Entonces se elevó de esta ruta arenosa, pisada por tantos miles de caballos, una nube de polvo no interrumpida y tan espesa que no se podía distinguir a diez pasos de una. Al salir del parque de Windsor; la nube de polvo nos envolvió totalmente. Yo no había visto todavía nada de este género.

Llegamos a Ascot a las doce y media; el número de carros era ya inmenso. Todo se acomodaba alrededor del espacio que debían recorrer los caballos de carrera, y en la disposición de los coches, el mismo orden jerárquico se observaba escrupulosamente. De diez en diez pasos estacionan las brigadas de policía que hacen desuncir los caballos apenas

el coche llega, y lo hacen colocar según su clase, de manera de tomar el mejor lugar posible.

El emplazamiento donde se realiza la carrera y donde se celebra la fiesta es muy espacioso. El terreno es elevado y de este punto se descubre un panorama magnífico.

El espacio reservado a los caballos, héroes de la fiesta estaba rodeado de cuerdas sostenidas por postes colocados de distancia en distancia. Pero en los intervalos de las carreras el público podía pasearse por la pista. Allí se hallaban reunidas entre 50 ó 60 mil personas, si acaso más, porque toda esta muchedumbre estaba distribuida sobre un terreno tan inmenso, que era difícil juzgar su número.

Este gentío ofrecía un espectáculo bastante diferente del que presentan los gentíos de París en los Campos Elíseos o en el campo de Marte. Reinaba el silencio, no había música, no había danza, no había teatro, ni saltimbanquis, no había monstruos ni fenómenos que se muestren a los sabios por la suma de cuatro centavos; no había tiendas de pasteles ni de juguetes; no había muchachos con grandes chupetes; en una palabra nada de lo que se ve en nuestras ferias. Pero en cambio, vi sobre un sólo punto de esta vasta planicie veinticinco o treinta tiendas sobre las cuales estaba escrito en gruesas letras rojas: Aquí se juega a la ruleta. Además, se encontraba a cada veinte pasos a un banquero ambulante, teniendo un juego de azar sobre una mesa plegadiza de un pie cuadrado, sobre el cual había tres dados. Todo el tiempo había una multitud alrededor de estas pequeñas mesas y se apostaba mucho. Vi a un joven campesino lugar hasta seis libras esterlinas (150 francos) de un sólo golpe. Los juegos de azar son severamente prohibidos por la ley, y sin embargo se establecen por todas partes abiertamente, por la connivencia y la corrupción de los agentes encargados de hacer cumplir la ley. En verdad no sé si valdrá más vender veneno al pueblo y tratarlo como a los chinos, que inspiran una pasión que le hace tomar aversión al trabajo y lo dispone a cometer toda acción hostil contra la sociedad.

En la situación actual de las sociedades, el juego confinado a las clases opulentas, es sin embargo un agente indispensable para dispersar las riquezas que el movimiento social tiende incesantemente a acumular. Considero no solamente la ruina de los hombres que viven de sus rentas, en el lujo y la ociosidad, como ventaja de la sociedad, sino que no puedo imaginar una sola circunstancia en que la acumulación de las riquezas en una sola mano sea útil a esta sociedad. Para las grandes empresas los hombres pueden reunir siempre sus capitales individuales tanto como sus fuerzas lo puedan, y las riquezas acumuladas que el hombre obtiene del trabajo lo hacen necesariamente vicioso y son las más grandes de las calamidades sociales.

¡He aquí los caballos que parten! Seis de frente, y en todas partes se elevan exclamaciones. -«¡Oh! ¡What speedy racer! ¡Prodigious rapidity indeed! ¡¡Astonishing!! ¡¡Wonderful! ¡¡Wonderful!!».

Aquí espero encontrarme en oposición con la opinión generalmente recibida. Pero pasaré a los ojos de los aficionados como una verdadera bárbara, indigna para siempre de poner el pie en una caballeriza, pero diré francamente que el caballo inglés desagrada soberanamente.

El caballo es, sin contradicción, uno de los bellos animales de la creación; pero la domesticidad altera más o menos la belleza de sus formas, y los ingleses más que ningún pueblo han hecho desaparecer en el caballo los graciosos contornos de la naturaleza. Observad bien, señores, que aquí yo hablo como artista, como amante apasionada de la belleza, sin tener en cuenta las cualidades que vosotros exigís. Viendo los caballos de carrera ingleses, cuyo cuerpo es largo, estrecho, delgado, sumido de ijares, sus piernas de una longitud desproporcionada, el cuello siempre estirado, llevando la cabeza adelante, las ventanas de la nariz al viento como los perros grandes de caza; al verles constantemente una expresión triste, taciturna y estúpida, por poco que se tenga en sí el instinto de la armonía, el sentido de la forma, no puede uno contenerse de decir: ¡he allí un animal bien feo!

El caballo árabe, el caballo andaluz, el caballo chileno son criaturas divinas. Reúnen todo: la elegancia y la gracia, la fuerza y la agilidad, la suavidad y la osadía en los movimientos, la belleza de pelaje y la pureza de las líneas, la vivacidad de la expresión y el fuego de la mirada. Al ver uno de estos caballos, sea en reposo, en marcha, o corriendo todos exclamarán: ¡Oh! ¡Qué soberbio animal!

Pero, se me dirá, el objeto del caballo inglés no es el de parecer bello, gracioso, agradable a los ojos; él es criado para caballo de tiro o para carrera: el destino de estos es correr. ¡Pobre animal! No han respetado en ti la obra de Dios. ¡Tú eres la criatura de tus amos, los desgraciados cómo te han tratado! Te han querido sin crin y sin cola; han contorneado tus formas, borrado varias de tus facultades para exagerar otras; no eres más que un desdichado, que han perdido su tipo primitivo: ¡pobre bestia!, cómo has sido envilecida por ellos. Te han reducido a no ser sino una máquina de locomoción, o la ruleta que por su lentitud, o por su rapidez determina la pérdida o la ganancia, pobre bestia, crueles son los hombres.

Los jinetes son personales importantes. De su habilidad, tanto como de las piernas del caballo, depende el resultado de la carrera. Es curioso ver la atención desconfiada que los apostadores muestran en el examen de los caballos y de los jinetes. Porque en ese juego de corredores, las trampas son muy comunes y los jinetes y los palafreneros son muy compadres. Los apostadores revisan los pies, la boca, el vientre y las orejas de los caballos. Luego pasando a los jinetes, les preguntan y comentan sus palabras.

Los caballos son designados por el color de la casaca de los jinetes que los montan. Viendo las enormes sumas comprometidas en las apuestas por la casaca roja o negra pensé un poco en el juego de los garitos y el que tenía frente a mis ojos, me parecía mucho más inmoral, porque la vida de los caballos y de los hombres era expuesta. Me parece que los caballos de carrera podrían ser ventajosamente reemplazados por los velocípedos que cumplirían para los jugadores el mismo objeto, sin hacer correr peligro al conductor.

Cinco carreras tuvieron lugar de ocho, seis, cuatro y dos caballos. Por lo demás, este placer es de muy corta duración: algunos minutos a lo sumo para cada carrera.

Ahora volvamos al gentío. La multitud se dirigió primero al pabellón donde estaban las reinas y el gran duque de Rusia. Luego después de haberse paseado unos instantes iban a las tiendas a jugar la ruleta y el pueblo jugaba a los tres dados con los que llevan la banca del juego ambulante.

Pero sea cual sea el placer que pueda ofrecer el juego de la ruleta, de los tres dados o de los caballos, el placer más vivo de todos era el de beber y comer.

Todas estas bellas damas en trajes de seda, rosados, azules, amarillos, verdes, etc., comían sobre sus rodillas enormes pedazos de jamón, de carne fría, de paté y otras carnes de esta naturaleza, con libaciones de vino Oporto, de Sherry y de Champagne, siendo para mí un espectáculo tan curioso como nuevo. Las carreras han durado alrededor de tres horas y he visto comer y beber en las calesas durante tres horas.

Esperaba yo siempre el momento de alegría, pero la alegría no apareció por ninguna parte. Vi mujeres que se encontraban mal, otras que dormían; los hombres balbucían impudicias y otros en los cuales, la ebriedad se mostraba más degradante todavía, no pudiendo sostenerse de pie. Todo era mortalmente frío, tedioso e indignante. He ahí en cuanto a la clase rica. En cuanto al pueblo, éste se reunía bajo las tiendas levantadas expresamente para los tres días. Pobre pueblo, no es bello contemplarlo hacinado. Estas tiendas eran muy pequeñas, les faltaba el aire y la luz; los hombres sentados alrededor de rudas mesas de madera, comían jamón con pan, bebían cerveza o ginebra y fumaban un tabaco despreciable. En algunas se danzaba, las mujeres que bailaban eran mujeres públicas de clase baja. En Inglaterra la mujer y la hija del obrero no toman parte en ninguna diversión.

Noté en las carreras de Astor una inmensa cantidad de bohemios prediciendo la buena ventura con prodigioso éxito, particularmente entre las gentes del pueblo. Esta nación errante, que se encuentra en todos los países sobre la superficie de nuestro viejo mundo, viviendo de limosnas, de ladrones y de la maña, cuya existencia es más inexplicable que la de los judíos, puesto que aquellos trabajan, mientras que los bohemios se niegan a aceptar ningún trabajo y se imponen por todas partes. Esta nación ha conservado todavía más que los judíos la integridad de su carácter primitivo. He visto ahí, familias enteras con la piel negra y atezada, de cabellos negros, lisos y aceitosos, con dientes blancos y con ojos plenos de fuego melancólico. Esta gente llevaba el traje de sus padres y hablaban su lengua entre ellos, lengua que hablan también todas las tribus bohemias de Europa, Asia y de África. Una de estas mujeres se me acercó para decirme la buena suerte, era una muchacha de diez y siete años, formada como la Esmeralda, un pie de limeña, un talle flexible y esbelto, pequeñas manos y una voz voluptuosa. Estas mujeres pasan por ser muy honestas: un inglés me ha dicho haber ofrecido a una de estas muchachas cuarenta libras de esterlinas para pasar la noche con ella y ella se negó. Los hijos de estos bohemios estaban casi desnudos.

Por fin, hacia las seis, los carros comenzaron a ponerse en movimiento. ¡Creí que el desorden iba a ser espantoso! De ninguna manera. Todo se hizo con la misma regularidad que la mañana. La policía hacía uncir los caballos a los carros de las primeras filas. Los cocheros que se juzgaban demasiado ebrios para conducir eran desposeídos de su lugar y reemplazados. La gente ebria fue colocada en el interior de los carros, y aquellos que no lo

estaban sino a medias fueron colocados en lo alto, pero entre dos personas, a fin de evitar que se cayeran y todos se encaminaron a través de una nube de polvo para no verse.

Llegamos a Londres a la una de la mañana, y habíamos dejado, más de una tercera parte de los carros detrás de nosotros. Hacía un frío extremo, la niebla era espesa y la humedad penetrante; nosotros estábamos helados.

Daba verdadera lástima el ver a todas esas damas que por la mañana estaban tan frescas, tan elegantemente engalanadas, regresar cubiertas de polvo, sucias y enteramente inconocibles.

Una fiesta como estas se les llama en Inglaterra una partida de placer.

- XIV -
Belén

El desarrollo orgánico del cual resulta la locura tiene lugar por causas físicas o morales. El frío o el calor, llevados a alto grado con intensidad son suficientes, se dice, para alterar ciertas organizaciones cerebrales. El exceso de bebida, el abuso de mercurio, los accidentes, las enfermedades, pueden también provocar la enajenación. Pero, en general, es producida por causas morales. En tanto que el hombre ponga toda su confianza en el poder de su razón, en la afección que alguno de sus semejantes desconozca la subordinación de todas las cosas al orden universal, las decepciones vendrán a destruir esta inteligencia orgullosa que quiere llegar por encima de la Providencia, y este corazón que se aísla de Dios.

Sería una estadística curiosa aquella que constatará el número de alienados de cada país relativo a su población. Demostraría sin ninguna duda que cuanto más pueblos, por su religión y su filosofía, son conducidos a la resignación, se encuentran menos locos entre ellos; mientras que los pueblos, que rigen por el razonamiento su creencia religiosa y su conducta en la vida son aquellos donde se encuentra más alienados. ¡Dios es grande!, - exclama el islamita cuando el acontecimiento ha hablado, y los locos son muy raros entre los pueblos que no acuerdan ninguna autoridad a la razón humana.

De acuerdo con la opinión general, Inglaterra es el país que presenta más alienados. Es también el país donde se comete más exceso de todos los géneros y donde el más grande número de sectas religiosas y filosóficas nacen del libre examen. Es innumerable la cantidad de establecimientos particulares que se encuentran en Londres y en los cuales los locos son cuidados y guardados mediante una pensión. Todos estos establecimientos

generalmente están perfectamente tenidos. Me limitaré a hablar del hospital público más conocido: el de Belén.

Lo visité con el señor Holm, uno de los más célebres frenólogos de Inglaterra, y la señora Wheeler, la única mujer socialista que conocí en Londres. Estas dos personas toman mucho interés en los fenómenos que presenta la locura, y a través de ellas pude tener datos exactos sobre todos los alienados un poco notables.

Enrique VIII fue el primer rey que fundó en Londres un hospital para enfermos mentales, en el priorato de Santa María de Belén, que existía en Moorfield, y en 1675 se construyó, en el mismo emplazamiento, un vasto hospital que presentaba una copia fiel de la fachada de las Tullerías. Demolido en 1812, fue reemplazado por el hospital actual, construido en 1814 en el barrio de Georgefield. La bella fachada de este edificio presenta en el centro un pórtico adornado de seis columnas del orden dórico. El edificio, con sus patios y jardín ocupa alrededor de 12 fanegas francesas.

La entrada de este hospital ofrece un aspecto muy risueño: su bella reja, su gran terreno de césped, su huerto lleno de flores, todo ha sido combinado de manera de engañar al desgraciado sin juicio que es llevado allá. Él cree entrar en uno de esos bellos palacios que ocupan las clases opulentas en el campo. Camina sin desconfianza y desea enclaustrarse en esta triste morada de la locura.

En el vestíbulo hay colocadas dos estatuas: la Locura furiosa y la Locura melancólica, de Caius Cibber.

Estas dos estatuas, que adornaban la entrada del antiguo edificio, tienen tal energía en la expresión que uno se encuentra en la necesidad de esconderlas del público. Su visión producía la más penosa impresión sobre las personas, amigos o parientes de los alienados, que visitaban el hospital y vanas veces estas estatuas excitaron a los enfermos que estaban dulces y tranquilos, y les hicieron caer en accesos de furia, los cuales trajeron pesadas consecuencias. Para evitar aquellos accidentes se les ha recubierto con una tela que los envuelve enteramente, y no se les deja ver sino a aquellos visitantes que se juzga son capaces de soportar la impresión.

Este hospital es muy vasto, puede contener 700 enfermos; en ese momento no alojaba sino 422, de los cuales 177 eran mujeres. Toda la construcción es mantenida con una extremada limpieza. La alimentación es excelente, muchos médicos piensan incluso que es demasiado abundante. La administración se ocupa poco del vestido de los enfermos. Se visten con los trajes que trajeron al hospital, y estos trajes caen a menudo en jirones, sin que nadie parezca darse cuenta de ello.

Los patios por los que se pasean los enfermos se parecen a los de las prisiones. Ni un árbol ni yerba alguna recrean la vista, ni hacen soñar en el dulce reposo de los campos. La mayoría de estos patios no tienen ninguna clase de abrigo contra el sol y la lluvia. El infortunado cuyo corazón está amargado, cuya cabeza trama funestos proyectos, no ve nada en esta mansión que no le haga recordar su cautiverio, lo que es a sus ojos una monstruosa injusticia. ¡Oh!, esta disposición del local es bastante imprevisora, o bien cruel.

Entre las enfermas había una treintena de criminales que habitaban un cuerpo distinto del edificio. Confieso que entre las enfermas y las criminales que había visto en Newgate, en Cold-Bath-Fields y en la penitenciería no pude discernir la menor diferencia. Era el mismo ojo huraño y fiero, aquel silencio tenso, esta preocupación afiebrada, esta marca facial del ser estúpido. Muchas de ellas habían asesinado, otras habían robado. Fuimos a la sala de los hombres.

Allí me esperaba uno de aquellos encuentros extraños, extraordinarios, que creo yo, no me llegan sino a mí. Uno de los señores que nos acompañaban hablaba muy bien francés. Me dijo antes de entrar en el primer patio: tenemos aquí a uno de vuestros compatriotas, su locura es rara: se cree Dios. No tan rara pensé, y qué hospital sería tan grande para contener a todos aquellos que, como él se creen infalibles. Después de cinco meses de estar en Belén, continuó mi guía, se lo he visto pasar bruscamente de una exaltación que va desde el furor a un estado lúcido; entonces razona muy bien. Es un antiguo marino, ha viajado mucho. Habla varias lenguas y parece haber sido un hombre de mérito. ¿Cómo se llama él?, pregunté. Chabrié. ¡Chabrié! Este nombre hizo sobre mí un efecto que no podía describir. No podía explicar lo que ocurría en mí. ¿Era gozo, era dolor, sorpresa, ansiedad? Sea lo que sea, no titubeé al entrar en el patio donde debía volver a ver a Chabrié. Esperaba este instante con impaciencia. Me parecía que Dios me había inspirado la idea de ir a Londres para salvar a este desgraciado.

¡Entro en el largo corredor que conduce al gran patio, y mis ojos buscan ávidamente entre los infortunados que corrían por el corredor, al hombre que me había amado con tanta pureza y sacrificio! Mi agitación había traicionado mi emoción interior, y el oficial del hospital me dijo enseñándome a un hombre sentado solo en un banco. He ahí a Chabrié. No era el capitán del Mejicano... creí entonces que el nombre francés había sido mal pronunciado, rogué al oficial que me lo escribiera, y vi por toda diferencia que el nombre que acababa de escuchar tenía una r al final.

Sin embargo examiné con una solicitud muy atenta a este segundo Chabrier. Sus rasgos, su fisonomía, su aspecto, su paso, hacían un contraste chocante con la expresión de todos aquellos que lo rodeaban. Este hombre fijó en mí sus grandes ojos negros y brillantes. Su bella figura meridional se animó; una sonrisa de júbilo, de felicidad, le pasó por el rostro y se alegró así como un sombrío valle con los rayos del sol. Vino hacia mí, me saludó con aquella cortesía y aquella soltura que distingue al hombre bien educado, y me dijo en francés: ¡Oh, señorita qué feliz estoy de encontrar por fin una compatriota, una mujer! Nosotros hablamos la misma lengua y yo podría haceros comprender todo lo que yo sufro, y deciros todos los dolores que me abruman en este asilo de miseria, donde la más odiosa injusticia me tiene encerrado.

Me siguió en el patio donde estaban reunidos los enfermos, yo no vi sino a él; me habló durante más de media hora, de una manera sensata, tan justa y sus observaciones tenían tanto juicio y sus reflexiones tanta profundidad, que creí verdaderamente que no era en lo menor un loco. Fui obligada a dejarlo para ir a visitar toda la casa, pero le prometí volver a mi regreso.

Así como lo había notado en el lado de las mujeres, vi impresa sobre la figura de los alienados criminales, en general, la misma expresión que sobre la figura de los criminales de Newgate. Tres o cuatro entre ellos hacen la excepción y merecen una mención particular.

Vi a James Hadfield, aquel que había querido matar a George IV, lanzándole una piedra a la cabeza; este loco está allí desde hace veintidós años. Ignoro si lo ha sido jamás realmente lo que se entiende por la palabra loco, pero sus acciones y sus discursos no dejan actualmente ver ningún vestigio de locura. Habita en una pequeña habitación y atrae a los visitantes; nos quedamos largo tiempo con él; su conversación, sus hábitos manifiestan una sensibilidad expansiva, un corazón amante, un deseo imperioso de afecto. Ha tenido sucesivamente dos perros, tres gatos, pájaros y una ardilla. Amaba a estos animales muy tiernamente, y ha experimentado el dolor de verlos morir; los ha disecado él mismo y los ha colocado en su habitación. Estos restos de los seres que ha querido tienen cada uno epitafios en versos, que testimonian sus sentimientos. El de su ardilla está cubierto con la figura coloreada de este amigo que ha perdido. Digamos también que ha hecho de sus afecciones un pequeño comercio que le procura una renta muy graciosa. Distribuye estos epitafios a los visitantes que le dan en pago algunos chelines. Después de aquel viejo, James Hadfield, que es tan bueno, amable y hablador, vienen los dos amantes de la reina. El uno es un joven pequeño de veintidós años, que ríe y se esquivo cuando uno le pregunta si él ama siempre a su novia; el otro es un hombre de treinta años, que tiene una cabeza y un cuello de toro; como él era furioso, no lo vimos sino a través de los barrotes de hierro de su cuarto.

Mientras visitaba la casa, la cabeza del pobre Chabrier se había alterado. Me esperaba en la reja del corredor; sus movimientos, su agitación mostraban una viva impaciencia; sus ojos brillaban, su voz estaba conmovida y un temblor generalizado agitaba sus miembros: «Oh, hermana mía, me dijo con un acento de fraternidad que tenía algo de angélico, mi hermana, es Dios quien os envía a este lugar de desolación, no para salvarme, porque yo debo perecer, sino para salvar la idea que vengo a traer al mundo. ¡Escuchad!, vos sabed, mi hermana, que yo soy el representante de vuestro Dios, el Mesías anunciado por Jesucristo. Vengo de cumplir con la obra que me ha indicado. Vengo a hacer cesar la servidumbre, liberar a la mujer de la esclavitud del hombre, al pobre de la del rico, y al alma de la servidumbre del pecado».

Este lenguaje, a mi juicio, no denota locura: Jesús, Saint-Simon, Fourier habían hablado así. Tened -me dijo-, llevo sobre mi pecho el signo de mi misión, y desabotonando su levita, sacó de su pecho una gran cruz que había hecho con la paja de su cama y la lana destejida de su colcha. Yo dudaba todavía de su estado cuando, de repente, lanzando una mirada terrible sobre la señora Wheeler, le dijo con el acento y el gesto de la demencia: «Esta mujer es inglesa, ella representa la materia, la corrupción, el pecado: ¡retírate mujer impía!, ¡eres tú quien me ha asesinado, detened a esta mujer! ¡Hermana mía, es ella la que ha asesinado a vuestro Dios! ¡Yo te detengo, -le gritó precipitándose sobre ella-, te arresto en nombre de la ley nueva!»

La señora Wheeler tuvo un gran miedo. Huyó, yo misma no me hallaba tan segura.

«Hermana mía, -me dijo-, voy a darte el signo de la redención porque te juzgo digna!» El infortunado tenía sobre su corazón una docena de pequeñas cruces de paja, envueltas en una tela negra con una banda roja, encima estaban escritas estas palabras: «duelo y sangre». Tomó una y me la dio, diciendo: «Toma esta cruz, métela en el pecho y anda por el mundo a anunciar la ley nueva». Puso una rodilla en tierra, me tomó la mano y me la apretó, hasta lastimarme, repitiendo: «¡Hermana, seca tus lágrimas, pronto el reino de Dios va a reemplazar el reino del diablo!».

Los guardias estaban muy inquietos; querían desprender a la fuerza su mano que encerraba la mía, pero yo me opuse a que se le irritara; yo sentía que no me haría mal. Le rogué dejar mi mano, él me obedeció sin resistencia y se prosternó en tierra; besó la parte baja de mi vestido, repitiendo con una voz entrecortada por las lágrimas y los sollozos: «¡Oh, la mujer es la imagen de la Virgen sobre la tierra! ¡Y los hombres la desconocen, y la humillan... la atraen hacia el lodo!

Me escapé, también yo lloraba. El infortunado cómo debe sufrir cuando regrese a su razón. Cuando llegué al extremo del corredor, adelanté la cabeza cerca de los barrotes por donde se le divisaba, para ver qué hacía. Estaba en el mismo lugar, de rodillas, las manos juntas, el cuerpo inclinado y los ojos fijos sobre su gran cruz, extendida frente a él sobre la baldosa. ¡Oh, en esta actitud, era realmente bello! Creí ver a un nuevo San Juan.

¿Es este hombre loco? Todo lo que me ha dicho manifiesta al hombre cuya cabeza está llena de ideas sociales, políticas y religiosas, y cuyo corazón desborda de amor por sus semejantes. Su alma se subleva a la vista de la bajeza, de la corrupción, de la hipocresía, y no puede contener su santa indignación. Vi en él mucha exaltación, pero no pude reconocer los caracteres de la locura. Rasgos de genio surgían de sus palabras. Había sin duda odio por sus perseguidores; pero su discurso era lógico, y veía yo perfectamente el orden de las ideas que aquel contenía.

¡Cosa extraordinaria! Entre estos cuatrocientos locos de Belén, un francés había sido admitido; por gran favor, este francés se cree el Mesías, se dice representante de Dios y habla a nombre de la ley nueva!

Lo que acabo de contar, personas dignas de fe me lo han afirmado. Chabrier era demasiado absoluto en su opinión y demasiado intempestivo en su celo, pero el fondo de su pensamiento es incontestable. La decadencia de la verdad de la Biblia fue anunciada por Cristo. Si como ley social y moral no hubiese sido superada desde entonces, ¿cómo se explicaría el éxito del cristianismo y, seis siglos más tarde, el del mahometanismo?

Chabrier es de Marsella. El director de Belén me dice haber escrito al alcalde de esta ciudad y a la señora de Chabrier. Es inexplicable que nadie haya todavía reclamado a este hombre. Así este desgraciado está sólo en Londres, abandonado a merced de los extranjeros. ¿La familia de Chabrier tendrá razones particulares que puedan hacer perdonar tal crueldad?

¡El más grande espectáculo para el hombre es el hombre! Y no se llega a conocer al hombre bien sino por el estudio profundo de sí mismo. Cuando hemos llegado a este conocimiento de nosotros mismos, que nos hace conocer al instante el móvil de nuestras acciones, mientras nos vemos no solamente en nuestras pasiones, sino aun en las inclinaciones más secretas de nuestro corazón, aspiraciones en las cuales reconocemos la existencia de nuestra alma, y su reflejo en las narraciones históricas y en los acontecimientos que pasan bajo nuestros ojos; entonces todo se anima, todo nos interesa, todo vive de nuestra vida.

«El pan y los espectáculos». La humanidad entera repite esta exclamación de los romanos. Las grandes inspiraciones, las emociones fuertes, la marcha del pensamiento responden al alma, al corazón y a la inteligencia, las cuales tienen, tanto como el cuerpo, necesidad de alimentación. Todos nosotros buscamos ser emocionados y emocionar. La emoción provoca el pensamiento, y el pensamiento no tiene poder sino por la emoción que hace nacer. Todo lo que puede conmover y hacer pensar es por lo tanto incesantemente reproducido por el arte. Esta es la razón por la que las representaciones dramáticas se encuentran en todos los pueblos, a cualquier estado de civilización al que hayan llegado. El hombre incapaz de comprender el sermón predicado desde el púlpito o el discurso pronunciado en la tribuna, será vivamente impresionado por los pensamientos del infortunio, las lágrimas del dolor y el grito de la pasión. ¡Qué puede, en efecto, la palabra escrita o traducida sobre la tela en comparación a la palabra hablada! ¿La voz humana llega a tener necesidad del sentido de las palabras para hacerse comprender? ¿No le afecta el valor que le place y el gesto como el acento no es asimismo un lenguaje inspirado que no aprendemos más que por la expresión reflejada por nuestros rasgos? Si la pintura reproduce las formas y los colores, el campo y los animales, las habitaciones y los hombres, si ella da a cada ser su fisonomía propia y cuya expresión le es destinada. Si la música excita todas las pasiones, embelesa, lleva al éxtasis, nos exalta hacia Dios, nos inclina hacia la tierra y vibra hasta el cielo. Si los signos creados por la inteligencia para representar el pensamiento forman incontestablemente el más poderoso de los lenguajes, el arte que se sirve de todos esos medios reunidos debe actuar con una fuerza irresistible.

No se inventa nada. En el arte dramático, la intriga es prestada de la historia, de las aventuras y hechos contemporáneos. A medida que el pasado se aleja, los detalles se borran; los principales actores en los acontecimientos, causas inmediatas de las grandes innovaciones, se quedan solos. Subsisten grandiosos en medio de las ruinas, como aquellos arcos, aquellas columnas, aquellos restos de los templos y teatros que llevan los nombres de César, de Augusto, de Tito o de Trajano. Los hombres históricos reciben así del tiempo el poder servir para personificar las pasiones más grandes que la naturaleza, a mostrarnos las almas dueñas de pasiones, porque en el alejamiento lo que había de vulgar en esas pasiones, de vil en esas almas escapa a nuestra vista.

En Inglaterra en el siglo XVI apareció William Shakespeare. Fue grande entre los grandes autores dramáticos. Alrededor de él Marlowe, Massinger, Johnson, Shirley se alimentaron de su genio, y vivieron de su gloria. La generación que lo había admirado se había extinguido hacía ya tiempo cuando sus obras atravesaron el Estrecho, y la Europa sorprendida lo colocó al lado de los genios de élite, de este gran período de renovación.

El pensamiento motriz vibraba al mismo tiempo en muchas inteligencias. El Ser o no ser de Hamlet, el ¿Qué se yo? de Montaigne, caracterizan esta fase de duda en que los filósofos antiguos estaban en presencia de dogmas cristianos; en la que los dioses del paganismo representaban sus papeles en los poemas, dramas, pinturas, con los santos de las leyendas; en la que las Sibilas eran representadas al lado de los profetas; Mercurio, en compañía de los cardenales; el ángel Gabriel con el Amor y la Virgen con Minerva o Venus.

Shakespeare es un ejemplo notable de que el genio es independiente de los estudios librescos, y de que aquel es dotado del poder de leer en el gran libro de la naturaleza. Shakespeare conocía con exactitud su lengua. Las crónicas de su país y Plutarco, traducido por B. Johnson, le dieron para sus tragedias personajes, costumbres y tomó el sello de la época. Sus observaciones le proveyeron los tipos, pero su corazón y la naturaleza fueron las inagotables fuentes donde su inteligencia obtuvo el desarrollo moral de sus caracteres y cuando introducía a los grotescos en la escena, el espectador comprendía inmediatamente el parecido. Esencialmente pintor del alma, seguía poco la exactitud de las formas; poseído por su fantasía, prodiga los detalles y sus accesorios diseñándolos solamente. Se puede suponer que si él hubiese vivido en una época más cercana a nosotros, los caracteres habrían sido más regulares, la intriga se habría desarrollado con método, las entradas y salidas habrían sido siempre motivadas. Pero su genio tiene demasiada libertad de movimientos para que se pueda suponer que pueda mantener el yugo de las tres unidades y dar a sus personajes un lenguaje puro y poético, si la corte de Isabel le hubiese impuesto sus trabas.

Hasta Carlos II, la sombra de Shakespeare apareció sobre el teatro inglés. Las piezas representadas abundan en lo grotesco, están sobrecargadas de incidentes, de personajes y todo con frecuentes cambios de escena; el lenguaje está lleno de pullas y de obscenidades. En fin es la continuación de la obra de Shakespeare, en todo lo que es posible copiar al genio: la forma, los accesorios, menos la verdad moral, menos el parecido anímico.

Bajo Carlos II aparecieron las comedias de aventuras; las costumbres licenciosas de la corte se reflejan sobre el teatro. Hay escenas y diálogos de piezas de esta época que chocan con todas las convenciones teatrales por su extremado cinismo. Es notorio que a pesar de la gran hipocresía actual, a pesar de esta gazmoñería en el lenguaje llevada al ridículo, las comedias modernas, poco menos indecentes que aquellas representadas bajo los Stuarts, a menos que ellas nos sean traducidas o imitadas de otros teatros; se convencerá de ello leyendo las piezas de Sheridan: «A trip at Scarborough, The school for scandal, The belle's stratagem, etc. Debemos creer que en Inglaterra esta contradicción entre el drama y la sociedad no es sino aparente y que el público no sufriría con las representaciones tan libres, si las costumbres que ellas pintan no existiesen en ninguna parte.

Es también en esta época que las piezas francesas comenzaron a invadir el teatro inglés; las obras maestras primero y después todas aquellas que habían obtenido algún éxito. El amor propio de los autores ingleses es algo tan prodigioso, que jamás ninguno de ellos ha aceptado que la pieza presentada al público fuera una traducción. Addison mismo, en su examen crítico de la tragedia llamada «The distressed mother», que alaba con un sentimiento exquisito del arte, no juzga conveniente hacer conocer a sus lectores que ella está traducida palabra por palabra de «L'Andromaque» de Racine.

Bajo la reina Ana, el ejemplo del continente, la influencia de los estudios clásicos introdujeron en el teatro inglés el drama construido según las reglas aristotélicas; el «Caton» de Addison fue el modelo; pero este género académico no obtuvo más que un éxito parcial, él se encontraba en oposición que el gusto que la costumbre había creado; porque, mientras los ingleses desarrollaban en sus novelas todos los movimientos del corazón humano con una exactitud minuciosa, ellos exigen dramas de dos a tres intrigas y numerosos personajes. Sus autores han hecho a menudo entrar dos piezas francesas en una sola de estas extrañas construcciones dramáticas.

El teatro ha ejercido generalmente mucha influencia sobre los pueblos modernos, principalmente en las grandes ciudades de Europa meridional. En Francia sobre todo ha modificado profundamente las costumbres. El drama francés no se limita a reproducir las costumbres, las juzga y su censura ha ejercido una poderosa acción reformadora. Es, sin ninguna duda, que a esta enseñanza se debe atribuir esta urbanidad parisina a la cual ningún pueblo ha ofrecido el seductor modelo.

En Francia ha existido siempre entre el pobre y el rico una cantidad de existencias intermediarias. Las castas no han sido jamás separadas en tal forma para que las costumbres de las unas fuesen desconocidas para las otras. En Inglaterra, el paso de la opulencia a la pobreza es brusco. La aristocracia territorial y el alto comercio forma cada uno una sociedad completamente aislada, cuyo muro de bronce separa las diez y nueve veinteavas partes de la población que está en la miseria. El público que asiste a las representaciones es por lo tanto allí menos numeroso que en el continente y también menos homogéneo. Las aventuras de los salones del West-end o del castillo del Lord no tienen para el espectador de la galería alta sino un interés de curiosidad. No se parecen más que las pinturas francesas a las costumbres de su familia, y por ello el interés dramático no existe en lo menor, y además el teatro no ha ejercido ninguna influencia sobre las costumbres del pueblo.

En Francia, a partir de Corneille, se suceden sin interrupción una serie de autores dramáticos. Después de Shakespeare, Inglaterra no ha producido uno solo que pueda presentar en el mundo literario. No ha tenido jamás un Molière que pinte a los Gérontes avaros, celosos y déspotas o que expusieran a la risa pública los tartufos, de los cuales el suelo inglés ha sido siempre tan fértil. Si se examina la carrera teatral recorrida por los autores ingleses desde Shakespeare, se les ve buscar de excitar en el más alto grado la curiosidad y para llegar a ese objetivo, hacen uso de todos los recursos, de todas las maquinaciones. Tales dramas están tan cargados de acontecimiento como un cuento de Las mil y una noches. Pero es raro de encontrar junto con la pintura de las costumbres de la época, el interés dramático. Los diálogos de estas piezas son rápidos y cortados; la pulla y la buena palabra se preparan por preguntas y respuestas. Por lo demás, nada de

conversación que pinte los caracteres o las costumbres de la época. En las piezas inglesas todo es movimiento. No son absolutamente sino aventuras más o menos escandalosas puestas en acción, y no exceptúo más a Sheridan que a Vangurgh o Falquier.

El pueblo de Inglaterra ha estado siempre en tal estado de abyección que la pintura de sus costumbres habría chocado al público del teatro. Este público actualmente se compone en su mayoría por los enriquecidos del comercio, que no son menos desdeñosos frente al pueblo que la aristocracia. En lo que se refiere a los espectadores de la galería alta que son en su mayor parte artesanos y marinos, forman minoría, una demasiado débil minoría en la sala para imponer sus voluntades al teatro.

Los proletarios en Inglaterra como los esclavos en las naciones de la antigüedad, están fuera de la vida social. Todavía en los dramas de los teatros griegos y latinos que nos han llegado, vemos nosotros a los esclavos representar papeles más importantes que la gente del pueblo en las piezas inglesas. En ese país, las relaciones entre los amos y los siervos son en tal forma diferentes de lo que son en Francia, que no se podría introducir sobre la escena inglesa a los criados, criadas, aldeanos y aldeanas de las comedias francesas. En Inglaterra no se dirige la palabra a los mayordomos y a los subordinados sino para darles órdenes; en lo demás, no se ocupan ni de sus penas, ni de sus alegrías. Se interesan incomparablemente más en su caballo o en su perro, y este orgullo impío de la aristocracia frente a sus servidores llega hasta el plebeyo enriquecido. En cuanto a los dramas, cuyos personajes son tomados en el mundo popular, no creo que existan otros que las traducciones francesas. El público inglés, no habiendo visto los modelos, no podría evidentemente tomar en estas piezas un interés que supere la curiosidad, interés que los dramas chinos le inspirarían igualmente.

En este estado de cosas no existen espectadores asiduos a ningún teatro, porque las piezas no reflejan las costumbres de ninguna parte del público. Se ha ensayado poner en escena las interioridades de los burgueses, pero no tan monótonas como las casas de ladrillo que los rodean y el tedio que estas representaciones han infligido a los espectadores, ha demostrado que la vida compuesta por esta parte de la población no era nada menos que dramática.

En Francia el teatro se apodera del charlatanismo, en cualquier rango social en que se encuentre. Los charlatanes de virtud y de religión no son más respetados que aquellos que publican las pretensiones del bello espíritu, de patriotismo, del desinterés, de la probidad. Se ve de tiempo en tiempo aparecer sobre la escena francesa, preciosas ridículas y Filinta, religiosas y monjes, magos, adivinos y saltimbanquis de toda naturaleza. Ella revela las intrigas de los ministerios y las maniobras electorales, así como las de la bolsa. Pero no se sufrirá en lo menor, en Inglaterra, el que el teatro represente a los tartufos del culto anglicano, ni los santos obispos de cuarenta, cincuenta, ochenta mil libras esterlinas de renta. Ni tampoco aquellos que ya hemos visto venir a poner sus costumbres de Sodoma y Gomorra bajo la protección de la tolerancia francesa. No hay hasta entre los metodistas y los predicadores de las plazas públicas a los que no sea prohibido el reírse y burlarse; es preciso también que el escritor dramático tenga buen cuidado de no tocar los privilegios parlamentarios en sus piezas; debe abstenerse de juzgar los misterios de las elecciones, de representar a los honorables que, para llegar a los parlamentos, se invisten del papel de

defensores a ultranza del dinero del pueblo, y que una vez elegidos toman en sus bellas manos su parte de ese dinero; obtienen privilegios o hacen mercado con los ministros. No sería tampoco prudente el hacer un drama sobre algunas intríngulis familiares a señores respetables «gentlemm du stock exchange» (banqueros), o sobre los revoltillos que se hacen en los ministerios. Todos aquellos «Robert-Macaire» de la alta alcurnia atacarían al pobre autor con cargos y moriría en prisión por no haber podido pagar la fianza.

He allí lo que nos explica por qué las piezas inglesas son todas muy monótonas o ridículamente grotescas. La culpa es de la censura y no de los autores.

Los dramas de Shakespeare han hecho época. Emocionan más al público, y en cuanto a las piezas cuyo interés está únicamente en la curiosidad que excitan y en el sentimiento vago que se experimente con la visión de una serie de cosas desconocidas todas indiferentes, estas piezas no son vistas sin tedio más que una vez. Haría falta que se renovaran bajo los ojos del espectador, como los que pasan bajo la ventana de la noble dama de Picadilly o de Bond-street, para que la gente asistiera siempre al teatro. Hoy día sería necesario nada menos que una revolución social para que el drama pudiera renacer. Porque ¿qué interés se podría inspirar con esas figuras de cartón piedra, de las plazas de West-end, con John Bull de la «cité» y todas esas encarnaciones que el ocio y la comodidad han vuelto estúpidas? Ni los excesos del castillo, ni los excesos de la taberna son dramáticos. Y las conversaciones criminales no excitan más la curiosidad a menos que los ministros y las altezas figuren. Es solamente como resultado de la emancipación del pueblo que aquellos bellos tipos y aquellas escenas variadas que prodiga la naturaleza, siempre inagotable cuando es libre, podrán reproducirse.

Luego de que la paz ha dejado el campo libre a las propensiones de locomoción de los ingleses, han desbordado en todo sentido sobre el continente, y la importación dramática, en Inglaterra, ha tomado una inmensa extensión. Se ha tratado incluso de imitar al vodevil francés. Pero Dios, siempre tan pródigo, para la isla galo-sajona, de fanáticos, de argumentadores, de grandes criminales, de novelistas, de muchachas de ojos azules y verdes praderas, le ha negado con no menos constancia, los cocineros, peinadores, modistas, cantantes y vodevilistas. Es preciso, para sobresalir en estas profesiones fundamentales, de imaginación, de alegría y de gusto. Estas son tres cosas que no tienen cabida en Londres y no hacen llegar ni a la cámara, ni al episcopado, ni a la bolsa. Sin embargo el público continental, el público europeizado del otro lado del Estrecho pedía con grandes gritos los vodeviles y los directores de los teatros que cada tarde tenían el dolor de ver sus salas desiertas, mientras que el pequeño teatro francés, mal iluminado, mal decorado, estaba siempre lleno, les hicieron a los señores autores un pedido de vodevil alegre, espiritual, relampagueante de buenas palabras y de graciosas bagatelas a la francesa. Los autores sintieron toda la importancia de la misión que les había sido confiada. Ellos vieron la gloria literaria de la nación comprometida en la lucha con el pequeño teatro francés, y se prometieron frecuentar todas las reuniones elegantes de West end para recoger las agudezas importadas por los recién llegados. Muchos fueron expresamente a París a estudiar la fisiología del vodevilista. De regreso a Inglaterra, ¡cuál no sería el asombro a la vista de la metamorfosis operada en ellos! Habían abandonado el régimen nacional por entero: el «roastbeef», el «plum-pudding», el «porter» y hasta la «turtlesoup». La turtlesoup

que haría renunciar a todos los John Bull de la Cité. No se alimentaban más que de ensaladas de anchoas, cangrejos, carlotas rusas, buñuelos de durazno, merengues y se inspiraban con champán, sauterne y café negro cargado.

Este régimen del Parnaso parisién les había sido prescrito por los grandes maestros del vodevil: Désaugiers, Scribe y Mélesville, pero no les iba en lo menor a los bardos nacidos tan lejos del sol, éste no animaba sus ojos, no encendía su espíritu. Ellos persistían sin embargo con una constancia muy británica. En menos de seis semanas su delgadez era extrema. Sus ojos hundidos en la órbita parecían la vela de una lamparilla a punto de apagarse. El insomnio hacía sus noches duras y quemantes. ¡Ay!, estos felices pronósticos no llegaron sino a una completa decepción. Ninguno de ellos produjo vodeviles alegres, espirituales, tales como los bordes del Sena ven nacer. No pudiendo por lo tanto tener éxito después de estas medidas tan bien tomadas, decidieron hacer incógnito como la multitud de sus predecesores. Se dedicaron a traducir a los autores del Gimnasio, de Variedades y de Vodevil y no guardaron del régimen sino el sauterne y el champagne.

Estos señores juzgaban inútil revelar al público la esterilidad de sus cerebros. Cambiaban casi siempre el título de las piezas francesas que traducían, y con un impúdico descaro los presentaban como productos de sus genios. Continuaron su oficio, y no contentos de ganar dinero buscaron siempre escamotear la gloria.

Los principales autores dramáticos que escriben para el teatro son:

Knowles, -Jerrold, -Planche, -Buckstone, -Serle, -Bernard, -Dance, -Peak, -Poole, -Fitzball.

Si se exceptúa a Knowles y a Jerrold que escriben de vez en cuando unas piezas originales, todos los otros no hacen sino traducir, mutilar, parodiar y arreglar a su manera nuestras piezas francesas.

Me he procurado las piezas de Buckstone, y me ha sido fácil de reconocer que aquellas cuyos títulos siguen no eran sino traducciones literales o disfraces de las piezas francesas sin que un pensamiento venga jamás a disimular el plagio.

TÍTULOS INGLESES TÍTULOS FRANCESES

Victorine or l'll s'leep on it. Victorine ou la nuit porte conseil.

The Rake and his pupil. Faublas.

The happiest day of my life. Le plus beau jour de ma vie.

Husband at sight. Mariage impossible.

The christening. Le Parrain.

The Irish Lion. Le Traiteur de J. J. Rousseau.

Two queens. Les Deus reines.

Our Maryanne. Les Cauchoises.

Love and Murder. Procés criminel.

New farce. Cabinet particulier.

Henriette. Henriette.

The pet of the petticoats. Vert-Vert.

El derecho internacional no protege en Europa sino la propiedad material; las obras de la inteligencia están sin defensa; se exige la extradición de un ladrón de un par de tijeras, pero el expoliador del pensamiento de otro va con la cabeza alta, lleva la estrella de honor sobre su pecho, recibe las ovaciones, llega a la fortuna, mientras que el verdadero autor muere a menudo de hambre en un granero. Esos beduinos literarios ejercen sus depredaciones sobre casi todas las piezas que se publican en París; están ávidos en tal forma, que probablemente tratarían con nuestros pobres autores cuyas piezas duermen dentro de la carpeta de la censura o de los comités de lectura, y a falta de dinero les ofrecerían percala o bonetes de algodón a cambio de sus ideas dramáticas.

Yo digo que estos gentlemen están necesitados; debería decir que están muy apurados; porque aún con esas amalgamas de las piezas francesas, no logran despertar más el gusto estragado del público.

Su industria provee al principio muy buenos beneficios; pero el público elegante, ese público que conoce los repertorios de los teatros de París tanto como los «dandys de la Chaussee d'Antin», no advierte tampoco que las piezas que se les daba por nuevas estaban compuestas con los jirones de las piezas francesas que había visto, o que pretendía haber visto en París, y que aquellas anunciadas como traducidas se parecían a las francesas, como las pinturas de los rótulos a los Teniers o a los Rembrandt; estos elegantes cosmopolitas se creyeron engañados, protestaron, desertaron de los traficantes de drama y afluyeron al pequeño teatro francés.

En cuanto a John Bull, este no conoce nuestras costumbres. Además las piezas francesas no presentaron en lo menor aquel tejido de aventuras cuyo inexplicable laberinto ocupa su atención, cuando, después de almuerzo, el vino del Portugal o de Madera lo hace salir de su apatía habitual. Nuestras piezas no tienen en lo menor estas situaciones que obran sobre los nervios, como el suplicio de un soldado o marinero inglés que recibe de doscientos a trescientos fuetazos. John Bull, prontamente cansado del clarete (vino de Bordeaux) que se le servía, regresó a los vinos alcohólicos.

La sociedad romana, hundida en el lujo y los refinamientos sensuales, hastiada con todos los goces de nuestra naturaleza no podía estar más impresionada por la pintura de los vicios convertidos en costumbres de todos. La libertad y el patriotismo habían sucumbido. La vida social carecía de todo móvil generoso, de toda acción verdaderamente dramática. La adulación, la bajeza y la tiranía no habrían sido más permitidas sobre la escena romana que la venalidad parlamentaria, y la hipocresía religiosa sobre el teatro inglés. La vida de los esclavos, como la de los proletarios ingleses, era demasiado grotesca para ser representada, y ni el teatro griego ni las piezas de Terencio o Plauto excitarían más el interés. ¡En esta degradación universal la sociedad romana pedía emociones al peligro, al dolor, a la muerte! ¡Ella se agolpaba en multitud en los circos para ver los combates entre los gladiadores, y a los hombres defender su vida contra bestias feroces!

La clase dominante no está menos estragada en Inglaterra que la sociedad romana bajo los emperadores, sólo que los medios de despertar a la sociedad de su entorpecimiento no están tan desarrollados como lo estaban en Roma. Para los ingleses era preciso, para

experimentar emociones, la visión de hombres en peligro. Los tigres, las hienas, los leones han hecho en un principio furor, pero cuando han visto que Van-Amburg y Carter no corrían ningún peligro, se les ha abandonado. Todavía pasará un tiempo y hará falta el espectáculo de la lucha de los hombres contra los animales. Entrada en esta vía, la sociedad inglesa no parará hasta lo último, si no es adelantada por la regeneración popular.

En Francia también las bestias feroces sobre la escena han atraído al público. Pero esta exhibición no podría tener ninguna duración, aun cuando ningún accidente la haría ser suprimida. El gusto del teatro está profundamente arraigado. También va en favor de ello el espíritu de igualdad que reina permitiendo tomar a los personajes del drama en todos los rangos de la sociedad, las representaciones dramáticas pueden variar y prevenir siempre el aburrimiento.

Londres posee quince o veinte teatros; primitivamente se les clasificaba según la especie de espectáculo que ofrecían al público. Actualmente todos los géneros están confundidos. Sólo la ópera italiana se ha mantenido fiel a su destino. Cada teatro existe en virtud de un privilegio otorgado llamado licencia, que determina cuántos meses puede estar abierto al público y el género de piezas que les es permitido representar.

Los espectáculos comienzan de seis a siete horas, la Ópera a las ocho horas. Todas terminan hacia la medianoche. Iluminadas con gas, las salas son excesivamente calurosas en verano y muy frías en invierno, careciendo de calefacción. El olor que sale del gas sube a la cabeza y la enferma. Los candelabros, aplicados sobre las tres primeras filas de asientos actúan sobre los ojos, hacia cualquier lugar a que se dirijan, las ondas vacilantes de una luz que ciega. Estos inconvenientes no son los únicos, a las nueve y media en todos los teatros los asientos están a la mitad de precio; entonces llegan en tropel de mujeres públicas y de hombres de toda condición. Las mujeres circulan por todas partes, se sientan a vuestro lado si encuentran lugar, exhalan un olor de ginebra asfixiante, entran y salen de los asientos a cada instante, porque la representación no es de ninguna manera el objeto de su atención. Ellas vienen al espectáculo únicamente para ejercer su oficio y uno está constantemente expuesto a las corrientes de aire por las puertas dejadas abiertas. En los corredores, hay ruidosos estallidos de risa, gestos y propósitos licenciosos. Todas aquellas voces roncas y tonantes sublevan y uno se creería en una de las cloacas de la bella civilización. El aire ambiente tiene algo de deletéreo cuando el pecho está oprimido. En la sala de descanso la desvergüenza está nada moderada y la prostitución se muestra al descubierto; son escenas tan escandalosas que la pluma se niega a describirlas. En todos los teatros la sala de descanso está decorada con lujo, los bancos y asientos son elegantes, la sala adornada de espejos chispean de mil luces; se encuentra un café con toda clase de refrescos y en invierno un buen fuego. Pero en todos los teatros las mujeres públicas se han adueñado de la sala la obscenidad de sus provocaciones excluye a toda mujer dotada del menor pudor y los hombres que no han renunciado enteramente a toda delicadeza.

Covent-Garden y Drury-Lane, son calificados como teatros nacionales. Gozan del privilegio de estar abiertos todo el año. Este privilegio que les había sido acordado con el objeto de propiciar el arte dramático, ha sido suficiente mucho tiempo para cumplir su misión. Cuando los nuevos géneros vinieron a ofrecerse, el público cansado abandonó a los antiguos dioses para ir a quemar incienso en los altares de Baal. La música y la danza

hicieron dejar la grandeza salvaje de Shakespeare. Covent-Garden y Drury-Lane recurrieron en vano a aquellos dos atrayentes lenguajes para retener a la masa; pero no tenían ni orquesta, ni grupo especial y no pudieron luchar contra sus rivales.

Esta pobreza de medios de ejecución, tanto como la ausencia del sentimiento del arte, explica la transformación que sufren las piezas que nos prestan a fin de poder mantenerse activo. Las mutilan de la manera más horrible, sustituyendo los gigs y otros aires de danzas inglesas a la encantadora música de nuestras óperas cómicas, haciendo desaparecer la dignidad dramática, imprimiendo a la intriga una rapidez absurda, introducen a los grotescos ingleses, privan la acción de sus motivos el amor de sus expresiones y hacen del todo una farsa musical, género de pieza por debajo de nuestros teatros de feria. Nuestras grandes óperas no son mejor tratadas y se les encontrará también en los repertorios de Covent-Garden y de Drury-Lane las comedias de nuestros mejores autores convertidas en innobles farsas. Los esfuerzos tan mal dirigidos no podían sostener la tragedia shakesperiana.

Los dos teatros llamados nacionales, abandonados por el público, han sido obligados en varias ocasiones a suspender sus representaciones durante cuatro a seis meses; en fin el uno y el otro han caído en las manos de los especuladores. Aquellos no sueñan sino en ganar dinero sin inquietarse en nada por los progresos el arte dramático, ni de los motivos que hicieron acordar los privilegios. Se han introducido en estos teatros melodramas de gran espectáculo cuyas ricas decoraciones y vestidos pintorescos hacían todos los gastos de invención. Más tarde los ballets, las personas grotescas, los bailarines de cuerdas, los perros sabios, los monos extraordinarios tales como Jocko, los caballos y siguiendo más allá las bestias feroces. Covent-Garden y Drury-Lane, donde los Garrick, Kembles, Kean, Young, Siddons, O'Neil, animaron tan largo tiempo las palabras de Shakespeare, hicieron aparecer sus personajes y les dieron tan imponente grandeza, no son más que arenas.

En cuanto al «Queen's-Theatre», está destinado a la segunda edición de las óperas italianas cantadas en el invierno en París. Es bastante afortunado para nuestros virtuosos que los ingleses sean de naturaleza anti-musical. Estos señores del Teatro Italiano van a Londres, en el verano, para ganar dinero y reponerse de las fatigas de París. Ellos dejan ir su voz, cantan con afinación, porque sería imposible que cantasen en falso, pero la impasibilidad del auditorio los priva de todo entusiasmo, son fríos y cumplen su tarea. La brillante asamblea no se emociona, por lo menos no manifiesta ninguna emoción por la voz, el gesto o la expresión de la fisonomía. Esta calma se llama en Londres, de la atención, y es preciso suponer que esta élite de la aristocracia está atenta para evitar creerla compuesta de estatuas.

Los ingleses tienen el defecto de creerse aptos para todo, si se les juzga a partir de la universalidad de sus pretensiones. Como Nápoles, Viena y París, Londres ha querido tener su ópera nacional.

«The English-Opera», construida con mucho lujo, está únicamente destinada, estipula el privilegio, a la representación de óperas inglesas. Es fácil tener la cabeza alta y emitir las pretensiones; pero ¡ay!, no depende de nosotros el realizarlas. ¡Qué de pretensiones a la belleza, al talento para el pequeño número que ejerce el imperio!

Dos o tres directores colocados sucesivamente a la cabeza de la nueva academia de música han esperado, con una paciencia verdaderamente inglesa, la obra musical que debían producir los cerebros británicos. Hasta el presente el terreno se ha mostrado estéril. La Ópera Inglesa no ha puesto sino obras cuyo mérito no ha ido más allá de las farsas musicales y no teniendo nada en materia de cantantes que pudiesen hacer valer sus rapsodias, ha caído en una ruina completa. La sala es muy hermosa, y cuando no ha hecho sonar los acordes de la lira inglesa, era cada día solicitada: bailarines españoles, vodevilistas francesas, médicos alemanes, etc., presentándose sucesivamente para ocuparla. ¿Cómo hacer? El privilegio exige que ninguna pieza, puede ser representada sin que sean cantados tres textos musicales. Felizmente para los accionistas el privilegio no precisa más la especie de música que los instrumentos o las voces deben ejecutar; y el nuevo director, que no creo sea gran conocedor de música, se ha mostrado administrador muy hábil, cuando encuentra medio de satisfacer las condiciones impuestas. Melodramas, comedias, «vaudevilles», ballets, etc., él admite todo, introduciendo los tres aires obligados, cantados por no importa quién y colocados no importa dónde. Ese golpe de maestro ha llevado al público inconstante a la Ópera Inglesa. Sin embargo, la mitad del año se da en esta sala, los conciertos llamados «Musard»: permítanme no dar cuenta de ello.

El teatro de Astley es, sin contradicción, el más frecuentado. Los ingleses aman mucho a los caballos y a los payasos, y en el Franconi de Londres estos dos tipos de actores son muy notables. Sin embargo encuentro a los caballos del Franconi parisiense más sabios, y sus picadores más hábiles, más graciosos; pero, debo confesarlo, sus payasos están lejos de acercarse a los «jackspuddings» ingleses. Este teatro está casi siempre lleno. Cuando fui, se daba la eterna batalla de Waterloo; se veía a los soldados franceses abatidos, hechos prisioneros por una sola vivandera inglesa. Cuento estos acontecimientos de la pieza, porque da una idea fiel de la parcialidad exagerada de los autores de la carga. Cuando vinieron a anunciar que todo estaba perdido para los franceses, salió de atrás una voz de hombre del pueblo que gritó: ¡Viva el emperador Napoleón!

El teatro de Hay Market tiene permiso para estar abierto durante diez meses. Su privilegio le autoriza a representar la comedia, la tragedia, las pequeñas piezas, y las pone en ese caso, enteramente sobre el mismo pie que los dos teatros nacionales. Hasta el presente el teatro no se ha degradado jamás hasta el punto de mezclar a los farsantes con los actores; no ha hecho representar papeles a los perros, a los monos y a las bestias feroces. Su escena está libre de toda alianza monstruosa. Su dirección, por el contrario, ha hecho prueba de constantes esfuerzos para mantener el arte dramático. El último director, Webster, que es excelente como autor, ha intentado hacer revivir sobre su teatro las piezas del inmortal Shakespeare. Pero le fue preciso renunciar: el público desertaba de la sala. Es sobre todo en este teatro que son representados los vodeviles traducidos del francés.

El Olympic, teatro de la señora Vestris, el de Victoris, el Garrick-Surrey's, el Adelphi's, etc., son todos secundarios; su existencia es precaria, accidental; los directores se arruinan, y con ellos los autores, actores, maquinistas y proveedores.

En total, las únicas representaciones que gustan son las farsas, las gruesas farsas burlescas, bastante triviales; los payasos hacen fortuna. En pintura, los cuadros de Ostade y

aquellos de Brauwer son preferidos a los de la escuela italiana. Decididamente todo lo que hace recordar esta sociedad afectada, tan viciosa, tan corrompida, aburre, disgusta o subleva.

- XVI -

Las tribulaciones de Londres

Los ingleses son tan jactanciosos y ponderan tanto a Inglaterra y sus costumbres que para la comodidad de la vida pasa como un hecho que Inglaterra es el lugar de residencia por excelencia. Esta reputación se afirma por millares de respetables «gentlemen» todos los días formalmente en todas las mesas de hospedaje y todos los cafés y cabarets de Francia, de Alemania, de Suiza y de Italia. Es preciso creer que han dejado Inglaterra para mortificarse y no porque se encuentren mejor sobre el continente. Sin embargo las personas que han vivido donde John Bull la rebajan bastante. Pero en presencia de tan numerosos testimonios, es repudiado quien ose decir lo contrario.

Convendría en el examen de ventajas y recursos que ofrece un país, el hacer notar primero aquellos que se dedican a las necesidades intelectuales porque ese es el verdadero termómetro del progreso de una nación.

En Inglaterra no existe instrucción gratuita de ninguna especie. El hombre privado de dinero debe renunciar a cultivar su espíritu o incrementarlo con los conocimientos generales.

El acceso a las bibliotecas, a los museos, a las iglesias, a las colecciones científicas es casi imposible para los proletarios. La biblioteca de «British Museum» es la única que yo conozco donde se puede ser admitido gratuitamente. Hace falta todavía los sustentadores, las seguridades, etc. En Inglaterra todo hombre pobre es «ipso facto» reputado como un ladrón. No hay ningún gabinete literario en Londres. No se encuentran los periódicos extranjeros y las obras nuevas sino en los clubs, donde sólo los miembros son admitidos. Se lee bastante los periódicos ingleses en los cafés y tabernas, pero es necesario consumir.

Existen muchas instituciones científicas. Sin embargo, no conozco que exista un curso gratuito sobre alguna ciencia. La palabra gratis no tiene sentido en Inglaterra, o esconde una trampa para hacer pagar doble. El hombre del clero, el profesor, el miembro del parlamento, todos hacen dinero con su profesión. ¡Todo se paga, todo se vende, lo gratis es una falta!

El proletario es tratado como una bestia de carga, y es apenas que se ocupan de su existencia material. En cuanto a las necesidades de su espíritu, ni siquiera se ha supuesto que las tenga. El proletario no tiene por toda distracción sino la ebriedad. Con relación al estudio y a los goces del espíritu, no hay ciudad en Europa que ofrezca menos recursos al pueblo que Londres e Inglaterra.

Si pasamos a las cosas usuales de la vida, veremos que en esta categoría el país no ofrece bienestar sino a aquellos que tienen los bolsillos bien llenos. En las ciudades del continente, existen facilidades al alcance de la fortuna más pequeña para satisfacer todas las pequeñas exigencias de la existencia social. En Londres, no se encuentra en ninguna parte estas pequeñas comodidades que hacen la vida dulce para todo el mundo, alivian el trabajo doméstico y, procurando al más pobre algunas de las comodidades del rico, aligeran un tanto los horrores de la miseria.

Si está usted apurado por enviar una carta o de recibir respuesta, no hay en una esquina de la calle comisionarios que estén dispuestos a servir de domésticos por algunas monedas. Si está usted como resultado de una larga carrera, enlodado hasta la pantorrilla; Londres no tiene limpiabotas públicos; si está usted retenido en los extremos de la ciudad por algún asunto, no hay un sólo restaurant donde se pueda tomar desayuno o almorzar, ni cafés donde puedan tomarse refrescos. El médico ordena baños, el enfermo no puede tomarlos en casa; no hay baños públicos en Londres. En las iglesias, es preciso escuchar un largo sermón de dos horas sentado sobre los bancos de madera no pulida. En los palcos, en la Ópera Italiana no se encuentra sino pequeñas sillas de madera tan exiguas en su forma y tan incómodas que sería un verdadero suplicio el quedarse sentado sobre ellas durante cinco horas. Desea usted invitar a comer, almorzar, al amigo que acabáis de encontrar: los restaurantes no tendrán sino cosas ordinarias a ofrecer. Si parecéis sorprendido el servidor os dirá: Señor, aquí cuando se quiere un buen almuerzo hay que pedirlo la víspera. Y bien, es lo mismo para todo. En Londres uno no está jamás presto como en París. Es preciso siempre veinticuatro horas como mínimo para prepararse.

Si ahora busco en las casas la comodidad interior estaré bastante decepcionada. En Inglaterra, cuando una casa está provista de alfombras desde la puerta de entrada hasta la última habitación, una mesa cubierta de una bella vajilla de té adorna el salón, y las chimeneas tienen bellos adornos, palas y tenazas de acero pulido, está bien claro que entonces la casa puede mostrarse sin vergüenza, teniendo todas las comodidades exigidas para que los gentlemen gocen de un honesto bienestar. Los asientos del salón están mal terminados y sus formas son pesadas, incómodas, se está mal sentado al igual que sobre aquellos del comedor. Pero pasemos todavía al dormitorio.

Es cierto que de todos los pueblos, los franceses son los que tienen el sentimiento más exquisito de las comodidades de la vida. Hacen del dormitorio la pieza más alegre de la casa. ¡Ah!, qué bien comprenden la sensualidad de la soledad, de un lugar del retiro. Los objetos exteriores tienen tanto poder sobre nosotros, que cambian a menudo todo el curso de nuestro pensamiento. Los retratos de familia, los lienzos, una cantidad de bellas bagatelas, a las cuales se unen recuerdos, hacen nacer en nosotros una cantidad de ideas y de reflexiones. ¿Qué persona después de algunos años de existencia, no escribiría un libro grueso bajo el dictado de estas inspiraciones? Estoy convencida por otra parte que una alegre habitación así adornada, amoblada elegantemente, hace al ser que la habita más tierno, más reconocido y aún añadirse mucho más cuidadoso. Entre los ingleses, las cosas son al revés; ellos adornan sus salones con lujo y simetría, y las mujeres duermen en verdaderas pocilgas.

Una enorme cama ocupa el centro de la habitación; una gran cómoda está en una esquina, la mesa está en otra, y el tocador frente a la ventana que da sobre un pequeño patio, (porque, en Londres todos los dormitorios están sobre la parte de atrás de las casas, y los patios son tan exigüos que las habitaciones carecen de aire y de luz). Aquí y allá, cinco o seis sillas están sobrecargadas de cajas, cartones, zapatos, etc. Los trajes, los abrigos, los chales, los sombreros cuelgan en las cuatro paredes prendidos de clavos, haciendo el papel de perchas: tal es generalmente el dormitorio de una inglesa. Es difícil hacerse una idea del desorden de estos dormitorios: una francesa no puede entrar allí sin experimentar un sentimiento de disgusto. He viajado mucho, y puedo decir que no me he encontrado jamás tan mal como en esas habitaciones inglesas.

La cama inglesa resume perfectamente la fisonomía y la realidad que tiene generalmente las cosas en Inglaterra, tiene la más bella apariencia; pero apenas uno se acuesta, uno se cree extendido sobre un saco de papas, hasta ese punto los lechos de plumas son dulces. Por fin, hablaré de esa limpieza inglesa tan alabada, y porque la limpieza va bien con cualquier cosa en el confort de la vida. En Inglaterra uno encuentra constantemente este mismo sistema de cuidar sobre todo lo que es exterior: delante de la puerta que da sobre la calle, la escalera, la estufa y sus utensilios, los cuchillos, las tapas de las fuentes y todas las cosas que se ven son limpiadas, lavadas, enjabonadas en forma inmejorable.

La distribución de las casas inglesas es muy incómoda, a pesar de su reputación contraria. En las casas pequeñas donde se tiene solamente una doméstica, es imposible de ser bien servido: la pobre muchacha está extenuada por la fatiga y pasa la mitad del día en subir y bajar las escaleras; porque la cocina está en el sótano el comedor en el primer piso, el salón en el segundo, y los dormitorios en el tercero o cuarto.

Aquí me detengo, temería de ser acusada de exageración si quisiera enumerar todas las tribulaciones que se encuentran en Londres. Diré, en suma, que no existe suavizador de la miseria del pobre que el pequeño burgués vive lleno de privaciones continuas; el rico mismo no puede satisfacer todos sus caprichos y en fin el extranjero no encuentra en la metrópoli británica, ¡ni papas fritas ni castañas tostadas!

TENDENCIA A LA ANGLOMANÍA. -Desde 1830 se ha operado un gran cambio en el pueblo de Londres. A pesar de los esfuerzos de los torys, para despertar los antiguos odios contra los franceses, los obreros, los marineros y en general toda la gente del pueblo, aman mucho a los franceses y tienen de ellos una idea muy elevada.

Durante mi último viaje, me ha ocurrido veinte veces el ser saludada en las calles por un cochero de carrera, un marinero, una sirvienta; en estos términos: «Bond jourre, madame Franceze». Estas palabras, burlescamente pronunciadas, eran siempre acompañadas de una mirada amistosa, de una sonrisa benévola que decía claramente: tenemos mucho placer en veros.

Cada vez que encontraba la ocasión de hacerme una cortesía o de decirme una palabra de alabanza o admiración, se veía que lo hacían con sinceridad. La gente del pueblo no son los únicos que se hacen francómanos. Numerosos jóvenes y sobre todo las mujeres no estiman que nada es bueno o bello si no es francés. Tales francómanos, aprenden el idioma francés,

leen los periódicos y libros franceses, se visten a la francesa, hacen venir todo de París, reemplazan el té por el café, el «roastedbeef» por las costillas de carnero, la cerveza por el vino, los lechos de pluma por los colchones y se les encuentra incluso que llevan tan lejos la francomanía que convierten su dormitorio en tocador a la francesa. Es que los hombres racionales de Inglaterra comienzan a percibir que el pueblo hasta hoy día ha sido el instrumento de la aristocracia, la jauría de la que servían para agarrar su presa. Comprenden que el interés del pueblo inglés es el estar unido con una nación que tiene por principios la igualdad y la tolerancia. No se escucha más de aquellos cuentos azules propagados con celo entre el pueblo durante tanto tiempo para hacer nacer los prejuicios y avivar los viejos odios contra nosotros.

Las facilidades y lo barato de las comunicaciones llevan anualmente a Francia a doscientos mil ingleses; negociantes, tenderos, obreros, todos vienen a respirar durante algunos días el aire continental, deshaciéndose durante ciertos instantes el yugo de sumisión que la nobleza inglesa impone imperiosamente a aquellos que emplean. En Francia ellos no ven personas cuyo orgullo les insulte y tienen conciencia en la dignidad de su ser. Adquieren por ellos mismos la convicción de que los franceses comen muy buena carne, están bien vestidos y que las mujeres no son feas y sucias como lo dice Goldsmith, para hacer la corte a sus patronos, envileciendo así por la mentira y la pobreza de su genio. Los ferrocarriles de París a Calais y de Douvres a Londres serían fecundos en resultados ventajosos, en el bienestar de los dos pueblos, en el avance moral como material. ¡Los ferrocarriles! He ahí los agentes de unión, de confraternidad, contra los cuales vendrán a expirar vergonzosos esfuerzos, que los pueblos se mezclen, que se comuniquen sus pensamientos, que hagan intercambio de talentos como de cosas, y las querellas entre las naciones llegarán a ser imposibles. Son los grades quienes siempre las excitan. Los pueblos no piden sino vivir en paz.

- XVII -

Las mujeres inglesas

¡Qué indignante contraste hay en Inglaterra entre la extrema servidumbre de las mujeres y la superioridad intelectual de las mujeres autoras! No existen males, dolores, desorden, injusticia, miserias resultantes de los prejuicios de la sociedad, de sus organizaciones, de sus leyes, que hayan escapado a la observación de las mujeres autoras. Es un fenómeno brillante los escritos de estas inglesas que aclaran el mundo moral con tan vivo resplandor, y sobre todo cuando se considera la educación absurda que ellas han debido sufrir, y la influencia embrutecedora del medio en el cual han vivido.

Es suficiente residir algunos meses en Inglaterra para ser impresionado por la inteligencia y la sensibilidad de las mujeres, además son capaces de una atención sostenida y tienen memoria; con estas disposiciones no hay nada de inaccesible en la esfera intelectual. Ellas son nobles y grandes a su manera, pero ¡ay!, todas estas bellas cualidades nativas son ahogadas por un sistema de educación fundado sobre falsos principios y por la atmósfera de hipocresía, de prejuicios y de vicios que rodean su vida.

La existencia de las inglesas es todo lo que se puede imaginar de más monótono, de más árido y de más triste. Para ellas, el tiempo no tiene medida y los días, los meses, y los años no traen ningún cambio a esta agobiante uniformidad.

Las jóvenes son educadas según la posición social de sus padres; pero cualquier rango que deban ocupar está siempre bajo el imperio de los mismos prejuicios con que se dirige la educación.

En este país del despotismo más atroz, y donde ha estado de moda mucho tiempo el alabar la libertad, la mujer está sometida por los prejuicios y la ley a las desigualdades más indignantes. Ella no hereda sino cuando no tiene hermanos; está privada de derechos civiles y políticos, y la ley la sujeta en todo a su marido. Formada bajo la hipocresía, llevando sobre sí el yugo pesado de la opinión, todo lo que impresiona a sus sentidos al salir de la infancia, todo lo que desarrolla sus facultades, todo lo que ella sufre tiene como resultado inevitable el materializar sus gustos, el entorpecer su alma y el endurecer su corazón.

Los novelistas ingleses, conmovidos con las escenas que veían en el interior de las familias, han soñado otras en las cuales han creado sobre el testimonio de su imaginación. También en tanto que son verdaderas cuando pintan las ridiculeces del común de los «gentlemen», los santurriones pretenciosos de la burguesía, las tiranías del padre y del esposo, el insultante orgullo de los superiores, la bajeza de los subalternos, otro tanto se alejan de la realidad en sus lienzos de felicidad doméstica. ¡La felicidad sin la libertad! ¡La felicidad por lo tanto jamás ha existido en la sociedad del amo y del esclavo!

He aquí como ocurren las cosas en las familias que gozan de bienestar.

Los niños están confinados al cuarto piso con su ama o aya. La madre los pide cuando quiere verlos y solamente entonces los niños vienen a hacerles una corta visita durante la cual la madre les habla en tono ceremonioso. La pobre niñita estando así privada de caricias, sus facultades amantes quedan inertes; ella ignora enteramente la dulzura de la intimidad, de la confianza, del esparcimiento, que toda niña naturalmente espera tener de parte de un padre que la quiera. Tiene por su padre, al que apenas conoce, un respeto mezclado de temor y por su hermano una consideración y una deferencia que, desde muy corta edad, se le obliga a mostrarle.

El sistema seguido por la educación de los jóvenes me parece que tiene por objeto embrutecer al muchacho más inteligente.

Jacotot dice: todo está en todo. La educación inglesa parece mostrar, al contrario, que en el todo no hay nada. No se ocupa sino de imprimir sobre los jóvenes cerebros palabras de todas las lenguas europeas; en cuanto a las ideas nada cambia. En esta extravagante manía la barbarie iguala a la estupidez. Se da a un niño una nodriza alemana, una institutriz francesa, una ama española, a fin de que aprenda desde la edad de cuatro a cinco años tres o cuatro lenguas. He visto a unas pequeñas criaturas de estas, cuya suerte era verdaderamente digna de compasión; no podían hacerse comprender por las personas que las rodeaban. Toda travesura, toda gracia en el lenguaje les estaba terminantemente prohibido. Incapaces

de comunicarse verbalmente, estaban obligados a hacerse comprender por signos. Este estado hacía nacer, según la naturaleza de las organizaciones, la irritación o la apatía: las unas eran vocingleras, irritables, perversas; las otras silenciosas y tristes. El niño forzado a sobrecargar su memoria de palabras de tres o cuatro lenguas no adquiere sino una concepción confusa del sentido que las palabras expresan; retiene el oral y deja escapar la idea que representa. La memoria de las palabras se desarrolla fuera de medida, pero la inteligencia necesaria para concebir el pensamiento se destruye. El conocimiento de las lenguas es, sin duda, necesario para un pueblo cuya codicia invade la tierra entera; pero es preciso antes subordinar toda especie de instrucción al desarrollo de la organización; luego considerar la utilidad del lenguaje que se hace aprender al niño. Es raro, sino imposible, que se pueda expresar con pureza y elegancia en tres o cuatro lenguas. Ahora bien, como las locuciones son irregulares e incorrectamente unidas al acento extranjero chocan en todo país y como las mujeres raramente son llamadas a tener relaciones de asuntos con las naciones extranjeras, pienso que en general existe para ellas cosas más útiles de aprender.

Todo el que aprende, es enseñado con el mismo método de las lenguas. Es preciso que la joven aprenda música, aunque tenga o no aptitud para este arte; que dibuje, que dance, etc. Resulta de esta educación que las señoritas saben un poco de todo y no tienen en nada un talento con el cual se puedan servir aunque fuera para distraerse. Sin embargo se encuentran excepciones, pero son raras.

En cuanto a la educación moral, ella se forma en la Biblia. Este libro encierra buenas cosas. Todo el mundo está de acuerdo; pero qué de impurezas, de historias indecentes, de imágenes obscenas que habría que quitar para poner en manos de la juventud, si se quiere evitar que su imaginación ensucie y que vea la justificación de todas las acciones que la sociedad reprueba: el robo, el asesinato, la prostitución, etc. Porque, digan lo que digan los reverendos, la educación por las escrituras es la más antisocial de las educaciones. Entre las mil y mil contradicciones inglesas aquella no es la menos chocante. Exigir que una joven sea pura, casta, inocente y prescribirle la lectura de un libro donde se encuentran las historias de Lot, de David, de Absalón, de Ruth, el cantar de los cantares etc.; y cuando sepa las predicaciones de San Pablo sobre los fornicadores, que su memoria será adornada de escenas de violaciones, de amor adúltero, de prostitución y de orgía que representa la Biblia y las expresiones de las cuales se sirve el santo libro, se le dirá que no debe pronunciar las palabras camisa, calzoncillos, calzón, muslo de pollo, perra, etc. Es por lo tanto la apariencia de castidad, de inocencia, y la realidad del vicio lo que se enseña a las jóvenes, así como se enseña al pueblo la apariencia de religión y la realidad de la ociosidad y de los desórdenes que ella produce prescribiéndole la observación del domingo. ¡Cosa extraña! La moral no existe de ninguna parte; no se cree más en la castidad, en la probidad y en ninguna de las acepciones de la palabra virtud. Nadie se deja engañar por las apariencias, y sin embargo ellas continúan envolviendo las costumbres nacionales.

Las jóvenes tienen muy pocas distracciones. Como el interior de las familias es frío, árido y mortalmente pesado, se lanzan impetuosamente a la lectura de novelas. Desgraciadamente estas novelas ponen en primer plano amantes tales que Inglaterra no los presenta, y la influencia de esta lectura hace nacer esperanzas que no podrían realizarse. La imaginación de las jóvenes toma un cariz novelesco, ellas no sueñan sino en el rapto, pero con la particularidad que caracteriza este siglo de confort, de comodidad y de lujo, que el

raptor debe ser hijo de un nabab o de un lord, heredero de una inmensa fortuna y que el rapto se haga en una soberbia calesa de cuatro caballos. Las jóvenes ricas lejos de responder a los deseos de que son objeto, tienen los sentidos cerrados, el corazón endurecido, y su espíritu frío y positivo, somete todo al cálculo. Las decepciones que experimentan estas señoritas no tendrían lugar si se les hubiera dado el gusto de los goces intelectuales, inspirado en el desprecio por las satisfacciones de la vanidad y ellas hubiesen sido formadas en el hábito de vivir de poco. Si se les hubiera explicado el Evangelio, ellas sabrían que las grandes riquezas corrompen el corazón casi siempre, y ellas no desearían en lo menor ser amadas por jóvenes que pasan su vida en las casas de juego y mezclados con las prostitutas. Estas señoritas, después de esperar vanamente, la calesa de cuatro caballos, llegadas a la edad de veintiocho y treinta años, se casan con los pequeños negociantes, con los empleados pobres o con los equivalentes. Muchas también quedan señoritas.

A la verdad, la suerte de la mujer casada es mucho más triste que la de la muchacha soltera. Por lo menos esta goza de una cierta libertad, puede salir al mundo, viajar con parientes y amigos, mientras que una vez casada, no pueden salir sin el permiso de su marido. El marido inglés es el tipo de señor y amo de los tiempos feudales. Se cree y ello de buena fe, en el derecho de exigir a su mujer la obediencia pasiva del esclavo, la sumisión y el respeto. Aquel, la encierra en su casa, no porque es amoroso y celoso como el turco, sino porque la considera como su cosa, como un mueble que no debe servir sino para su uso, y a quien debe siempre encontrar bajo su mano. No entra de ningún modo en sus ideas el deber de la fidelidad a su mujer. Esta manera de ver, que deja el campo libre a las pasiones, muchos la motivan sobre la Biblia. El marido inglés se acuesta con su sirvienta, la arroja cuando está encinta o va a dar a luz, y no se cree más culpable que Abraham enviando al destierro a Agar y a su hijo Ismael.

La mujer, en Inglaterra, no es en lo menor como en Francia, el ama de casa, ella es casi siempre enteramente extranjera. El marido tiene el dinero y las llaves, él es el que ordena los gastos, contrata o despide a las domésticas, ordena el almuerzo todas las mañanas, invita a los comensales; él solo decide la suerte de los niños; en una palabra, se ocupa exclusivamente de todo. Muchas de las mujeres no saben con precisión qué género de asuntos tienen sus esposos, a qué profesión son destinados sus niños y generalmente ignoran el estado de su fortuna. La mujer inglesa no pregunta jamás a su marido lo que él hace, qué sociedad ve, como gasta él, y dónde pasa su tiempo. No hay una sola mujer que ose permitirse el dirigir muchas preguntas. De esta extrema dependencia, de este respeto, de las mujeres inglesas por la voluntad de su señor y amo, a la familiaridad, al interés activo de las mujeres francesas para con sus maridos, hay todo el espacio que separa la civilización francesa de hoy día de la de San Luis. La mujer inglesa no tiene garantía alguna para su fortuna y puede ser despojada de ella sin saberlo. Es por el periódico ordinariamente que ella sabe que su marido ha tenido pérdidas, que está arruinado, y a veces que se ha levantado la tapa de los sesos.

He dicho ya que es de costumbre que los niños vivan con su aya en una pieza aparte; la madre no va ahí jamás. No es de ella que aprenden a hablar, no es ella la que desarrolla gradualmente su espíritu y su corazón. Cuando la aya o gobernanta le lleva los niños al salón, ella examina si están bien limpios, si sus vestidos están frescos; terminada esta inspección, ella los abraza y los despide hasta el día siguiente. Cuando están más grandes,

los niños viven en pensión, la madre entonces no los ve sino raramente, y una vez casados, las relaciones cesan casi enteramente: se escriben y eso es todo. Esta frialdad, esta indiferencia como madre y esposa, no resulta solamente de la educación petrificante que ha sufrido, es también la consecuencia, natural de la posición que la mujer inglesa ocupa en la casa conyugal: ¿qué interés puede tomar en una asociación que se conduce en todo sin que su voluntad y sus consejos participen en nada? ¿La buena o mala fortuna del amo no deja siempre a los esclavos en una indiferencia completa?

Creo adivinar aquello que les ha valido, a estas mujeres la reputación, de mujeres de entre casa es su vida sedentaria. En efecto, como suponer que quedándose siempre en casa no se ocupen de algo. Sin embargo eso es lo que tiene lugar: no solamente las mujeres inglesas no hacen nada en su casa, sino que todavía piensan y creen rebajarse a la condición de obreras si agarran una aguja; para ellas el tiempo es una carga abrumadora. Se levantan muy tarde, desayunan lentamente, leen los periódicos, se visten; después a las dos, llega la segunda comida. Después leen la novela y escriben cartas de doce a quince páginas. Para comer hacen un segundo arreglo personal. Después de la comida, hacia las siete o las ocho, toman el té siempre muy lentamente. A las diez de la noche, cenan y finalmente se quedan solas en un rincón de la chimenea.

Nada manifiesta tanto el materialismo de esta sociedad inglesa que el estado de nulidad al que los hombres reducen a sus compañeras. ¿Las cargas sociales no son comunes a la mujer tanto como el hombre, para que estos señores creen poder excluirla y la condenan a vivir la vida de la planta? ¡Oh! ¡Es preciso convenirlo, la educación bíblica produce maravillosos efectos! ¿Este orden inglés no hace la sátira más amarga del matrimonio indisoluble? ¿Podrá inventarse algo más fuerte para hacer resaltar la extravagancia de la institución? Bajo el imperio de circunstancias parecidas, es necesario, para que exista en Inglaterra un número tan grande de mujeres de mérito que Dios haya impartido a las inglesas mucho más fuerza moral y de inteligencia que a sus amos, de otra manera llegarían a ser necesariamente criaturas completamente estúpidas.

Las causas de todos los matrimonios en Inglaterra son del lado de las muchachas, el deseo de sustraerse del poder paternal; de aligerar el yugo de los prejuicios que pesan tan fuertemente sobre las jóvenes, y la esperanza de gozar en el mundo de más importancia. Porque para las almas elevadas es una necesidad tomar parte en el movimiento de la sociedad. Del lado de los hombres es únicamente el deseo de apoderarse de la dote, con la cual se pagan las deudas, hacen especulaciones, o, si esta dote es una fortuna, de comer las rentas en los clubes, en los Finishes, o con las amantes.

Dentro de este mercado la mujer es la que es engañada. Los prejuicios la conducen al altar y la concupiscencia la espera para despojarla. Los hombres llevan la misma existencia que antes de estar casados; el lazo del matrimonio, que es tan pesado para las mujeres, no les impone ninguna obligación, y según como lo quieran ellos, viven con mujeres alegres, sirvientas y actrices. La mayor parte mantiene suntuosamente a una amante en una bella casa pequeña de los arrabales. Esta costumbre es universal, entre los hombres ricos tanto de la «cité» como del «West-end». Forman una segunda familia; todo lo que tienen de afecto en el corazón se lo dan a esta mujer elegida y para los hijos que ella les dé, mientras la pobre mujer legítima que han tomado únicamente como un socio capitalista, es a sus ojos

una compañía incómoda, desabrida: las atenciones que ella exige, la consideración, el respeto que el mundo les obliga a mostrarle, son deberes que lo importunan y a los cuales escapan manteniéndose fuera el mayor tiempo posible. ¿En qué se convierte la mujer a contrato? ¡Ay! ¡Ella está reducida al estado de máquina para fabricar niños, «y los veinticinco años más bellos de su vida se la pasa teniendo niños»!

El aislamiento lleva a la mujer inglesa a observar, a meditar. Un gran número de ellas, se dedican a escribir. Hay en Inglaterra mucho más mujeres autoras que en Francia, porque las francesas tienen una vida más activa y son menos excluidas que las inglesas del movimiento social. Muchas mujeres autoras han descrito Inglaterra y desde Lady Montagu, que ha escrito sus impresiones de viaje en un estilo tan puro, tan elegante, una cantidad de otras se han lanzado, a su ejemplo, en la carrera literaria y han dado prueba de un mérito incontestable. Es sobre todo en la novela y en los cuadros de costumbre que estas mujeres sobresalen. Todo el mundo conoce las obras de Lady Morgan. Nadie antes de ella había trazado tan bien el carácter irlandés y dado tanta vida a la pintura de Irlanda. Las obras de Lady Blissington, se hace notar por la exactitud en la observación, lo picante de su pensamiento; y yo podría citar muchos otros nombres. Últimamente una joven ha aparecido y su comienzo ha sido de lo más brillante, jamás una autora literaria ha brillado con tan vivo resplandor, ni ha dado tan bellas esperanzas, y Lady Litton- Bulwer se ha colocado en el primer puesto de la literatura. Esta mujer de élite, es una de las numerosas víctimas de la indisolubilidad del matrimonio. Así su primer libro es un largo quejido de dolor; ella lo ha titulado «Escenas de la vida real». No se muestra impunemente el talento: no pudiendo la gente contestarle se ha elevado contra el escándalo de semejantes divulgaciones. Pobres mujeres no se les permite sino sufrir... este mundo les ha prohibido hasta la queja.

El marido de Lady Bulwer, conocido como célebre novelista, llegó al parlamento y a título de barón, cuando Lady Bulwer vino a revelar el bello genio con que Dios la ha dotado. Desde entonces Sir Litton-Bulwer se siente destrozado por los demonios de la envidia; ha recurrido a la calumnia para empañar un resplandor que lo ciega. Rodea a su mujer de espías, y como la autora se agranda, quiere mancillar a la esposa. A la verdad, corre un rumor entre el público de Londres que explica la envidia devoradora y el odio activo con que persigue a su mujer. Se dice que es Lady Bulwer la autora de todas las novelas que ha publicado bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer. Lo que da a esta afirmación la consistencia de un hecho probado, es que después de la separación de los dos esposos, el señor Litton-Bulwer no ha publicado nada de notorio, y que en la Cámara de los Comunes no se ha elevado jamás por encima de la cantidad de mediocridades parlamentarias. Después la elegante simplicidad, la altura de pensamiento, la marcha de la acción en las «Escenas de la vida real», por Lady Bulwer, hace ver en ella el autor de Rienzi y de Pethan, las dos novelas publicadas bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer y que han tenido gran éxito.

Uno se consuela de la pérdida de su mujer; ¡pero perder una fuente de riqueza! Perder su hada creadora!, ¡caer de las alturas del Olimpo...!

¡Oh, Lady Bulwer, hago votos para que el odio de vuestro marido sea para siempre impotente; para que, más feliz que yo, escapéis de toda bala homicida; pero ¡ay de mí! ¡Conozco lo suficiente el corazón humano como para poder predecir que su odio será implacable, y que os perseguirá hasta la tumba!

Las mujeres autoras se ocupan también, en Inglaterra, de los temas más graves. La señorita Martineau ha escrito unas obras muy notables sobre economía política; la señora Trollope ha publicado un viaje a América del Norte que ha tenido mucho éxito; la señora Gore ha escrito novelas cortas muy bellas acerca de las costumbres y la historia polaca, la señora Shilly hace versos plenos de melodía y de sentimiento. Muchas de estas damas escriben en revistas y periódicos; pero veo con profunda aflicción que todavía ninguna ha abrazado la causa de la libertad de la mujer, de esta libertad sin la cual todas las otras son de tan corta duración, de esta libertad por la cual conviene a las mujeres autoras especialmente que combatan. Las mujeres autoras en Francia, desde este punto de vista, han aventajado a las inglesas. Sin embargo, una voz de mujer se hizo escuchar en Inglaterra hace medio siglo, voz que toma en esta verdad con la cual Dios ha marcado nuestra alma, un poder irresistible y una energía resplandeciente; voz que no tiene miedo de atacar uno a uno los prejuicios y de demostrar la mentira y la iniquidad. Mary Wollstonecraft, ha titulado su libro: «A vindication of the rights of woman» (Defensa de los derechos de la mujer); apareció en 1792.

Este libro fue agotado desde su aparición, lo cual no le ahorró a su autora el suplicio de la calumnia. No fue publicado sino el primer volumen y se ha vuelto extremadamente raro. No pude encontrarlo para comprarlo y de no haber tenido un amigo que me lo prestó me habría sido imposible leerlo. La reputación de este libro inspira tal horror que, si vos habláis aun a las mujeres del dicho progreso, ellas os responderán con un movimiento de horror: ¡Oh, es un libro muy malo! ¡Ah! La calumnia cae a menudo sobre la celebridad de mayor mérito; trasmite sus odios de generación en generación y no respeta la tumba, ni la gloria misma la detiene.

Mary Wollstonecraft dedicó su libro al señor de Talleyrand-Périgord. Escuchad a esta mujer, a esta mujer inglesa que fue la primera que osó decir que los derechos civiles y políticos pertenecen igualmente a los dos sexos y que hace un llamado a una opinión profesada por Talleyrand en la tribuna para demostrarle que es su deber, de hombre de Estado, de actuar conforme a esta opinión, de hacer triunfar las consecuencias de ella y de establecer la completa emancipación de la mujer.

He aquí algunos pasajes de esta obra:

«Reclamando por los derechos de la mujer, mi principal argumento, para demostrar su utilidad, está fundado sobre aquella razón bien simple, que, si la educación no prepara a la mujer para convertirse en la compañera del hombre, ella detendrá el progreso; porque si los conocimientos humanos son derecho exclusivo del hombre, su influencia no tendrá eficacia sobre la marcha de la sociedad.

»Si queréis que vuestro niño aprenda a comprender el verdadero patriotismo, es preciso que su madre sea una patriota esclarecida. Y el amor de la humanidad, fuente de toda virtud, no podría desarrollarse en ellos sino por la apreciación del interés moral y político del género humano; pero la educación actual de la mujer la excluye de tales investigaciones.

»Me dirijo a vos, señor, como un legislador, y os pregunto si, ¿cuándo los hombres combaten por su libertad y porque se les deje decidir a ellos mismos lo que conviene a su propia felicidad, no es inconsecuente e injusto sujetar a las mujeres a leyes en las cuales ellas no han participado? ¿Quién ha constituido al hombre en juez exclusivo para decidir si la mujer está, como él, dotado de razón?

»Los tiranos de todas las denominaciones, desde los reyes hasta los padres de familia actúan y razonan igual; ellos se apresuran en destruir la razón, en usurpar los derechos, y afirman que es por la utilidad general que ahogan la voz de todo. ¿Vuestra conducta no se parece a aquella de los tiranos cuando negáis a las mujeres derechos civiles y políticos, y las forzáis a quedar encerradas en sus familias y a moverse en medio de las tinieblas?

»Si la mujer debe continuar en estar excluida de la participación de los derechos naturales de la humanidad, vos debéis antes que todo probar, a fin de rechazar la acusación de injusticia e inconsecuencia, que ella carece de razón, de otra manera vuestra nueva Constitución llevará siempre la huella de la iniquidad, y testimoniará que el hombre, librándose al despotismo ha quedado tirano él mismo, y vos lo sabéis señor, la tiranía en cualquier parte de la sociedad en la que se muestre, aniquila toda moral.

[...] »Si no se permite a las mujeres gozar de derechos legítimos, ellas pervertirán a los hombres y a ellas mismas para obtener privilegios ilícitos».

Ahora he aquí como habla ella a las mujeres:

«Espero que las mujeres me excusarán si las trato como seres racionales, en lugar de hablarles de sus gracias encantadoras y de considerarlas como si estuviesen en un perpetuo estado de infancia, incapaces de actuar por ellas mismas. Deseo ardientemente indicarles, en qué consisten la verdadera dignidad y la felicidad. Deseo persuadirlas de la necesidad de desarrollar sus fuerzas intelectuales y físicas. Deseo convencerlas que aquellas dulces expresiones de susceptibilidad de corazón, delicadeza de sentimiento y refinamiento de gusto, son casi sinónimos de debilidad; y que esas criaturas débiles, que son objeto de la piedad o de aquella especie de amor que la piedad hace nacer, son pronto abandonadas por el hombre y se convierten en objeto de su desprecio.

»Rechazando por lo tanto esas frases gentiles para uso de las damas de las cuales la condescendencia de los hombres quiere aprovecharse bien para suavizar el yugo de nuestra dependencia, y despreciando esta elegancia de espíritu, esta sensibilidad exquisita y esta blanda docilidad de maneras, que se supone son los rasgos característicos de nuestro sexo, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la verdad moral, deseo mostrar que el primer objeto de una ambición loable debe ser para todos, sin distinción de sexos, ser útil a sus semejantes; que el bien que resulta para el prójimo de las acciones de los hombres es la piedra de toque del mérito de estas acciones».

Mary Wollstonecraft reclama la libertad de la mujer como un derecho, a nombre del principio sobre el cual las sociedades fundan lo justo y lo injusto. Ella la reclama porque sin la libertad no puede existir obligación moral de ninguna especie, como demuestra

igualmente que sin la igualdad de estas obligaciones, para uno y otro sexo, la moral carece de base, cesa de ser verdadera.

Mary Wollstonecraft dice que considera a las mujeres bajo el punto de vista elevado de criaturas que son, al igual que los hombres, colocadas sobre esta tierra para desarrollar sus facultades intelectuales. La mujer no es ni inferior, ni superior al hombre; estos dos seres no se diferencian, desde el punto de vista del espíritu y de la forma, sino para guardar armonía, y sus facultades morales, estando destinadas a completarse por la unión, deben recibir el mismo grado de desarrollo. Mary Wollstonecraft se levanta contra los escritores que consideran a la mujer como un ser de naturaleza subordinada y destinada a los placeres del hombre. A este respecto hace una crítica muy justa de Rousseau, quien establece que la mujer debe ser débil y pasiva, y el hombre activo y fuerte; que la mujer ha sido formada para estar sujeta al hombre, y finalmente que la mujer debe hacerse agradable y obedecer a su amo y que tal es el objeto de su existencia. Mary Wollstonecraft demuestra que según estos principios las mujeres son educadas para la astucia, para la doblez y para la galantería, mientras que su espíritu queda sin cultura, y la sobre-excitación de su sensibilidad dejándolas sin defensa hace que se vuelvan víctimas de todas las opresiones. La autora prueba que la alteración de toda moral es la consecuencia rigurosa de estos principios. La tendencia, perniciosa de estos libros, añade, en los cuales los escritores degradan insidiosamente a las mujeres, en el momento mismo en que están prosternados frente a sus encantos, no serán nunca suficientemente señalados ni tan severamente censurados.

Mary Wollstonecraft se yergue con coraje y energía contra toda especie de abuso. «Los homenajes y el respeto, dice, cuya propiedad es el objeto, son las fuentes envenenadas de las que provienen la mayor parte de los males que hacen del mundo una horrible escena a contemplar.

«...Porque todos buscan obtener el respeto por las riquezas, y las riquezas ganadas, no importa cómo, obtendrán el respeto que no es debido sino al talento y a la virtud. Los hombres desatienden todos los deberes del hombre, y sin embargo son tratados como semidioses. La religión está también aislada de la moral, y los hombres se sorprenden de que el mundo no es más que una cueva de ladrones y de opresores».

Mary Wollstonecraft publicaba en 1792 los mismos principios que Saint Simon ha difundido más tarde, y que se propagaron con tanta rapidez después de la revolución de 1830. Su crítica es admirable; ella hace resaltar en todas sus verdades que los males provienen de la organización actual de la familia; y la fuerza de su lógica deja a los contradictores sin réplica. Ella denuncia atrevidamente la cantidad de prejuicios de los que la gente está rodeada; quiere para los dos sexos, la igualdad de derechos civiles y políticos, su igual admisión en los empleos, la educación profesional para todos, y el divorcio a voluntad de las partes. «Fuera de estas bases, dice ella, toda organización social que prometiera la felicidad pública, mentiría a sus promesas».

¡El libro de Mary Wollstonecraft es una obra imperecedera! Es imperecedera, porque la felicidad del género humano está ligada al triunfo de la causa que defiende la reivindicación de los derechos de la mujer.

¡Sin embargo existe desde hace medio siglo, y nadie lo conoce!...

- XVIII -
Asilos

Los grandes descubrimientos están siempre proporcionados a las necesidades de la época. Por todas partes la historia nos revela esta verdad. La mano de Dios se deja ver en el establecimiento de las salas de asilo; y estoy convencida que es de todas las instituciones recientes la más fecunda en resultados, aquella que responde mejor a las necesidades de Europa y del mundo entero. Por el sistema seguido en las salas de asilo, la educación, que comienza en cierta forma con la vida es tan superior a aquella que el niño no importa de qué clase, pueda recibir en su familia y esta primera educación tiene una influencia tal sobre aquellos que la reciben, que los niños del proletario enviados desde la edad de dos años a la sala de asilo aventajarán indudablemente a aquellos de los ricos que continuarán siendo educados en casa.

En las salas de asilo la ley de la reciprocidad y el respeto por lo que está para uso de todos se inculca en el corazón del niño. Las distinciones sociales se borran a sus ojos y no distingue sino a los instructores. La necesidad que hay de que se dé cuenta de lo que sabe, de enseñar lo que ha aprendido, le hace adquirir una gran facilidad para expresar sus pensamientos. Se habitúa a la asociación, a comparar las cosas con sus resultados, a los hombres con lo que ellos saben, y adquiere una gran justeza en el juicio. Llegado a la escuela primaria, la educación del niño continuada según el mismo método, podría permitirle saber, a los dieciséis años, leer, escribir, la aritmética, el dibujo lineal, la geometría descriptiva y, además, la práctica de la mayoría de los procedimientos usados en las artes mecánicas, o en la agricultura, de suerte que no sería condenado, como lo ha sido su padre, a la repetición durante toda su vida de la misma tarea para ganar su pan. Este método puede aplicarse con igual éxito, a la adquisición de todas las ciencias, porque nosotros no aprendemos nada tan bien como aquello que estamos obligados a enseñar a los otros. Educados así, los hombres trabajarían en grandes asociaciones, porque hallarían placer y facilidad en la ejecución del trabajo.

Si los niños fuesen, desde la edad de dos años, enviados a las instituciones públicas, la necesidad del orden se haría sentir menos; la mujer, por la naturaleza de la educación que hubiera recibido, podría también, como el hombre, proveer a su subsistencia con su trabajo y este estado de cosas nos llevaría hacia la organización falansteriana. En 1440, mientras que se hacían en Strasburgo los primeros ensayos de imprenta, la predicción del imperio que, cuatrocientos años después, debía ejercer esta invención renovadora, no habría encontrado sino incrédulos.

Cuando se observa la suerte de los niños de todas las clases, se sorprende uno de que las salas de asilo no hayan sido inventadas sino hoy día, y que no se establezcan más rápido, en número correspondiente a las necesidades de la población. Los proletarios, obligados a un trabajo diario para alimentar a su familia, no pueden vigilar a sus niños; cuando estos son muy pequeños, se les encierra o se paga a alguien para que los cuide, y, cuando tienen más edad, se les deja vagabundear por las calles. Encerrados solos, en habitaciones estrechas, húmedas, privadas de aire y de calor, si los muchachos sobreviven a las enfermedades y los accidentes, son débiles, achacosos, a menudo quedan lisiados para el resto de su vida. En las calles, los peligros que amenazan su existencia son más numerosos todavía y casi siempre en medio de esta cloaca de vicios que encierran las grandes urbes, los niños son pervertidos y dirigidos al robo, antes de haber podido trabajar.

Además, si se considera los numerosos accidentes que comprometen los medios de existencia del proletariado, la disminución de salarios y la ausencia de trabajo el sobre-enriquecimiento de los arrendadores y el alza de las subsistencias, las enfermedades y el crecimiento de su familia, quedará uno convencido que haría falta que tuviera un raro amor al trabajo, una sobriedad y una economía poco comunes, mucho de suerte y de fuerza de ánimo, para no ser nunca presa de la miseria. Mientras tanto ¿en qué se convierten los niños hijos del obrero entre las horribles tribulaciones que lo asedian?

Por la noche, el padre y la madre regresan de su jornada, fatigados con exceso, amargados por las contrariedades y con el espíritu atormentado por la inquietud. ¡Ah! Las escenas que pasan dentro de esas casas, son suficientes para embrutecer al niño nacido más afortunadamente. A menudo golpeado, porque caerá y habrá roto sus vestidos o dejado comer su almuerzo por el perro, el desdichado niño, injuriado y brutalizado sin cesar, se vuelve disimulado, mentiroso y alimenta un odio sordo contra el padre y la madre. De otro lado la estrechez extrema de dinero de los padres, los deseos de gastos en que se habrán comprometido para aturdirse de los males que sufren, apagarán en su corazón todo sentimiento afectuoso; ellos tomarán aversión por los niños que les imponen continuas privaciones, los abandonarán al vagabundeo, y llevarán al recién nacido al hospicio.

Estableced la sala de asilo, y, como por encanto, cambiaréis al niño y la economía del obrero. Habrá ante todo alivio en la inquietud y miseria; el niño sale desde la mañana del domicilio paterno y es bien acogido en el lugar donde, bajo la dirección de una persona afable que se interese en él, pasa el día en medio de los camaradas de su edad, en una sucesión no interrumpida de entretenimientos; ahí su atención es cautivada por las demostraciones; después él canta en coro, marcha en procesión, reciben lecciones de los más instruidos, que las dan a aquellos que son menos, y goza de toda importancia que adquiere como miembro de la escuela. Se dirige todos los días a la asociación, ejerce sus facultades para llenar allí un rol más elevado, aprende a conocerse, a apreciar a los otros y toma el hábito de respetar a los demás a fin de poder exigir respeto. Él goza de buena salud, porque los juegos gimnásticos desarrollan sus fuerzas y su agilidad, se convierte en una persona limpia, reservada, y puede dar el motivo de cada una de sus acciones.

De regreso a su casa, al final del día, este niño, es visto con placer por sus padres. Nos les ha dado ningún disgusto, ni tomado un minuto de su tiempo; satisfechos de su buen

cuidado, le interrogan mientras cenan en la noche y cada vez se sorprenden más por la exactitud y los progresos de la razón del niño. Viendo como su conducta es regular, ellos estarán obligados a reflexionar sobre la suya y no querrán exponerse al desprecio del niño, al verlo brillar en la estima pública, y para merecerla ellos también se aplicarán a reformarse. Ellos apreciarán la ventaja de la educación, irán a menudo a la sala de asilo para asistir a los ejercicios de los niños, y el maravilloso espectáculo del desarrollo moral de la escuela infantil mejorará la moral de los padres.

Si se lleva la observancia sobre esta parte de la población que vive en la comodidad por el ejercicio de una profesión, clase en la cual sin duda se encuentra más de instrucción y habilidad que en las clases de la opulencia ociosa, se reconocerá que los niños de esta clase no reclaman menos que aquellos de los proletarios, la educación de las salas de asilo.

La mayor parte de los moralistas se han pronunciado por la educación pública, porque les ha sido demostrado que la enseñanza tiene más de poder en acción que en precepto, que las lecciones prácticas que los escolares se dan entre ellos tiene más influencia sobre el desarrollo moral e intelectual de los niños que no podrán tener los más hábiles maestros. Si se reflexiona en la infalibilidad, en el irresistible impulso que la educación mutua recibe de la clasificación de los niños, del grado extremo de emulación que excita la realización diaria de los progresos efectuados; si, de otro lado, se considera cuán profundas son las primeras impresiones y qué cantidad de causas corruptoras rodean a los niños en la casa paterna, no se podrá explicar la repugnancia de la clase media, no se concebirá por qué no acepta la educación de las salas de asilo para sus niños y los deshereda así de las ventajas sociales que, en definitiva, son la razón de las superioridades.

De los diversos sistemas de educación que han estado más o menos en boga en los tiempos modernos, la única verdad que ha tomado la difusión de un imperio universal es la ventaja que presenta la educación pública sobre la de la familia. Jenofonte, Plutarco, Montaigne, están plenos de observaciones tan exactas, que parece inconcebible que no se nos haya hecho llegar más temprano a la educación verdadera, completa y única eficaz, a la cual se guía por las indicaciones de la naturaleza, que toma al hombre en la cuna y lo conduce hasta la pubertad. Rousseau no debió su influencia más que a la verdad de las ideas que tomó; desgraciadamente no supo utilizarla y no hizo progresar la primera de las ciencias sociales: su extravagante sistema allanó los prejuicios más falsos de la sociedad a las revelaciones de la naturaleza. La moda, lo ha hecho vigente por algunos años, pero está bien muerto y si se exhumara algunas páginas, sería únicamente para señalar de nuevo las absurdidades a las cuales daba curso. Después de Rousseau, el público ha intentado numerosos planes de educación y nuevos métodos de enseñanza, acogidos o rechazados sin examen según las personas que los apoyan. Actualmente los pequeños seminarios y los conventos luchan contra las instituciones del gobierno. Las personas que se ocupan de la marcha social no tienen sobre esta inmensa cuestión una opinión fija; cada uno se ha hecho su pequeño sistema. La anarquía en las ideas sobre la educación subsiste todavía, y la gente, como de costumbre, obedece al impulso que recibe.

Vivimos en una época en la que el pensamiento político preocupa universalmente; la filosofía, la educación, la religión, hasta las modas, todo está coloreado. En las familias hay sobre cada cosa tantas maneras de ver como individuos. ¿En qué se convierten los niños en

esta confusión de ideas, de deseos, de caprichos, de pasiones? Existe hoy día tan poca unión en las familias, que los esposos parecen dominados por el deseo de ser en todo del parecer contrario: la palabra del padre es invariablemente desmentida por la madre. Luego son los abuelos que vienen a deslizar sus rancias ideas en las orejas de los niños; los amigos que ven las cosas desde el punto de vista de su posición social, y que seguros de estar en lo cierto, imponen también sus opiniones; finalmente son todavía las nodrizas, las amas, las domésticas, cuyas ideas y acciones impresionan a los niños. ¿Cómo estas jóvenes inteligencias podrían discernir en el caos inexplicable alrededor de ellas? ¿No es evidente que en medio de las contradicciones que se entrecrocán, el juicio privado de base, de punto de partida, no puede manifestarse entre los niños sino por las inconsecuencias; que, necesariamente, ellos deben ser discutidores y voluntariosos; que su carácter debe estar agriado, porque ellos tienen frecuentemente que sufrir las voluntades no motivadas; que en fin no podrían tener ideas justas sobre nada, porque no reciben ninguna noción de la verdad? Las personas de las cuales están rodeadas hablan sobre las mismas cosas en formas diversas; ellos no ven por todas partes sino voluntades individuales y aspiran el egoísmo por todos los poros.

No puede esperarse un buen ciudadano de un niño educado de este modo, él será esclavo de las pasiones, de los prejuicios, de los hombres y de todas las cosas. No se elevará por encima del mediocre, o descenderá al nivel de los facinerosos por el curso desenfrenado de sus vicios: para que crezca distinto, sería preciso que facultades extraordinarias le hubieran hecho sobrepasar los obstáculos que se oponían al desarrollo racional de su inteligencia.

Si ahora dirigimos nuestras observaciones sobre esta parte de la población que la fortuna hace vivir en el lujo, reconocemos que no existe niño que sufra más y cuya moral y físico se deteriora tanto por la vida de familia como el niño del rico. La Providencia puede salvar al del pobre de los peligros del vagabundo y a veces vemos surgir del seno de la miseria a los hombres que honran la humanidad. Los niños de la clase media están casi siempre bajo los ojos de sus padres, reciben continuas muestras de afecto y en ellos, las cualidades del corazón pueden desarrollarse no obstante los defectos del espíritu y los vicios el carácter; pero entre los ricos, las cosas ocurren de otra manera. Hay certeza para que los niños se perviertan y ninguna opción para que adquieran una cualidad. Son las nodrizas, los preceptores, las domésticas quienes los educan. Todos estos esclavos buscan complacer a los pequeños seres, cuyos llantos tienen a menudo el poder de hacerlos despedir. Previenen todos sus deseos, ceden en todo, se ingenian incluso para crearles necesidades facticias; y estas desgraciadas pequeñas criaturas, arrulladas en la ociosidad, engreídas por la adulación, hinchadas de orgullo, contraen todos los defectos de los tiranos, todos los hábitos del despotismo; son exigentes, coléricos e incapaces de resistir a la menor fantasía. Los padres los ven raramente y según el humor del día los reprenden, los castigan sin razón o les prodigan recompensas no merecidas. Las domésticas, temiendo los informes de los niños, los adiestran en la mentira, y cuando los pequeños déspotas están descontentos, inventan ellos mismos la calumnia, imputan a los sirvientes que los han molestado las faltas por las que ellos temen por encima de todo ser motivo de sospecha. ¡Todo es deletéreo en la atmósfera que respira el niño del rico! La hipocresía se ofrece sin cesar a sus ojos, es la máscara que llevan los domésticos en presencia de sus padres, esas son las dos fisonomías que alternadamente toman los padres mismos, según estén en familia o frente a los extraños. Escuchan también dos lenguajes: el de la bajeza y de la insolencia. Su aya, para

cautivar su atención, le relata mil cuentos absurdos. En su casa, todo el mundo está a sus pies. Si se enfada o quiere llorar, inmediatamente cada uno se pone en acción y se inquieta por calmarlo; cuando él sale es saludado con deferencia por todos aquellos que lo conocen. Se le corteja y se le manifiesta orgullo de acogerlo; que es el medio para que el niño se sienta un personaje y toma las maneras duras y altaneras de sus padres. Las afecciones tiernas no han podido crecer en su corazón, la vanidad es el sólo acceso. Su orgullo susceptible exige cada día más de aquellos que lo rodean. La huella de la naturaleza está completamente borrada, se busca en vano al niño en esta marioneta vestida de ricos trajes. Si es el hijo de un Lord, de un hombre que habita un palacio con numerosos sirvientes, no sale sino en carro, y saludan muy humildemente todos los tenderos del barrio.

La salud de este niño no ha experimentado las menores alteraciones por el exceso de alimento y por la demasía de precauciones que se usa para resguardarlo del frío, del calor, de la lluvia, del aire y de toda especie de fatiga. Bajo la influencia de este régimen, su constitución se debilita, y, llegado a la edad de ir al colegio está sin fuerzas físicas y morales. Transportado a este mundo nuevo, no será sino con pena que él se acostumbrará a la regla de la casa, al espíritu de igualdad de sus camaradas; se quejará a sus padres, que renovarán las recomendaciones a los maestros; estas recomendaciones no serán infructuosas: este niño tendrá toda indulgencia, será siempre excusado y jamás contrariado; algún escolar pobre e inteligente a quien él le pagará los pasteles, le hará su tema. Vendrá el domingo a ver a sus padres con buenas notas, tendrá a menudo la cruz y a fin de año se le dará premios. Al cabo de siete u ocho años, saldrá del colegio, ignorante como ha entrado, con nuevos vicios y sin haber aprendido nada.

¡Ah! No temo deslizar un sofisma afirmando que el hijo del rico tiene tanta necesidad de ser sustraído a las influencias de las cosas y de las personas en medio de las cuales vive como el niño del pobre a las influencias de la calle y a la brutalidad de sus padres.

En la sala de asilo, la educación es igual para todos. El niño más indócil, el más inestable sigue el movimiento que se le imprime, la falta de inteligencia en este caso no podría impedirlo. El niño al mismo nivel con los alumnos de su división, y la lección es la consecuencia inmediata del progreso que cada uno de los alumnos ha hecho. No recibe allí sino nociones justas, aprende a vivir en asociación, a ejecutar con placer su porción de tarea común, a no respetar, a no reconocer por verdadera sino a la aristocracia de la inteligencia y del talento. Se deja conducir sin resistencia por el hijo del pobre, si este es su monitor y prima sobre él en la jerarquía intelectual.

En tiempos de la tiranía, los altos valles de Vosges protegían, en sus retiros inaccesibles, a los intrépidos protestantes que habían abandonado sus campos a la expoliación para conservar la libertad del alma. Estos lugares no ofrecían alimentos sino a la cabra y a la gamuza: vivieron, ellos y sus descendientes, la vida del salvaje. En 1767, Oberlin, pastor de la iglesia protestante llegó al medio de esta población: este hombre tenía esa potente energía que da un gran amor por sus semejantes. Dominó, por sus trabajos, la esterilidad del suelo, estableció escuelas, hizo aprender oficios y el bienestar sucedió a la miseria. Como los padres, ocupados en los oficios o en los campos, no podían velar sobre sus hijos, Oberlin tuvo la inspiración de reunirlos en cámaras espaciosas, e hizo elección de conductoras que tomó a su cargo, así como su mujer, de formarlas: tal fue el origen de las

salas de asilo. Los procedimientos de Oberlin, para la educación de la infancia, fueron imitados y perfeccionados en Suiza. Robert Owen, preocupado por la idea de la educación, dice que para ser eficaz debe comenzar desde la cuna y que debe proponerse como objetivo el preparar a los niños para la asociación a las cuales están destinadas a formar parte, fundó en 1816 su «infant school» en New-Lanark en Escocia. Pero no fue sino en 1827 y 1828, cuando esta institución había ya tomado raíz en Alemania, que Francia e Inglaterra quisieron adoptarla.

Owen, en su «infant school», sigue las indicaciones de la naturaleza, la instrucción que él da es proporcionada al grado de inteligencia, y hace uso del método Lancasteriano. Las explicaciones sucesivas de las cosas, los ejercicios de juicio, el aprendizaje gradual de los procedimientos de las artes y de la gimnasia, desarrollan a la vez, todas las facultades intelectuales, el amor racional al prójimo, la habilidad y las fuerzas corporales. Owen no admite la instrucción religiosa, funda su moral sobre la reciprocidad. Tuvo razón en decirme que no existía en Londres «infant-school» dirigido según el orden de ideas que él había seguido en la formación de la suya.

Cuando en Inglaterra era cuestión de imitar el ejemplo de Alemania, de establecer asilos para la niñez, Owen, consultado por Lord Brougham, le dijo que no admitía en su «infant-school» sino las ideas abstractas que no pasaban el alcance de la infancia, que las ideas susceptibles de ser explicadas por objetos sensibles; que él no conocía creencias religiosas, apropiadas a la inteligencia infantil; que los niños tienen, como todo lo que existe, el goce y el sufrimiento común por móviles, y son tan capaces como los hombres de comprender que su interés no puede jamás ser de aislarse de la observación de las reglas a las cuales obliga la reciprocidad; que él consideraba los dogmas del pecado original, del infierno y del paraíso, etc., como de naturaleza de crear ideas falsas sobre lo justo e injusto, de volver al espíritu disputador y hacer nacer prejuicios odiosos contra aquellos de otra opinión religiosa. Lord Brougham objetó a la introducción de este sistema el imperio que ejercen todavía las creencias religiosas. Las salas de asilo conocidas bajo las denominaciones de «National school» y de «British and foreign school», que el sabio lord ha favorecido con su patrocinio, admiten a muchachos de todas las comuniones, sin buscar inculcarles la doctrina particular de ninguna religión. Pero sin embargo se han dejado imponer por el fanatismo la lectura de la biblia; la lectura de la biblia a niños de dieciocho meses a siete años! Los convertidos de Otaítí y de la Nueva Zelandia no harían mejor.

Las escuelas y salas de asilo para la infancia prosperaban desde hace varios años en Suiza y en diferentes reinos de Alemania, cuando la opinión se ocupó de ellos en Inglaterra; porque, bajo la relación intelectual, Alemania está bastante adelante de Inglaterra. Después de un largo tiempo las controversias religiosas no excitan más el interés, y la inteligencia ha dejado miles de interpretaciones de la biblia para elevarse en el universo del pensamiento a alturas desconocidas hasta ahora. La institución de las salas de asilo, el método de conducir a la infancia, acogidas como necesidades, no han provocado disputas ni argumentaciones teológicas.

En los estados austríacos, todo el mundo está obligado a enviar a sus niños a las escuelas: esta exigencia del gobierno no es sino el cumplimiento del más imperioso de sus

deberes; porque la sociedad está interesada en que cada uno de sus miembros reciba una educación en relación con la organización social.

Impresionada por la importancia de las salas de asilo, estaba yo muy empeñada en visitar los lugares donde los niños pobres encuentran refugio e instrucción. Hay todavía tan pocas verdaderas salas de asilo en Londres, que pedí a quince o veinte personas que me las indicaran, sin que ninguno supiera lo que yo quería decir. Finalmente me dirigí al mismo fundador de las salas de asilo, el respetable señor Owen, que yo había tenido la ventaja de conocer durante su estadía en París en 1837. «¡Ay!, -me respondió Owen-, no conozco en Londres una sola sala de asilo que sea en realidad una escuela para la infancia. Hay numerosas escuelas sostenidas por la caridad pública, pero ninguna ha sido establecida según mis principios». Esta respuesta tenía valor en boca de Owen, y me sorprendió. ¡No hay sala de asilo en Londres, la ciudad monstruo! ¿Pero dónde van los niños, cuyos padres trabajan durante el día? ¿Dónde van estos desgraciados niños, con los pies desnudos, apenas vestidos, por lo tanto a refugiarse durante un largo día de frío, de lluvia o de niebla? ¿Quién les enseña entonces la lectura, el cálculo, el dibujo lineal, les enseña la limpieza, el orden, la unión, quién les enseña esta multitud de cosas con las cuales la infancia se instruye jugando? Nadie. Londres no posee todavía lo que se puede llamar las salas de asilo, y los «infant-school» cuyo número es por otra parte muy insuficiente, están lejos de tener lugar. Esto explica por qué durante el verano entre las cinco y ocho horas, se ve tantos niños en las calles, particularmente en los barrios populosos. En estas horas, estando terminados los trabajos del día, y las calles menos colmadas de coches, se deja a los pequeños desgraciados salir de sus tugurios para tomar aire. En Londres, las familias pobres habitan el sótano o el desván de las casas. A menudo una misma pieza contiene al padre, la madre y siete u ocho niños: ¡qué aire tan insalubre debe reinar en esas moradas! El rostro de los niños es un testimonio. Nada más raquítico, más cadavérico que estos pequeños seres. La extremada delgadez, la tez muy pálida, los ojos melancólicos unido a la excesiva suciedad y a los andrajos que los cubren, ofrecen el espectáculo más digno de compasión. Siempre he habitado de preferencia en los barrios populosos; así, cada tarde, me encontraba yo en medio de estos niños, que veía salir de las casas, como las hormigas de los hormigueros; cuando las calles eran estrechas, sentía a menudo un olor infecto que se exhalaba de esta masa de niños. En invierno, no hay hora limitada en la cual puedan ser dejados en la calle y no sé adónde podrían ir a respirar: ¡pobre pueblo que no se cuenta para nada, con qué inhumanidad se te trata! La aristocracia que tiene, para tomar aire, sus magníficos parques, sus vastas tierras y todo el continente, donde va a gastar el dinero que le gana al pueblo; esta aristocracia, cuyos hoteles, suntuosos palacios, residencias para algunos meses, ocupan los más bellos barrios, se reserva todavía para ella sola todas las numerosas plazas públicas que decoran esos barrios. ¡Mientras que el niño del pobre, faltándole aire y espacio, vaga como un perro inflado de hidropesía, en un sótano húmedo o un miserable granero!

Iba a abandonar Londres sin haber podido descubrir una sala de asilo, cuando un día, hablando con fuego de la inutilidad de mis búsquedas, un tory que se encontraba presente me dijo: os engañáis, señora, Londres posee varias salas de asilo absolutamente parecidas a las vuestras, y si lo deseáis, voy a daros la dirección de dos o tres. Yo acepté con apresuramiento y me transporté al instante mismo. Una de las direcciones indicaba «Palmer's village Westminster», es decir al extremo del arrabal de Westminster, a más de

tres leguas del centro de la ciudad. Esta sala de asilo era tan poco conocida, que estuvimos obligados a emplear un guía, y, aunque este joven habitaba el barrio no fue sino después de haber preguntado veinte veces que vino a llevamos al asilo: al fin llegamos. Nos fue necesario atravesar una especie de patio, luego entramos en una pequeña pieza, baja de techo, mal embaldosada, amoblada con una vieja mesa y dos o tres bancos. Allí estaban los niños de corta edad; había una docena de pequeñuelos tan sucios en sus personas y tan andrajosos que hacía mal el verlos. De esta pieza pasamos a una habitación más grande, pero también demasiado baja; había ahí cincuenta y dos niños de tres a seis años, sucios y en harapos, como los primeros: el olor que despedían en la habitación era tan intolerable, que fuimos obligados a salir, la puerta quedó abierta y los examinamos desde el patio. Se les enseñaba diversas cosas, como en nuestras salas de asilo, pero particularmente a contar. La anciana mujer que regentaba este establecimiento se mostró muy honesta; nos dio todos los datos en su poder, nos hizo saber que la casa no era costeadada por la parroquia y que el señor William Smith, miembro de la Cámara de los Comunes, sostenía solo los gastos: este hombre caritativo había construido la casa contribuyendo con una suma anual, de treinta libras esterlinas (setecientos cincuenta francos), más el carbón y la luz para las personas encargadas de conducirla. Eran la anciana señora, su marido y su hija a quienes se había confiado este cuidado. Además de la suma que da el fundador, cada niño debe pagar un penique por semana: esta retribución, aunque ligera, está a menudo por encima de los medios de los padres que tienen varios niños a enviar a la sala de asilo; sin embargo si la admisión no es enteramente gratuita, estos establecimientos no llenan en lo menor todo el objeto de su institución; pero lo que sería una caridad mezquina e incompleta de parte de una corporación cambia de aspecto desde el momento que un simple particular es el autor y se convierte en un bello acto, más susceptible que ningún otro de suscitar el celo de las parroquias y de reanimar la caridad, si por lo menos la última chispa no está apagada en el clero anglicano, el más rico de Europa. Desgraciadamente, en Inglaterra, las parroquias son independientes; no hay administración central de la cual ellas teman la censura o la supervigilancia. En Londres, como en todas partes, los consejos e las parroquias están compuestos de gentes ricas que tienen a su disposición jardín, plaza, casa de campo, adonde envían sus hijos a tomar aire, ejercitan sus miembros, y que se ocupa muy poco de la suerte de los niños del pobre.

La vieja directora de la sala de asilo nos indicó otra debida también a la caridad individual y a la benevolencia de una venerable dama (la Srta. Mary Doyle).

Conducidos por nuestro guía, nos metimos intrépidamente en los caminos no empedrados, donde a cada instante nuestro coche corría el riesgo de romperse; ¡sin embargo estábamos en Londres, muy cerca de los barrios elegantes y de las suntuosas plazas! Recorrimos las calles sucias, miserables, tales como sería difícil de ver en ningún otro país de Europa. La mayoría de las casas no tienen ventanas, no tienen baldosas y junto a la puerta de cada una existe un hueco en el que el estiércol, las aguas, y todas las inmundicias en fermentación exhalan miasmas que apestan el aire. Por lo demás, el nombre de las calles dice más que las descripciones que se podrían hacer. Una se llama «Pond-street» (calle de la charca); la otra, «Dunghill-street» (la calle del desierto); ésta, «Hog-Lane» (la calle del cochino); aquella, Gut-Lane (de la Tripa); Sewer-street (la calle del albañil); enseguida la calle del ahorcado, de los suicidas, etc.

El rostro, el traje, el lenguaje de los habitantes de este barrio responden al nombre de las calles. Los ladrones y las prostitutas no son mayoría, sin embargo la mayor parte son obreros cargados de familia que vienen a alojarse en este barrio a causa del bajo precio de los alquileres. ¡Qué miseria!, un muladar no es tan repugnante; ¡oh, cuánto sufre el pobre al costado de la opulencia! Al fin, después de muchas idas y venidas, de encuestas infructuosas, nuestro guía nos hizo detener frente a una callejuela que se distinguía de las otras por una mayor suciedad todavía. Allí nos fue preciso dejar nuestro coche que no habría podido pasar en las callejuelas que debíamos atravesar. Aquella donde se encontraba la sala de asilo era de una longitud interminable; formaba varios recodos y a cada diez pasos nos encontrábamos con charcas donde el agua era conservada con cuidado para emplearse en el lavado de ropa. Este camino, verdadera cloaca, es muy peligroso para las personas mayores y debe de serlo bastante más para los niños que van a la sala de asilo. No fue sino después de mil penas y muchas precauciones que llegamos a la casa. Había llovido por la mañana y la tierra, de una naturaleza grasosa, se había vuelto muy resbalosa por la mezcla de agua y jabón; veinte veces estuvimos a punto de caer en las charcas.

Una joven de unos veinte a veinticinco años dirigía esta sala de asilo. Era presentable y decente, hablaba con dulzura, mucha cortesía y parecía bien educada; se puso un poco confusa con nuestra visita. «Esta casa está mal situada», nos dice, casi en el momento que la abordamos. Este rincón es pantanoso y las lavanderías que le rodean hacen la estadía completamente malsana. La señora caritativa que ha fundado este establecimiento es una amiga del pobre, pero no es rica. ¡Esta casa era la única que poseía y, todo lo mezquina y mal situada que sea, su caridad no es menos bella! Además ella se priva de las cosas más esenciales de la vida, a fin de poder pagarme veinte libras esterlinas por cuidar la clase de las niñas, y otro tanto a mi padre para cuidar la de los niños. ¡Oh!, sí, repetía yo con la joven institutriz esta caridad es bella; y yo me preguntaba si en los tres reinos existía un rico que fuera capaz de un acto de esta belleza. El local se componía de dos piezas demasiado pequeñas para el número de niños (eran ochenta), y de techo tan bajo que todo el tiempo había la necesidad de tener las ventanas abiertas para tener aire. La clase de los muchachos se hacía en el primer piso y el de las muchachas en el segundo. Era a través de una escalera de madera que se pasaba de una a la otra; los niños de dos años, trepaban y se agarraban de una cuerda.

Este establecimiento, considerado bajo la reseña de su situación del local, del mobiliario, era ciertamente muy miserable, pero todo ello desaparecía en presencia de la caridad inteligente y afectuosa que le dirigía. Los niños estaban bien limpios, así como sus gastados vestidos donde no se distinguía la menor desgarradura. Las niñas sobre todo eran bien cuidadas; las grandes trabajaban en confeccionar los trajes de los niños; cada una con el título de madre supervisaba a dos pequeños, los lavaba, peinaba y arreglaba con orden y limpieza. Es a la señorita Doyle, me dijo la señorita, que estos niños deben sus trajes. Esta respetable dama pasa su tiempo en ir a las grandes casas a pedir para sus niños y comprar ropa para vestirlos con lo que le dan.

Estos tres seres, el padre la hija y la señorita Doyle, que consagran todo su tiempo, todos sus medios, todas sus facultades en aliviar la miseria del pueblo, se elevan a mis ojos, en medio de la aridez de esta muchedumbre dorada, como las palmeras en un oasis.

Yo habría regresado a Francia firmemente persuadida de que la ciudad monstruo no poseía ninguna sala de asilo, cuando el anuncio de una sociedad denominada: «Home and colonial infant school Society», me cayó en las manos.

La tercera asamblea anual de esta institución tuvo lugar en la sala «d'Hanover Square», en el mes de mayo del año pasado; era numerosa y de la más alta respetabilidad, lo que quiere decir que estaba exclusivamente compuesta de aristocracia feudal.

Después de unas formalidades exigidas por la etiqueta el conde de Chischester dirigió algunas palabras a la asamblea acerca del objetivo de la asociación. A juzgar por su discurso, no parece de ninguna manera que el objeto social sea de desarrollar la inteligencia de los niños del pueblo, a fin de prepararlos en el aprendizaje y el ejercicio de las profesiones o de salvarlos de los peligros del abandono, nada de eso; el único objeto de la sociedad, es la educación bíblica («scriptural education»), y el noble lord hizo alusión contra los sabios que fundan los principios de educación, de la infancia sobre las indicaciones de la naturaleza y contra las escuelas normales, que no forman sino profesores de impiedad o de insurrecciones.

El señor J. S. Reynolds, secretario de la sociedad, sucedió al noble lord. Informó a la asamblea de los trabajos del comité para propagar la «scriptural education» entre los niños. El comité teme, dijo, que si el gobierno interviene en la educación de la infancia, no sea aquella lo suficientemente religiosa. Y a nombre del comité, el señor Reynolds comprometió a la noble asamblea a usar toda su influencia a fin de que el parlamento no se ocupe de la educación de los niños sino en los distritos manufactureros, teniendo en cuenta que la sociedad no puede esperar de hacer adoptar la «scriptural education» por los cartistas para sus niños. El secretario terminó su informe anunciando que el comité ha enviado maestros a Esmirna, a Siria y al Egipto, a fin de difundir la «scriptural education» entre los osmanlís y los árabes.

El capitán V. Harcourt, después de un discurso tal como lo pudo hacer un fanático del siglo XVI, llamó la atención de la asamblea sobre el número considerable de niños que vagan en los grandes caminos y en las calles de las metrópolis, sin que nadie se ocupe de hacerles leer la biblia, y añade que los católicos aprovechan del abandono de los niños protestantes para hacerlos educar gratuitamente en sus escuelas. Que incluso ellos proveen de vestidos a los que no tienen, en la esperanza de efectuar conversiones, y que él conoce a familias enteras convertidas así al catolicismo.

El reverendo James Cumming propuso a la asamblea el declarar que el bienestar presente y eterno de los individuos, el buen orden de todas las clases de la sociedad, y la estabilidad de las más preciosas instituciones de este imperio, no pueden existir sino por la «scriptural education». Él se sorprende de escuchar a ciertas personas sostener que las santas Escrituras superan la capacidad de la infancia. Pretende que el bautismo dado a los recién nacidos implica la obligación de iniciarlos en la doctrina religiosa, y consecuentemente de hacerles balbucear la Biblia al enseñarles a hablar. Se opone a la opinión de Rousseau que dice «que la instrucción religiosa del niño no debe comenzar antes de la edad de nueve a diez años». El reverendo dijo que más de seiscientos mil personas en Londres no tienen lugar en las iglesias, y que más de novecientas mil no tienen ningún

conocimiento de Dios ni de las Santas Escrituras. La cuestión, exclama el reverendo, no es de saber si los niños serán educados en su casa o en los colegios, sino más bien si recibirán una educación para el infierno o para el cielo. Si los niños del pueblo no reciben una educación por las Escrituras, serán educados por uno de los dos grandes principios que luchan contra nosotros, y caerán entre las manos del ateísmo o de los sacerdotes de Roma. Y el Reverendo Cumming dejándose arrastrar por tanto fanatismo como lo hubieran tenido Lutero y Calvino, da libre curso a su odio contra el catolicismo. «Los niños de Inglaterra, dice, están expuestos a los más graves peligros; van hacia su ruina, porque el papismo nos invade por todas partes. Los curas católicos recorren las provincias, construyen escuelas y atraen a los niños de los protestantes con el objeto de corromperlos, de seducirlos, de hacerles abandonar la iglesia anglicana, la única depositaria de la verdad, ¡de la verdad bien probada! Así nuestros desgraciados niños serán desviados de la buena vida por esos curas idólatras; serán educados en la idolatría, la absurdidad y todas las estúpidas ceremonias del catolicismo; adorarán las estatuas y los cuadros y se les hará aprender las palabras blasfematorias, «Ave María».

«Los riesgos que corren la iglesia protestante, continúa el reverendo Cumming, deben hacer establecer en todos lugares los «Infant School» donde todos los niños que nacerán recibirán la «scriptural education». Si Irlanda tuviera escuelas dirigidas según este principio, presentaría un espectáculo bastante diferente. Se puede ver en efecto que produce la «scriptural education», por el ejemplo de Escocia, donde se les enseña la Biblia a los recién nacidos («in Scotland they taught the bible from the earliest hours of infancy»); mientras que en Irlanda la Biblia es, sino totalmente rechazada, por lo menos excluida de la enseñanza».

El reverendo Cumming ha hablado durante más de dos horas, y durante ese largo discurso su voz ha sido siempre animada por una santa indignación contra el papismo. Termina así:

«En cuanto a mí no deseo que se diga que he extendido el dominio de la ciencia, instruido a mis conciudadanos, brillado en la literatura o electrizado a la muchedumbre ansiosa de escucharme. Creería haber cumplido dignamente mi tarea, si un simple epitafio inscrito sobre mi tumba anunciara que he enseñado a un sólo niño a pronunciar el nombre de Jesús».

Este discurso fue cubierto de salvas numerosas de aplausos.

El señor Labouchère, Ministro actual de comercio, que se habría creído demasiado circunspecto para tomar parte en una sociedad que confiesa que su objeto es el de hacer aprender la Biblia a niños de dos a siete años, o demasiado independiente para no sostener el valor de su opinión sin someterse a hacer la corte a la aristocracia, asistía a esta sesión y hablaba en el sentido del reverendo Cumming. El reverendo J. Stratten se mostró más tolerante, y dijo que aplaudía el establecimiento de todas las escuelas para la educación de la infancia. Este loable filántropo no encontró la simpatía de la noble asamblea.

Después de algunos otros discursos todos hechos dentro del espíritu de la educación bíblica, se levantó la sesión.

En verdad, no es sino en Inglaterra que se encuentra todavía personas tan simples como para intentar hacer propaganda religiosa con las Biblias, y de la religión con el razonamiento. Proponer, para detener el progreso del catolicismo, de distribuir la Biblia y de hacerla aprender a los niños con nodriza, es una idea, que es preciso confesar bastante ridícula y absurda para una asamblea tan grave. ¡Eh! Reverendo Cumming, el clero católico, en Irlanda, lucha con el pueblo y para el pueblo, del cual sostiene el coraje y la fe, comparte el legado de la miseria y los sufrimientos; he allí el secreto del éxito. Aprended, muy reverendo, que para persuadir al pueblo es necesario ante todo ganar su afecto. El clero anglicano es muy rico, y el pueblo no cree en la caridad del sacerdote rico.

Independientemente de la sociedad de la que vengo de dar cuenta, existen varias otras sostenidas por las suscripciones de la aristocracia; pero, a pesar de todos esos esfuerzos, la iglesia anglicana tiene que sostener una ruda lucha.

- XIX -
Owen

A fin de evitar toda falsa interpretación, declaro que no soy ni saint-simoniana, ni fourierista, ni oweniana. Si tuviera que pronunciarme acerca del valor respectivo de esas tres doctrinas, lo haría desde mi punto de vista, después de haberme entregado a un examen profundizado de cada una, y de haberlas comparado entre ellas en sus aplicaciones diversas. Pero por el momento me ocupo solamente de hacer conocer la doctrina del socialismo inglés, porque mi libro no es un tratado sobre las teorías sociales.

En la misma época tres hombres sin comunicación entre ellos, encontrándose uno en Rusia, el otro en Francia y este en Inglaterra, llegan por series distintas de hechos y de razonamientos a una verdadera moral que ellos demuestran, con una evidencia a la cual el egoísmo rehúsa en vano aceptar, a saber: que el trabajo por asociación es el único que puede preservar a los hombres de la opresión y del hambre, y de arrancar los vicios y los crímenes que producen la organización y las luchas intestinas de nuestras sociedades. El siervo ruso parece menos desgraciado a Saint-Simon que el proletario de Europa; que este esclavo del hambre y de la ignorancia, explotado por la codicia y la astucia de aquellos que tienen, y aplastado por el poder. Saint-Simon, miembro de la alta aristocracia, la conoce demasiado últimamente para creer en los talentos hereditarios. Funda su jerarquía sobre los diversos grados de inteligencia y sienta el principio: a cada uno según su capacidad, a cada capacidad según su obra. Fourier diseña la organización social, muestra al descubierto todos los fraudes y todas las violencias, y todas las infamias. Por inducción es conducido de la atracción, del cuerpo a la atracción personal, de la armonía de los sonidos a la armonía de las pasiones humanas; la atracción y la armonía son los dos pivotes de su organización y su ley refleja la de los mundos. Fourier es profeta, sin buscar ser apóstol, y partiendo del principio de que el universo se refleja en todas sus partes, ve en la vida del hombre la imagen de la vida de la humanidad entera.

Owen no ha estudiado filosofía, no ha observado todas las clases de las sociedades europeas, en la época de las convulsiones de la revolución francesa, y su espíritu no está dispuesto, como el de Saint-Simon, a formular una organización social. No se eleva tampoco, como Fourier a la ley del universo para descubrir la ley de armonía que debe regir las sociedades humanas; nada de ello. Owen es el hombre de corazón amante, de espíritu justo y observador. Es instruido en las manufacturas, donde durante treinta años ha tenido un número considerable de obreros bajo sus órdenes, y donde ha estudiado todas las miserias del pobre.

Las ideas de Owen resultan de una serie de observaciones y de experiencias, pero no forman una teoría completa que comprenda al hombre en todas sus formas variadas, tal como la historia y el mundo lo presentan a nuestros ojos. Preocupado por la inmensa influencia que ejercen sobre nosotros las circunstancias exteriores, Owen no da casi ninguna cuenta de la organización; el ser humano es para él el bloque de mármol con el cual el escultor hace a su voluntad un héroe, un monstruo o un cobarde. El hombre de Owen es una estatua de mano de hombre, confieso que no veo allí la criatura de Dios con sus presentimientos de lo infinito y de su vida eterna y progresiva. Digámoslo así: Owen no se ocupa suficientemente de las necesidades anímicas; pero, en cambio, Owen me parece admirable cuando organiza los intereses materiales. Él convida a las asociaciones a la inmensa población de los proletarios de Europa, les hace ver la urgente necesidad de asociarse, si no quieren morir de hambre, y lograr el bienestar que resultaría para ellos y les indica los medios de realizarlo. Les demuestra por cálculo y razonamiento fundados sobre la experiencia, que, por la asociación, el trabajo y el capital produciría lo más posible, y que los gastos serían más débiles, relativamente a la suma de los goces. Owen es el San Juan del desierto que anuncia a Cristo, es el precursor de otro que vendrá a completar su creación, a animar esta estatua de Prometeo, a colorear de poesía esta vida material, a elevar el templo que las artes embellecerán con sus prestigios, y, donde una divina armonía exaltará a las almas hacia Dios y María.

De los escritos publicados por Owen resulta que él considera los hábitos, la manera de ver y de sentir, en una palabra, el carácter, como el producto de la organización y del medio en el cual el hombre ha vivido y de lo cual se deriva la irresponsabilidad humana. Según él, el vicioso, el criminal, son enfermos que es preciso curar. No acuerda ni mérito ni demérito a las sanciones. Estas resultan de la forma moral que nos es impuesta sin saberlo. El hombre al nacer, dice Owen, no es ni bueno ni malo. Atribuye tanto poder a la educación, que en la sociedad que él forma, no parece suponer ninguna desigualdad de talento, porque es la edad la que determina las funciones. Owen reconoce un Dios creador, eterno, bueno e infinito; quiere que uno rinda homenaje a Dios, amando a sus hermanos, pero proscribiera todo culto exterior. Estudiar las leyes de la naturaleza, la producción de las riquezas y su mejor empleo, he allí, dice él, los medios de ser útiles a nuestros semejantes y he ahí el objeto de nuestra vida.

Owen está convencido por una larga experiencia, que el lazo social no puede subsistir sino por las relaciones de benevolencia entre los hombres y en el afecto que tienen los unos por los otros. Sin embargo se le acusa de no ser cristiano, porque no le da importancia sino a las acciones y manifiesta la indiferencia más completa por todas las sectas. «Reapareceré

en las filas cristianas, responde a sus detractores, cuando el cristianismo se libre de los errores que cada uno a su manera esconde».

Jamás un hombre ha aparecido, sobre el gran teatro del mundo, dotado a un grado más alto que él, de amor por sus semejantes; encontrar remedio a sus males ha sido para Owen el fin de cuarenta años de observaciones, de experiencias y de trabajos. Dios ha coronado su obra, y ahora el filántropo practica convertido en apóstol del principio del amor, consagra el resto de su vida también ocupada en demostrar a los proletarios, la ventaja de la unión fraternal para cada individuo; porque es en la intención de la felicidad del mundo que él les recomienda a amarse y a unirse.

¿Qué hay de más admirable que la justeza de las observaciones, que la rectitud del juicio del filántropo práctico en su fundación del «infant-school»? (Sala de asilo). Los principios que ha descubierto para la educación de la infancia son una verdad evidente a los ojos de todos. Owen, por el solo estudio de la naturaleza, ha dotado al mundo de un sistema para el desarrollo moral de los niños de poca edad, bastante superior a lo que se conocía, porque no presenta nada que no pueda ser verificador la observación de cada uno. El movimiento y la curiosidad que manifiesta el niño, en todas las épocas de su existencia, son los dos móviles que Owen hace dirigir por la benevolencia y la dulzura. El instinto corporal no evita el dolor con más prontitud y fuerza, como la inteligencia de los niños se subleva contra el sufrimiento que se le inflige y todo tratamiento duro y severo. Owen atribuye a los castigos y a las recompensas una buena parte de los males del mundo; él los proscribía de su escuela con el fin de evitar el provocar la mentira, la doblez, de hacer nacer la envidia, los celos, las falsas apreciaciones y las vanidades. Las consecuencias naturales del bien y el mal son suficientes como móviles en su escuela. La expresión del gozo de los otros contenta al autor del bien. El niño que se muestra perverso y desamparado y el abuso de la fuerza es reprimido por la intervención de todos. La experiencia le ha enseñado a Owen que la bondad y el amor ejercen sobre los niños un imperio sin límite. Los actos mutuos de benevolencia y de bondad son las bases fundamentales de su sistema de educación. La dulzura y la buena voluntad del maestro y de los alumnos se armonizan con la actividad y la curiosidad de la infancia, y el todo constituye la máquina simple y poderosa, descubierta por Owen, para formar el carácter social del hombre. Él domina su voluntad por la actividad constante de los afectos benévolos, subyuga las inclinaciones antisociales por el poder de los hábitos, y adquiere una confianza sin límite por la autoridad que la verdad ejerce sobre nosotros, porque no dice jamás sino lo verdadero y no enseña sino las cosas cuya verdad resplandece en la inteligencia del alumno.

La ley orgánica de la escuela oweniana responde a la necesidad incesante de amar, al deseo de conocer, a esa sed de verdad que nos revela el alma. Owen ha descubierto esta ley por una serie de experiencias y el estudio atento del principio social entre los niños y entre los obreros. Él obtiene tan felices resultados por la influencia que ejercen el hábito, el afecto y la verdad, que no se debe estar sorprendido que se haya abandonado a su indignación contra el absurdo de persistir en las modas antisociales de educación que, desde hace siglos, amontonan vanamente líneas sobre líneas, preceptos sobre preceptos. La insuficiencia de la enseñanza teórica está bastante probada, por los resultados de la educación ordinaria, ya que queda demostrado que la verdad y la moral no podrían tener influencia durable sobre nosotros sino por la existencia que le da la práctica. Es preciso

que, constantemente en acción, la verdad y la moral ejerciten nuestro juicio, motiven nuestra conducta y formen nuestros hábitos.

«Debe parecer evidente, dice Owen, que se pueda enseñar a los niños según el sistema del sector Bell o según aquel de Lancaster, a leer, escribir, calcular, mientras que al mismo tiempo pueden adquirir los hábitos más viciosos.

»La lectura y la escritura son simplemente instrumentos con los cuales se puede comunicar conocimientos buenos o malos, y que, cuando se les da a los niños, tiene para ellos poco valor, a menos que se le enseñe a hacer un uso conveniente.

»Cuando un niño haya recibido una descripción clara y exacta de los objetos que lo rodean y cuando se le haya enseñado a razonar o a juzgar sanamente, de manera que pueda distinguir las verdades generales de las afirmaciones falsas, estará bastante mejor instruido, aunque no conozca una sola letra del alfabeto, ni una sola cifra, que aquellos que han sido forzados a creer, y cuyas facultades y razón han sido perturbadas o destruidas por lo que se llama, con un extremo error, la enseñanza.

»Se conviene generalmente que la manera de instruir a los niños es de alguna consecuencia y que ella merece toda la atención que se le ha dado, desde hace cierto tiempo. Se conviene también que las personas que inventan o que introducen las mejoras y que facilitan la adquisición de los conocimientos son los benefactores de sus semejantes, y sin embargo la manera de comunicar la instrucción es una cosa y la instrucción en sí misma es otra, y no hay ciertamente dos cosas más distintas. Se puede servir del peor método para dar la mejor instrucción y del mejor método para dar la peor instrucción.

»Si fuese cuestión de estimar la importancia real entre el modo y el objeto real de la instrucción por números, se podría evaluar la manera de instruir en uno y la forma de instrucción en diez millones; la primera no es solamente sino el medio y la última el objeto que este medio debe cumplir.

»Si por lo tanto, añade Owen, en un sistema de educación para los pobres, es de desear el adoptar el mejor método, y es bastante más deseable todavía el adoptar la mejor materia de instrucción».

Owen ha observado el desarrollo de la inteligencia humana. No le enseña a la infancia ni la abstracción, ni las revelaciones del alma, por la simple razón que son pensamientos que sobrepasan la comprensión del niño. Los primeros conocimientos que el hombre adquiere, al igual que todos los medios de proveer su conservación, provienen en primer lugar del ejercicio del instinto y del poder intuitivo sobre los objetos sometidos a la acción de sus sentidos; es por lo tanto por la enseñanza del mundo material que la instrucción debe comenzar. Será necesario aún en la mano del niño que el crayón preceda a la pluma, que sepa dibujar los objetos antes de aprender las combinaciones de los signos convencionales que representan los nombres; porque cuando comprenda la ficción intelectual que une los signos diversos, el recuerdo de las articulaciones y de los sonidos, de las palabras y de los cantos, las ideas de las dimensiones y de los números, su inteligencia habrá recibido un gran desarrollo; el mundo ideal le es entonces abierto. En la asociación oweniana, los niños

son admitidos en la escuela desde la edad de dos años; permanecen en ella hasta los diez, y es solamente hacia la edad de siete a ocho años que aprenden a leer. Una regla general domina la instrucción, es la de no enseñar nada al niño que no sea la consecuencia inmediata de lo que él sabe bien. Owen tiene demasiado buen sentido para querer hablar de Dios a sus pequeños escolares, hasta que Dios mismo no se revele a su corazón. Él los educa en la práctica de la caridad, les demuestra que el egoísmo bien entendido es el de no ser egoísta y descansa en las satisfacciones y los sentimientos que experimentan para hacerle conocer la conciencia.

Será en vano que la envidia, el odio y los clamores de la hipocresía busquen un objetivo personal o de ambición, en los planes, los escritos o la conducta de Owen. El amor más puro a sus semejantes es el móvil de su vida; se refleja en todas sus acciones y sin saberlo esta caridad divina, esta mansedumbre sobrehumana le hacen llegar a una altura grandiosa.

En una memoria dirigida a los poderosos aliados reunidos en Aix-la Chapelle, Owen expresándose sobre su interés personal dijo: «que él no pide nada, que no tiene necesidad de nada, y no teme nada individualmente ni de los gobiernos, ni de los pueblos. Antes de dar un paso en la carrera que se ha trazado, ha sopesado su vida en su mano (es su expresión); no la calcula más, no la considera más que como una pluma ligera en la balanza, comparada con la inmensidad del bien que reconoce poder hacerse en las circunstancias actuales. Obtener este gran bien para sus semejantes es el único objeto de su preocupación.

Jamás la filantropía ha aparecido bajo una forma más unitaria, más llena de caridad que en la organización social de Owen: sectarios de Brahma, de Confucio, de judíos, cristianos y musulmanes, niños, jóvenes y viejos, ricos y pobres, el filántropo práctico, los reúne a todos. Su bandera es la tolerancia; su ley se deriva del principio de amor y de fraternidad predicado por Jesús: él afirma la asociación por el imperio de los hábitos benévolos y por el interés individual identificado con el interés de todos.

Owen piensa que el trabajo continuo de los talleres, altera la salud del hombre, embrutece su inteligencia y al mismo tiempo él está convencido de la inmensa ventaja que presenta la ejecución de los trabajos agrícolas por reuniones de obreros. Esta es la razón por la que desea que estas asociaciones abarquen la agricultura y la fabricación. La experiencia le ha enseñado que la variedad de las ocupaciones, que reanima el ardor del obrero, se concilia con la división del trabajo y su buena organización. Le es demostrado que una asociación de obreros usando medios perfeccionados, trabajando y viviendo en común, podría siempre establecer para los objetos de su fabricación un precio más bajo de lo que sería capaz de hacer el capitalista con el socorro de los desgraciados que explota. Le es igualmente probado que esta asociación obtendría más crédito que el fabricante, y finalmente que por el resultado de su trabajo estaría siempre abundantemente provisto para todas las necesidades de la dicha asociación, para la educación de los niños y también para los goces intelectuales.

La adopción del sistema que yo propongo, dice Owen, ofrecería ventajas inmensas para las clases pobres, y estas ventajas son susceptibles de una demostración tan rigurosa como una proposición matemática.

Citaré, en apoyo de esta afirmación, algunas fragmentos del informe del comité que examinó la proposición que había hecho Owen de organizar una asociación según sus principios.

El comité, refiriéndose a las diversas resoluciones e informes que ha adoptado, y que han sido aprobadas por una asamblea general muy respetable y muy numerosa, pide todavía que le sea permitido, someter al público las consideraciones siguientes:

1.º-«Que el señor Owen ha tenido durante veinte años, bajo su sola dirección, como asociado gerente, una de las más grandes fábricas del reino, en la cual se emplean más de dos mil obreros, que él ha dirigido siguiendo un método que es materialmente muy diferente de los métodos ordinarios, y que sin embargo ha producido las ventajas más importante para los propietarios y para los obreros.

»Sin entrar aquí en los detalles de esta gestión, nos basta afirmar que las horas de trabajo, dieciséis sobre veinticuatro, han sido reducidas a diez horas por día. Que los propietarios gastan más de setecientas libras esterlinas (17.500 francos) para la educación de los niños de los obreros. Que en las escuelas en las que son educados no se inflige jamás el castigo corporal. Que ningún niño de menos de la edad de diez años es admitido en ningún trabajo y que una porción del terreno es cultivado como jardín por las personas empleadas en la fábrica. En las circunstancias actuales y a pesar de las dificultades del momento que han traído abajo tantos otros establecimientos, este ha continuado de manera notable, y, siguiendo la opinión del señor Owen, los beneficios que se han obtenido han dependido principalmente de la adopción de su sistema. De otro lado los oficiales de justicia no han ejercido ninguna persecución criminal contra los habitantes de New-Lanark desde hace quince años. Todo el mundo está de acuerdo en que esta fábrica, tanto por el orden, la limpieza, como por su sabia dirección, es eminentemente superior a la generalidad de otras, y que durante los últimos años, sobre todo desde la perfecta reforma de las escuelas, la salud, la alegría, la inteligencia y la excelente disposición de los niños ha impresionado a todas las personas que han visitado este establecimiento y les ha causado tanto placer como sorpresa.

2.º -»Que ahora es cuestión de formar un nuevo establecimiento en el cual la agricultura, y las manufacturas serán ejercidas, pero en la cual la agricultura será la base: la experiencia ya adquirida por el señor Owen y la ventaja de comenzar de nuevo lo pondrán en situación de dar disposiciones bastantes superiores a aquellas existencias actualmente en New-Lanark. La opinión más pronunciada que él expresa es que el capital empleado será pronto devuelto con interés, que los trabajadores estarán situados en un estado de bienestar desconocido hasta el presente en esta clase. Ofrece personalmente emprender la superintendencia y al mismo tiempo se prohíbe toda participación en los beneficios. Declara que está presto a comunicar de la manera más clara y sin reserva todos los detalles de su plan.

3.º -»Estos detalles son actualmente sometidos al público y el comité habiéndolos tomado en consideración, es de opinión que hasta cierto punto son no solamente practicables sino aun suficientemente seguros como ninguna institución humana lo puede

ser, para producir los resultados que Owen anuncia. En cuanto a las personas que han rechazado este plan sin examen, el comité debe hacer observar que Owen ha sometido ya a la experiencia la unión de la agricultura y de las manufacturas; que según su paciencia, su experiencia y su éxito, él tiene toda la razón de creer que seguirá una marcha prudente y atenta, fijando las proporciones en las cuales la agricultura y las artes mecánicas deben estar en un nuevo establecimiento. Que el efecto de los arreglos económicos, disminuyendo las pérdidas, ahorrando espacio y tiempo, no han sido ensayados jamás en la agricultura y la economía doméstica sobre un plan tan extendido como el que se propone actualmente; que los resultados de una combinación de trabajo sobre una escala extensa en la agricultura no son conocidos. Pero que los hombres que conocen las ventajas en otros géneros de trabajo, piensan por adelantado cuánto obtendrían en esta parte de la industria humana, la más importante de todas; y que en fin, por encima de todo, nadie puede calcular el acrecentamiento del poder y la felicidad que puede nacer de un sistema parecido bien reglamentado por la formación de hábitos morales y el perfeccionamiento de la clase obrera.

4.º ->El comité está instruido de varias objeciones que se han opuesto al sistema de Owen; pero ninguna le ha parecido fundamentada ni en el hecho ni en la razón.

5.º ->Las opiniones supuestas particulares de Owen en materia de religión, forman una de esas objeciones, etc.

6.º ->Varias otras objeciones se fundan en la suposición de que los planes de Owen tienden necesariamente a la comunidad de los bienes, lo cual es un error o una falsa suposición. En el establecimiento que se propone, no habría ni comunidad de bienes ni la menor desviación de las leyes existentes sobre las propiedades. Owen, es verdad, ha expresado en una ocasión precedente, ciertas opiniones en favor de un estado de sociedad en el cual la comunidad de los bienes debería existir; pero no ha juzgado jamás que esta comunidad de bienes fuera necesaria al éxito de plan que propone ahora, y no lo ha exigido como condición de su dirección.

Se ha pretendido también que sus planes tienden a la igualdad de las clases sociales: esta noción proviene y depende de la concepción falsa de la comunidad de bienes.

7.º ->Habría lugar a temer, se dice, las consecuencias molestas de la sustracción de capitales ahora empleados de manera ventajosa en otros establecimientos; el comité no sabe cómo apreciar esta objeción que se podría igualmente elevar contra todo desplazamiento de capitales.

8.º ->Las objeciones fundadas sobre el hecho de que el plan tiende a favorecer un crecimiento rápido de la población recae también sobre la falsa suposición de la comunidad de bienes, y destruida esta suposición, ellas caen por sí mismas. Si el fomento de la población consiste solamente en el crecimiento de las ventajas que el capital, así empleado, puede procurar a las clases obreras, al mismo tiempo que dan ganancia al capitalista, el comité es de la opinión que no puede tener ninguna objeción contra un fomento parecido.

9.º ->Otra clase de opositores pretende que este sistema destruirá la independencia del campesino y sus hábitos domésticos, y que poniéndolos demasiado bajo la independencia de sus jefes, debilitará sus facultades y lo convertirá en una máquina. Se supone que estas objeciones provienen casi enteramente de esta parte del plan que tiene por objeto un arreglo para facilitar a los obreros, de cada establecimiento, los medios de comer en común. No se puede dudar mucho de que las ventajas de este arreglo se conviertan en tal forma evidentes a tal punto que sean adoptadas; pero ninguna clase de presión ni aún de persuasión será empleada; los obreros deben recibir su salario en dinero y la manera como querrán aprovecharlo queda enteramente a su disposición.

»El comité desea recordar a aquellos que ponen a tan alto precio los goces domésticos, que estos goces, para las personas actualmente empleadas en las fábricas durante dieciséis horas por día, no pueden ser muy grandes, y que la independencia de todas las clases trabajadoras está eternamente sujeta por las disposiciones actuales de la ley sobre los pobres.

»Los planes propuestos, aumentando los goces, parecen proveer de grandes medios de economía; y como se tendrá la más grande libertad de abandonar en cualquier tiempo el establecimiento, no es fácil de concebir cómo la independencia de quien sea podría estar jamás amenazada. La opinión de que se estropearan las facultades intelectuales por un sistema basado en una educación liberal y variedad de ocupaciones, no puede si no parecer muy singular a los ojos del comité; porque el efecto principal de la realización de ese plan sería incontestablemente el de poner una barrera a la influencia embrutecedora de la división del trabajo que se ha llevado hasta tal punto, que no se puede dudar que destruye su propio objeto.

10.º. ->El comité, sobre todo el conjunto, somete a la opinión pública una importante consideración: que la situación actual de los pobres y de las clases obreras no pueden continuar más, que es preciso encontrar algún remedio a tan grandes males, y que ningún plan puede ser eficaz sino tiene por objeto fundamental crear en esas clases hábitos morales y sentimientos de unión social.

»Que ningún plan propuesto hasta hoy presenta como el de Owen por lo menos una apariencia de éxito tan grande para decidir ensayarlo; que no se pide ninguna alteración a las leyes existentes; que no hay ningún peligro de temer, que el comité tenga culpa o razón en los resultados que anuncia, pero que los resultados serán incalculables si el comité tiene razón; y por lo menos este ensayo no hará sino demostrar con un ejemplo más que sería ventajoso para nuestros fabricantes aplicar tiempo, dinero y atención al perfeccionamiento, a las necesidades, a los goces y a la felicidad de sus obreros; todo el dinero necesario para este objeto estaría bien colocado. Según todas estas circunstancias y motivos, se solicita ardientemente el concurso de todos aquellos que desean el bienestar de todas las clases de la sociedad, y sobre todo el perfeccionamiento del carácter general de las clases obreras».

Advertencia General del Comité

Londres, 11 de agosto 1819.

Plan para procurar empleo a los pobres.

«El comité, nombrado en una asamblea general realizada en la taberna de Londres, el 26 de julio de 1819, convocado para el efecto de tomar en consideración el plan del señor Owen, ha procedido con la convicción de que el espíritu público está perfectamente convencido que las desgracias acrecentadas y siempre en aumento de los pobres piden remedios inmediatos y suficientes.

»Es de opinión que estos remedios se encontrarán lo más pronto en todo plan que procurará empleo a los pobres, y principalmente en los trabajos de agricultura que, al mismo tiempo que tienden a afirmar los hábitos industriales, pueden servir para conducir a un sistema de educación a fin de educar a la gente pobre en una moral depurada.

»El comité piensa que el plan propuesto por Owen reúne diversos resultados prácticos relacionados con las ventajas de las cuales se hace cuestión arriba, y que se debe hacer un establecimiento por vía de experiencia, etc.

»Las suscripciones serán recibidas por los señores Smith, Payne y Smith, Williams y compañía, Spooner, Atwood y compañía, y Brummond y compañía, banqueros».

En este informe que no transcribo por entero el comité niega todas las acusaciones calumniadoras que se le imputan bajo la proposición del filántropo, las pasiones de odio y de hipocresía, de fanatismo y del temor que inspira a la aristocracia la independencia que adquirirían los proletarios si se reunieran en asociaciones.

Tal era ya, en 1819, la animosidad que excitaban los principios de Owen, que las intrigas impidieron la realización de su proyecto. Es en vano que llamaran la atención de gentes serias acerca del crecimiento del poder creado por el maquinismo de 1792 a 1817, crecimiento que entonces el hábil socialista evaluaba en trabajo de doscientos millones de hombres. Es en vano que mostrase este mismo poder de las máquinas tomando un inmenso desarrollo sobre el continente, de suerte que los objetos se fabricaban más prontamente de lo que pudieran consumir y que a pesar de los esfuerzos prodigiosos de Inglaterra para abrirse a los nuevos mercados, todos los del mundo entero no le serían suficientes.

Sin embargo, decía Owen, el mal va en aumento, las fábricas fabrican montones de mercancías y las máquinas hacen nuevos progresos sin cesar. El empleo de la mano de obra disminuye cada día, el trabajo del hombre es en tal forma envilecido, que los salarios se han vuelto insuficientes para satisfacer los deseos más urgentes; así, por lo tanto, queda demostrado que las clases obreras están en la imposibilidad de luchar contra las máquinas; y el filántropo práctico veía el remedio de sus males en la explotación simultánea de la agricultura y de la industria, llevada a cabo por las asociaciones de obreros, organizadas o administradas según sus principios.

«Es necesario y urgente, decía Owen, el cambiar nuestra política interior relativa a los pobres y a los obreros, a fin de evitar que este cambio no se haga por la ignorancia y los prejuicios, bajo la influencia funesta de la desesperación y las pasiones más violentas. Según las leyes existentes, las clases obreras, privadas de ocupación viven a expensas de las rentas de la gente rica e industriosa, mientras que las facultades corporales e intelectuales de los individuos que componen estas clases se mantienen inactivas. En este estado de cosas, estos individuos contraen malos hábitos; y los vicios que la ignorancia y la pereza no dejan nunca de producir. Ellos se mezclan con los mendigos de profesión y se convierten en la escoria de la sociedad.

»La mayoría de esos pobres han recibido de sus padres hábitos viciosos, y tanto como dure el sistema actual, estos hábitos viciosos se transmitirán a sus hijos y por estos a las generaciones sucesivas; consecuentemente, todo proyecto de mejoramiento debe, como primera medida, prevenir esta funesta transmisión y proveer los medios de hacer contraer a los niños hábitos buenos y útiles a la sociedad.

»El trabajo de algunos individuos tiene un precio más grande que el trabajo de otros, y ello proviene casi enteramente de la educación y de la instrucción que han recibido. Así pues se debe dar la educación y la instrucción más útil a los niños de gente pobre.

»La misma cantidad y la misma calidad de trabajos, bajo un mejor modo de dirección, producirán resultados de más valor que bajo otra. Es necesario por lo tanto que el trabajo de los pobres se haga bajo el mejor modo de dirección.

»Un sistema de economía puede asegurar más ventajas, más desahogo y bienestar que otro proporcionalmente al gasto. Se debe hacer por lo tanto en semejantes establecimientos arreglos tales que produzcan los más grandes beneficios con el menor gasto.

»Los vicios y la miseria de los pobres provienen en gran parte de que están rodeados de tentaciones que no han sido instruídos para vencer. Sería una mejora importante el aislar a los pobres de las tentaciones y deseos inútiles.

»Las condiciones de todo proyecto para mejorar la suerte de los pobres son de impedirles contraer malos hábitos, de dárselos buenos, así como una educación y una instrucción útiles para ellos, de asegurar un trabajo conveniente a los adultos, de dirigir su trabajo y sus gastos de manera de procurarles los más grandes beneficios, para ellos mismos y para la sociedad, de colocarlos en fin en circunstancias que los alejen de las tentaciones inútiles que unen estrechamente sus intereses y sus deseos y sus deberes».

No pudiendo sobrepasar los obstáculos que el fanatismo religioso y la aristocracia le oponían, Owen fue a América, donde fundó en 1824 la colonia de «New-harmony». Los elementos heterogéneos que la componían y las incomprensiones que los metodistas y todos los santurrones sectarios buscaban crear impidieron su éxito. Sin embargo los resultados fueron muy satisfactorios, bajo el punto de vista de la filantropía: la asociación fundada por Owen sobre los 30,000 acres de terreno que él había adquirido en el estado de Indiana, se subdividió en varios establecimientos. Se organizaron sociedades de artes y de oficios y de agricultura; la educación de los niños fue conducida con la más grande

atención y según la teoría de Owen. Finalmente se obtuvo de los adultos una explotación rural dirigida con noción del conjunto e inteligencia. En todos los Estados de la Unión, se formaron asociaciones sobre principios más o menos cercanos a los de Owen y tomaron el nombre de «Cooperative society». Owen encontró en los Estados Unidos las mismas persecuciones que en Inglaterra; ¡porque estos dos países son quizás los únicos del mundo donde el fanatismo subsiste todavía en toda su tolerancia, en toda su hipocresía, en todo su horror! Regresó a Europa para reanimar el ardor de sus discípulos.

A su regreso a Inglaterra, Owen encontró una santa liga organizada. En todas partes donde iba encontraba comités ocupados en provocar grandes manifestaciones y en secundar su propagación; la sociedad había fundado el «Cooperative magazine» como su órgano.

Owen ha sacrificado una inmensa fortuna, honradamente ganada, en la propagación de su doctrina. Se evalúa que después de su regreso de América, ha pronunciado de mil cien a mil doscientos discursos en público, y que ha escrito en los periódicos o publicado separadamente tres mil artículos dirigidos a distintas poblaciones. Sus viajes han sido permanentes y cuando se ha tratado de hacer propaganda nada lo ha retenido, ni el dinero, ni la salud, ni sus asuntos.

Existía en Manchester una sociedad de obreros bajo el título de «The community or the friendly society»; por la influencia y la andanza de Owen, esta sociedad se ha extendido y tomado el título de «The association of all classes, of all nations». El comité que la dirige está presidido por Owen; en este Comité figuran los hombres más distinguidos que han abrazado su doctrina: John Booth, Williams Smith, Robert Alger, Junius Haslam, Baxter, Hanhart, George Fleming, James Braby, etc.

Varias publicaciones han sucedido a la Cooperative magazine y propagan los principios de la Sociedad: The Star of the east, The pioneer, The social reformer, The new moral world, The weckly dispatch, y varias otras; esta última con un tiraje de unos 40,000 ejemplares.

Habiendo acusado Owen a las religiones de los males que agobian a las sociedades humanas, los vendedores de biblias quedaron demudados. Esos actores fanáticos que viven a expensas de los imbéciles se alarmaron, y toda la multitud de predicadores que bajo diversas denominaciones se disputan al público, organizaron contra el filántropo una persecución sorda. Repartieron a manos llenas la calumnia sobre él y sus discípulos, emplearon todos los medios a fin de perjudicar sus intereses privados, y para ahogar la repercusión de sus escritos, de sus prédicas, de sus fraternales acciones y de su benevolencia universal.

La religión de la aristocracia, poderosa por sus inmensas riquezas y el apoyo del gobierno, no se asustó tan rápido; ella se basaba, para destruir al filántropo en el odio de las sectas disidentes que explotan la credulidad pública. Sin embargo Owen cuenta con numerosos discípulos no solamente en los tres reinos, sino aun en América, en Alemania y en Francia. Sus discípulos toman el nombre de socialistas, y la asociación superando los odios nacionales, fomentados por la aristocracia, toma el título de Sociedad Universal de los religionarios racionales, e iza la bandera de la unidad. Un concilio universal está

investido de los poderes de la asociación y regula su marcha. Se reúne en una de las ciudades manufactureras de Inglaterra, donde se reúnen los delegados de todos los congresos particulares, los cuales son en número de sesenta y uno. Independientemente de este cuerpo legislativo, hay un comité central en permanencia, que reside en Birmingham: es este comité el que le da un impulso unitario a la Sociedad. Especialmente encargado de la propagación de la doctrina, envía a los misioneros a los tres reinos y también al continente. Los misioneros tienen un sueldo de alrededor de treinta chelines por semana, sin contar los gastos de viaje. El dinero necesario para pagar todos estos enormes gastos es provisto por las contribuciones individuales de cuatro peniques por semana (40 céntimos de franco).

En las ciudades principales, tales como Manchester, Birmingham, Liverpool, Sheffield, etc., los socialistas tienen sesiones públicas y regulares.

Se contaba ya con 500,000 discípulos de Owen en los tres reinos, cuando a su vez la iglesia anglicana ha sufrido pavor. Los grandes burócratas se reunieron. En sus conciliábulos se presentaron los corifeos del torismo y se convino en convencer a la joven reina a fin de obligarla a proclamar la persecución.

El doctor Phillpott, obispo de Exeter, hombre de una nulidad extrema, y sin embargo deseoso de que se hable de él, halla la ocasión con solicitud y no pudiendo ser ni un San Ambrosio, ni un Bossuet, reproduce en el siglo XIX el papel infame de los inquisidores del siglo XVI. Invoca los rigores de la ley contra hombres dedicados a los pobres; quiere encender hogueras para apóstoles verdaderos, que, plenos de amor hacia el semejante, dicen a los obreros: Venid a nosotros, hermanos, venid a unir vuestras fuerzas a nuestras fuerzas, vuestra buena voluntad a la nuestra; trabajemos en común, y que por el amor que nos tenemos los unos por los otros, se reconozca que somos religiosos EN TODA VERDAD. Que NUESTRAS ACCIONES testimonien de nosotros, y dejemos a los falsos profetas la mentira, las palabras encubiertas y el lenguaje hipócrita.

Sin embargo este obispo de Exeter formula la denuncia. Su odio habla sin disfraz, seguro de la acogida favorable que le es reservada en la Cámara de los Lores. Ninguna expresión caritativa manifiesta al cristianismo; ¡sin embargo este hombre se dice miembro de la cristiandad, se pretende obispo y denuncia!

El pueblo inglés está todavía regido por reglas de la Edad media. El poder de la opinión ha obligado sucesivamente al gobierno a extender la tolerancia; pero la más atroz intolerancia subsiste en la ley. Lord Brougham, este gran renegado de la libertad, ¿no decía acaso en la Cámara de los Lores, que «una reina de Inglaterra que se desposara con un príncipe que no profesara la religión de Phillpott perdería su derecho a la corona»?

Una religión ricamente dotada e impuesta por la autoridad una religión profesada por todos los opresores del pueblo, bien ha podido lograr obtener tanto respeto como la ley. Pero no teniendo en ella nada que excitara las simpatías, ha debido perder necesariamente su ascendiente sobre las masas; así, millones de sectas han surgido del suelo inglés. Forzado a tolerarlas, el gobierno no ha renunciado jamás a las pretensiones de Enrique VIII, de circunscribir el pensamiento religioso. Ese pobre pueblo inglés, del cual se repite tan a

menudo que está gobernado por la más liberal de las constituciones, se estimaría muy feliz si esta constitución modelo encerrara solamente estos artículos de nuestra carta:

Art. 1. -Los franceses son todos iguales ante la ley, sean cuales sean por otra parte sus títulos y rangos.

Art. 2. -Ellos contribuyen indistintamente, en la proporción de su fortuna, a los cargos del Estado.

Art. 3. -Son todos igualmente admisibles en los empleos civiles y militares.

Art. 5. -Cada uno profesa su religión con una libertad igual, y obtiene para su culto la misma protección.

Existe sin duda en Inglaterra el liberalismo en la opinión. Sin embargo, sobre toda la tiranía se encuentra formulada la ley, y el yugo de la aristocracia es tanto más pesado cuanto que la nobleza inglesa es, sin contradicción, la clase más santurrona de la nación, la más preñada de prejuicios y la más ignorante. El pedido presentado a la reina por los lores para pedir medidas represivas contra los socialistas es la prueba más contundente. Se ve, con la lectura del alegato de Phillipott, al indómito héroe animarse de cólera y apelar a todo lo arbitrario de la ley, para defender la existencia de la religión aristocrática comprometida en su base por el progreso del socialismo.

¿Cuáles serán los resultados de la persecución provocada por los muy honorables lores? Ella acelerará la propagación de la religión nueva, responde el ser de fe. Los socialistas, arrojando todos los peligros, harán como los apóstoles de Cristo: recorrerán las provincias predicando la ley nueva, la ley de la asociación fraternal que dará ¡pan a todos y secará todas las lágrimas! ¡Su voz será poderosa, porque veinte millones de proletarios, en los tres reinos, lloran y ayunan!

Apuntes

- I -

Clubes

En Inglaterra los intereses materiales se agrupan y se asocian con una prontitud maravillosa. Las empresas comerciales de toda naturaleza, la explotación de las minas, la construcción de ferrocarriles, las colonizaciones, etc., reúnen pronto un gran número de personas que, para asociarse, no tienen necesidad de otro móvil que el beneficio que esperan de la asociación. Y es la cuota de estos beneficios y no la utilidad política, moral o religiosa del objeto de la empresa, lo que las determina. Así, sin conocerse, sin amarse, sin estimarse, sin que ninguna opinión política o religiosa les una, firman el mismo registro sobre el cual se encuentran nombres pertenecientes a todos los partidos, a todas las sectas, y el sólo amor de la ganancia es suficiente para mantener la armonía en esta masa heterogénea. Se lleva este espíritu, no diré de asociación sino de cooperación, hasta en las

más pequeñas cosas; los numerosos clubes de Londres son un ejemplo: palacios magníficos, donde se encuentran reunidas todas las ventajas materiales que puede dar la asociación de los intereses.

He visitado varios clubes en Saint-James, Pall-Mall, en Carlton-Terrace; no se puede ver nada más ricamente decorado y cómodo. La entrada de estos palacios es en verdad imponente: amplios vestíbulos, soberbias escaleras de dos ramas, adornadas de estatuas, provistas de bellas alfombras, e iluminadas por cien focos de gas, todo con suficiente calefacción, mediante tubos. En el primer piso, grandes comedores reciben la luz de hermosos jardines. En el segundo piso, magníficos salones de cincuenta, sesenta, ochenta pies de largo, en casi todos, las ventanas abren sus hojas sobre las terrazas; en verano, estas terrazas están adornadas de cajas llenas de bellas flores. Nada se ha ahorrado para hacer placenteras estas residencias. Los vidrios, tan caros en Inglaterra, tienen allí dimensiones colosales. La biblioteca ofrece la colección de libros de más actualidad y en fin, en estos clubes se encuentran todos los diarios ingleses, las novedades, y en muchos de ellos los periódicos franceses y otros extranjeros. Los precios de suscripción son, según los clubes, de ocho, diez, doce, quince y veinte libras esterlinas por año. Cada miembro puede ir a almorzar al club, leer los periódicos, hacer su correo, calentarse, leer una novela y en fin cenar. Sin embargo, se dice que para todo inglés, comer es el más grande asunto y el objetivo de su existencia. No hay club pasablemente bien puesto que no tenga un cocinero francés. (El «chef», porque el artista cocinero conserva al otro lado del canal su nombre grandioso). El chef es el alma del establecimiento. En general se come allí muy bien; en todos se come platos a la francesa: el sauterne y el champaña son de primera calidad, y todo tiene un precio muy moderado. He ahí las grandes ventajas materiales obtenidas por la asociación. Examinemos ahora cuáles son los resultados intelectuales, ¿qué hacen los doscientos o trescientos miembros de un club?, ¿buscan instruirse con buena fe sobre las importantes cuestiones sociales?, ¿hablan del comercio y de la política?, ¿de la literatura, del teatro, de las bellas artes? No. Ellos van allí para comer bien, beber buenos vinos, jugar y escaparse del tedio de la casa; vienen a buscar abrigo contra las tribulaciones del día, y no para entregarse a la fatiga de una discusión sostenida sobre no importa qué tema. Por otra parte ¿con quién podrían charlar? Ellos se mantienen desconocidos entre sí. La calidad de miembro del mismo club no entraña la obligación de hablar a sus co-asociados, ni siquiera de saludarlos. Cada uno entra en los salones, con el sombrero sobre la cabeza, sin mirar ni saludar a nadie. Nada es más cómico que ver una centena de hombres reunidos en estos grandes salones como lo están los muebles; el uno, sentado sobre un sillón lee un folleto nuevo; el otro escribe sobre una mesa, al lado de un individuo al cual no ha hablado jamás. Aquel, extendido sobre un sofá, duerme; otros se pasean a lo largo y a lo ancho. Para no turbar ese silencio sepulcral, hay otros que hablan muy bajo como si estuvieran en la iglesia. ¿Qué entretenimiento pueden encontrar estos hombres para reunirse así?, pensaba yo viéndolos. Todos parecían muy aburridos. Sorprendida por este singular modo de asociación, me imaginaba, por momentos, ver una colección de autómatas. Pregunté al inglés que me acompañaba por qué no existía más trabazón entre los miembros de esas sociedades. ¿Cómo, me dijo, vos querriais que se le dirigiera la palabra a un hombre que no se conoce y del que no se sabe nada? ¿Qué cuando se ignora si es pobre o rico, tory, whig, o radical, uno se expondría a herirlo en su orgullo o en sus opiniones, sin tomar en cuenta las consecuencias? Solamente los franceses pueden cometer esta clase de imprudencias. ¿Por qué, pregunté de nuevo, recibís a las gentes que no conocéis? Me respondió: porque es

preciso un cierto número de cotizaciones para cubrir los gastos del club, y nos es suficiente saber, sobre la respetabilidad de los miembros, que ellos han sido presentados por dos miembros del club y aprobados por el comité.

Esta respuesta pinta perfectamente el espíritu inglés. Esta sociedad se propone siempre, por la asociación, lograr una ventaja material. No le demandéis asociarse por el pensamiento, por sus sentimientos, por su moral, porque no os comprenderá. Esta inmovilidad del alma, este materialismo social tiene algo de horroroso.

Los clubes en Inglaterra hacen a los hombres más personales y más egoístas. Estos establecimientos son a la vez, casas de juego, gabinetes literarios y restaurantes. Si no existieran, los hombres frecuentarían más la sociedad o se recogerían en el seno de su familia. Los clubes provocan muchos desórdenes en los hogares. Los maridos, abandonando la casa, dejan a la pobre mujer comer sola un pedazo de carne que dura toda la semana, mientras que estos señores van a su club donde comen comidas suntuosas, beben vino de lujo y pierden su dinero en el juego. Cuando yo regresé, se hablaba de establecer clubes para uso de solteros, o cuyos suscriptores podrían hacerse pasar como solteros.

- II -

Los bolsillos

Creo de verdad que es inútil comprender el lenguaje de un país para adivinar sus costumbres. Todo en lo exterior lo revela y los vestidos más que toda otra cosa.

Como las opiniones, las costumbres, los usos y las modas se materializan en cosas, en acciones y tienen causas de las cuales provienen naturalmente, yo sostengo que nada agrega más a la cuenta de una nación que la observación atenta y reflexiva sobre su lenguaje escrito y hablado. Cuando ninguna huella subsiste en otra parte que en los escritos, las opiniones, los acontecimientos y las cosas son para nosotros como si no hubieran existido jamás. ¿El obelisco de Luxor, el Arco de la Estrella, la iglesia de la Magdalena, la Cámara de Diputados, las Fuentes, las personificaciones de las ciudades, las Tullerías, los Campos Elíseos, todo el conjunto que se ve sobre la plaza de la Concordia ¿no manifiestan un país ávido de todas las glorias, que ama la guerra, la poesía y las artes? ¿No escucháis vos cuando os hablan de las maravillas de su historia y de su industria, de los descubrimientos de sus sabios, del talento y del genio de sus artistas? Mientras que las calles estrechas, mal alineadas y sucias que surcan París, dan testimonio suficiente que este pueblo es más sensible a la gloria, a las grandes obras de arte, que a las comodidades de la vida.

Los trajes no son solamente motivados por el clima, las creencias y las costumbres; una cantidad de circunstancias vienen a modificarlos. Si el bernous, o manto de capuchón del árabe, testimonia, en un país cálido, los hábitos nómadas de ese pueblo; si la constante uniformidad de los vestidos del Oriente atestiguan la inmovilidad de sus costumbres, de su fe y de su pensamiento, en Europa se podría seguir la movilidad de las ideas, la brevedad o el tiempo largo de su reinado por la duración de las modas que lo reflejan. El abandono de

la espada, el uso universal del frac, anunció, en Francia, el triunfo de la igualdad antes que este principio se tradujese en las instituciones. Todas las fases de la revolución, la guerra y la paz, el éxito o el revés han tenido sus vestimentas, y no solamente las sectas religiosas, los partidos políticos, las opiniones religiosas se señalan por los vestidos sino que por ellos se puede reconocer los males físicos y morales que afligen a un país. La invasión del cólera dobló en Francia el consumo de la franela, e Inglaterra es el único país de Europa donde los sastres hacen la abertura de los bolsillos del vestido o de la levita, por debajo.

Yo no había logrado explicarme un uso tan incómodo. Habiendo percibido la impaciencia que causaba a un inglés esta singular moda, le pregunté la razón de ella. Y qué, me dijo, ¿vos no lo adivináis? Si en Londres, como en París, la abertura de los bolsillos de atrás estuviera encima, se perdería cuatro o cinco pañuelos por día; los ladrones tienen la mano tan sutil, que aun así logran robarnos; sin embargo esta precaución nos preserva mucho. Me acordé entonces de mi visita a Field-Lane y me puse a buscar por qué en Inglaterra había más ladrones que en ningún otro país de Europa.

El clima, el alimento, la atmósfera social crean un tal entorpecimiento, que, para escapar a este estado de adormecimiento, los ingleses beben, se entregan a todos los excesos, viajan y hacen a menudo las cosas más insólitas. Este deseo de emociones fuertes, que los induce a menudo a comprometer su fortuna en el juego, o a exponerse al peligro, a hacer largos y peligrosos viajes, a abrazar la vida del marino etc., los lleva todavía a violar las leyes y a constituirse, por el robo y el salteamiento de caminos, en enemigos de la sociedad. La pereza, la aversión por una tarea constantemente repetida, los lleva también a violar las leyes, y por encima de todas las causas, el hambre y el deseo de satisfacer sus pasiones son a la vez los primeros móviles del robo y del trabajo. Los moralistas de la antigüedad, los padres de la iglesia han enseñado todos la resignación y el desprecio de los bienes de este mundo. En Inglaterra, al contrario, la pobreza es tenida como sospechosa y aún a menudo lindante con el crimen. El lujo, el libertinaje, desbordan en todas partes y la riqueza da honor, sea cual sea su origen, y es preferida en todos los empleos. De acuerdo a ello ¿cómo no se buscará convertirse en rico no importa a qué precio? Bajo la influencia de esta moral se abrazará la profesión de ladrón como cualquier otra. Ahora se calcula las posibilidades del robo, y bien pronto ladrones y robados se harán asegurar de los riesgos; los primeros contra la persecución de la ley, y los otros contra el robo.

- III -

Una palabra sobre el arte en Inglaterra

El arte no hace progreso en un pueblo sino cuando desciende a todas las clases de ciudadanos, porque el artista tiene necesidad de ser inspirado por el entusiasmo que excita. Y si el amor a las artes y el discernimiento de la belleza y los defectos son innatos en algunos, no obstante de ello casi todos pueden adquirirlos. Pero ¿cómo el gusto por las obras del genio podría propagarse en un país donde se juzga al individuo por el barrio que habita, el departamento que ocupa, el traje que lleva, el doméstico que le sirve, el gasto que hace?. ¿Qué inspiración puede recibir el artista, del mundo del cual está rodeado, en un país

donde el mérito personal no tiene ningún valor, no tiene derecho a ninguna consideración, si no está acompañado de la riqueza? Que Horacio Vernet, Scheffer, Víctor Hugo, George Sand, Lamennais, la señorita Mars vayan a Londres, se alojen en una de las pequeñas calles vecinas de Leicester-square, en el segundo piso de una mansión de modesta apariencia, y salgan a pie o en ómnibus, y entonces se les hará quizás una visita, pero dos no. Se recibirá perfectamente a una antigua cortesana de Venecia, si, para apoyar su título de princesa, tiene 50,000 francos de renta, un bello coche y una rica librea. Pero si uno de nuestros artistas célebres se pasea en Regent-street con un vestido raído y un sombrero viejo, tendrá la sorpresa de ser tratado groseramente de no merecer el saludo. Este pueblo está educado en el desprecio de la pobreza. ¡El medio de que tenga alguna grandeza en el alma no lo hay! No se estima a sí mismo sino en razón de las riquezas que posee. El inglés tiene un profundo horror por todo lo que significa la pobreza. La librea, no la de la miseria, sino solamente la de la estrechez es a sus ojos la más deshonorosa picota. Esto nos explica por qué Inglaterra no produce sino raramente grandes artistas. No se comienza como entre nosotros por adquirir talento. ¿Para qué? El talento no es la cosa principal, es el instrumento y no el objeto. Sería por lo tanto trastocar la marcha indicada por la opinión, y condenarse a no ser jamás sino un obrero a sueldo de otros. Es preciso ante todo trabajar para adquirir fortuna, sin perjuicio de cultivar el arte más tarde, si el vigor no se ha extinguido completamente. Los jóvenes ingleses que se convierten en artistas, sin tener la fortuna para vivir holgadamente, se condenan a ejercer su talento fuera de su casa.

¿Cómo se desarrollaría el arte en un país con un estado parecido de cosas? ¿Cómo, en un pueblo donde todas las tendencias convergen hacia el materialismo, podrá florecer el arte? Así Inglaterra es en Europa, bajo la relación artística, una verdadera Siberia.

Ved en qué estima es tenido el arte. Transcribimos un texto del Quarterly Journal of Agriculture, dado por la Phalange del 15 de enero: «Alabad ahora, si lo queréis, los Miguel Ángel y los otros talladores de estatuas, todos esos artistas que modelan el bronce y la piedra; ¿no es también un gran estatuario, un gran artista, este Bakewell que esculpe la vida, que hace bueyes de los bloques, que no crea como los otros a la imagen de Dios; que hace más, que reforma la obra de Dios, que no maneja como ellos la materia muerta, inerte, sin reacción ni resistencia, sino los miembros animados que es preciso tallar en lo vivo, que es preciso modelar en la sangre, en los nervios, en el movimiento de la libertad y de la voluntad?».

Bakewell estaba dotado de un espíritu de observación muy raro, y ha hecho hacer muy grandes progresos a la economía rural, ¡pero hay que ser inglés para comparar esta suerte de genio a la del artista!

El protestantismo no ha querido hacer uso sino del arte oral para la propagación de sus doctrinas, y, en los países donde se ha establecido, las otras facultades que Dios nos ha dado para manifestar el pensamiento han permanecido inactivas. La imaginación, para pintar las impresiones y excitar la emoción de otro, ha sido circunscrita al lenguaje de la palabra. Es así cómo el islamismo, ese gran protestantismo del siglo VI, encerró en los relatos la bella imaginación oriental; las bellas artes desaparecieron de las comarcas que fueron su cuna; bien pronto no se comprendió más el lenguaje pintoresco. El sentido

alegórico de las formas del arte griego y de sus símbolos, se hicieron tan ininteligibles como los jeroglíficos.

No es que yo quiera decir que las mezquitas estén desnudas, tan desprovistas de ornamento como la generalidad de las iglesias protestantes. Pero como el islamismo proscribía la representación del hombre y de toda especie de animales, los arquitectos italianos o árabes que han construido los edificios en Oriente, los han adornado de follajes, de cortes en encaje, siempre sin aplicar ningún significado a esos ornamentos. En el interior de las mezquitas, se ve escrito en sus muros largos pasajes del Alcorán. Pero exceptuada la media luna y los millares de lámparas, suspendidas en las cúpulas, no existe en los templos musulmanes ningún símbolo.

Los monumentos de la Edad Media, que subsisten en Inglaterra, demuestran cuán desarrollada estaba la imaginación en esa época. Se puede siempre leer el pensamiento con el auxilio de las crónicas; mientras que si dirigimos nuestras miradas sobre los edificios modernos, nos encontramos con copias de todas las arquitecturas, mezcla extravagante de todas las formas, sin ninguna armonía, sin ningún pensamiento. Las construcciones de utilidad pública tienen proporciones gigantescas, responden perfectamente bien a su destino, es todo el elogio que se puede hacer; pero no es preciso buscar allí ni idea accesoria, ni recuerdo ni gracia ni pensamiento. Es la vestimenta de la cuaquera y no el elegante traje de la elegante de París.

Las iglesias, los teatros, los colegios no son más que especulaciones industriales. Inglaterra ha olvidado la expresión del arte. La armonía en sus templos no exalta el alma hacia Dios, el pintor no ha trasladado los dramas de los libros santos, no ha expresado la moral elocuente. El estatuario no ha puesto allí personificaciones de Moisés ni de Cristo, de María ni de la Magdalena, ni de Ambrosio, ni Agustín, ni Hildebrando. Ningún fresco, ningún bajorrelieve, trae a la memoria, en los teatros, los trajes y costumbres de los siglos que nos han precedido, ni los dioses de la escena en la antigüedad y en los tiempos modernos. Los colegios no consignan en sus decoraciones ninguno de los grandes problemas que preocupan al pensamiento humano. Los jóvenes no se ejercitan en la comprensión de las revelaciones, en la expresión del pensamiento divino, en los entretenimientos de la escena. La razón matemática ha prevalecido, ha destruido todo; las ideas se expresan en cifras, los pensamientos en figuras geométricas.

La lengua franca, de la cual hacen uso los pueblos del Mediterráneo, composición de todos los idiomas, da la idea del patois arquitectónico que se encuentra en Londres. Que el extranjero deseoso de apreciar el gusto de los ingleses, el sentimiento que tienen de la armonía, se traslade antes de ir a visitar una de sus exhibiciones nacionales sobre la plaza de Trafalgar y a la vista de todos los edificios y monumentos emplazados en este lugar, se podrá dar idea del caos en el arte. El palacio de la reina es mezquino, pesado y triste. Su arquitectura no tiene nada de original: la primera vez que se le ve, cree uno recordar haberlo ya visto. Es demasiado pequeño para ser una residencia real y las grandes recepciones tienen lugar en el viejo palacio Saint-James. El pequeño arco del triunfo, construido fuera de tiempo, oculta enteramente la fachada del palacio. Está copiado del arco del carrusel. La colección del museo nacional Pallmall es poco considerable, pero contiene cuadros de los más grandes y primeros maestros: de Rembrandt, los Claude

Lorrain de la más grande belleza, los Leonardo de Vinci, los Rubens, los Teniers, los Sebastiano del Piombino, los Van-Dyck, los Poussin, un Murillo admirable, un Rafael apócrifo; después los Hogarth, los Wilkies, los Lawrence, etc.

El hombre rico siente la vacuidad de las riquezas y envidia la existencia agitada del artista y su gloria. Llegada a una alta opulencia, la aristocracia inglesa añora el pensamiento poético que animaba la vida de sus antepasados, y lanza miradas celosas sobre Italia, Flandes y Francia.

Desde el comienzo del siglo pasado el orgullo de los lores y de los advenedizos sacaron a subasta en Europa todos los objetos de arte. Inglaterra es el país donde existen las más numerosas y más preciosas colecciones de antigüedades, y de obras maestras de los tiempos modernos; pero casi siempre inaccesibles a los estudios de los artistas, esas obras maestras se han perdido para el progreso del arte.

Se encuentra frecuentemente, en las galerías de los señores ingleses, copias a veces muy mediocres, y que sin embargo son inscritas en el catálogo, con los grandes nombres de Leonardo de Vinci, Rafael, Dominiquino, Velásquez, Murillo, Le Sueur, Poussin, Rubens, Teniers, etc. Los propietarios de estas copias mantienen con porfía que ellas son los originales, y se sienten ofendidos cuando uno osa entrever dudas sobre su autenticidad, sea que ellos mismos hayan pagado sumas enormes por estos malos cuadros, o que ellos los hayan heredado de sus padres, como si sintieran instintivamente que el conocimiento del arte es el verdadero título de superioridad. Es entonces que las riquezas, las grandes distinciones sociales unidas a la ignorancia hacen daño al contemplarse; se sufre por la gloria de los grandes hombres, cuyas obras están encerradas, privadas del homenaje del público, y no pueden excitar ni el entusiasmo ni la emulación del artista, ¡oh!, entonces se experimenta un sentimiento de desprecio por estos ricos, verdaderos carceleros del genio.

- IV -

Excursión a Brighton

Las diligencias inglesas tienen bellos animales de tiro, son muy ligeras, casi no llevan equipajes; todo está previsto para lograr la rapidez más grande, pero, en su construcción, no se tiene en cuenta ni la comodidad, ni el confort, ni aun, diría, la seguridad de los viajeros. No creo que exista en el mundo una manera de viajar más desagradable y más fatigante que por las diligencias inglesas.

Estas diligencias tienen cuatro asientos y los banquillos del imperial contienen doce o dieciséis. Los asientos del interior cuestan el doble; ellos no son mejores, ni menos buenos que aquellos de los coches del continente. Se sube sobre el imperial usando una escalera y cuando uno está sentado allí, es fácil sufrir el frío o el calor en toda su intensidad, se está expuesto al viento, a la niebla, a la lluvia, al granizo, al sol, al polvo y se corre incesantemente el riesgo de caer; sea de día o de noche, el sueño viene a sorprenderlo a

uno. No veo nada igual a la incomodidad de estos asientos sino la espalda del camello en el desierto.

He hecho varios viajes al interior de Inglaterra. Me limitaré a contar uno solo de esos viajes a fin de evitar fatigar con la monotonía de mis descripciones, ya que el aspecto del campo es de una aplastante uniformidad.

Fue el año pasado, a finales del mes de agosto. El tiempo era pesado, tormentoso y de hora en hora caían aguaceros como en Francia en el mes de marzo. Hacia las once me hice presente con mi equipaje en Picadilly. Todas las maletas, sacos, canastas, etc., se cargaron en la diligencia y nosotros subimos después. Yo fui colocada, tercera, sobre el último banquillo de atrás, y había tres personas al frente mío: los banquillos de adelante estaban completamente llenos. Nosotros hacíamos votos porque los dos sitios por tomarse sobre nuestros banquillos quedaran vacantes hasta Brighton, porque estábamos muy estrechos. Dos señores se presentaron, pero viendo tan poco espacio no quisieron subir. Habíamos dejado Londres a más de una milla detrás de nosotros, cuando la diligencia se detuvo delante de una bella casita, y dos damas, una de las cuales era enorme, vinieron a ocupar los dos asientos vacantes. ¡Oh!, entonces he podido juzgar enteramente el encanto de un viaje en una diligencia inglesa.

Estábamos en tal forma hacinados, que las cuatro personas que ocupaban las esquinas se vieron obligadas a pasar una de las piernas por encima de la pequeña rampa de fierro en la que termina cada banco. Además, los cartones, paquetes y cestas invadían todo el espacio. A cada lluvia, cuatro paraguas se abrían y entonces una cantidad de goteras que se deslizaban de ellas, venían a añadirse todavía a la calamidad. El sol no nos daba menos trabajo para cubrirnos. ¡Nuestra posición era intolerable! Sin embargo, en la parte delantera del coche nuestros compañeros sufrían más todavía. El viento les arrojaba la lluvia con violencia sobre el rostro y una pobre mujer encinta se encontraba tan incómoda, que había perdido el conocimiento totalmente.

Atestiguo la verdad del hecho que les voy a contar, aunque parezca increíble tanto por la inhumanidad que supone, como por el respeto de la propiedad, llevada a este punto, de parte de aquellos que la sufren.

El carro se detuvo, y los viajeros, ayudados por el conductor, bajaron a la enferma para hacerla volver en sí. Nosotros aprovechamos la circunstancia para bajar también. La pobre dama se encontraba en un estado muy alarmante. El conductor nos dijo: en el interior del coche no hay sino dos ancianas; ellas han pagado los cuatro asientos, dos de los cuales son ocupados por sus dos perros; puede ser que si se les pide, ellas permitieran entrar a la enferma.

Ni el conductor ni nadie osaba dar este paso, en tal forma en Inglaterra el hombre está aislado del hombre; ¡hasta tal punto que el respeto por la propiedad es más fuerte que el respeto por el ser humano! Un señor pensó que, si yo me dirigía a las dos ancianas, correría menos riesgo por mi calidad de extranjera de ser negada la petición. Este señor esperaba que por el amor propio nacional, ellas no osarían mostrar el egoísmo inglés en toda su desnudez. Sin embargo las dos ancianas habiendo visto lo que ocurría y escuchado bien lo

que se decía, habían retirado sus dos perros de la mampara de la puerta, cerrado los vidrios y se hacían las que dormían. Desde el comienzo de esta escena, yo las había seguido con la vista y no había perdido ni uno solo de sus movimientos. Estaba segura de la respuesta que ellas me iban a dar; sin embargo, no dudé y fui a golpear en el postiguillo; llamé varias veces y bien fuerte; por fin un vidrio se bajó hasta la mitad, y se me preguntó en tono seco qué es lo que yo deseaba. Señora, dije en francés, vengo a rogarles que se sirvan hacer un servicio a una pobre mujer que está bastante enferma; ella está incapacitada de mantenerse sobre el banquillo de arriba; permitidle ocupar al lado de vosotras uno de los lugares que han quedado vacantes. ¡Señora me respondió con un tono más seco aún; nosotras hemos pagado los cuatro asientos, porque no queríamos ser aplastadas y lo que vos nos pedís es totalmente imposible! Terminadas estas palabras, cerró bruscamente el vidrio y se sumió en el fondo del coche. Todo el mundo quedó indignado de esta inhumanidad, pero cada uno repetía: ella está en su derecho, ha pagado.

¡Desgraciadas gentes! Como si el precepto de caridad no estuviese por encima de todos los derechos y de todas las leyes. Al escucharles hablar así se cree leer en uno de los libros de Moisés: «que nada sea hecho al hombre que haya matado a su esclavo porque lo ha comprado con su dinero».

Este accidente resultó a mi favor; porque, habiendo cedido mi lugar a la enferma, me encontré mejor en el suyo, sufriera lo que sufriera de frío y de viento, pero por lo menos podía alargar las piernas y reclinar me sobre una maleta, lo cual me era imposible de hacer en el lugar que ocupaba en un principio. Hacia las tres la lluvia cesó, el tiempo se hizo claro y fresco y pude gozar de un soberbio sol.

Los campos, en Inglaterra, ofrecen el aspecto de una rica fertilidad. Los árboles son de una belleza notoria, los setos espesos y vivaces, las praderas son de un admirable verdor. Lo que siempre me ha impresionado es esta multitud de setos con los cuales están rodeadas las tierras, que vistas de una cierta distancia dan al campo el aspecto de un huerto, dividido en pequeños arriates simétricamente encuadrados con boj. Yo sé que los escritores, autores de viajes pintorescos, han prodigado elogios a estos verdeantes cercos.

Sin embargo, si se toma el trabajo de analizar la impresión que producen, se reconocerá que reducen por su uniformidad, un gran reino a las proporciones de un huerto. Además privan de cultivos una inmensa extensión de tierra, y en los países donde el trigo y los alimentos de toda especie son siempre caros, donde tantas personas mueren de hambre, en un país donde los parques de ricas propiedades y la alimentación de sus caballos de lujo, restan a los cultivos una gran proporción del territorio, la pérdida de terreno que ocasionan los setos, me parece ser, en cuanto a la economía rural se refiere, una falta muy grave. ¡Es así que después de haber saboreado algunos instantes ese suave frescor repartido generalmente sobre el campo, frescor que es en verdad, adquirido bien caro por la humedad del clima, no pude reprimirme de expresar mis ideas sobre la situación del pueblo de un país cuyo suelo está rodeado de setos impenetrables, que tienen bajo llave el trigo, las papas, los nabos y hasta la hierba! Si el pueblo no se muriera de hambre, los campos estarían libres y las cosechas levantadas, así como las piedras moladoras del heno y del trigo, estarían sin miedo y sin encierro, expuestas a la fe pública como se les ve en Francia.

Cuando recorría por primera vez los campos de Inglaterra, la vista de los pueblos me hizo creer al principio, que acababan de ser construidos; pero siguiendo la ruta reconocí pronto que las casas de todos los pueblos eran igualmente nuevas, y comprendí que los campesinos ingleses debían tener por regla el hacer blanquear y pintar sus casas todos los años, o cada dos años por lo menos. Sin duda, esta limpieza es muy loable y yo apruebo ese cuidado por los muros, las contraventanas, las puertas y las rejas; pero resulta de ello una monotonía muy fatigante. Al ver todas estas casas nuevas, el viajero cree recorrer un país que no data sino de veinticinco años. Y se dice a sí mismo: las gentes que habitan estos pueblos no han nacido en ellos; y si encuentra un viejo, curvado por el peso de los años, busca en vano dónde puede haber nacido este hombre. Por lo demás, esta limpieza exterior de las casas es todavía una apariencia a la cual el interior está lejos de responder.

En fin, a las seis de la tarde llegamos a Brighton. Por todo lo que había sufrido, yo pensaba en las penas y fatigas que deben soportar aquellos que parten de Londres a las siete de la noche, para no llegar sino a las cinco de la mañana a Brighton.

- V -

La cuchara de fierro

La fuente revela la Providencia; la naturaleza no tiene creación alguna alrededor de la cual revoloteen ideas tan risueñas, tan graciosas; el soto no tiene lugar donde se haga sentir tanto la inspiración poética y religiosa. En ella abrevan los pájaros del cielo y los huéspedes de la floresta; el pastor trae a beber a su hato, la joven viene a llevar agua; es allí donde ella escucha las primeras palabras de amor, y es allí también donde se presenta el anciano fatigado, con la esperanza de una caridad. La caravana, molida de fatiga, a su vista precipita la marcha, aplaca su sed ardiente, y el agua, escapándose en el arroyo, repite el nombre de Alá.

El musulmán lega sus dones a la fuente. Cerca de ella el derviche viene a rezar, y Dios reúne allí a todos los seres emanados de él. Por todas partes la fuente habla de esperanza y felicidad. ¿Por qué en Inglaterra no hace recordar sino el egoísmo del rico y la desgracia del pobre?

Me he llevado de Londres un sonido que la visión del infortunio hará vibrar siempre en mí, sonido que me recuerda al pobre proletario inglés oprimido, aplastado por el rico; al mendigo pidiendo furtivamente limosna y cayendo de inanición en las calles; en fin a todos aquellos seres desheredados de los dones del cielo, todos aquellos parias que cubren como una lepra esta inmensa ciudad, ¡cuyo lujo es tan escandaloso y su miseria tan pavorosa!

No existe en Londres ninguna de aquellas fuentes suntuosas y monumentales que animan las plazas de París y hablan a todos el lenguaje del arte. Pero se encuentra en muchas calles guarda-fuentes de fierro y con bomba. Una cadena de fierro es fijada a un pilar, al extremo del cual pende una cuchara del mismo metal. Esta cuchara es la oportunidad económica ofrecida al pobre por su señor y maestro el rico. «Ved, donde

nosotros el agua no cuesta nada al pueblo, la puede beber cómodamente y sin ir a recogerla al río». Así hablan las personas de las clases opulentas, que en Londres no beben jamás agua.

En un país donde el agua pura es muy malsana, donde es preciso usar cordiales para resistir a la humedad y el frío, ¿no es el colmo de la crueldad el poner bebidas fermentadas fuera del alcance del pueblo por los derechos enormes con que son recargadas? En un país donde apenas un individuo sobre veinticinco puede beber vino y uno sobre siete la cerveza ¿no es una ironía insultante el ofrecer a beber al pueblo de Londres el agua que han ensuciado todas las alcantarillas de la ciudad? Dejadles entrada libre a la cebada y a los cereales, no pongáis más derechos sobre el vino y la cerveza que no existe en Francia; entonces y solamente entonces, aristocracia inglesa, se creará en vuestro amor, en vuestra humanidad. Entonces se os tendrá en cuenta, se alabará incluso vuestra benevolencia de dar gratis a los pobres el agua que ellos no pueden pagar a la compañía que la suministra a la ciudad.

A diez pasos de mi casa estaba una de esas fuentes. A cada instante yo escuchaba el ruido de la cadena y de la cuchara retumbando sobre el cerco, y yo me decía: he allí a uno de mis hermanos que bebe el agua, de esta agua de Londres, ¡tan insípida, tan nauseabunda! Toda el agua distribuida en la ciudad no proviene, es cierto, del Támesis, pero no obstante de ello debilita el estómago y da a menudo disentería y fiebres. ¡Este sonido duro del fierro me rompía el corazón, vibraba en mi oído como un cristal fúnebre! ¡Pobre pueblo! ¿Dios te dejará a merced de tus lores, de esos lores que, sin piedad, te ven morir de esta muerte lenta y cruel que mata, a cada hora, a cada instante, debatiéndose la víctima en vano en su agonía?. ¡Oh! ¡Ese pensamiento es horrible! El conquistador destruido por el fierro y el fuego, usa el derecho de la guerra: el conquistador se presenta abiertamente al enemigo, no ha dicho hipócritamente que venía a proteger al pueblo, mientras que lo reducía a la esclavitud. ¡Pero destruir todo un pueblo por la miseria y por el hambre, imponerle el yugo más pesado que jamás población de esclavos haya soportado, obligarlo a contentarse con harapos por vestidos, de algunas raíces por alimento, de agua por bebida, y trabajar todo el tiempo que tiene los ojos abiertos, bajo pena de morir de hambre! ¡Oh! Lores de Inglaterra este sistema es el más bárbaro, la más atroz de las tiranías. Dios no permitirá su duración.

Hace cincuenta años que el pueblo de Francia quemaba los castillos y veinte veces la Europa armada ha sido impotente para impedir triunfar su causa. Actualmente Inglaterra resuena en todos los lugares, con gritos de revuelta y destrucción. ¡Oh! Lores, arrepentíos, temed a la venganza del pueblo, aplacad su indignación y acordaos de este proverbio, tan viejo como el mundo: «Vox populi, vox Dei».

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

